Ensayo

INDRO MONTANELLI

ROBERTO GERVASO

Historia de la Edad Media



DEBOLS!LLO

Indro Montanelli, historiador y decano de periodistas, falleció el 22 de julio de 2001 en Milán. Tenía noventa y dos años. Nacido en la localidad toscana de Fucecchio, entre Pisa y Florencia, en 1909. Montanelli vivió la mayor parte de su vida en Milán. Hombre esencialmente de derechas, pero también visceralmente liberal. Después de haberse licenciado dos veces, en derecho y en ciencias políticas, emigró a Francia donde estudió en la Sorbone y fue contratado por el diario vespertino *París Soir*. En 1935 se enrola en el ejército y parte para el frente de Eritrea. Para *Il Messagero* viaja a la guerra de España desde donde escribe los primeros alegatos contra el régimen de Mussolini, por lo cual fue despedido. Gracias a su «diario de guerra», logra un contrato para escribir en *Il Corriere della Sera* donde permanecerá cuarenta años, el cual abandonó cuando el diario cambió de línea ideológica. También renunció a la dirección de *Il Giornale Nuevo* cuando fue comprado por Berlusconi. Montanelli, fascista en su juventud, arriesgó la piel cuando se separó del régimen, hasta el punto de terminar en una prisión de Roma, condenado a muerte. Escapó del pelotón de fusilamiento y escribió una hermosa novela llevada después al cine y galardonada con el León de Venecia, *El general De la Rovere* (1959), dirigida por Roberto Rossellini.
Su obra literaria e histórica es muy considerable, escribió unos sesenta títulos y recibió numerosos premios, entre ellos el World Press Review's International Editor en 1994 y el Príncipe de Asturias en 1996. Entre sus obras dedicadas a la Historia, destacan *Historia de Roma* (1957) e *Historia de los griegos* (1958) publicadas por Plaza & Janes con gran éxito mundial.

Roberto Gervaso nació en Roma en 1937. Colabora en la radio y la televisión italiana. Con Indro Montanelli ha firmado seis volúmenes de la *Historia de Italia*. Ha publicado el best setter *I fratelli maledetti. Storia della massoneria* (1996).

Indro Montanelli
Roberto Gervaso

Historia de la Edad Media

Traducción de
Francisco J. Alcántara

RANDOM HOUSE MONDADORI, S.A.

DEBOLS!LLO

Título original: L'Italia dei Secolo Bui
Diseño de la portada: Equipo de diseño editorial
Fotografía de la portada: © Bettmann/Corbis

Primera edición DeBols!llo: septiembre, 2002
Versión digital - 2018

Travessera de Gracia, 47-49. 08021 Barcelona

Printed in Spain - Impreso en España

ISBN: 84-9759-121-6
Depósito legal: B. 33.091 - 2002

Fotocomposición: Lozano Faisano, S. L.

Impreso en: Litografía Rosés, S. A.
Progrés, 54-60. Gavá (Barcelona)

P 891216

ADVERTENCIA

Esta *Historia de la Edad Media*, es decir, de la Alta Edad Media, es continuación de la *Historia de los griegos* y de la *Historia de Roma*, publicadas por la misma editorial. Va del año 476 al año 1000, pero la primera parte arranca de bastante atrás, de Constantino y de Teodosio.

Hemos querido comenzar a partir de allí porque en la *Historia de Roma* habíamos resumido un poco apresuradamente el capítulo referente a la decadencia, y me doy cuenta de haber dado un cuadro incompleto que no explica lo suficiente el fenómeno de las invasiones bárbaras. El lector quizá haya sacado una idea sumaria y dramática, como de un aluvión devastador espantosamente traumático. En realidad, la llamada «barbarización» de Italia ya estaba produciéndose desde hacía dos siglos y se desarrollaba de forma bastante pacífica antes de que Alarico iniciara las incursiones germanas en la península. Si no comprendemos esto, resulta difícil comprender lo demás.

Lo que nos hemos propuesto es contar de manera sencilla el período más difícil de explicar, no solo porque las fuentes son escasas e inseguras, sino también porque los acontecimientos italianos no se pueden aislar de los del resto de Europa, los cuales siempre deben tenerse presentes. Nada de lo que sucede muestra rasgos precisos de tiempo y espacio. No existen aún naciones ni Estados. Tal vez nuestro continente no haya estado nunca tan unido y haya sido tan interdependiente como en esta época afligida por la escasez de carreteras y de medios de transporte y comunicación. Esto nos ha obligado a recurrir con frecuencia a la técnica del flash-back, del salto atrás. Nos excusamos por ello ante el lector, pero era imposible obrar de otro modo.

Con todo, más que a desenredar la enmarañada madeja de acontecimientos, hemos tendido a retratar a sus protagonistas para recoger en ellos las señales de sus costumbres y de su evolución. A través de Alarico, Odoacro, Gala Placidia, Teodorico, Alboíno, Amalasunta, Gregorio el Grande, Carlomagno, los Otones, los santos, los padres y los reformadores de la Iglesia, hemos tratado de reconstruir la situación real de la Italia que iba formándose en un ovillo de elementos latinos y germanos. La sociedad feudal, la vida en los castillos y en los pueblos, las relaciones entre la ciudad y el campo, la nobleza guerrera y terrateniente contra la naciente burguesía urbana, la mujer, el sentimiento religioso, el obeso párroco y el monje ascético, las costumbres, la aumentación, los actos violentos, las supersticiones, nos han interesado más que las guerras y la política.

Hablo en plural porque, como se ve en la portada del libro, los autores de esta obra son dos. Lo que me propongo con estos volúmenes en cadena es la reconstrucción de los acontecimientos de nuestro país y de nuestra civilización desde Homero (porque considero a la civilización griega como parte integrante de la nuestra) hasta Mussolini, empresa demasiado amplia para las fuerzas de un solo hombre. Por ello, llevaba tiempo buscando un colaborador. Era difícil encontrarlo,

porque necesitaba uno que no solo conociera bien la Historia, sino que la viera como la veo yo y la contase como yo la cuento. Y no porque considere mis métodos y mis criterios superiores a los de los demás, sino porque no puede escribirse en colaboración sin una perfecta identidad de puntos de vista, de intereses y de estilo.

Roberto Gervaso tiene veintisiete años y los estudios recientes. Lo conocí cuando cursaba el bachillerato, y desde entonces puedo decir que lo he «edificado» pieza a pieza. Tal vez cometí con él una especie de infanticidio obligándolo a formarse exclusivamente en mis textos y en los de aquellos autores en los que yo me he formado, pero si se trata de un delito, me ha salido perfecto. Nuestra obra no se resiste de la doble mano, y ahora que somos dos para tirar del pesado carro tal vez consigamos llevarlo hasta su meta.

La ambición que nos aguijonea no es la de desarrollar nuevas y originales teorías, sino la de proporcionar al gran público, que tanto lo necesita, un instrumento de información fácil, clara y, de ser posible, agradable. Si conseguimos apasionar a algunos millares de italianos por la historia de Italia, iluminando a sus ojos lo que hasta ahora le había resultado oscuro, habremos realizado un inmenso servicio a esa cultura media que la cultura oficial y universitaria ha despreciado y ha abandonado culpablemente.

El lector nos dirá si hemos dado en el blanco.

Indro Montanelli
Octubre de 1965

PRIMERA PARTE: EL FINAL DEL IMPERIO

I. LOS HUNOS A LA VISTA

La historia de Europa empieza en China.

En aquel remoto y desconocido país se había establecido un imperio que, como el romano en Occidente y poco más o menos en los mismos siglos, había unificado el Oriente; más tarde, en su decadencia, se encontró expuesto al mismo peligro: el de los bárbaros que acechaban sus fronteras. La única diferencia era que en Roma la amenaza venía del este, en tanto que en China lo hacía del oeste.

Contra estas poblaciones nómadas y salvajes que vagaban desde el Don a Mongolia en las estepas del Asia Central, los emperadores chinos elevaron la Gran Muralla, lo mismo que los romanos habían levantado el *limes*; pero las murallas sirven para algo si existe un ejército que las defienda. Por sí solas, no valen nada. Hacia finales del siglo III, el ejército chino se parecía al francés de 1940, y la Gran Muralla se convirtió en un simple obstáculo de concurso hípico para los temerarios jinetes mongoles que la tomaron al asalto. Los historiadores chinos llamaron *jong-nu* a aquellos indisciplinados y atrevidos saqueadores que penetraron en su país llevando consigo el desorden, destruyéndolo todo sin construir nada, hasta que fueron expulsados por otros bárbaros. Estos, que se llamaban *juan-juan*, reunificaron poco a poco China y rechazaron más allá de la muralla a todos los invasores.

Para los *jong-un*, condenados al nomadismo porque no tenían ninguna noción de agricultura, no quedaba otro remedio que volver a intentar en el oeste la empresa que había fracasado en el este. En aquella dirección no había grandes murallas que superar y mucho menos ejércitos que vencer. Desde Mongolia, su cuna, hasta el Elba y el Danubio no se extendían más que estepas y llanuras habitadas por escasas tribus germanas de pastores, y hacia mediados del siglo IV comenzó el gran aluvión.

En Occidente, los *jong-nu* se habían dejado ver unos dos siglos y medio antes y habían sido llamados hunos; pero entonces eran pocos, reunidos en grupos desligados que se habían encontrado en el Don con los alanos, a los que no habían conseguido imponerse. En Roma seguramente ni siquiera tuvieron noticias de ello. En aquellos tiempos, los emperadores y el Senado se preocupaban poco de cuanto sucedía al otro lado del *limes* que aislaba al mundo civilizado del mar de barbarie que lo circundaba. En el año 395, sin embargo, comenzaron a circular unos rumores alarmantes. Un oficial del ejército imperial, destinado en Tracia, llamado Amiano Marcelino, contó la aterradora aparición a orillas del Danubio de unos hombres

> pequeños y toscos, imberbes como eunucos, con unas caras horribles en las que apenas pueden reconocerse los rasgos humanos. Diríase

> que más que hombres son bestias que caminan sobre dos patas. Llevan una casaca de tela forrada con piel de gato salvaje y pieles de cabra alrededor de las piernas. Y parecen pegados a sus caballos. Sobre ellos comen, beben, duermen reclinados en las crines, tratan sus asuntos y emprenden sus deliberaciones. Y hasta cocinan en esa posición, porque en vez de cocer la carne con que se alimentan, se limitan a entibiarla manteniéndola entre la grupa del caballo y sus propios muslos. No cultivan el campo ni conocen la casa. Descabalgan solo para ir al encuentro de sus mujeres y de sus niños, que siguen en carros su errabunda existencia de devastadores.

Estos hombres no amenazaron de inmediato y de manera directa al Imperio, sino que se detuvieron en el *limes*, ocupando solo un rincón de la Panonia, la actual Hungría. Su rey, Rua, se declaró dispuesto a quedarse allí si el emperador de Constantinopla se comprometía a entregarle cada año trescientas cincuenta libras de oro, y el de Occidente, a quien pertenecía la Panonia, reconocía su soberanía sobre aquel pedazo de tierra. Quizá Rua se sorprendió al ver que sus peticiones eran aceptadas con tanta prontitud. A medida que se acercaba al *limes* en su arrolladora cabalgada, debía de haber oído a las poblaciones germanas con las que había entrado en contacto y a las que había sometido, elogiar la fuerza del Imperio romano y de sus legiones.

Antes de encontrarse con él quiso ver desde más cerca, en aquel cómodo puesto de observación, de qué se trataba.

A primera vista, el Imperio parecía sólido y compacto como en los tiempos de Augusto. Una red de magníficas calzadas unía las frías fronteras de Escocia con los desiertos de Arabia, y en ella se desenvolvía un intenso tráfico, como el mundo no había conocido hasta entonces. Las provincias occidentales proporcionaban productos agrícolas y materias primas a las orientales, que poseían industrias florecientes. Eran el vino y el aceite de Provenza, los minerales de Hispania, el cuero, la lana y las maderas de la Galia, que salían hacia Damasco, Antioquia y Alejandría para volver en forma de tejidos, alfombras, perfumes, cosméticos, vidrio, armas y utensilios domésticos. La distribución de estos productos, es decir, el comercio, estaba prácticamente en manos de los sirios, que en cierto sentido fueron los «intermediarios» de la época y, en pequeños grupos muy bien relacionados entre sí, habían invadido Occidente. Los griegos y los egipcios proporcionaban, por su parte, el nervio de la *intelligentsia* y de las profesiones liberales.

Con el tiempo, esta división del trabajo entre el este y el oeste se había alterado en parte, dado que también Occidente había empezado a desarrollar una industria propia. Los grandes latifundistas, sobre todo en el Mediodía de Francia y en el valle del Rin, pensaron en invertir en manufacturas las enormes riquezas que habían acumulado.

La intensidad del tráfico y la unidad de la moneda, basada en el *denario* de oro que gozaba del mismo crédito en todas partes, desde Portugal a Crimea, contribuyeron poderosamente a la nivelación de las diversas provincias. Y como en todas partes reinaba la ley romana, los usos y costumbres iban haciéndose más

o menos iguales. En muchos países, el idioma vernáculo —o mejor, el dialecto— había desaparecido en el uso diario para dejar paso al latín en Occidente y el griego en Oriente. El centralismo romano había triunfado sobre las resistencias locales, y Caracalla, al conceder el año 212 la plena ciudadanía a casi todos los habitantes del Imperio, no regalaba nada, sino que se limitaba a reconocer una situación de hecho.

¿Cuántos eran estos habitantes? No existe un censo concreto y preciso, pero por varios testimonios es posible deducir una cifra sorprendentemente baja: no más de ciento veinte millones, distribuidos de forma desigual, porque Oriente estaba superpoblado con respecto a Occidente. En Italia no había más de seis millones, lo que la reducía casi a un desierto, sobre todo si se tiene en cuenta que la mayoría de la población se concentraba en las ciudades: los campos estaban vacíos. Y esos seis millones de italianos ya no gozaban de ningún privilegio desde que había sido abolido el estatuto de «provinciano» y el ciudadano de Aquisgrán había sido equiparado en derechos y deberes al de Cremona, que a su vez estaba igualado al de Roma.

Pero si este era el panorama visto de lejos, observándolo más de cerca, como podía hacer Atila, que se había instalado en un rincón de su confín, las perspectivas cambiaban bastante.

A comienzos del siglo IV, Constantino, emperador de sangre ilírica, había introducido dos innovaciones sensacionales: el reconocimiento del cristianismo como religión del Estado y el traslado de la capital a Bizancio.

Nada hace creer que la primera de estas decisiones le haya sido ordenada por la fe. De haberla poseído, no se habría comportado en su vida privada como lo hizo, matando sin piedad cristiana no solo a los enemigos, sino a sus mismos familiares, siempre que se le antojaba hacerlo. Se mantuvo pagano durante toda su vida y solo en vísperas de su muerte se decidió a recibir el bautismo. Su nueva política religiosa fue, por lo tanto, dictada por la «razón de Estado», la cual, sin embargo, no se fundaba en el hecho de que la mayoría de sus súbditos fuese ya cristiana. Al contrario, la mayoría aplastante era pagana, sobre todo en las provincias occidentales, donde la proporción entre paganos y cristianos era al menos de cinco a uno. Solo que este uno creía en su Dios y había demostrado estar dispuesto a afrontar incluso el martirio por Él; en cambio, los otros cinco habían dejado de creer en sus dioses hacía tiempo y, por lo tanto, permanecían por completo indiferentes a los problemas del culto.

La elección de Constantino solo fue dictada por esta comprobación, pero no logró restaurar en el Imperio una unidad religiosa. Aunque escépticos, los paganos no podían por menos de sentir cierta amargura al observar su progresivo alejamiento del Estado, y esto explica los intentos de restauración de la antigua fe, que culminaron con Juliano el Apóstata. Estos intentos, empero, no podían triunfar, porque sobre el escepticismo no se construye nada. La vieja unidad espiritual estaba rota, igual que se rompía, cada vez más, la política.

En realidad, desde que en el año 330 Constantino había inaugurado la nueva capital, Constantinopla, esta se había desarrollado a expensas de Roma y de todo Occidente. Desde el punto de vista comercial, estaba mejor situada: hacia ella afluían los cargamentos de trigo que antes seguían los caminos de Italia, y la

presencia del emperador favorecía la concentración de un vasto sistema militar y administrativo que se llamaba «romano», pero que en realidad ya no lo era.

Es verdad que aun antes de trasladar su sede a Oriente los emperadores habían dejado hacía tiempo de hacerse elegir por el Senado y aclamar por el pueblo, como quería Augusto. Poco a poco, el poder había ido transformándose, en palabras de Mommsen, en una «autocracia moderada por el derecho de regicidio». La voluntad popular ya nada tenía que ver. Casi siempre era algún general que, a la cabeza de su ejército, se sublevaba; si fallaba el golpe, se le consideraba un «rebelde» y como tal se lo trataba. Pero si triunfaba, se convertía en legítimo soberano y como a tal lo aclamaban todos. Es cierto, no obstante, que el traslado a Constantinopla, al acercar a la corte las satrapías orientales, favoreció y aceleró esa marcha hacia el despotismo.

El centralismo llega ahora a su apogeo. En las manos del soberano están todas las riendas del poder, que lo recibe directamente de Dios y lo administra sin consultar a nadie. Una diadema de perlas adorna su frente. Quienes se acercan a él están obligados a besarle las zapatillas de púrpura. El palacio en que vive recibe el título de «sagrado» en todos los documentos oficiales. Los personajes más importantes de su corte, el acceso a la cual resulta cada vez más difícil a causa de una etiqueta cuya severidad y minuciosidad van en aumento, han llegado a ser las mujeres y los eunucos. Eunuco es también el «gran chambelán» o «prepósito del sagrado cubículo».

La posición de protector de la Iglesia adoptada definitivamente por Constantino atribuye también al emperador los poderes del Papa. El Patriarca no es más que su ministro para los asuntos del culto y recibe sus órdenes; el emperador preside también los concilios, imponiendo su voluntad hasta en las cuestiones de dogma. Las finanzas del Imperio se confunden con las personales del emperador. La palabra de este es ley y no hay otra ley más que su palabra. Absorbido por estos inmensos deberes burocráticos, se convierte, cada vez más, en lo que los españoles llaman «hombre de gabinete»; pierde contacto con la realidad, sobre todo con la del ejército, dislocado en los inmensos y lejanísimos confines y confiado a los *magistri militum*, es decir, a generalísimos cuyo regreso a la capital se teme, pues podrían derribar al soberano de turno para instalarse en su puesto.

No, la «nueva Roma», como desde el principio se llamó a Constantinopla, no se parece mucho a la vieja, por más que lleve su nombre. Ni siquiera el idioma es el mismo, ya que el griego ha sustituido al latín. Y los emperadores, cada vez más sedentarios y caseros, ya no se molestan ni a hacer una visita, aunque sea de homenaje meramente formal, a la urbe gloriosa y decadente. En cien años, se lamenta el poeta del siglo V Claudiano, solo tres emperadores se han asomado un poco. Ahora, aunque vayan a Occidente, se detienen en Milán o en Rávena, que se han convertido, una tras otra, en capitales militares de una Europa cada vez más independiente.

En el mapa y en las convenciones jurídicas, el Imperio todavía es considerado uno e indivisible, pero de hecho, sus dos ramas ya llevan vidas independientes. Solo tienen en común el inmenso *limes* que los aísla, o que debería aislarlos, del mundo bárbaro que los rodea, y el ejército que en él monta guardia.

II. EL LIMES Y SU EJÉRCITO

Para dar una unidad defensiva a su imperio, Augusto fue a la búsqueda de las llamadas «fronteras naturales», y las encontró sobre todo en tres grandes ríos: el Eufrates, el Danubio y el Rin. No obstante, en los puntos en que hubo que atravesarlos para asegurar y defender alguna zona en la orilla opuesta, se había construido un *limes*, es decir, un confín fortificado.

Basta considerar la extensión de aquel imperio euro-asiático-africano, para darse cuenta de que debía de tratarse de una obra gigantesca; y de hecho no la decidió ni realizó un solo hombre, ni dos o tres, sino que fue el resultado del trabajo de muchas generaciones, y nunca fue llevada a cabo por completo debido a que de vez en cuando, por exigencias de las guerras o razones de seguridad, el *limes* tenía que trasladarse y había que comenzar todo de nuevo.

Debido que no había nacido de un «plan» del estado mayor, sino de las necesidades tácticas y estratégicas de las diversas guarniciones, no era igual en todas partes, pero seguía ciertos criterios fundamentales: ante todo, existían avanzadillas, provistas de fosos, de bastiones de tierra apelmazada, de empalizadas y de torrecillas de observación. Surgían después los campamentos, que ya no eran de tiendas, como cuando las legiones habían mantenido un estado de ofensiva, animadas de un espíritu de conquista, sino de piedra y de cal, es decir, iban transformándose lentamente en verdaderos poblados, aunque solo fueran militares. Mucho más lejos se alzaban los grandes acantonamientos donde vivaqueaba el grueso de los diversos ejércitos, dispuestos siempre a acudir a cualquier punto amenazado del *limes*.

En el momento en que Adriano perfeccionó este sistema con la famosa «valla» que debía proteger a la Inglaterra romanizada de las belicosas tribus escocesas, el *limes* aún estaba organizado más para la vigilancia que para la defensa. Había puestos de guardia y cavernas, pero no existían verdaderos fortines preparados para asedios prolongados. Todo estaba calculado para garantizar un cierto margen de seguridad a un ejército en descanso del que se suponía, sin embargo, que reanudaría en cualquier momento su avance. Y cuando se renunció definitivamente a este avance los fortines se transformaron poco a poco en ciudadelas y las ciudadelas en «burgos». Semejante transformación, lenta e interrumpida por momentáneas reanudaciones de programas ofensivos, pero continua, era el síntoma de la esclerosis de un Imperio cada vez más conservador y sedentario.

De hecho, el *limes*, al igual que su casi contemporánea Gran Muralla y todas las líneas Maginot de todos los tiempos, demostró de inmediato que no era adecuado para su objetivo. En la época de Cómodo, los pictos[*] que descendieron de Escocia lo hicieron saltar en pedazos. Eran bárbaros a los que la civilización ni siquiera había rozado. Cazadores nómadas sin el menor rudimento de agricultura, aún comían carne cruda, tenían comunidad de mujeres y luchaban desnudos, o solo cubiertos con tatuajes monstruosos que reproducían bestias feroces. Se

[*] Los romanos llamaron *picti* (pintados) a los celtas escoceses que acostumbraban pintarse el cuerpo con colores brillantes. (N. del T.)

requirió la despiadada energía de Septimio Severo para castigarlos. Pero el valladar ya estaba en ruinas. Y apenas había empezado el siglo III.

Pocos años después eran los francos y los alemanes quienes abrían una brecha en el Rin y devastaban setenta ciudades de la Galia. Las hordas godas lo hundían en el Danubio. Pero es inútil tratar de seguir en orden cronológico las violaciones que se sucedían. Lo que importa es señalar las consecuencias que todo aquello comportó.

La «fortificación» es, antes que obra de ingeniería militar, un estado de ánimo que ni siquiera una situación probadamente inadecuada consigue destruir. Un pueblo que se ha hecho conservador del bienestar, y ciudadano y sedentario de la civilización, comienza a acariciar el sueño de la seguridad, y puesto que ya no puede fiarse en las propias virtudes castrenses, para realizarlo se confía a la técnica. Cuanto más frecuentes se hacían las incursiones de los bárbaros y más amplias las brechas en el limes, más se esforzaban los romanos por tapar los agujeros. Sin embargo, como ya estaba claro que ni siquiera el limes mejor fortificado era capaz de mantenerse en pie, al de la frontera comenzaron a sumarse los del interior, y cada ciudad se dispuso a construir el suyo para cuidar de sí misma.

Los arquitectos se convirtieron en los profesionales más buscados y los personajes más importantes de ese período. El emperador Galieno colmó de favores y de dinero a Cleodamo y Ateneo, a quienes había encargado los muros defensivos de las ciudades danubianas particularmente amenazadas. En los consejos municipales de los diversos centros urbanos, grandes y pequeños, el cargo de asesor de construcción era el más importante y ambicionado, entre otras razones porque era el que disponía de mayores fondos. Verona, puerta septentrional de la península, desarrolló precisamente entonces sus espléndidos bastiones. Y las murallas exteriores de Estrasburgo nacieron antes que la ciudad, que se desarrolló dentro de ellas como en una cuna, en una isla fortificada del río Ili. La misma Roma empezó a fortificarse, y fueron las corporaciones urbanas las que proporcionaron la mano de obra.

Esta clase de construcciones provocó un fenómeno nuevo: la autonomía de las diversas ciudades. En nombre de Roma y por su ley, cuando Roma era fuerte, es decir, hasta finales del siglo II d. C, los particularismos ciudadanos no habían surgido aún o habían sido debelados. El Imperio había impedido la formación de aquellas ciudades-estado, cerradas en sí mismas e incapaces de formar una nación, que habían supuesto la desgracia de Grecia. No había ciudadanos de Nápoles o de Florencia, de Marsella o de Maguncia, sino ciudadanos romanos, nada más. Y como no tenían murallas porque las legiones bastaban para garantizar a todos la seguridad y la defensa, carecían de autonomía política, administrativa y espiritual. En ellas se observaba la misma ley, se hablaba la misma lengua, se estaba orgulloso del mismo Estado. Las fortificaciones que empezaron a rodearlas por razones de autodefensa, fueron al mismo tiempo la prueba evidente de la ruptura de aquella unidad y una de las causas fundamentales que la determinaron. El *limes* empezaba a dividirse en *límites*, y dentro de estos se desarrollaban mundos cada vez más independientes entre sí.

A esta evolución se añadió, favoreciéndola, la del ejército, que le prestó una ayuda decisiva.

Como estructura, aún conservaba la que, con sus reformas, le habían dado Diocleciano y Constantino, emperadores que separaron de una vez y para siempre la carrera civil de la militar, que antaño se fundían en una sola. En la Roma republicana y en la de Augusto, quienes ocupaban cargos políticos y administrativos en tiempos de paz eran los mismos que en tiempos de guerra ostentaban los grados militares. El edil, el pretor, el cuestor y el cónsul se convertían, en caso de movilización, en capitanes, mayores, coroneles y generales; y era natural, puesto que el ejército estaba compuesto de ciudadanos y cada ciudadano era un soldado que, mientras uno no lo llamaran a las armas, se consideraba con licencia provisional.

En los tiempos de Diocleciano y de Constantino, sin embargo, las cosas habían cambiado por completo. El ciudadano ya no era un soldado ni quería serlo, puesto que era eximido del servicio militar en número cada vez mayor, el ejército se vio obligado a reclutar a sus hombres entre los bárbaros. «Se han marchado con los bárbaros», decían las madres al hablar de sus hijos llamados a filas, y el impuesto del quinto solía llamarse «impuesto bárbaro».

Era natural que si el ciudadano ya no coincidía con el soldado, tampoco el oficial lo hiciese con el funcionario. Así pues, la separación de las dos carreras ya había sido impuesta por los hechos. Pero los dos emperadores mencionados, ambos de sangre bárbara, no se detuvieron en aquella reforma, ya de por sí bastante grave porque prácticamente ponía a los desarmados ciudadanos del Imperio bajo la protección de una milicia extranjera, sino que procedieron a dividir el ejército en un «ejército de campaña» (*comitatenses*) y en un «cuerpo territorial» o de guarniciones de frontera (*limitanei*).

Estas últimas, que gozaban de una inamovilidad casi absoluta, habían echado raíces en sus territorios, pues habían recibido tierras. Los soldados, casados con muchachas nativas, se convirtieron a su vez en pequeños cultivadores directos y constituían ya una especie de milicia campesina que, desde el punto de vista militar, no valía gran cosa. De esta manera había ido formándose, apoyada en el *limes*, una especie de «tierra de nadie» habitada por una extraña población que, a fuerza de matrimonios mixtos, ya no se sabía qué era. Lo que debería haber sido el «telón de acero» del Imperio, su «Gran Muralla», era en realidad una zona de encuentro entre bárbaros y romanos. Y hasta la lengua que allí se hablaba era una especie de dialecto que mezclaba el latín con el germánico.

En la retaguardia, el ejército de campaña no estaba en distintas condiciones. Había extraído de la gran experiencia romana los criterios estratégicos y tácticos, el culto de la disciplina y la división en legiones, pero lo demás había cambiado, porque eran diversos los hombres que lo componían, y todos ellos de raza germánica. En nada se parecían ya al antiguo legionario de Roma, tosco y moreno, con la coraza y el escudo rectangular. El corto *gladius* había cedido el puesto a la larga *spatha*, y ya aparecían las picas que, poco después, se transformarían en lanzas. La caballería había crecido enormemente a expensas de la infantería, y había adoptado como arma defensiva el arco, a imitación de los partos, y como medio de defensa la *cataphracta*, la coraza de malla de hierro.

Esta cubre ahora a hombres de aspecto muy diverso, altos y rubios, con ojos azules en los que se alternan expresiones de inocencia y de ferocidad. Su

grito de guerra se llama «barrito», como el del elefante, y se le parece por su violencia. En vez del gallardete, llevan como enseña un dragón que flamea en el extremo de una pica. Son unos soldados espléndidos que matan y mueren con la misma facilidad, pero resulta difícil manejarlos porque rechazan la disciplina militar. Si un adversario los provoca, salen de las filas para enfrentarse con él por iniciativa propia y no respetan otro lazo de fidelidad que el que los une a su jefe. La idea de patria, de Imperio, de Estado, de disciplina y de reglamento les resulta absolutamente extraña. En resumidas cuentas, poseen los caracteres típicos del mercenario. Y de hecho se consideran milicia personal de su comandante, que a su vez los considera un *comitatus* personal, como lo fueron hasta la última guerra mundial los *comitagi* yugoslavos que descendían de aquellos. Muchos de sus generales ignoraban el latín. Iban vestidos a la manera bárbara, con las piernas vendadas con pieles y un casco con cuernos en la cabeza.

Eran ciudadanos romanos desde que Caracalla había convertido en tales a todos los habitantes del Imperio, pero procedían de provincias conquistadas recientemente, balcánicas y germanas, que aún no habían absorbido la civilización romana. La falta de cultura les impedía llevar a cabo una «carrera» civil, y solo mediante la militar podían abrirse paso, de manera que en el siglo in la habían monopolizado.

Así pues, las llamadas «invasiones bárbaras» fueron, antes que un fenómeno externo, un hecho interno realizado a través del ejército.

Ahora bien, ese ejército, al que estaba confiada la defensa del *limes*, se encargaba de proteger la integridad de este contra poblaciones a las que estaba unido por razones de consanguinidad, cuya lengua, cuyos sentimientos y cuyas ideas conocía mejor que la lengua, las ideas y los sentimientos romanos. No puede decirse que pactara regularmente con el enemigo, pero a menudo se entendía con él de modo que resultaba amigo suyo. El «telón de acero» no lo era siempre para los que vivían del otro lado del mismo. Muchos lo atravesaban de forma más o menos clandestina, se presentaban en los campamentos romanos y, al hallarlos llenos de parientes, pedían alistarse en ellos. Los generales del Imperio los acogían de buena gana porque no disponían de muchos hombres y, al ser independientes del Gobierno central, podían hacer prácticamente lo que quisieran. De esta manera, el ejército de Roma era, cada vez más, de sangre germánica.

A finales del siglo III, aquella pacífica osmosis se transformó de individual en colectiva. Algunas tribus germánicas de más allá del *limes*, convertidas en pueblos agrícolas, pidieron en bloque ser admitidas en la Galia, es decir, en Francia, y las autoridades imperiales les entregaron algunas tierras abandonadas para que las trabajasen. Conservaron sus costumbres, su idioma y una cierta autonomía administrativa, pero políticamente dependían de un prefecto romano al que pagaban sus impuestos y proporcionaban un contingente de reclutas. El experimento tuvo éxito.

A través de los siglos, muchos historiadores han creído ver en este proceso un plan extenso y hábil por parte de Roma para absorber y civilizar a los bárbaros. Pero son razones sugeridas por el juicio de la posteridad. La verdad es que los emperadores lo aceptaban porque en la mayor parte de los casos no podían hacer otra cosa. Sin embargo, esta política de pacificación y absorción tenía la ventaja de legitimar de modo conveniente lo inevitable, dejando intacta, al menos

formalmente, la soberanía imperial que los bárbaros, al pasar el *limes*, reconocían, por más que después la violaran con sus frecuentes rebeliones. Y es probable que con el tiempo se hubiera realizado esa integración y que el mundo bárbaro se hubiese encuadrado de manera pacífica en las complejas y civiles estructuras de Roma de no haberse desplazado los hunos desde su Mongolia, o si hubiesen permanecido en China después de penetrar en este país. Su llegada a Europa lo sacudió todo, haciendo febril, tumultuoso y destructor el aluvión de los bárbaros a este lado del *limes*.

Pero ¿quiénes eran y qué eran estos bárbaros?

III. LOS BÁRBAROS

Los primeros escritores romanos que tuvieron algún contacto con los bárbaros los describieron, con una mezcla de estupor, admiración e ironía, como unos mozarrones demasiado crecidos, de ojos claros y cabello rubio, que comían juntos, bebían juntos, dormían juntos ante las hogueras del vivac, se enternecían por cualquier cosa y por un inocente juego se enredaban en duelos de los que no era poca suerte el que uno de los contendientes saliera con vida, pues lo normal era que muriesen ambos.

Su punto de partida, reconstruido a través de inciertas leyendas de tradición verbal, parece haber sido Escandinavia y los territorios que se extienden entre el Elba y el Oder. Allí, en lo alto de las colinas y en los claros de los bosques, habían levantado aldeas de chozas efímeras como campamentos. Nunca permanecían en ellas por mucho tiempo, porque, como vivían casi exclusivamente de la caza, emigraban una vez que los animales de una región desaparecían. Su organización era primitiva y estaba basada en exigencias sobre todo militares. El núcleo fundamental era el *gau*, que Hitler resucitó dos mil años después: grupo de familias que proporcionaba de mil a mil quinientos soldados, sobre todo de caballería. Los *gau* eran muy independientes entre sí. Solo en circunstancias excepcionales se reunían en el *thing* o *mallus*, especie de asamblea plenaria, para decidir, por ejemplo, la elección de un nuevo rey, la paz o la guerra.

A diferencia del romano, que era siempre un «ciudadano» y en toda ocasión se sentía parte de algo, fuese la sociedad o el Estado, el bárbaro solo era un «individuo», celosísimo de su absoluta independencia. No reconocía otro vínculo que el de la palabra libremente dada. Su patriotismo era la fidelidad jurada al señor libremente elegido, al que se sentía ligado por un vínculo puramente personal. De ahí la incomprensión entre ellos y los latinos, que tenían un concepto muy distinto de la lealtad. Aparte de César y de Tácito, que poseían un olfato demasiado fino para menospreciar y desconocer el sentido del honor germánico, todos los historiadores y memorialistas romanos no hacen más que denunciar la perfidia y la propensión de los bárbaros a la traición, lo que es verdad en cuanto a las relaciones entre personas.

No se movían en grupos numerosos y compactos. Los llamados «aluviones bárbaros», acerca de los cuales se ha fantaseado tanto, eran caravanas compuestas hasta de ciento veinte mil individuos, pero más a menudo de solo treinta o cuarenta mil, de los que los guerreros solo constituían una quinta parte. Se trataba de un mundo fluido y ecuestre. A caballo, los hombres precedían y seguían a los carros dentro de los cuales se amontonaban las mujeres, los viejos y los niños, que por las noches y durante las batallas eran dispuestos en círculos, y a cuyo cobijo se dormía y se defendían.

El trato dado a los pueblos sometidos en aquellos continuos traslados variaba según la resistencia que oponían. En algunos casos se los exterminaba sin contemplaciones. En otros, se daba una fusión pacífica. Cuando Teodorico, rey de los ostrogos, llegó a Italia, contaría con unos cinco o seis mil de estos. El resto eran gépidos, alanos, rugios, esciros, restos de tribus vencidas e integradas al vencedor. ¿Y cuántos serían, en el ejército de Atila, los hunos que intervinieron en la batalla de los Campos Cataláunicos? No se sabe con exactitud, pero todo hace creer que se trataba de una minoría con respecto a los aliados y federados germanos que habían aceptado o habían tenido que sufrir su supremacía. Los vencidos no eran reducidos a la esclavitud, porque esta no resultaba compatible con el nomadismo y de hecho no se desarrolló hasta que los pueblos se hicieron sedentarios y agricultores, sino que eran alistados como guerreros.

Existían, además, en este panorama de conjunto, las diferencias entre unos pueblos y otros. Los longobardos no recibían ese nombre por el hecho de llevar barba, sino *barda*, un hacha larga, que era su arma de combate. Los francos, objeto de burla por parte de los demás porque se rasuraban cuidadosamente el rostro, tenían en cambio como arma la *francisca*. Y Sidonio Apolinar reconocía a los burgundios por su desmesurada estatura, por la atronadora potencia de su voz y por el hedor de la manteca rancia con que se engrasaban los cabellos.

Los ostrogodos y los visigodos, que fueron los primeros en dar el empellón a Italia, formaban al principio un solo pueblo, el godo, originario de Suecia, uno de cuyos condados, la isla de Gotland, lleva aún su nombre. No tenían lengua escrita. Solo en el siglo VI d. C, uno de ellos, Jordane, formado en la cultura latina, recogió el relato que sus connacionales habían transmitido verbalmente de una generación a otra acerca de su pasado.

Mezclando historia y leyenda, decían que unos cuatro siglos antes de Jesucristo, mientras Roma estaba ocupada en unificar Italia, su rey Berig los había llevado, a través del Báltico y desde Escandinavia, a Germania. Para cruzar el paso no contaba más que con tres barcas, que tuvieron que hacer la travesía quién sabe cuántas veces. Una de ellas quedaba regularmente rezagada. Los remeros de las otras dos la llamaron, por diversión, *gepanta* que en su idioma significaba «perezosa», y *gépidos*, es decir, «holgazanes», a sus pasajeros.

Permanecieron en las regiones de Prusia Oriental durante algunas generaciones, frente a los vándalos, con los que guerreaban de vez en cuando. Después, reanudaron la marcha hacia el sudeste.

La mitad de sus efectivos desapareció en los pantanos de Lituania. Fue un desastre. Jordane asegura que aún en sus tiempos, es decir, una docena de siglos después, el que pasaba por aquellos lugares veía los espectros de los muertos y oía el lamento del ganado agonizante.

Viajaron durante muchos años, tal vez décadas, porque eran desplazamientos pesados y lentos, interrumpidos por paradas, combates, desvíos. Por las expresiones que se han ido pasando los narradores de historias se comprende que su alegría, al ver por fin el mar, no fue menor que la de los griegos de Jenofonte al término de la Anábasis. No gritaba *Thalatta*! *Thalatta*! porque no sabían griego, pero a lo largo de generaciones conservaron en sus poemas el recuerdo de aquel gran día.

Aquel mar era el mar Negro, y se instalaron en sus costas septentrionales, en esa zona meridional de Rusia que entonces se llamaba Escitia. De las comarcas que las diversas tribus ocuparon procedieron los diferentes nombres: los ostrogodos quedaban al este, los visigodos al oeste, y los gépidos, que seguían siendo considerados los holgazanes de la familia, al norte. Pero nunca se estaban quietos, y como hacia Oriente estaba el desierto, sus ansias de saqueo se desahogaban hacia Occidente, donde se extendía el *limes* romano.

Las relaciones con las vecinas autoridades imperiales variaban, como en todas las demás zonas del confín, de la amistad a la hostilidad, de la guerra fría a la caliente. Como de costumbre, sin embargo, muchos godos iban a alistarse en las milicias romanas, dispuestos a provocar revueltas y motines en cuanto no se hiciera efectiva su paga. Hacia mediados del siglo III d. C. estas anomalías administrativas se produjeron con frecuencia a causa del desorden que reinó después de la muerte de Septimio Severo.

La primera y verdadera acción bélica de los godos contra los romanos se registró el año 250, cuando en el trono de Roma estaba Decio, un emperador de pocos escrúpulos especialmente contra los cristianos, pero en el que revivían las virtudes guerreras de la antigua Urbe. Los godos estaban encabezados por Cniva, que al frente de setenta mil hombres atravesó el Danubio, penetró en Serbia y puso asedio a Filipópolis. Acudió Decio con un fuerte ejército y la batalla fue terrible. Los historiadores romanos dicen que los godos dejaron en el terreno treinta mil cadáveres, pero olvidan añadir cuántos dejaron los romanos, que debieron perder bastantes más, puesto que se reconocieron derrotados. La ciudad cayó en manos de los bárbaros, que asesinaron a cien mil personas pero descuidaron, en el placer del saqueo, tomar precauciones contra Decio, que no era hombre que se diera por vencido fácilmente. Cuando se vieron cercados por él y trataron de comprar un armisticio que les permitiera retirarse sin luchar, Decio, que había colocado a su mejor general, Gallo, a sus espaldas, se negó. No obstante, según afirma el historiador Zósimo, Gallo traicionó a su amigo, y entonces fue Decio quien se encontró atrapado en tierras pantanosas. Su hijo cayó en la batalla. «Uno menos», se limitó a comentar el emperador, sin dejar de luchar. Finalmente, también él cayó, así como casi todo su estado mayor. El traidor Gallo, que le sucedió, compró a los godos aquella paz que Decio no había querido venderles, comprometiéndose a pagar una suma que los romanos llamaron después subsidio y los godos tributo.

Cniva regresó a sus tierras con un abundante botín, pero sobre todo llevando consigo la prueba de las debilidades de un Imperio que hasta aquel momento se había mantenido sobre su fama de invencible. Desde entonces, los godos ya no lo dejaron en paz, y desahogaron su instinto de saqueo sobre todo en Asia Menor y en Grecia. Troya, Bizancio y Éfeso sufrieron sus incidentales incursiones. Después, les tocó el turno a Corinto, Esparta y Argos, y por último, en el año 267, a Atenas.

Las incursiones godas duraron hasta el año 268, cuando llegó al trono del Imperio Claudio II, que quiso poner un remedio definitivo. Era un buen soldado que, tras aprender la lección de Filipópolis, había comprendido la importancia decisiva de la caballería y por ello había reformado el ejército. En Nisch, Serbia, no logró una victoria completa, pero cincuenta mil godos quedaron en el campo

de batalla y los demás fueron empujados, gracias a su habilidad como estratega, a un laberinto de montañas y pantanos sin salida, donde empezaron a morir lentamente de hambre, con sus pesados carros medio hundidos en el fango. De los escasos supervivientes, algunos regresaron desperdigados a sus casas y otros permanecieron como federados al servicio del vencedor. Pero los muertos se vengaron de quien los había matado provocando con sus cadáveres una epidemia que le causó la muerte.

Su sucesor Aureliano arrastró detrás de su carro de triunfador hasta Roma a los jefes godos prisioneros. Pero no negó la paz a su rey, concediéndole la Dacia, territorio ocupado por las actuales Hungría y Rumania. Allí, dentro de los confines del Imperio, permanecieron los godos durante un siglo, bastante tranquilos, y fueron haciéndose algo semejante a una nación, transformándose, al menos parcialmente, en agricultores y mezclándose con la población local ya medio romanizada. Y fue en esos cien años de relativa tranquilidad cuando se enriquecieron con los dos instrumentos fundamentales de civilización: la lengua escrita y la religión cristiana.

Fue un hombre solo quien les dio ese don.

Ulfilas no era un godo de raza pura, sino hijo de un oriental de Capadocia hecho prisionero por los godos en una de sus muchas incursiones por aquellas tierras, que probablemente se había casado en la Dacia con una mujer de la tierra. Así, su hijo Ulfilas creció entre los godos y se sentía godo hasta la médula.

En la Dacia, la población autóctona ya estaba, como he dicho, romanizada, hablaba un dialecto latino —hablado todavía por los rumanos—, y cultivaba el trigo y la vid. La mayoría era pagana, pero había un número de cristianos que llevaban a cabo una obra de proselitismo. Ciertamente, Ulfilas, que había nacido en 311, debió de entrar en contacto con alguno de ellos, porque cuando, siendo aún jovencito, fue enviado a Constantinopla, donde lo ordenaron sacerdote de inmediato, y a los treinta años Eusebio de Nicomedia lo consagró obispo.

En aquel momento la Iglesia no estaba unida. Al contrario, se hallaba gravemente dividida por la herejía de Arrio, que negaba la divinidad de Jesucristo. Era el más peligroso de todos los conflictos que se habían producido en el seno de la nueva religión. El emperador Constantino, que se presentaba como protector de esa religión, pero con la pretensión de hacer de ella un instrumento de gobierno y reservándose, por lo tanto, el derecho de intervenir en ella, había convocado el Concilio de Nicea para restaurar la unidad. Arrio se defendió con mucho valor, pero fue derrotado, sobre todo por obra de los obispos de Occidente, y declarado hereje.[*] Sin embargo, contaba con muchos secuaces, entre ellos precisamente Eusebio, en cuya escuela se hizo arriano el mismo Ulfilas.

Confiáronle una de las empresas más arduas: la de regresar a su patria y convertir a sus compatriotas, aún fieles a sus dioses paganos, Odín y Thor. El rey Ermanrico era uno de los más tradicionalistas y piadosos, y enseguida empezaron las persecuciones contra los que se dejaban conquistar por la predicación del misionero. Godos menores fueron llamados despectivamente los conversos, que se

---

[*] Fue el hispano Osio, nacido en Córdoba el año 270, quien indujo a Constantino, del que era íntimo consejero, a convocar el Concilio de Nicea. Fue él quien lo presidió y a él se debe fundamentalmente la fórmula del célebre «Símbolo» o Credo de Nicea, así como la fórmula «consustancial al Padre» que resumía la tesis católica frente a Arrio. (N. del T.)

reunieron en pequeñas comunidades en las zonas fronterizas, para cruzarlas de inmediato en caso de peligro y buscar refugio en los territorios del Imperio. Se atenían a la resistencia pasiva y a una dieta sobria en la que estaba casi abolida la carne y el vino era sustituido por la leche.

Ulfilas, que tema sobre ellos un ascendiente profundo, y merecido, al parecer, por la santidad de su vida, se puso a traducir la Biblia al godo para facilitar la propia obra misionera. Y como no existía una lengua goda escrita la invento dibujando esos famosos caracteres del alfabeto que desde entonces fueron llamados «góticos» y colocando junto a cada uno su equivalente griego. Naturalmente, la gramática y la sintaxis eran sumarias. Y el esfuerzo para acostumbrar a aquella gente tosca a dar una forma gráfica a su balbuceo natural y una *consecutio* más o menos racional a su pensamiento, tuvo que ser inmenso. Pero Ulfilas lo logró. Tradujo a la lengua inventada por él todo el Nuevo Testamento y la mayor parte del Antiguo, proporcionando así a las poblaciones germánicas los dos instrumentos necesarios para convertirse en protagonistas de la historia europea.

Todos los pueblos germánicos, a excepción de los francos y los sajones, que se convirtieron mucho después al cristianismo y al alfabeto, aprendieron a escribir a creer según el alfabeto y la fe de Ulfilas. Desgraciadamente, esa fe no era la católica, sino la arriana, y esto tendría consecuencias bastante graves, sobre todo para Occidente y para Italia, donde, al fin y al cabo, los godos fueron a establecerse, y a enterrarse. Pero esto lo veremos mas adelante.

Jordane nos ha dejado un testimonio del modo en que los godos vieron a los hunos cuando estos aparecieron en sus territorios: «Cuando el rey Filmer -escribe- condujo a nuestro pueblo desde Suecia a la Escitia, halló entre la población de aquellas tierras algunas brujas, a las que expulsó a causa de sus maleficios. Las brujas se perdieron en el desierto, donde encontraron a los Espíritus del Mal que vagan por aquellos parajes, y que las acogieron como concubinas. De su unión nacieron los hunos, criaturas de piel amarillenta por el odio, pequeñas, muy feroces e incapaces de articular su pensamiento».

Como buen godo, Jordane tenía sus razones para hacer un retrato tan malévolo de los hunos. Sus antepasados habían sido, después de los alanos, sus primeras víctimas en Europa. En aquel momento Ermanrico aún reinaba sobre ellos, pero había superado los cien años y por desgracia acababa de sufrir un grave accidente. Tradicionalista y austero, condenó a muerte e hizo descuartizar a una joven princesa, Saniel, acusada de adulterio. Los hermanos de la joven se vengaron intentando asesinarlo. Solo lo hirieron, aunque de tal manera que debilitaron gravemente la fibra de aquel viejo irreductible. Jordane se limita a insinuarlo, pero Amiano Marcelino dice explícitamente que era en parte por este atentado y en parte por la desesperación que le producía el flagelo de los hunos, que Ermanrico no se sentía con capacidad para resistir y acabo suicidándose. Como quiera que sea, una cosa es cierta: con resistencia o sin ella, los ostrogodos fueron sometidos por los hunos y así permanecieron ochenta años. Solo una parte de ellos siguió luchando bajo la guía de Withimir, que finalmente fue derrotado y muerto. Los supervivientes buscaron salvación en la Valaquia.

En cuanto a los visigodos, se reunieron en la orilla izquierda del Danubio, poco mas o menos donde hoy está la frontera entre Bulgaria y Rumania. Era el *limes*. «Agitando los brazos y llorando —cuenta el historiador Eunapio— suplicaban que se hiciera un puente de barcas a fin de permitirles cruzar.» Las autoridades imperiales del lugar dijeron que no podían asumir esa responsabilidad sin consultar al emperador Valente, quien, por su parte, impuso estas condiciones: entrega de las armas, lo que era lógico, y renuncia a los niños, que serían trasladados a otras regiones del Imperio, lo que resultaba monstruoso.

Los godos se vieron obligados a aceptar, pues no tenían alternativa. En realidad, las dos condiciones no llegaron a realizarse porque, tanto las armas como los niños fueron, en su mayoría, dejados a sus legítimos dueños. En compensación, los jerarcas imperiales rivalizaron en expoliar de todas sus pertenencias a aquellos pobres fugitivos perseguidos por el terror de los hunos y en adueñarse de los jóvenes más fuertes para convertirlos en esclavos y de las más bellas muchachas para llevárselas como concubinas. Los demás fueron abandonados al hambre y el frío del invierno. El espectáculo de latrocinio, indisciplina y desorganización que en esa ocasión dio el Imperio fue tal que, entre aquellos pobres internados, se fue incubando el odio y la revuelta en vez de la gratitud.

Testarudo y mal informado, el emperador Valente decidió acudir personalmente a infligir ejemplar castigo a los rebeldes y lo primero que hizo, sabiendo que estos se dirigían a Adrianópolis, fue ordenar a sus lugartenientes allí que alejaran a los soldados godos que combatían bajo su estandarte. Eran godos menores, cristianizados por Ulfilas, fidelísimos al Imperio. Sus jefes se declararon dispuestos a obedecer con tal de que se les pagara su quinta parte y se les proveyera de víveres para la larga marcha que habían de emprender. Se les respondió con amenazas, y el resultado fue que esos grupos pasaron a incrementar el número de las falanges insurgentes que se disponían a asediar la ciudad.

El asedio, sin embargo, no tuvo éxito. Los bárbaros nunca fueron capaces de tomar por asalto una fortaleza romana. Su jefe, Fridigern, al abandonar el campo, dijo: «Nosotros estamos acostumbrados a luchar contra hombres, no contra muros de piedra». Pero su ejército había crecido enormemente por el aflujo de esclavos godos, que acudían de todos los rincones de Tracia. Fue un año terrible aquel de 377-378 para las provincias búlgaras y rumanas. Los rebeldes las saquearon, apaleando y robando a la gente. Valente tardaba, retenido por las dificultades de una paz con Persia. Por fin se puso en marcha, citando en Adrianópolis a su sobrino Graciano, que gobernaba el Occidente. Los dos ejércitos estrecharían un cerco y triturarían a los rebeldes.

El plan podía tener éxito dadas las altas cualidades de mando de Graciano, joven y brillante general, pero precisamente por ello Valente, celoso de él, cometió la locura de atacar sin esperarlo. Al parece fue mal informado por sus exploradores que, enviados a la descubierta, le contaron que el enemigo no tenía más de diez mil hombres. Antes de dar la orden de ataque, Valente recibió una carta de Fridigern, que en un supremo esfuerzo por evitar el enfrentamiento le pedía para sus hombres Tracia, comprometiéndose solemnemente a guardar fidelidad al Imperio. Pero Amiano dice que, junto a esta carta oficial, Fridigern había enviado otra confidencial en la que sugería a Valente que rechazara la

propuesta y estrechase aún más el cerco a los rebeldes a fin de asustar a los extremistas y hacer triunfar a su partido, el de los moderados.

Esto convenció aún más a Valente de su propia superioridad. Amiano dice que equivocó la disposición del ejército y no acertó en una maniobra. Como quiera que sea, la de Adrianópolis fue la más catastrófica derrota del Imperio (378) desde Caimas. El emperador, herido, se refugió en una cabaña donde una patrulla enemiga lo quemó vivo, al parecer, sin saber quién era. Las dos terceras partes del ejército imperial, los más expertos veteranos, incluidos treinta y siete generales, quedaron en el campo de batalla.

Los historiadores cristianos dijeron que Valente había caído en expiación del pecado que había cometido al consentir que los godos siguieran siendo arríanos cuando los admitió en aquella parte del Danubio. No mucho tiempo después tendrían que lamentar ese castigo divino que por entonces parecían saludar con satisfacción.

IV. TEODOSIO

Por el momento pareció que todo iba a venirse abajo. El Imperio había perdido a su titular y su ejército. Quedaba en Occidente, a la cabeza de las tropas auxiliares francas y alemanas, es decir, bárbaras, un hábil y resuelto general, Graciano, que sabía derrotar al enemigo en el campo de batalla, pero que en su casa no sabía sustraerse a la influencia de una madre autoritaria, apasionada y excesiva, Justina. En Oriente, el trono estaba vacante, vacías las guarniciones y las huestes godas en marcha contra Adrianópolis. Graciano miró alrededor buscando a alguien que pudiera acudir en su ayuda y lo descubrió en la figura de un general hispano retirado.

Teodosio era hijo de otro Teodosio, que había sido el mejor y más fiel lugarteniente del Imperio. Ignoramos cómo llegó a la cima de su carrera, pero fue quien defendió con éxito Britania y marchó después a África para reprimir la revuelta que había estallado entre los de la Mauritania. Y lo consiguió, cubriéndose de méritos. Con todo, la recompensa fue una condena a muerte. La historia no ha logrado aclarar este incomprensible episodio. Solo sabemos que cuando le comunicaron la sentencia Teodosio no pensó en huir ni en rebelarse. Lo único que pidió, según cuenta Orosio, fue ser bautizado, porque hasta aquel momento había permanecido pagano. Y después, «seguro de la vida eterna, abandonó serenamente la terrena a manos del verdugo».

Su hijo homónimo, que también había hecho una buena carrera militar hasta ganarse el cargo de *dux* de Mesia, dejó su puesto en el ejército y se retiró a su tierra de Hispania como un particular cualquiera. Y allí, tres años después, le llegó la invitación de Graciano para ocupar, como colega suyo, el trono de Constantinopla. Teodosio tenía entonces treinta y tres años, una mujer que reflejaba bien lo que significaba su nombre, Flaccilla, porque era anémica y enfermiza, y un hijo, Arcadio. Resulta curioso que Graciano lo eligiera a él precisamente, el hijo de un inocente condenado a la pena capital, que aún podía albergar algún propósito de venganza para ocupar un cargo tan elevado. Pero se ve que lo conocían.

Teodosio y Graciano desarrollaron juntos una política sagaz con respecto a los godos que, al no poder tomar Adrianópolis, correteaban por los Balcanes. Ya no había ejército para enfrentarse con ellos en batalla campal. Así pues, comenzaron a desgastar a sus hombres con acciones limitadas, pero tendiendo siempre la mano para una reconciliación. Su nuevo jefe, Atanarico, había jurado a su padre que nunca pondría los pies en el Imperio y, en efecto, se abstuvo de hacerlo, incluso cuando la avalancha de los hunos impulsó a los visigodos a pedir asilo a Valente en la orilla meridional del Danubio. Pero el año 380 volvieron los hunos y a Atanarico no le quedó más remedio que cruzar también el Danubio y pedir asilo a Teodosio.

Este, al contrario de lo que había hecho Valente, lo acogió con cortesía, lo colmó de dones y lo escoltó hasta Constantinopla. Jordane describe perfectamente la asombrada admiración del tosco bárbaro de ver la ciudad. «Eso es..., eso es —balbucía—. Ahí está todo aquello de lo que tanto me habían hablado y en lo que tan poco había creído... Ciertamente, este emperador debe de ser un dios, y el que levante su mano contra él comete un sacrilegio.» Poco después de aquello murió Atanarico, como se había comprometido a hacer si faltaba a su juramento, y Teodosio le rindió unos honores imponentes, incluso acompañando los restos ante el carro mortuorio. La ceremonia impresionó vivamente a los ostrogodos presentes, que aceptaron dejarse absorber en el imperio en la acostumbrada calidad de *federados*. Parecían haber vuelto los tiempos de Aureliano y de Constantino. Pero aquellos ostrogodos eran una minoría.

A la pacificación de Oriente correspondía la inquietud de Occidente. Otro general hispano, Máximo, se rebelaba en Inglaterra, descendía a la Galia y asesinaba a traición a Graciano, el culto, brillante y piadoso emperador, que solo había cometido dos, aunque graves, errores: pensar más en el deporte que en los problemas del Estado y haber demostrado demasiado abiertamente su preferencia por los oficiales bárbaros, sobre todo francos y alemanes, que militaban bajo sus banderas. Dejaban como sucesor a su hermanastro Valentiniano II, que era casi un niño, a cuyo cargo como tutor y protector lo había dejado su padre y a quien ahora no quedaba más que la poco providente madre, Justina.

Por el momento, Máximo no amenazó al muchacho, que residía en Milán, y se conformó con ejercer el poder efectivo en Britania, en la Galia y en Hispania sin mostrar pretensiones al título imperial, lo cual lo colocaría fatalmente en conflicto con Teodosio. Este no solo toleró al asesino de su amigo y colega, a quien debía el trono, con una flema que debió de parecer propia de un traidor ingrato, sino que ni siquiera reaccionó a las voces que le acusaban de haber instigado a Máximo a dar muerte a Graciano. Era un hombre de carácter difícilmente penetrable. Pero sus gestos nos lo pintan como un español puro, buen general, pésimo administrador, beatón y despiadado, incapaz de perdonar y convencido de que la venganza es, como se suele decir, «un plato que se come frío».

Durante cuatro años, lejos de protestar por el regicidio y la usurpación del mando, mantuvo amistosa correspondencia con Máximo, y tal vez por ello este fue inducido a pensar que Teodosio, en el fondo, no sentía deseos de vengar al hijo de quien había matado a su propio padre. Con cautela empezó a acercarse a Italia, donde gobernaba Justina, seguramente cometiendo un desacierto tras otro, en nombre del pequeño Valentiniano. Justina no se cansaba de denunciar en Constantinopla la doblez del usurpador, la insaciabilidad de sus ambiciones y su propósito de coronarse emperador, y cuando lo vio atravesar los Alpes al frente de su ejército, cogió a Valentiniano, que ya tenía dieciocho años, y a sus otras tres hijas, y escapó con ellos más allá del Adriático.

Teodosio les salió al encuentro en Salónica, su residencia favorita. Y aquí, más que los argumentos de Justina, por la que no debía de sentir especial ternura, lo conmovieron los encantos de su hija Gala. Teodosio, que había quedado viudo de Flaccilla, quien le había dado otro hijo, Honorio, tenía más de cuarenta años, mientras que Gala era aún adolescente. Pero el matrimonio se realizó de todos

modos y sin demora. El regalo de bodas que el esposo hizo a la esposa o, mejor dicho, a su suegra, fue restituir en el trono de Occidente al pequeño Valentiniano, cuñado suyo ahora.

El hecho de que, sin mediar más tiempo, se encaminara hacia Italia, demuestra que no había sido la escasez de tropas lo que le impidiera hasta entonces vengar a Graciano, como sostienen muchos historiadores. Sin embargo, importa subrayar que la inmensa mayoría de aquellas tropas era goda. Contra ellas estaban las de Máximo, formadas casi en su totalidad por francos, es decir, también germanas. En los dos estados mayores, los nombres de los generales más importantes eran Estilicón, Saro, Arbogasto, Gaina, Ricimero, Bauto, etc. Habría sido inútil buscar un Bruto, un Manlio, es decir, un nombre romano.

Máximo fue derrotado primero en Laybach, después en Aquilea, donde fue capturado. Cuando se le condujo encadenado ante Teodosio, este le preguntó: «¿Es verdad que mataste a Graciano con mi consentimiento?». Máximo contestó: «No es verdad. Lo dije para asegurarme la obediencia de los soldados». Después de esta confesión, el prisionero fue decapitado por los mismos soldados, sin esperar la orden de Teodosio, que de todos modos la habría dado. Valentiniano fue instalado otra vez en el trono.

Siguieron cuatro años de relativa paz. Teodosio había vuelto a Constantinopla a gozar de su bella pero estéril mujer y a ejercer el poder absoluto sobre un Imperio reunificado de hecho, porque la potestad del joven Valentiniano, entonces de veinte años, solo era ficticia. En el año 392, sin embargo, Valentiniano tuvo el mismo fin que Graciano.

Esta vez, el rebelde se llamaba Arbogasto, un general franco tosco e insolente que había servido con fidelidad a Graciano y a Teodosio, pero que se mostraba soberbio desde su nombramiento como jefe del estado mayor del ejército y no soportaba recibir órdenes de un mozo. Al contrario, lo trataba con tan ostentoso desprecio que, al fin, el mozo le envió la dimisión con la orden perentoria de firmarla. En vez de coger la pluma, que seguramente no sabía manejar, Arbogasto empuñó la espada.

Muerto el joven emperador, Arbogasto tuvo aún el suficiente sentido común para no ocupar su puesto. Instaló en el trono a un ciudadano romano, Eugenio, profesor de retórica que había entrado al servicio de la corte. No pertenecía a la categoría de los «*ilustres*», como entonces se llamaba a los personajes de gran relieve, pero se hallaba entre los «*respetables*». Desde hacía tiempo había ligado su fortuna a la del general Arbogasto, pero este lo prefería tal vez por sus abiertas simpatías hacia el paganismo del que aún era afecto.

De nuevo, como en el caso de Graciano, Teodosio recibió con mucha calma la noticia del asesinato de su cuñado, a pesar de la insistencia de Gala, que pretendía un castigo inmediato. La luna de miel había pasado, y el emperador solo accedió a escuchar los deseos de su mujer, el día en que esta murió al dar a luz, finalmente, una hija que fue bautizada con el nombre de Gala Placidia, de la que aún oiremos hablar.

Esta segunda expedición a Italia fue mucho más ardua que la primera. El encuentro de los dos ejércitos ocurrió a orillas del Isonzo, que entonces se llamaba Frígido, y fue precisamente la última batalla librada en nombre del paganismo. Arbogasto había llenado su campamento de estatuas de Júpiter con el rayo en la

mano. Pero también Teodosio había movilizado a su Dios. Después de una primera escaramuza que terminó mal para él, contó que se había dormido y había visto en sueños a san Juan y a san Felipe, quienes le aconsejaron que no dudara de su destino. Mientras narraba su sueño, un soldado irrumpió en su tienda para referirle la visión que había tenido, que era la misma. Los presentes quedaron impresionados. Entre ellos se hallaban Gaina, Bacurio y Saulo, todos magníficos romanos, y también un tal Alarico, joven capitán que mandaba un grupo de visigodos.

El historiador cristiano Zósimo ha insistido mucho, naturalmente, en los aspectos milagrosos de aquella victoria decisiva, que, según él, se debió sobre todo a un viento violentísimo que, soplando en los ojos de los paganos, los había cegado. Probablemente se trataba del *bora*[*] y no creemos que su efecto pudiera haber sido decisivo. Como quiera que fuese, el éxito de Teodosio resultó aplastante. Arbogasto se suicidó. Eugenio, prisionero, siguió su ejemplo.

Ambrosio pertenece a la historia de la Iglesia. A nosotros nos basta saber que, originariamente, no era un sacerdote sino un funcionario laico que, en calidad de prefecto, había representado con gran energía y competencia el poder imperial en la Liguria y la Emilia. Como tal, se había visto en la situación de tener que dirimir, no en nombre de la ley divina, sino en el de la del Estado, las controversias entre católicos y arríanos, que también allí producían muertos y heridos. Solo lo hizo como defensor del orden público, pero con un sentido de la justicia y de la mesura que los mismos litigantes, a la muerte del obispo arriano Ausencio, lo aclamaron como sucesor de este.

Se ignora si en ese momento Ambrosio ya era cristiano o todavía pagano. Solo sabemos que Valentiniano I (corría el año 374) quedó satisfecho con la elección y la aprobó. Así, en el espacio de una semana el funcionario laico recibió los sacramentos, las órdenes y la consagración episcopal. Los favores de la corte le consintieron ejercer con plena libertad sus altísimas facultades organizadoras. Muerto Valentiniano, hubo de vérselas con Justina, que era arriana, pero contaba con Graciano, de quien había sido tutor por un tiempo y que, según ciertas voces, había recibido de él el consejo de tomar como compañero a Teodosio.

Asesinado Graciano por Máximo y habiendo huido Justina con sus hijos a Salónica, Ambrosio, que se había quedado en Milán, siguió reorganizando la Iglesia. Ciertamente acogió bien a Teodosio cuando este, tras la muerte de Máximo, volvió a poner en el trono a Valentiniano II, y menos bien, es decir, decididamente mal, a Justina, quien pedía que por lo menos una iglesia de la diócesis fuera dedicada al culto arriano. Ambrosio contestó con una negativa.

Valentiniano, desde luego incitado por la madre, lo conminó al exilio. Ambrosio no se movió. Poco después estalló una insurrección en Salónica por un motivo que demuestra la miseria moral de aquellos tiempos. Buterico, el general godo que mandaba la guarnición, había apresado a un jinete de carreras del circo, ídolo de las muchedumbres, las cuales, para liberarlo, se sublevaron y dieron muerte a algunos oficiales y soldados. Teodosio no perdió la calma cuando dieron muerte a Graciano ni la perdería cuando mataran a Valentiniano, pero que no

[*] Viento frío que sopla del interior hacia el Adriático; célebre en la región de Trieste. (N. del T.)

tocaran a sus soldados bárbaros. Aunque Salónica era su ciudad favorita, ordenó una matanza indiscriminada que causó, según algunos, quince mil víctimas.

Días después se presentó en la iglesia para oír misa, pero en la puerta le salió al paso Ambrosio, que, señalándolo a la muchedumbre, exclamó: «La grandeza de su imperio y el corruptor ejercicio del poder absoluto pueden haberte impedido discernir la enormidad de tu delito, pero bajo tu púrpura no hay más que un hombre cuyo cuerpo está destinado a deshacerse en el polvo y cuya alma debe volver a Dios, que se la ha dado... Haz penitencia en expiación de tu pecado antes de volver a mezclarte con la grey de los fieles...».

Nadie se había atrevido nunca a hablar de semejante manera a aquel hombre orgulloso. Sin embargo, ante un sacerdote inerme inclinó la cabeza y durante muchos meses esperó en vano el perdón. Envió a solicitarlo a Rufino, un cortesano innoble poco calificado para semejante encargo. Ambrosio echó de su casa al mensajero, diciéndole que era «más desvergonzado que un perro». Aunque la Iglesia lo haya santificado después, debía de tratarse de un personaje de carácter un poco difícil.

Por último, el emperador acudió en persona a preguntar humildemente qué penitencia debía hacer. «Puesto que el motivo de tu pecado —contestó el obispo— ha sido la pasión, prepara una ley que haga obligatorio el intervalo de treinta días entre la firma de una condena a muerte y su ejecución. Es de esperar que en treinta días caiga la pasión y la razón ocupe su puesto.» Teodosio obedeció. Y fue el primero de los numerosos «precedentes» que consagrarían, en la prolongada lucha entre el Estado y la Iglesia, la sumisión de aquel a esta. Ambrosio comprendió la importancia del acontecimiento y para celebrarlo hizo componer un himno: el *Te Deum laudamus*.

En el año 395, después de la victoria sobre Eugenio y Arbogasto, Teodosio regresó a Milán. Su estado de salud le impedía reanudar el viaje a Constantinopla. Zósimo, siempre hostil al emperador, dice que lo habían derribado los vicios. Pero nada nos hace sospechar que los tuviera aquel hombre timorato y melancólico. Sintiendo próxima la muerte, hizo llamar a su segundo hijo, el niño Honorio, que llegó desde Constantinopla acompañado por Serena, prima de Teodosio y mujer de su más fiel general, Estilicón. Le confió el Imperio de Occidente, dejando el de Oriente al mayor, Arcadio, el primero bajo la tutela de Estilicón y el segundo bajo la de Rufino.

Con este gesto concluyó su vida Teodosio llamado el Grande. Difícil es decir si lo fue de veras. Tal vez hubiera llegado a serlo si Dios le hubiese dado un poco más de tiempo para llevar a término su política de integración con los bárbaros y darse cuenta de que la elección de sucesores no había sido la acertada. Fue, desde luego, un buen soldado que tenía un alto concepto del título que ostentaba y nunca faltó a las obligaciones que se derivaban de él. Pero la imparcialidad no era su fuerte, y desde el punto de vista administrativo sus actuaciones constituyeron una serie de desastres.

Sin embargo, fue ciertamente el último emperador digno de este nombre.

V. ESTILICÓN

El poeta Claudiano, especialista en panegíricos, saludó al nuevo emperador de Oriente, Honorio, con el título de *porfirogénita*, que significaba «nacido en la púrpura», es decir, cuando su padre era emperador en Constantinopla, mientras que su hermano mayor, Arcadio, había nacido en España, cuando su padre era aún un pensionista cualquiera. A ese título, debido a mera coincidencia, Honorio no supo, en toda su vida, añadir ningún otro, como no fuera el de avicultor. Si hubiera sabido administrar el Estado como sabía criar gallinas, habría sido un gran soberano.

En lugar de las cualidades de su padre, había heredado las de su madre, la anémica y enfermiza Flaccilla. No tenía ambiciones. No tenía pasiones. Ni siquiera tenía vicios. Al parecer vio con claridad y deseó con tenacidad una sola cosa: sobrevivir. Honorio fue un maestro en el arte de escamotear peligros y mantenerse a cubierto de las corrientes de aire. Demasiado poco para un emperador en un momento como aquel.

Pero a espaldas de este muchacho, extendiendo sobre él una protección tal vez un poco dominante, había un gran soldado y fiel servidor, el bárbaro Estilicón, que rondaba la cuarentena. Hijo de un jefe vándalo que había servido bajo los estandartes de Valente, hizo carrera con Teodosio, que le confiaba incluso misiones diplomáticas. Alto y solemne, su aspecto físico bastaba para imponer respeto. Y se ve que ya entonces el emperador ponía en él grandes esperanzas, porque le dio por esposa a su sobrina Serena. Desde entonces, Estilicón fue el lugarteniente de confianza de Teodosio. Lo había acompañado en todas las expediciones y probablemente había redactado los planes de operaciones. Aunque su figura es bastante discutida, su fidelidad no solo a la dinastía, sino también a las ideas políticas de su bienhechor está fuera de discusión.

Precisamente, aquel mismo año 395 en que prácticamente se convertía en dueño del Imperio de Occidente, los visigodos elegían como rey a Alarico, al que hemos conocido fugazmente como miembro del estado mayor de Teodosio en la batalla del Frigido. Tenía la misma edad y la misma experiencia que Estilicón, y muy bien podría haber ocupado el puesto de tutor de Honorio. En cambio, la suerte lo quiso al frente de su belicoso y turbulento pueblo que lo aclamó elevándolo sobre los escudos y al que enseguida ayudó a instalar en una región decisiva desde el punto de vista estratégico, la Serbia, paso obligado de todas las comunicaciones terrestres entre los dos imperios.

Alarico, como buen bárbaro, se sentía comprometido por su juramento de fidelidad a Teodosio, pero no a lo que este representaba. Así, pues, una vez muerto Teodosio, se consideró libre de llevar a cabo la política que quisiera, o, mejor dicho, de hacer una política, porque hasta aquel momento los visigodos no habían practicado ninguna.

La extraña mezcla que había en este hombre, de nacionalismo alemán y de admiración por la civilización mediterránea, se nos muestra en el ímpetu agresivo con que llevó a cabo una operación de conquista de Grecia y la brusca renuncia a proseguirla cuando se encontró ante las estatuas y las columnas del Partenón, cuya belleza lo deslumbró. De pronto, de conquistador se convirtió en turista y firmó con los atenienses un pacto de amistad.

El año siguiente (396), Estilicón acudió para desalojar a los visigodos de Grecia. Consiguió rodearlos en Arcadia y su aniquilación parecía segura cuando se supo, en cambio, que habían huido a través de un paso no vigilado. Zósimo dice que fue un error de Estilicón, Orosio habla de traición y Claudiano insinúa que había llegado de Constantinopla la orden de detener el ataque.

Tal vez no fue nada de esto, sino solo el temor, por parte de Estilicón, de que el Imperio decidiera prescindir de él el día en que los visigodos y su belicoso rey fueran destruidos.

Sin embargo, en la porfía por obtener la gratitud de Alarico, Arcadio fue mucho más allá, otorgándole, ya que no el título, sí las funciones de gobernador de Iliria.

Estilicón no reaccionó ante aquella provocación. Su posición parecía indestructible, ya que se había convertido en suegro de Honorio, a quien había dado por esposa a su hija María. En el año 400 fue elegido cónsul, un cargo al que ya no correspondían poderes comparables a los que Estilicón ejercía de hecho. Pero los romanos de vieja prosapia hacían de él un monopolio, porque seguían siendo los cónsules quienes daban el nombre al año en curso, como en los viejos tiempos de la República, y de mala gana admitían que semejante privilegio, aunque fuera meramente formal, correspondiese a un bárbaro. Sin embargo, se doblegaron ante Estilicón. Parecía, pues, que para este el nuevo siglo comenzaba bien.

No era así, empero, pues he aquí que de repente se presentó Alarico al frente de sus hordas en los pasos de los Alpes Julianos. Pueden ofrecerse infinitas conjeturas acerca de sus planes y designios, pero la única confirmada por los acontecimientos sucesivos es que el fogoso visigodo pretendía apoderarse, más que de Roma, del «puesto» de Estilicón.

Italia estaba acostumbrada a ver cruzar su territorio ejércitos en revuelta. Pero eran romanos, al menos de nombre. Desde hacía siglos, su tierra no era pisada por tropas que lucieran insignias extranjeras. Y el asombro fue grande. Claudiano cuenta que, para que el temor resultase aún mayor, también se metió por medio lo sobrenatural. En el cielo —señal siniestra— apareció un cometa, y mientras pasaba revista a sus soldados el emperador vio huir de sus filas dos lobos que fueron muertos y descuartizados. En sus vientres se hallaron sendas manos.

En Roma, los senadores, que seguían existiendo y reuniéndose, aunque sus decisiones hacía tiempo que habían dejado de tener importancia, sugirieron la idea, que a Honorio le gustó bastante, de cruzar el Tirreno y fundar una nueva urbe en Cerdeña o en Córcega. En medio de aquel balbuceo de gente amedrentada e indecisa, el único que habló como un verdadero senador fue Estilicón. «Dejad de lamentaros —les dijo—, que no es propio de hombres. Es verdad que los godos nos han atacado a traición, pero Italia ha salido bien librada de peligros bastante más graves: los de los galos, los cimbrios y los teutones. Si Roma cayese no

quedaría en el mundo una patria segura para sus hijos... Marcharé al norte a fin de reunir un ejército para vengar la injuriada majestad de Roma, pero entretanto seguiré participando de vuestra ansiedad, porque dejo entre vosotros a mi mujer, a mis hijos y a este yerno mío, Honorio, que me es más querido que la vida misma.»

Así nos lo refiere Claudiano, embelleciendo tal vez bastante el discurso de su héroe. Pero el hecho de que un poeta romano hallara plausible y creíble semejante parlamento en labios de un general bárbaro nos basta para comprender hasta qué punto se había llegado en Roma y cómo Estilicón consideraba, con cierta condescendencia, un simple «protegido» suyo al jovencito que ocupaba el trono.

En el invierno de 401-402, el general marchó contra Alarico, que se había acercado a Turín y ahora asediaba la plaza fuerte de Pollenzo. Según Claudiano, un veterano godo advirtió a su rey que no presentara batalla. Furioso, Alarico le contestó que había oído una voz que le decía: «¡Entrarás en la urbe!».

Por el momento, los hechos no dieron la razón a este presentimiento. Tal vez la de Pollenzo no fue para Estilicón, cuya presencia incluso es dudosa en esa acción bélica, una victoria aplastante, pero, desde luego, constituyó una derrota para Alarico que parece haber dejado en manos del enemigo a su esposa y a sus hijos. Debió de tratarse de uno de los éxitos a la manera de Estilicón, que cuando tenía que vérselas con los visigodos por lo general les hacía hincar la rodilla, pero en el momento de asestar el golpe final enfundaba la espada y les dejaba retirarse libremente. En realidad, también esta vez Alarico logró reorganizar sus desordenadas falanges y reanudar el camino hacia el Véneto, donde se detuvo a acampar. Con toda cortesía, Estilicón le envió allí la esposa y los hijos.

En Roma, adonde la noticia de la victoria aún no había llegado, se trabajaba para levantar una nueva muralla capaz de reforzar la de Aureliano. El miedo había devuelto de pronto a aquellos ciudadanos holgazanes un enorme deseo de trabajar. De vez en cuando se detenían para otear el horizonte, temerosos de ver surgir de pronto las columnas godas. En cambio, aparecieron las de Estilicón, que esta vez fue acogido con un entusiasmo indescriptible y pasó entre la población que lo aclamaba. El general iba en un carro, sentado junto al emperador Honorio, su yerno, y la emperatriz María, su hija.

Naturalmente, los romanos quisieron festejar el feliz acontecimiento a su manera, es decir, con un gran espectáculo de gladiadores en el circo. Esa clase de actos habían sido prohibidos por Constantino casi un siglo antes, pero los romanos no se daban por enterados, demostrando así que entonces tenían por las leyes y los reglamentos el mismo respeto que tienen ahora. Esa vez, sin embargo, les salió mal. En lo mejor de una matanza en masa de prisioneros godos, un monje llamado Telémaco saltó a la arena para poner término a la mortandad. Fue apedreado y muerto por la muchedumbre embrutecida. Honorio se sintió trastornado hasta tal punto que desde entonces fueron terminantemente prohibidos los juegos en el circo, y ya no solo sobre el papel.

El año siguiente, Estilicón fue reelegido cónsul por segunda vez (405) y se ganó el título de «salvador de la ciudad». No era Alarico quien la amenazaba ahora, sino un tal Radagaiso, cuya identidad exacta desconocemos; tal vez fuera un ostrogodo que había logrado librar a tiempo a una parte de su pueblo de la servidumbre de los hunos. Sea como fuere, se trataba de un bárbaro en el más

completo sentido de la palabra, «el más salvaje de todos los enemigos que Roma haya tenido nunca», según Orosio. Bajó a la península al frente de una horda de doscientos mil hombres, aunque alguien asegura que eran cuatrocientos mil. Pero Estilicón, en una magistral demostración de estrategia, consiguió encerrarlo en los valles al pie de Fiésole, precisamente en el mismo lugar en que, cuatro siglos y medio antes, había sido derrotado Catilina.

No hubo necesidad de librar batalla. Bastó con cerrar los pasos. Dentro de aquella angostura sin salida, los godos fueron muriéndose de hambre y Estilicón los dejó así hasta que solo quedaron unos pocos vivos, que ni siquiera eran útiles como esclavos. Estilicón sabía hacer bien las cosas, cuando no se trataba de Alarico.

De esta manera, Italia pareció definitivamente liberada de la amenaza de las invasiones, algo que ningún bárbaro volvió a intentar en dos años. Solo que, para llegar a esto había sido necesario dejar desguarnecidas las demás provincias del oeste, Britania, Hispania y Galia, hacia las que se precipitaban caóticamente, empujándose unos a otros y peleando entre sí, vándalos, suevos y alanos, en conflicto con alamanes, francos y burgundios, que ya se habían establecido en aquellas tierras.

El Imperio de Occidente se hundía.

El año 408, el emperador de Oriente, Arcadio, murió, dejando como heredero del trono a un niño de siete años, Teodosio II, bajo la tutela de su madre, la emperatriz Eudoxia, princesa de sangre franca, es decir, germana. Y aquí nos hallamos frente a una serie de acontecimientos acerca de Estilicón que nos dejan bastante perplejos.

Alarico había vuelto a agitarse y con su ejército había penetrado en el Epiro, provincia de Constantinopla. Después, de improviso, se volvió atrás y por el acostumbrado paso de Laybach se asomó de nuevo a Italia, enviando una embajada a Roma para pedir, en términos bastante bruscos, una compensación a los gastos hechos en el Epiro, «ya que no le habían dejado concluir la empresa». ¿Quién no se la había dejado concluir después de habérsela, evidentemente, ordenado?

En el Senado, Estilicón explicó que, en efecto, al dirigirse al Epiro Alarico había creído servir a los intereses del emperador, quien después le había impuesto el cese de las hostilidades, motivo por el cual era necesario compensarle.

Solo uno entre los senadores se levantó para objetar algo, hallando en su requisitoria los acentos de la antigua Roma: Lampridio. «Esto no es paz —dijo—, sino aceptación de la esclavitud.» Apenas hubo pronunciado aquellas palabra orgullosas, corrió a refugiarse en una iglesia cercana.

La propuesta de Estilicón fue aprobada. El general ya parecía omnipotente. Su hija la emperatriz María había muerto, pero Honorio la había reemplazado por la hermana menor, Termancia, con lo cual seguía siendo yerno del mismo suegro. Además, las funciones de confidente del soberano las tenía ahora Olimpio, un pequeño griego del mar Negro que debía a Estilicón su carrera. Con todo, al parecer fue precisamente este intrigante cortesano quien suscitó las sospechas de Honorio contra su general.

El emperador proyectaba un viaje a Constantinopla a fin de afirmar su derecho a la tutela del pequeño Teodosio. Estilicón le mostró los peligros y el coste del viaje en tales términos que lo persuadió de que no fuera y lo enviase a él en su nombre. Sin embargo, según se apresuró a insinuar Olimpio, Estilicón lo había hecho porque en realidad quería instalar a su hijo Euquerio en el trono de oriente.

Elementos que confirmaran esta sospecha no los había, porque Estilicón había mantenido a Euquerio al margen de todo, pero, muerto Arcadio, no parecía que Honorio necesitara ya tanto de su general, que con el pretexto de protegerlo lo ahogaba. Había también otros motivos de descontento en relación con el omnipotente vándalo. Decían los paganos que en su primer viaje a Roma, en el séquito de su padre adoptivo Teodosio, su mujer, Serena, había robado una joya del templo de Rea y que él mismo se había apropiado de unas placas de oro del templo de Júpiter Capitolino. Los cristianos, por su parte, murmuraban que Euquerio era, en lo más íntimo, un pagano idólatra. Pero lo que más daba que hablar era la extraña actitud del general hacia Alarico, actitud que irritaba al elemento romano.

En las legiones se produjo algún motín. Honorio ordenó la represión al general, que la llevó a cabo diezmando sumariamente las tropas, justo en el momento en que un usurpador, Constantino, descendía desde Britania, de la que había sido comandante militar, a Francia y se instalaba en Arles, amenazando a Italia. Estilicón comprendía que no podía detenerlo con un ejército casi en revuelta. Y no tenía más tropas a las que llamar. Había gastado las últimas en la campaña contra Radagaiso, y las provincias occidentales, definitivamente sometidas por los bárbaros, no proporcionaban más soldados. Por lo tanto, dijo a Honorio que estaba en tratos con Alarico para lanzarlo contra Constantino. Y de haber ocurrido esto a tiempo, todas las sospechas que sus anteriores condescendencias con el jefe visigodo habían suscitado se hubieran desvanecido de pronto.

Por desgracia, no hubo tiempo. Después de dar su consentimiento a este proyecto diplomático y firmar la carta a Alarico, Honorio salió hacia Pavía con Olimpio, mientras el general, que aún no sospechaba del favorito, quedaba en Rávena a fin de preparar su viaje a Constantinopla. No sabemos cómo ocurrieron exactamente las cosas, pero el hecho es que, inmediatamente después de la llegada del emperador y su consejero, las guarniciones del Tesino se sublevaron y eliminaron rápidamente a quienes se consideraban amigos de Estilicón. Aquellas guarniciones estaban compuestas por los últimos soldados de sangre romana, más o menos pura, que aún integraban el ejército, y por lo tanto su revuelta adquiría un claro carácter de «pogromo» contra los bárbaros.

Los jefes de estos se reunieron en Bolonia, en consejo de guerra, en torno a Estilicón, quien, al oír que también el emperador había sido asesinado, aprobó de inmediato la propuesta de avanzar contra Pavía y pasar por las armas a los amotinados. Sin embargo, enseguida llegó una noticia que desmentía la anterior: Honorio estaba a salvo. El general dijo entonces que, en tal caso, había que esperar órdenes.

No todos, empero, aprobaron ese gesto de disciplina; al contrario, la mayoría lo desaprobó. El godo Saro incluso desertó del campo y de noche atacó y

aniquiló a la guardia personal de Estilicón, que consiguió escapar a caballo hacia Rávena. Parece ser que Olimpio había prometido a Saro un buen premio si mataba al general. Este, sin embargo, se mostraba más preocupado por la salvación del Estado que por la suya propia, puesto que, en vez de organizar una defensa personal, se puso a enviar circulares a todos los magistrados ordenándoles que rechazaran cualquier tentativa de las tropas bárbaras de entrar en las ciudades en cuyas afueras estaban. Estilicón no deseaba un derramamiento de sangre entre italianos y germanos. Seguía fiel al gran sueño de la integración, que había sido el de los emperadores más iluminados, desde Aureliano a Constantino y Teodosio.

Mientras intentaba evitar así la catástrofe, llegó de parte de Honorio la orden de arrestarlo. Tal vez solo entonces al salvador de la urbe se le cayera la venda de los ojos. Se refugió entonces en una iglesia, donde los soldados no podían entrar. Al amanecer, algunos de ellos fueron conducidos a su presencia, desarmados, por el obispo, ante quien juraron, probablemente de buena fe, que la pena dictada contra el general era la de un momentáneo confinamiento en un lugar vigilado. Estilicón los siguió. Cuando estuvo fuera del recinto sagrado, se le dio a leer una segunda carta de Honorio que, «por delitos contra el Estado, le comunicaba la condena a muerte, que debía cumplirse de inmediato».

Había alrededor del grupo una pequeña muchedumbre de amigos del general y de soldados bárbaros que, al oír aquel increíble veredicto, desenvainaron amenazadoramente las espadas. Estilicón los detuvo con gesto imperioso. Aún conservaba tal prestigio entre los suyos que nadie se atrevió a desobedecerle. Después puso una rodilla en tierra y estoicamente, sin una sola palabra de amargura, inclinó la cabeza gris ofreciendo el cuello al hacha del verdugo.

Faltan elementos para poder pronunciar un juicio seguro acerca de este hombre. Es posible que se hubiera aprovechado del poder para enriquecerse y enriquecer a los suyos. Es probable que fuera ambicioso y que a veces hubiese confundido su propio interés con el del Estado, desembarazándose bajo cuerda de adversarios y de posibles rivales. Que su modo de proteger a Honorio era un tanto autoritario y a veces excesivo, lo demuestra el hecho de que por dos veces le diera por esposa hijas suyas. Pero de lo que no puede dudarse es de la fidelidad con que cumplió la palabra dada a Teodosio de defender hasta el fin a sus herederos y su política. Brillaron en él las mejores cualidades del bárbaro que se dedicaba al servicio de Roma: la sagacidad militar, el valor y, sobre todo, el sentido solemne, casi majestuoso, de la dignidad imperial. Es verdad que mantuvo un doble juego con Alarico derrotándolo por tres veces y perdonándolo otras tantas. Si esta política que hoy llamaríamos «de distensión» fue justa o equivocada es algo que solo podría decirse si su autor hubiese logrado desarrollarla hasta el fin. De todos modos, aquel bárbaro fue uno de los últimos jefes del Imperio que supieron morir como romanos.

Su cabeza rodó por el polvo el 23 de agosto del año 408. El verdugo que decapitó a Estilicón, Heracliano, fue nombrado general en premio por tan noble servicio. Euquerio, fugitivo de Roma y refugiado también en una iglesia, murió asesinado unos meses después. La emperatriz Termancia fue devuelta por Honorio a su madre Serena. Un comité de depuración (¡cómo se repite todo en la historia!) presidido por Olimpio llevó a cabo la eliminación de todos aquellos funcionarios y oficiales que, por el mero hecho de haber sido seleccionados por Estilicón,

pasaban por «colaboracionistas». En las guarniciones, los romanos, envalentonados, realizaron algunas matanzas entre los «auxiliares» bárbaros, incluyendo mujeres y niños.

Fue, en pocas palabras, una «purga» en toda regla que el contemporáneo Orosio, gazmoño y declamatorio, saludó como una «purificación» de Roma. Lástima que su más notorio resultado, aparte del cambio de guardia en los cargos (y en las prebendas), fuera el paso de treinta mil soldados bárbaros al campo de Alarico, precisamente en el momento en que la «distensión» se desvanecía en el aire.

VI. ROMA, 410 D.C.

Asomado a la ventana de Laybach con su ambigua actitud de siempre, Alarico pareció acoger con absoluta indiferencia, al menos por el momento, la noticia de la muerte de su amigo Estilicón. Más aún, envió un mensaje a Honorio manifestándose dispuesto, a cambio de una moderada recompensa, a firmar un tratado de paz con él y retirarse de Serbia. Honorio, con el valor que lo distinguía, más a la hora de manejar la pluma que la espada, se negó. Sin embargo, en lugar de prepararse para la otra eventualidad con la que implícitamente lo amenazaba Alarico, la guerra, volvió a sus actividades favoritas: criar pollos y redactar decretos de persecución contra los herejes, confiándose para todo lo demás, según Zósimo, a las oraciones de Olimpio. Ya había trasladado definitivamente su corte de Milán a Rávena, una ciudad que para defenderse se bastaba con los pantanos y la malaria. Para él, no había más seguridad que la de su persona.

Alarico cruzó los Alpes Julianos, bajó al Véneto, no intentó nada contra Aquilea, atravesó el Po y llegó a Bolonia, sembrando por donde pasaba miseria y hambre. A su encuentro solo salió un monje, que fue a suplicarle que desistiera de sus propósitos. «No se trata de que me los proponga o no —repuso Alarico—. Hay algo dentro de mí que me empuja irresistiblemente, gritándome: "Marcha sobre Roma y haz de ella un montón de ruinas".» Fue, si no nos equivocamos, el primer alemán que alistó al mismísimo Dios bajo sus estandartes. No le faltarían imitadores.

En Roma, donde desde los tiempos de Brenno no había vuelto a verse a un enemigo acampar bajo las murallas, el desaliento fue grande, y la primera medida que se tomó fue matar a Serena, la viuda de Estilicón, el hombre que siempre había pactado con los godos. Los paganos, acusándola de connivencia con el enemigo, quisieron vengarse del sacrilegio que había cometido en el templo de Rea. Pero los antiguos dioses, a cuya mortificación había contribuido el cristiano Estilicón, no recompensaron su celo a la urbe, que a finales del año 408 comenzó a morir de hambre. Alarico no la atacaba, pero mantenía en torno a ella un cerco implacable. Desde Rávena llegaban incitaciones a resistir, pero no batallones. Al hambre se sumó una epidemia. Se produjeron casos de canibalismo. Ante estas desdichas, el orgullo romano, que se negaba a creer que Roma pudiera caer en manos de un enemigo, reaccionó difundiendo el rumor de que no era Alarico con sus visigodos quien acampaba bajo sus murallas, sino un rebelde lugarteniente de Estilicón.

Para aclarar la veracidad de ese rumor, fue enviado como embajador el jefe de los notarios imperiales, Juan, que conocía personalmente a Alarico y que hubo de convenir en que, por desgracia, era él en persona quien asediaba a la ciudad. En el lenguaje empleado ante el guerrero bárbaro resonaban los acentos de la urbe imperial, más acostumbrada a imponer la paz que a pedirla. Pero el

guerrero bárbaro, lejos de dejarse impresionar, se rió en la cara del legado y replicó a la áulica perorata con un proverbio popular germano: «La hierba abundante se siega más fácilmente que la escasa». Quién sabe lo que trataba de decir. En cambio, no hubo dudas acerca de lo que exigía: el oro, la plata de la ciudad y la entrega de todos los esclavos de sangre bárbara. «Entonces, ¿qué nos dejas?», preguntó asustado el legado. «El alma», respondió Alarico. En realidad se trataba de una rendición sin condiciones.

El Senado rechazó la propuesta y se volvió hacia el Papa. Ante la inminencia del peligro, el Estado abdicaba en la Iglesia, que de esta manera reemplaza al vacilante poder político en Italia. Inocencio I era un pontífice de altas cualidades morales e intelectuales, pero sabía de sobra que Roma, cristiana en la superficie, seguía siendo sustancialmente pagana. La plebe iba de un lado a otro diciendo que Alarico solo representaba la venganza de los dioses contra la urbe que los había traicionado, mientras que otras ciudades, como Narni, se habían salvado de la catástrofe por volver a abrazar a tiempo la antigua fe y sus ritos.

Inocencio I, inclinándose ante la fuerza de la necesidad, consintió en la restauración de los ritos, pero los sacerdotes paganos replicaron que eso debía hacerse de forma pública y solemne en el Capitolio y en el Foro de Trajano, con la participación del Senado al completo. El Papa, aunque de mala gana, dio también su consentimiento. Pero las ceremonias y los sacrificios que momentáneamente volvieron a transformar la urbe en la capital del paganismo, no dieron fruto. Alarico no se movió de donde estaba y el hambre y la peste siguieron haciendo estragos en la asediada ciudad.

Se reanudaron las conversaciones y, por fin, se llegó a un acuerdo. Alarico se conformó con 5.000 libras de oro, 30.000 de plata, 3.000 de pimienta y 4.000 túnicas de seda. Esta ansia de seda y de pimienta dice bastante acerca de los cambios ocurridos en los usos y costumbres de los bárbaros. En cuanto a los de los romanos, quedan bien explicados por el modo de proporcionarse los medios para pagar aquel pesado tributo. La ciudad que poco antes quería volver al culto de los antiguos dioses, despojó sus estatuas de todas las joyas que ostentaban.

Alarico quiso mostrarse accesible, porque tenía en su mente un proyecto más amplio: el de hacerse aceptar como aliado permanente y defensor de Roma. El momento le parecía bueno, porque Honorio se hallaba más amenazado que nunca por el usurpador Constantino, acuartelado en Valence y momentáneamente victorioso en Britania, Galia e Hispania sobre las hordas bárbaras que las habían arrasado. A principios del año 409 envió un legado a Honorio para decirle que, si le reconocía el mando en aquellas provincias, en adelante las gobernaría en su nombre. Honorio tenía que elegir así entre un enemigo y un general traidor que en aquel momento estaba asesinando sumariamente a todos los funcionarios fieles al emperador, y le mandó la púrpura imperial asociándolo al trono.

Tal vez lo hizo por coherencia, porque la alianza con Alarico significaría el retorno a la política de Estilicón; pero quien pagó las consecuencias fue Roma, que había enviado una embajada a Rávena para obtener la ratificación del tratado de paz con el visigodo. Honorio escuchó a los enviados, no se conmovió al oír el relato de los sufrimientos de la ciudad, rechazó la ratificación y Alarico volvió a poner sitio a Roma.

Esta vez, sin embargo, ya no podía decirse que la culpa fuera de los malos consejos de Olimpio, que había caído en desgracia y huía de Rávena. Su puesto lo había ocupado un tal Jovio, un personaje salido de la nada y de quien solo se sabía que había tenido buenas relaciones con Alarico, del que había sido huésped en Epiro. Pidió permiso al emperador para entrevistarse con el rey godo —con quien de hecho se encontró en Rímini— a fin de intentar resolver de forma amistosa la controversia. En el informe que inmediatamente después envió a Rávena se decía que Alarico pedía un tributo anual, además de Istria, Venecia y Dalmacia como lugar de asentamiento para su pueblo, quedando intacta en estas provincias la autoridad del Imperio. Pero Jovio sugería que si Alarico fuese nombrado *magister militum*, que era el cargo que había ostentado Estilicón, se conformaría sin pedir más. Se trataba de la enésima prueba de que la ambición del bárbaro no era destruir el Imperio, sino introducirse en sus estructuras.

La respuesta de Honorio fue fulminante: «No solo Alarico, sino ninguno de su raza —concluía la carta— podrá aspirar jamás a semejantes cargos». Jovio cometió la tontería, o el delito voluntario, de leer esa frase en voz alta.

La reacción de Alarico fue la del hombre herido en sus más dolorosos complejos de inferioridad: aquella alusión a la raza le había escocido. Sin embargo, supo controlarse y antes de reanudar el asedio de Roma quiso atraerse a la población con un gesto generoso. Reunió a los obispos de las ciudades italianas que ya había ocupado y los envió a Rávena como embajadores para informar al emperador de que, con tal de evitar a la urbe nuevos sufrimientos, se contentaba con un derecho de asilo en Austria prometiendo a cambio su asistencia militar contra cualquier enemigo de Roma y el Imperio.

Honorio se negó otra vez alegando el juramento que había hecho de nunca rebajarse a pactar con el bárbaro, quien a los ojos de los romanos se convirtió en amigo que trataba de salvarlos. Los sitiados se manifestaron tumultuosamente por las calles de su ciudad demostrando su indignación contra un emperador que, lejos de defenderlos, los convertía en víctimas de su obstinación. Finalmente decidieron rebelarse; cortaron los puentes con Rávena y elevaron al trono a otro emperador, Átalo.

Era este un intelectual griego que había hecho una excelente carrera en la corte hasta conseguir que lo nombrasen prefecto del pretorio de la urbe, el cargo más elevado de la ciudad. Los paganos lo consideraban uno de los suyos a causa de la cultura clásica en que estaba formado. En realidad, era cristiano, pero había recibido el bautismo de un obispo godo y arriano, lo que hacía de él una persona grata a los ojos de Alarico y los suyos.

Átalo se tomó muy en serio su nombramiento: convocó el Senado y pronunció, en un latín perfectamente ciceroniano, un magnífico discurso en el que anunció la reconstrucción del viejo Imperio, con el retorno de todo Occidente bajo el cetro de Roma. Naturalmente, no pensaba llevar a cabo esta operación con los romanos, sino con los visigodos de Alarico. Pero esto no lo dijo. Y el primer paso lo dio hacia Rávena, para eliminar de entrada al depuesto Honorio.

Este no envió a su encuentro un ejército porque no lo había, sino al acostumbrado Jovio, con una propuesta halagüeña: que quedara Átalo como emperador en Roma, con tal de que Honorio pudiera serlo en Rávena. Pero fue el mismo Jovio, inagotable practicante del doble juego, quien aconsejó a Átalo que

se negara a aceptar, y al parecer también quien le dictó la insolente respuesta: «Ni siquiera un vestigio de la dignidad imperial se te dejará, Honorio. Solo, como un favor, te concederemos la vida». Y Honorio, que amaba no poco la vida y no se fiaba del «favor», comenzaba ya a preparar su fuga a Constantinopla cuando recibió la inesperada noticia de que precisamente de esta iban a llegar a Rávena cuarenta mil hombres, enviados por su sobrino Teodosio II.

Nada podría darnos mejor la medida de la desorganización y el desorden que reinaban en los dos Imperios, el de Occidente y el de Oriente, que el hecho de que aquellos cuarenta mil hombres eran el refuerzo solicitado dos años antes por Estilicón a fin de rechazar los continuos ataques de los bárbaros. Habían empleado dos años en acudir, y no por mala voluntad, sino por una falta total de eficiencia. Y así Honorio fue salvado otra vez por el general al que había hecho matar y que hasta después de muerto seguía sirviéndole.

Jovio, que se había quedado en Roma fingiéndose aliado de Átalo, pero manteniendo una correspondencia secreta con Honorio, se aprovechaba de su personal amistad con Alarico para insinuarle al oído que no debía fiarse de Átalo, quien se disponía a traicionar y asesinar a su protector. Alarico escuchaba, pero sabía que en cuestiones de lealtad las lecciones de Jovio no eran de lo más cualificado. No abandonó a Átalo, sino que avanzó primero contra Bolonia y después hacia Génova a fin de imponer a ambas ciudades el que lo reconocieran como emperador. Y solo cuando le cegó la noticia de que el pueblo romano, reducido nuevamente al hambre por el bloqueo de los puertos africanos, estaba a punto de rebelarse contra aquel Augusto que solo se dedicaba a pronunciar discursos solemnes e inútiles, lo convocó a Rímini. Y allí, ante toda la población, le arrebató la púrpura y la diadema y las mandó como homenaje a Honorio, en un último intento de llegar a un acuerdo con él.

Esta vez fue un guerrero godo, un tal Saro, que hacía muchos años dependía del emperador, quien aconsejó a este que rechazara cualquier acuerdo. Parece ser que este Saro tenía ciertos desacuerdos de tipo familiar con Alarico. Fuera como fuese, no necesitó hacer un gran esfuerzo para animar la obstinación de aquel soberano que, como después se dirá de ciertos reyes Borbones, ni olvidaba ni aprendía nada.

Entonces se presentó por tercera vez Alarico ante las murallas de Roma, llevándose consigo a Átalo que, arrojado de nuevo al polvo del que se había levantado, le había pedido humildemente que le dejara quedarse en su séquito. Después de un breve asedio irrumpió en la ciudad, probablemente sin encontrar resistencia, o encontrando muy poca.

Corría el año 410. Y el acontecimiento era tan sensacional que la noticia se extendió por todo el mundo y excitó la fantasía de la gente, que bordó sobre él las más siniestras murmuraciones. Para justificar aquella rápida rendición se dijo que Alarico había recurrido a la estratagema traicionera de enviar como regalo a los nobles romanos trescientos esclavos, que después habían actuado como «quinta columna» abriendo las puertas de la ciudad. Según otros, en cambio, fue una dama de la aristocracia, Proba, quien hizo que sus criadas las abrieran a fin de ahorrar a la población las torturas de un nuevo asedio.

Por desgracia, de la caída de Roma no tenemos más que unas pocas anécdotas, recogidas por algunos memorialistas eclesiásticos, que, desde luego, no

son muy dignas de crédito. No vacilamos en creer que, después de haberla deseado tanto y durante tantos años, los guerreros godos debieron de cometer saqueos y devastaciones, pero sin duda fueron muchos menos de lo que por entonces se dijo. Alarico había ordenado que los edificios cristianos fuesen respetados. Y los soldados obedecieron. Uno de ellos, que había entrado en una iglesia sin saberlo, quiso robar algo. Una vieja religiosa le dijo: «Hazlo, si quieres. Yo no soy lo bastante fuerte para defenderla. Pero debes saber que esto es del apóstol Pedro». El godo se asustó, solicitó la intervención personal de Alarico y este ordenó que todas las joyas del templo fueran llevadas en procesión a la cripta.

El saqueo de Roma duró entre tres y seis días. Después, cargando con el botín, el ejército de Alarico reanudó la marcha hacia el sur, penetró en la Campania, pasó de allí a Calabria y acampó en Brindisi, donde con todo empeño se puso a construir una flota. Aún hoy ignoramos si pretendía desembarcar en Sicilia o pasar a África para obligar a Honorio a hincarse de rodillas ante él a fuerza de impedirle el abastecimiento de trigo. La expedición estaba a punto de hacerse a la mar cuando un huracán hundió buena parte de los barcos con muchos soldados ya a bordo. Inmediatamente después, la fiebre atacó a Alarico, que se había trasladado a Cosenza. Tal vez fuese malaria. En cualquier caso, a los pocos días el enfermo expiró.

Al no poder llevar su cadáver a la patria, los hombres de Alarico decidieron excavar una tumba que nadie pudiese hallar ni profanar. Hicieron trabajar a miles de esclavos para desviar el curso del Busento, abrieron una fosa en el viejo lecho del río, que desde la Sila desciende al Tirreno, y después recondujeron nuevamente las aguas. A continuación, para mayor seguridad, asesinaron a cuantos habían tomado parte en el faraónico trabajo, de manera que ninguno pudiese revelar la situación exacta del sepulcro.

Era un broche de acuerdo con la figura romántica y errabunda de este guerrero germano que iniciaba la serie de aquellos héroes destinados a descender a Italia sedientos de un amor homicida hacia Roma y perderse en ella. Había resumido en sí, mejor que ningún otro, los turbios instintos y las confusas aspiraciones del mundo bárbaro frente a la civilización latina. Aunque su comportamiento resultase contradictorio e incoherente, Alarico fue el primero de los caudillos teutónicos que concibió una política. Generoso y ávido, noble y cruel, a menudo presa de sus pasiones, pero también capaz de obrar con frialdad, había ejercido sobre sus hombres, que lo idolatraban, una profunda fascinación. De todos sus contemporáneos, germanos y latinos, fue, con Estilicón, el único que vio claramente la necesidad de una integración entre los dos mundos.

Fue él mismo quien pidió, en la víspera de su muerte, ser enterrado allí, en el lecho de un río que le recordaba el Danubio, en cuyas orillas había nacido. Como sucesor, había designado a su hermano Ataúlfo.

VII. GALA PLACIDIA

La noticia de la caída de Roma había consternado el mundo entero. Los paganos vieron en ello la venganza de sus dioses abandonados y traicionados. Y los cristianos, que durante cuatro siglos habían luchado contra la urbe, deseándole el mismo fin que a Babilonia, se sintieron de pronto huérfanos y se dieron cuenta de lo mucho que su misma Iglesia debía a su cañamazo político y administrativo y a su fuerza organizadora. San Agustín, entonces obispo de Hipona, halló en el acontecimiento el punto de partida para su obra capital, *La ciudad de Dios*. Y desde su celda de Belén, en Palestina, san Jerónimo, que había sido un despiadado acusador de Roma y de sus vicios, escribía: «La fuente de nuestras lágrimas se ha secado... De pronto, he perdido la memoria de todo, hasta de mi nombre...».

El único que no mostró turbación alguna fue Honorio. Cuenta Procopio que cuando un chambelán acudió a anunciarle el fin de Roma, el emperador contestó, furioso: «¡Qué fin ni qué historias! ¡Si hace cinco minutos estaba picoteando el maíz en mi propia mano!». Creía que el chambelán aludía a un espléndido ejemplar de gallina faraona a la que él había dado el nombre de Roma. Cuando comprendió que no se trataba de esta sino de la ciudad, que había quedado asolada, soltó un suspiro de alivio. El único detalle que le impresionó dolorosamente de toda aquella catástrofe fue la noticia de la suerte que había corrido su hermana Gala Placidia, capturada por los bárbaros y conducida entre los prisioneros.

Placidia había sido el fruto solitario del segundo matrimonio de Teodosio con Gala, hermana de Valentiniano II. Había crecido prácticamente huérfana, porque su madre había muerto cuatro años después de haberla traído al mundo, en víspera de la última expedición de Teodosio a Occidente, de la que el emperador no volvería. Ignoramos por qué razón se hallaba en Roma cuando los godos saquearon la ciudad. Tal vez porque allí se había trasladado a vivir Leta, la viuda de Graciano, que al parecer ejerció la tutela de la joven. Pero tal vez se debiera también al hecho de que Gala no deseaba cohabitar con ninguno de sus hermanastros, con quienes debía de sentirse en desacuerdo, y por lo tanto evitaba lo mismo Constantinopla que Rávena. No corría por sus venas la anémica sangre de Flaccilla, primera mujer de Teodosio, al contrario que Honorio y Arcadio. Había heredado la belleza de su madre y el carácter de su padre.

En las crónicas de los memorialistas su nombre aparece por primera vez a propósito de la condena a muerte de Serena, la viuda de Estilicón, que Zósimo atribuye precisamente a Placidia. ¿Por qué motivo se odiaban tanto ambas mujeres? Claudiano sugiere que Serena había intentado, a traición, darle por marido a su propio hijo Euquerio. Pero lo más probable es que no sea verdad. Por lo que sabemos, Serena no fue víctima de unas intrigas de familia sino de los paganos.

Sea como fuere, Placidia cayó en manos de la soldadesca de Alarico, que la retuvo como rehén, aun tratándola con toda la consideración debida a su categoría de princesa real, y se la llevó en su última marcha hacia Brindisi. Se la menciona en las conversaciones que el jefe bárbaro celebró con Honorio, quien reclamaba con perentoria insistencia su restitución. Después, los hechos demostraron que no se trataba de amor fraterno, o al menos no solo de ello. Honorio carecía de afectos. No tenía más que puntillos de honra y susceptibilidad. Que una hermana suya fuera retenida como prisionera por un bárbaro le parecía un ultraje insoportable a su prestigio imperial.

Pero Alarico, que en su deseo de llegar a un acuerdo con él, se había ofrecido, al principio, a restituírsela de inmediato, comenzó ahora a tergiversar las cosas. Su hermano más joven, Ataúlfo, destinado a sucederle en el mando, se había enamorado de la bella prisionera, que le correspondía plenamente, y Alarico aprobaba aquel idilio, en el que se compendiaba, a fin de cuentas, toda su política.

Comparado con sus altos y rubios guerreros, Ataúlfo, según refiere Jordane, era físicamente poco imponente. Pero tenía un temperamento apasionado y caballeresco, que debió de gustar a la princesa criada entre cortesanos, eunucos, poltrones y calculadores. Orosio dice haber sabido por un tal Jerónimo, amigo personal del joven caudillo, que este había acariciado en su juventud el sueño de derribar el imperio de Roma para sustituirlo por el godo, proclamándose él mismo augusto. Después, familiarizado con la lengua y las leyes latinas, dio cuenta de que los godos no estaban maduros para sustituirlas con las suyas y se había propuesto restaurar la gloria de Roma, en vez de destruirla, revigorizándola con sangre germana. Por lo tanto, al enamorarse de Placidia no hacía más que traducir en términos conyugales esta concepción política. En cuanto a Placidia, es de suponer que la política no interviniera para nada y que correspondiese a los sentimientos de Ataúlfo solo porque era un guapo mozo y un intrépido soldado. Sin embargo, también ella llegó, más tarde, a la misma política, siguiendo el camino opuesto y mucho más femenino, del lecho a la idea, en vez de ir de la idea al lecho.

El matrimonio no pudo celebrarse de inmediato porque Honorio no daba su consentimiento, ya que había prometido la mano de Gala a Constancio, que era su mejor general y ocupaba el puesto en el que se habían sucedido Olimpio y Jovio. De sangre iliria, Constancio no era joven y físicamente resultaba repelente, a causa, sobre todo, de su enorme cabeza sobre un cuello corto y ancho, y de su mirada truculenta y amenazadora. Se mantenía en la silla de montar como un saco de patatas. Pero a pesar de su aspecto más bien desgraciado, era un hombre apasionado y vehemente, sobre todo a la mesa, donde ponía lo mejor de sí mismo comiendo con un apetito espléndido, bebiendo proporcionalmente y no desdeñando nunca representar pantomimas con los actores que él mismo reclutaba para aquellos banquetes, con los que intercambiaba ocurrencias lúbricas y chistes groseros. Debía de parecerse un poco a Kruschev. Pero, como Kruschev, sabía cumplir muy bien y lealmente su oficio. Fue él quien capturó en Arles al usurpador Constantino y a su hijo Juliano, quienes, tras haber recibido de Honorio la promesa solemne de que se les respetaría la vida, fueron asesinados. Y era precisamente por estos méritos por lo que insistía en obtener la mano de Placidia.

Después de la muerte de Alarico, Ataúlfo comenzó a cruzar la península en sentido inverso; atravesó los Alpes occidentales y penetró en Francia, tal vez para dar prueba a Honorio de que no era su intención amenazarlo y así obtener de él el anhelado consentimiento para el matrimonio. Pero como el consentimiento no acababa de llegar, empezó a tratar con Jovino, el nuevo usurpador, que había reemplazado en la Galia a Constantino. Cuando supo que bajo los estandartes de aquel se encontraba también Saro, que se había sublevado contra el emperador porque este le había matado un esclavo, avanzó contra él, lo capturó en una emboscaba, le dio muerte y rompió toda clase de relaciones con Jovino. Más aún, lo atacó por sorpresa, lo hizo prisionero, le cortó la cabeza y la envió, junto con la de su hijo Sebastián, a Honorio.

Era un regalo espléndido. Tanto que esta vez el emperador se dejó conmover y, a pesar de las protestas de Constancio, otorgó el consentimiento. El matrimonio se celebró en Narbona, y de acuerdo con la liturgia romana, en el palacio de un rico propietario local. Allí esperaba Placidia, envuelta en la púrpura imperial. Ataúlfo acudió a recogerla, cubierto con una túnica de lana blanca, armado con su germánica hacha de guerra, pero sin el capuchón ni las polainas de piel. De los regalos de boda que hizo a la novia, se habló en todo el mundo durante mucho tiempo: cincuenta bellísimos adolescentes destinados a ella como esclavos llevaban otras tantas bandejas llenas de piezas de oro y pedrería saqueadas en la urbe. El guerrero germano correspondía así al alto honor que la princesa romana le concedía al consentir en convertirse en su esposa. Átalo, que seguía en el séquito de sus protectores, volvió a tener un momento de gloria al declamar un discurso dedicado a exaltar el *himeneo* entre ambos pueblos. Discursos era lo único que sabía hacer. La muchedumbre, en la que se mezclaban bárbaros y romanos, comprendió el valor simbólico del acontecimiento y lo saludó con días y noches de fiesta. Era la distensión entre germanos y latinos.

Nueve meses después nació un niño, al que se le impuso el nombre del abuelo materno, Teodosio, que seguramente habría aprobado aquellas bodas. Podía ser el heredero al trono de Honorio, que no tenía hijos, y el marchamo de la ya lograda integración entre ambos pueblos. Desgraciadamente, el niño aún estaba en pañales cuando murió en Barcelona, adonde Ataúlfo se había trasladado para poner orden en Hispania, pues se la disputaban suevos, alanos y vándalos. Tal vez esperaba que Honorio, su cuñado, le confiara el gobierno de aquella provincia. Los padres quedaron aniquilados por el dolor, mientras el pequeño ataúd de una pieza de plata descendía a la fosa.

Poco después murió también Ataúlfo, víctima de un atentado, preparado seguramente por Sigerico, hermano de Saro, que le sucedió en el mando. En el momento de expirar, recomendó a los suyos: «Vivid en amistad con Roma y restituid Gala Placidia al emperador». Pero Sigerico no hizo caso. Más aún, expulsó a la princesa viuda de sus apartamentos, la redujo a la categoría de una esclava y la obligó a seguirlo a pie mientras él desfilaba a lomos de su caballo por las calles de la ciudad. Placidia, aunque agobiada por la pérdida de su hijo y su marido, sufrió todos esos ultrajes sin pestañear y con la sonrisa en los labios, como una verdadera reina. Y tal vez fue esta actitud suya lo que contribuyó a abreviar la rápida carrera de Sigerico, que, después de solo siete días de mando fue depuesto y asesinado por sus furibundos soldados. Le sucedió, por

aclamación, Valia, un valeroso y leal guerrero que de inmediato cumplió la voluntad de Ataúlfo, haciendo acompañar a Placidia hasta los Pirineos, donde Constancio la recibió con gran pompa.

El adiós de la princesa a «sus» visigodos fue melancólico y afectuoso, pero valió a estos un tratado de paz estable con Honorio. Nunca más volvieron a Italia. Conducidos por Valia combatieron absurdamente en nombre del emperador contra alanos, vándalos y suevos, hasta que establecieron un reino junto a los Pirineos, con capital en Tolosa. La parte francesa fue ocupada siglo y medio después por Clodoveo, y la española por los sarracenos a comienzos del siglo VIII.

De regreso en Rávena, Placidia aún resistió durante tres años los asaltos de Constancio y los insistentes ruegos de Honorio, que a toda costa quería aquel matrimonio. Por fin se rindió, no al pretendiente, sino a la «razón de Estado». Honorio le había encargado un heredero, puesto que él no había logrado tenerlo. El maduro general quiso unas fiestas nupciales que borraran el recuerdo de las de Narbona, y las tuvo. Pero no tuvo a la Placidia que Ataúlfo había tenido. El año siguiente nació una niña a la que dieron el nombre de Honoria, y un año después, por fin, un niño que fue llamando Valentiniano, con el título de «*Nobilísimo*», que en la terminología de la corte significaba «príncipe heredero».

Para hacer definitiva aquella elección, cuatro años después Constancio fue asociado por Honorio al trono y Placidia recibió el título de augusta. Siete meses más tarde, sin embargo, Constancio murió y Placidia hubo de enfrentarse con un tercer cortejador, el más inesperado y el menos grato de todos: su propio hermano. Ignorando cómo defenderse de aquel capricho incestuoso, porque Placidia era una mujer sana y de apetitos sexuales moderados, se escapó con los dos niños a Constantinopla, junto a su sobrino Teodosio II. Por fortuna para ella, poco después murió también Honorio, de una enfermedad propia de él: la hidropesía. El porfirogénito, como lo había apellidado Claudiano al nacer, saludándolo como «más augusto que Júpiter», solo tenía treinta y nueve años, pero los había malgastado de tal manera que los únicos que lo lloraron debieron de ser sus pollos y sus gallinas.

Como era de prever, la ausencia de Rávena del legítimo heredero favoreció la usurpación de un tal Juan, jefe de Notarios y personaje de segundo plano. La ceremonia de la coronación, no obstante, se vio turbada por un mal presagio: se oyó una voz, no se sabe de quién, que decía: «¡Cae, cae, no se mantiene...!».

Y en realidad no se mantuvo.

Teodosio se apresuró a comunicar a Rávena que no aceptaba a aquel colega. Quedaba por saber si su intención era deponerlo para devolver el trono a su tía Placidia y al primo Valentiniano, o tal vez pretendía quedarse con él, restaurando así la unidad del Imperio. Escogió la primera alternativa: acompañó personalmente hasta Salónica a la augusta y al pequeño príncipe, otorgando a este último la púrpura y el título de cesar y confió los dos a un general de sangre bárbara, Ardaburio, y a su propio hijo Asper al frente de un cuerpo expedicionario.

Juan fue depuesto tras un reinado de dieciocho meses y llevado prisionero a Aquilea, donde Gala Placidia y su hijo se habían detenido. Le cortaron la mano

derecha, fue llevado por las calles a lomos de un asno en una parodia de triunfo y, por fin, abandonado a la soldadesca, que lo linchó.

A finales de aquel mismo año 425, un cortejo imponente avanzó desde Rávena a Roma. Lo guiaba, de la mano de su madre, el pequeño Valentiniano que tenía entonces siete años. En el Capitolio, revistió la púrpura, se coronó con la diadema y el pueblo lo aclamó como augusto.

VIII. LAS INTRIGAS DE RÁVENA

Cuando Honorio estableció allí su corte, Rávena era, al igual que hoy Venecia, una ciudad de lagunas y canales que hacían de ella el principal puerto del Adriático. Por lo demás, solo a aquella faja de agua que la protegía mejor que un bastión de piedra debía su elección como capital. No tenía otros atractivos, ni climáticos ni paisajísticos ni arquitectónicos.

Sidonio Apolinar, que estuvo allí unos años después, la describía así:

> *Es un pantano donde no hay más que contrariedades. Los muros caen, las aguas se encharcan, las torres se cuartean, las barcas se hunden en la arena, los baños se hielan y las casas arden de calor, los vivos se mueren de sed y los muertos flotan en las aguas, los ladrones vigilan y los guardias duermen, los sacerdotes ejercen la usura y los usureros cantan salmos, los mercaderes se arman y los soldados comercian, los eunucos estudian el arte de la guerra y los guerreros bárbaros estudian literatura. Es una ciudad de tierra en la que no hay más que agua y cuya población originaria está compuesta solo de mosquitos y ranas.*

Antes de este Apolinar había llegado a Rávena otro en el siglo I d.C., que con el tiempo se convirtió en san Apolinar y fundó la primera iglesia, que lleva su nombre. Era él quien dio a Rávena carácter de ciudad absorta y monástica, de necrópolis nebulosa que rezumaba acidez y melancolía que ha conservado incluso en la edad del automóvil y la televisión. Clima, templos y leyendas contribuían a hacer de ella una de la pocas ciudades románticas de la península. Y fue por esto seguramente por lo que Placidia la eligió para retirarse con sus dos hijos, Honoria y Valentiniano. También romántica de temperamento, se había hecho aún más romántica después de los años transcurridos con Ataúlfo entre los godos. Y aquella tranquilidad, aquel silencio solo interrumpido por los repiques de campanas y el rumor de las aguas en la laguna, parecían adecuarse a su carácter.

Aún no había cumplido los treinta y cinco años y vivió otros veinticinco ejerciendo el poder imperial, aunque nominalmente pertenecía a su hijo. Procopio, que escribió sus *Historias* casi un siglo después, la acusa de haber hecho de Valentiniano un hombre débil a fin de seguir mandando ella, pero los hechos no confirman esta impresión. Aunque es posible que Placidia se resistiera a ver en su hijo un hombre, incluso cuando alcanzó la mayoría de edad, y siguiera tratándolo como a un muchacho, eso lo hacen casi todas las madres, y corresponde a los hijos demostrarles que están en un error, aun a costa de darles algún disgusto. Sin embargo, lo más probable es que Placidia siguiera tratando a su hijo como a un chiquillo al darse cuenta de que este no lograba hacerse un hombre.

Los acontecimientos de su largo reinado demuestran, por el contrario, que Placidia ejerció poco el mando, sobre todo en asuntos políticos, y tal vez fuese esta su verdadera culpa. Los problemas que más la interesaban eran las grandes cuestiones espirituales y religiosas, en lo que demostró ser buena hija de su padre, especialmente en lo que se refiere al celo que puso en perseguir a infieles y herejes. Mientras el imperio se derrumbaba, provincia por provincia, Gala seguía dirigiendo concilios y dictando edictos contra aquellos que transgredían sus acuerdos. Nestorio condenado en Éfeso y Dioscuro fulminado por un anatema en Calcedonia, eran para ella más peligrosos que los longobardos, los francos o los vándalos que por entonces estaban hundiendo Occidente.

La defensa contra aquella amenaza, armada la había puesto Placidia en manos de dos hombres, «cada uno de los cuales —según dice Procopio, tal vez con razón— podía representar la salvación, si no hubiese sido contemporáneo del otro»: Bonifacio y Aecio.

Bonifacio era, como diríamos hoy, un general de carrera, de los pocos que había con las manos limpias y sin ambiciones políticas. Ignoramos si era romano de sangre, pero se había convertido en romano y en el mejor sentido, es decir de elección, de cultura y de costumbres. Por primera vez se le encuentra citado en el año 413 como comandante de la plaza fuerte de Marsella, cuando rechazó el repentino ataque de Ataúlfo. Siempre fiel a Honorio, siguió siéndolo a sus legítimos sucesores, Placidia y Valentiniano, contra el usurpador Juan. Pasaba por ser hombre severo y justo. Un día, un campesino fue a su tienda a lamentarse de que un soldado de la guarnición había seducido a su mujer. Bonifacio hizo de noche casi quince kilómetros a caballo para averiguar personalmente lo ocurrido y el día siguiente hizo presentar al marido engañado la cabeza del burlador. Se ganó incluso una cierta fama de santo merced a la larga correspondencia que más tarde mantuvo con san Agustín y con el voto que hizo, al morir su primera mujer, de no volver a casarse. Sin embargo, faltó doblemente a este voto, pues se unió a Pelagia, que, por si fuese poco, era arriana y, por lo tanto, hereje a los ojos de la Iglesia. Hereje, sí, pero cargada de millones. Placidia tenía en gran consideración a Bonifacio, y después de haber hecho de él, de origen modesto, un *vir spectabilis*, es decir, un noble del Imperio, lo nombró conde de África y le confío el mando de aquella provincia, de la que dependía el aprovisionamiento de trigo de Italia.

Fueron estos honores y reconocimientos los que azuzaron tal vez los celos de Aecio, el otro «grande» de la corte de Rávena. Aecio era un bárbaro, probablemente un godo, pero ya su padre había hecho carrera en el ejército romano llegando a general de caballería. Como era costumbre en aquellos tiempos, cuando se estipulaba algún tratado, Aecio había sido dado como rehén primero a Alarico y después a Rua, rey de los hunos. Así, entre salvajes guerreros, transcurrió su juventud. Y si esto le sirvió para conocer sus puntos débiles cuando más tarde hubo de combatirlos, no le ayudó, desde luego, a formarse una mentalidad romana ni a desarrollar un verdadero y propio sentido del Estado. Quedó siempre en este valeroso soldado una actitud de pretoriano y una aguda propensión a comerciar con sus propios servicios. Los prestó incluso al usurpador Juan que, para enfrentarse con Placidia y las fuerzas de Aspar, lo envió a reclutar un ejército entre los hunos. Al parecer, Aecio volvió al frente de sesenta mil hombres, pero con tres días de retraso para poder ayudar a su señor, vencido ya en

el campo de batalla. Y aunque lo hizo, fue solamente para mantener elevado su propio precio de mercenario. Placidia no le dirigió reproche alguno, porque en aquellos tiempos la lealtad era, como la legitimidad, un criterio muy opinable. Más aún, lo recompensó por la rápida conversión nombrándolo también *vir spectabilis* y confiándole, con el título de conde de Italia, el mando militar de la península.

Era inevitable que entre los dos favoritos estallara una rivalidad y que en esta llevase las de ganar quien se hallaba más cerca de la emperatriz. Procopio cuenta que Aecio, aun confesando ser gran amigo de Bonifacio y manteniendo con él un afectuoso epistolario, comenzó a difundir el rumor de que el conde de África trabajaba bajo cuerda para separar esta provincia del Imperio y proclamarse rey, como ya había ocurrido con otros lugartenientes. Cuando advirtió que Placidia se preocupaba a causa de esos rumores, le sugirió, como quien defiende el honor del colega, que lo llamase a Rávena para una franca explicación. «Si obedece —le dijo— significará que no es culpable.» Al mismo tiempo envió a Bonifacio una carta secreta en la que le advertía que en la corte lo esperaban para acusarlo de traición.

Bonifacio, que no debía de fiarse mucho de la justicia imperial, creyó a Aecio y se negó a presentarse, lo cual confirmó las sospechas sobre su pretendida deslealtad y provocó que en el año 427 fuera declarado «enemigo de Roma».

Las consecuencias de este embrollo fueron dramáticas e irreparables. Bonifacio, que se sintió abandonado, pactó una alianza con los vándalos, que en aquel momento peleaban con los visigodos y los suevos en España, y los invitó a establecerse en África, que entonces era infinitamente más rica y fértil. Y fue así, en realidad, como se convirtió en traidor. Los vándalos, conducidos por su rey Genserico, marcharon a África y ya no la abandonaron jamás.

Pocos meses después, algunos viejos amigos de Rávena que no habían querido creer en la perfidia de Bonifacio fueron en secreto a verlo. Él les enseñó la carta de Aecio y así quedó patente el engaño. Placidia mandó al calumniado general, junto con el perdón, la orden de expulsar a los vándalos. Bonifacio intentó hacerlo, primero por las buenas y después por las malas, e incluso obtuvo alguna victoria, pero no tenía fuerzas suficientes para llevar a cabo la empresa ni era de esperar que Aecio se las enviara.

Por aquel entonces Aecio luchaba con éxito, pero sin conclusión, contra los bárbaros que habían arrasado la Galia, y nadie pensó, tras el descubrimiento de su engaño, en quitarle el mando. También esto formaba parte de la moralidad de la época. Más aún, cuando él supo que Bonifacio, derrotado por los vándalos, había embarcado con dirección a Rávena, donde lo esperaba el ascenso a *magister utriusque militiae*, es decir, prácticamente a generalísimo, emprendió una guerra abierta contra él. Dividido en dos bandos, el último ejército romano peleó por los asuntos personales de los dos comandantes. Bonifacio venció, pero de acuerdo con una costumbre que anticipaba ya la Edad Media y la caballería, tuvo que enfrentarse en singular combate con el derrotado rival. Y aquí, en cambio, perdió. Herido gravemente, murió tres meses después. Poco antes de expirar, pidió a su mujer que no aceptara a ningún otro esposo que no fuera Aecio, si este enviudaba a su vez. También este era un gesto del más puro ritual caballeresco. Pero Aecio no enviudó.

La situación de Italia se había hecho desesperada al arrebatarle los vándalos su granero. Y la ciudad que más sentía esa falta era Roma, adonde había afluido mucha gente desde los campos para huir de los saqueos de las huestes de Alarico. Apolodoro ha dejado escrito que en todo aquel período emigraban hacia la urbe hasta catorce mil personas al día. Honorio había prohibido los circenses, es decir, los juegos del circo, pero el hambre de *panem* había crecido enormemente. Por desgracia, aquella sociedad rural de pequeños y medios cultivadores directos que había constituido la fuerza de Italia, había desaparecido. Solo existían latifundios carentes de mano de obra y aprovechados casi exclusivamente como pastizales. Las diferencias económicas se habían acentuado de manera pavorosa. Existía aún una gran aristocracia que vivía principescamente con sus rentas multimillonarias. El gran historiador y humanista Símaco gastó ingentes sumas para festejar su elección como pretor, un cargo puramente honorífico al que ya no correspondía ningún poder efectivo. Había palacios suntuosos, con legiones de criados y cocineros. Había espléndidos carros de cuatro y ocho caballos. Y había también amplias obras de caridad. La hambrienta plebe se acostumbraba cada vez más a vivir de la limosna, confiando únicamente en la generosidad de los señores: un carácter que Roma no ha perdido desde entonces.

Placidia no ignoraba nada de esto, pero carecía de medios para ponerle remedio. Encerrada en su palacio de Rávena, seguía llevando adelante con sus adictos la batalla contra los herejes, tal vez consciente de que solo la Iglesia podría sobrevivir a la catástrofe del mundo romano y asegurar la resurrección de sus valores espirituales y culturales. No fue, desde luego, por falta de energía por lo que renunció a unas reformas por lo demás imposibles. Esta emperatriz era el único «hombre» de la familia: la única que había heredado el carácter de Teodosio. En su inacción había solo una desesperada certeza de que cada día perdido era un día ganado. En aquel imperio anquilosado, prácticamente reducido a Italia, es decir, a cuatro o cinco millones de habitantes hambrientos y faltos de combatividad por una ya secular exención de reclutamiento, cualquier innovación podía precipitar el hundimiento en vez de retardarlo.

Cuando sintió que la muerte se acercaba, trasladó la corte a Roma. Tal vez quiso, antes de cerrar para siempre los ojos, volver a ver la ciudad de san Pedro y consultar al Papa, que era entonces León I, más grande como hombre de Estado que como teólogo. Placidia sabía que su verdadero sucesor era él, el jefe de la Iglesia, y no, desde luego, sus hijos Valentiniano, pequeño afeminado, y Honoria, pequeña desvergonzada.

Expiró, sin haber llegado a los sesenta años el 27 de noviembre del año 450. Y tal vez por propio deseo, su cuerpo embalsamado fue llevado a Rávena y colocado en un sarcófago en la iglesia de los Santos Nazario y Celso. Allí permaneció intacto más de un milenio y podía ser visto a través de una abertura envuelto en sus mantos reales y rígido sobre un escaño de madera de ciprés. Un día de 1577, un incauto visitante, para verlo mejor, acercó demasiado una antorcha a la abertura. Los mantos ardieron y en un instante todo se transformó en un montón de cenizas.

IX. ATILA

Diecisiete años antes de la muerte de Placidia, precisamente en el 433, Rua, el rey que había conducido las hordas hunas hasta el corazón de Hungría, había desaparecido. En el trono que había dejado vacante se sentaban ahora sus dos sobrinos, Atila y Bleda.

Esta división del poder no constituía una excepción, sino el retorno a la vieja costumbre de ese pueblo ecuestre y errabundo, en cuyas tradiciones los primeros reyes, Basi y Kursik, aparecen emparejados. El mismo Rua había reinado al principio con su hermano Oktar, y solo después de la muerte de este pudo concentrar en sus manos el mando. Tal vez fuera la razón de haber logrado imponer que sus hordas hicieran un alto tan prolongado y tan contrario a su vocación, allí, a orillas del Danubio. El trono compartido había sido siempre causa de una gran debilidad y de una completa anarquía.

Los hunos aún eran un pueblo nómada, pero desde que habían atravesado el Volga unos setenta años antes, su marcha se había hecho algo más lenta, y ello por dos motivos: en primer lugar, porque por primera vez habían entrado en contacto con el *limes* del Imperio, con sus fortificaciones y sus barreras, aunque estuviesen un tanto deterioradas, y en segundo lugar, porque la masa de los hunos había arrastrado en su avance los restos de los pueblos germanos sometidos y que entonces constituían el grueso de su ejército. Los alamanes, los sciros, los rugios, los gépidos y los godos eran más numerosos que los mismos hunos, y solo en parte compartían el instinto nómada de estos. Tenían ya algunas nociones de agricultura y preferían la casa, o al menos la cabaña, a la tienda y a la grupa de caballo.

Un escritor griego, Prisco, que formó parte de una embajada de Constantinopla, nos proporciona un retrato de los hunos bastante distinto del que nos ha dejado Amiano Marcelino. Tenían una capital, aunque hecha de cabañas efímeras que ya denunciaba una cierta inclinación a la estabilidad. Se llamaba Aetzelburg y estaba situada cerca de la actual Budapest. Debía de ser un curiosísimo poblado, policromo y políglota, en el que se mezclaban los jefes de tribu mongoles, de piel amarilla, de ojos rasgados, pómulos prominentes y cuerpos toscos de baja estatura, con los reyes y los generales germanos de elevada estatura, ojos azules y piel rosada. Por supuesto, no había allí nada que pudiera parecerse a una organización estatal, ni siquiera ciudadana. No existía una lengua escrita ni leyes ni burocracia. Las embajadas extranjeras que acudían desde todas partes del mundo se instalaban en tiendas que ellas mismas llevaban consigo y allí permanecían, a veces meses enteros, esperando a que el rey las recibiera.

Cuando Atila y Bleda subieron al trono no tenían en común más que su juventud y su origen dinástico. En todo lo demás diferían profundamente. El único recuerdo que ha dejado Bleda fue su afecto por un enano negro, Zercone, regalo

de no se sabe quién, que lo divertía como un juguete puede divertir a un chiquillo mal educado, ignorante y caprichoso. Se pasaba los días con él, riendo sus muecas y payasadas. Un día en que Zercone huyó con algunos prisioneros, Bleda movilizó medio ejército para capturarlo. Cuando se lo llevaron, maniatado y con cadenas, en vez de castigarlo le preguntó por qué lo había abandonado. Zercone repuso que lo había hecho para ir a buscar una mujer, puesto que no la encontraba entre los hunos. Esto divirtió enormemente a Bleda, que, después de reír hasta derramar lágrimas, hizo llamar a una damita de la corte, de noble linaje, y la obligó a casarse con el pequeño monstruo. Este, después de la muerte de su amo, fue enviado como regalo a Aecio, de parte de Atila. Pero un buen día volvió a Aetzelburg a pedir que se le restituyera la mujer, que no lo había seguido. Atila no quiso ni oír hablar del asunto y el enano se quedó allí por propia voluntad, haciendo de bufón en fiestas y banquetes.

Fueron los godos, que definitivamente constituían el núcleo de su ejército, quienes acuñaron el nombre de Atila, que en su idioma significaba «pequeño padre». Se trataba, sin embargo, de un padre muy especial. De estatura bastante baja, ancho de espaldas, con una cabeza enorme sobre un cuello de toro, nariz chata, poca barbilla, pómulos salientes y ojos rasgados, solo con verlo, aquel mongol ponía los pelos de punta. Su voz y sus gestos eran imperiosos. Como todos los hombres de corta estatura, caminaba con el pecho muy salido, sabedor de su poderío y de su importancia. Su orgullo solo era semejante a su avaricia, que era enorme. Su poder se basaba en el miedo que inspiraba. Alrededor de él no había entusiasmos ni afectos, sino terror. No sabemos si fue un genio, como alguien ha dicho, y en vano pedimos a los acontecimientos confirmación de ese parecer. Incluso en el terreno militar, en el que se le quiere comparar a Aníbal o a Napoleón, hay que reconocer, en resumidas cuentas, que la única batalla en la que estuvo empeñado la perdió, o al menos no venció. En cambio, era muy astuto, experto en toda clase de engaños, paciente y cruel. Polígamo y muy sobrio en el comer, cuando sus lugartenientes y sus dignatarios, en contacto con la civilización romana, comenzaron a corromperse, a comer en vajillas de plata y a ponerse túnicas de seda, él siguió vistiendo pieles y calentando la carne cruda entre sus propios muslos y la grupa del caballo y comiéndola siempre en toscos platos de madera.

No contamos con elemento alguno para afirmar que Atila suprimió a Bleda, como dice Prisco, pero poseemos los datos suficientes para considerarlo capaz de hacerlo. Comoquiera que fuese, lo cierto es que después de diez años de reinado en común, o sea en el 444, se encontró solo en el trono y con todo el poder.

Hasta ese momento había desarrollado con respecto al Imperio una política en la que se alternaban la guerra fría y la distensión. Hemos visto ya a Aecio acudir a Rua a pedirle un cuerpo expedicionario para sostener al usurpador Juan contra Placidia y Valentiniano. Otros destacamentos de mercenarios hunos combatían bajo los estandartes de Constantinopla. De vez en cuando había revueltas, incursiones y saqueos, pero todo esto sucedía también con las tropas germanas. El Imperio pagaba un estipendio a Rua, que lo consideraba un tributo, pero esto también ocurría con los otros bárbaros, y además no se trataba de una suma elevada.

El hecho es que, aunque limítrofes, Rua y el Imperio aún tenían un enemigo común que actuaba de amortiguador entre ambos: todas las poblaciones bárbaras que se amontonaban especialmente en los amplios espacios septentrionales entre Austria y el Báltico. Sin embargo, con la subida de Atila al trono los bárbaros del norte se habían sometido, como había ocurrido con sus hermanos del sur, o como después de romper el limes, e irrumpir en Galia e Hispania habían hecho los francos, los vándalos y los burgundios. Fue esto precisamente lo que hizo fracasar el sueño de la integración pacífica y gradual acariciado por Teodosio y Placidia. Con la desaparición de este «aislante», los hunos y los romanos se encontraron directamente frente a frente.

Al morir, Rua había dejado en suspenso un litigio diplomático con Constantinopla, a la que exigía que aumentara el tributo y devolviera no solo los hunos desertores refugiados en las tierras del Imperio, sino también aquellos prisioneros romanos que, capturados por los hunos, habían logrado evadirse, o que pagara como rescate ocho piezas de oro por cada uno.

Para tratar con sus sucesores, es decir con Atila, ya que Bleda solo se ocupaba de Zercone, acudieron de Constantinopla dos diplomáticos, Punta y Epigenio, que no llegaron a ningún acuerdo, entre otras cosas por falta de interlocutores. Atila vivía en lo alto de una colina, en una barraca de madera que se distinguía de las demás por sus dimensiones y por la elegante empalizada que la rodeaba, con torres de guardia. Al lado había unas termas rudimentarias, construidas bajo la dirección de un arquitecto romano capturado en una escaramuza. Con infinitas dificultades se hizo llegar el material desde Italia. El constructor esperaba obtener en recompensa la libertad; Atila, en cambio, como premio lo nombró encargado del baño.

En vano buscaron Plinta y Epigenio lo que hoy se llamaría una «chancillería» o «secretaría de Estado» con la que ponerse en contacto y tratar. En Aetzelburg no había nada semejante. Había que entenderse directamente con el rey, que no estaba acostumbrado a hacer propuestas, sino solamente a dar órdenes. A los dos meses no quedaba más remedio que aceptarlas, aun cuando se tuviera la firme intención de no cumplirlas.

Transcurrieron algunos años de tranquilidad. Después, de pronto, en 447, Atila se puso al frente de sus hordas y, de saqueo en saqueo, las llevó hasta las puertas de Constantinopla. La ciudad se salvó gracias a sus murallas. Pero el emperador Teodosio pasó tanto miedo que se apresuró a triplicar el tributo que ya pagaba y cubrió de oro a los embajadores hunos que habían ido a exigírselo.

El año siguiente llegó otra embajada de Aetzelburg, encabezada por Edecón y Orestes. Los citamos porque son dos personajes de los que oiremos hablar. Edecón era un bárbaro, probablemente sirio, que había progresado con Atila hasta convertirse en uno de sus más importantes consejeros. Entonces era ya padre de un niño que se llamaba Odoacro. Orestes era también de sangre bárbara, pero pertenecía a una familia de la Panonia que poseía la ciudadanía romana desde hacía un par de generaciones. Hablaba el latín, poseía una cierta cultura, conocía a los clásicos, sabía qué eran las leyes y el Estado y, de la hija de un cierto conde Rómulo de Passau, había tenido a su vez un hijo al que llamaba, como el abuelo materno, Rómulo.

El más poderoso ministro de Constantinopla era en aquellos tiempos el eunuco Crisafio, personaje ambiguo que creyó poder recurrir a la astucia induciendo a Edecón a traicionar a Atila y a matarlo a su regreso. Edecón aceptó el dinero que se le ofrecía, pero lo contó todo a su amo, que no se sorprendió en absoluto, y lo tomó como pretexto para aumentar sus exigencias de dinero ante los embajadores romanos. Por lo que cuenta el historiador Prisco, que formaba parte de aquellas embajadas, Atila no solía mostrar su empeño en cuestiones de Estado o en graves problemas políticos, sino siempre en pequeños problemas de «precedencia» y de dinero. En cierta ocasión amenazó con la ruptura de relaciones diplomáticas si no le enviaban como embajadores personalidades de grado consular por lo menos, a los que pretendió designar él mismo. Después, cuando llegaban, los hacía esperar durante semanas e incluso meses, para invitarlos finalmente a un banquete en el que los confinaba en los últimos puestos de la mesa, haciendo que les sirvieran después de sus más insignificantes dignatarios. Solo se ablandaba cuando de la capital del Imperio le llegaban regalos de gran valor. Entonces iba personalmente hasta los confines de su reino y salía al encuentro de los enviados que los portaban, a quienes sentaba a su lado a la mesa. Aecio, que lo conocía bien, no se mostraba cicatero.

En pocas palabras, la avaricia y el orgullo eran los dos principales componentes del carácter de Atila. Una vez envió a la corte de Constantinopla a un embajador, Esla, encargado de leer a Teodosio el siguiente discurso de saludo, dictado personalmente por su amo: «Mi señor, Atila, ha heredado de su padre Mundzuk la categoría de rey y la ha conservado. No has hecho lo mismo tú, Teodosio, que has caído al nivel de esclavo de Atila, resignándote a pagarle un tributo...». Después se descubrió que el único fin de ese exabrupto era inducir a Teodosio a dar a Esla una generosa recompensa a fin de suavizarlo. Para enriquecer a sus funcionarios sin necesidad de tocar su propio bolsillo, el tacaño Atila los enviaba como embajadores a Constantinopla con la intención de procurarse, mediante amenazas, algún sustancioso regalo. El juego le salió bien mientras en el trono estuvo el gentil y sumiso Teodosio II, el emperador antimilitarista, que prefería las miniaturas de los pergaminos a la guerra.

En 450, sin embargo, el año en que murió Placidia, moría también Teodosio sin dejar herederos varones, y el trono pasaba a su hermana Pulquería, que por razones de Estado tomó como marido a un honesto y valeroso soldado llamado Marciano. Uno de los primeros gestos del nuevo soberano fue el envío a Atila de un embajador, Apolonio. Cuando Atila supo que este había llegado a Aetzelburg sin el acostumbrado tributo y con modestos regalos, le hizo decir que si quería conservar la vida dejara estos últimos a un secretario y se volviera a su casa. Apolonio contestó que los hunos podían matarlo si lo deseaban, pero que los regalos los entregaría personalmente a Atila o, de lo contrario, se los llevaría de nuevo a Constantinopla. Así lo hizo, sin que el jefe huno se atreviera a llevar a cabo sus amenazas.

Atila comprendió que las cosas habían cambiado en Constantinopla y que con Marciano las extorsiones tendrían poca probabilidad de éxito. Y tal vez fuera esa la causa de que, después de ocuparse durante tantos años exclusivamente de las relaciones con el Imperio de Oriente, volviera de repente su atención al de Occidente.

El pretexto para buscar pendencia con Roma ya se lo había dado a Atila hacía tiempo Honoria, la hija de Gala Placidia y hermana de Valentiniano. Esta muchacha voluble, que debía de haber heredado de su padre Constancio una buena dosis de sensualidad, había provocado grandes escándalos en la mojigata corte de Rávena, entendiéndose con unos y con otros de todas las formas posibles, hasta que un día su madre la desterró a Constantinopla poniéndola bajo la vigilancia de su sobrina Pulquería, mujer de carácter severo. Honoria fue sometida a un estrecho régimen de estudios y oraciones. Un día, harta de llevar esa clase de vida, encontró la manera de enviar a Atila un anillo en señal de compromiso, diciéndole que estaba dispuesta a casarse con él si la liberaba de semejante existencia.

Atila ya tenía mujeres en abundancia y podía renovar su gineceo siempre que se le antojaba, pero se guardó el anillo y de vez en cuando lo sacaba y le daba vueltas a la idea de casarse con la princesa y, sobre todo, de meter en sus arcas la dote que él mismo fijaba de vez en cuando en una o varias provincias del Imperio. Pero solo se trataba de uno de sus acostumbrados chantajes para conseguir un aumento del tributo y algún que otro regalo añadido a las propinas habituales.

En el año 450, Honoria, que ya tenía más de treinta años, fue devuelta a su hermano Valentiniano, al tiempo que le llegaba un nuevo mensaje de Atila, quien con los mayores miramientos le decía que la consideraba su prometida y la dueña de la mitad del Occidente. Valentiniano contestó que Honoria ya estaba casada, lo que tal vez fuese mentira, y que la sucesión en el Imperio no estaba regulada por la vía femenina sino por la masculina.

Pero Atila ya había decidido que iría a la guerra, y así tenía que ser. Durante meses preparó su ejército, que en realidad no era tal sino toda la nación en armas, según la costumbre bárbara de la horda. De manera que cuando se dice que avanzó con setecientos mil hombres, no debe entenderse setecientos mil soldados, sino tal vez setenta u ochenta mil. De esta masa, los hunos eran una minoría y constituían la caballería. El grueso de la infantería estaba formado por las tribus germanas sojuzgadas: los rugios, los esciros, los restos de los francos, los turingios y los burgundios que no habían tenido tiempo de pasar con sus hermanos el Rin y, sobre todo, las dos grandes familias godas, los ostrogodos y los gépidos, a los que Atila había sometido por completo. Los ostrogodos se habían distinguido especialmente en el ejército huno y su rey Arderico gozaba de una posición de favor en el estado mayor de Aetzelburg.

La razón por la que este ejército policromo y políglota, cargado además con los carros que transportaban las familias de los guerreros y una inverosímil cantidad de víveres, comenzara desde Galia el asalto de Occidente es algo que no conocemos con exactitud, pero tal vez la razón haya que buscarla en la guerrilla surgida entre los bárbaros allí instalados. El predominio de los francos aún no se había afirmado. Se lo disputaban los visigodos, que después de la muerte de Valia habían formado un reino bastante sólido cuya capital estaba en Tolosa. Los sajones se habían instalado en las costas de la Mancha, los hercúleos burgundios estaban en Saboya, y los escasos alanos no absorbidos por Atila y arrastrados por los vándalos hacia el oeste, formaban una isla independiente en la Provenza.

No hay modo de saber con certeza qué quedaba de la autoridad romana en aquellos países ocupados por el aluvión bárbaro, pero aún debía de haber una

brizna, representada por algún prefecto o algún cuestor o por unos regimientos dispersos en Lyon, Arles y Narbona que procuraban salir adelante aprovechando las rivalidades que dividían a los contrarios. De vez en cuando, los representantes imperiales se aliaban con los visigodos contra los sajones o con estos contra los burgundios, y así se alternaban efímeras victorias con pasajeros fracasos. En realidad, la única misión que los romanos todavía cumplían en estas provincias occidentales era la conversión de los bárbaros a un cierto respeto de la cultura latina, de la lengua y del orden legislativo y administrativo, pues influencia política ejercían ya muy poca.

Evidentemente, Atila pensó que podría obtener provecho de todos esos contrastes, y lo que hizo en realidad fue enviar dos embajadas: una a Valentiniano, invitándole a unirse a él para hacer entrar en razón de una vez por todas al viejo enemigo visigodo contra el que habían combatido incluso tropas hunas al servicio de Roma, y la otra a Teodorico, rey de los visigodos, invitándolo a unirse a él para alejar definitivamente a Roma de la Galia.

Sin embargo, Aecio, que conocía bien a su hombre por haber sido rehén suyo durante mucho tiempo en Aetzelburg, desbarató hábilmente sus planes. Y Teodorico, aunque había estado en pugna con él hasta hacía poco tiempo, tuvo el suficiente criterio para comprender que, entre los dos peligros, el huno era mucho más grave que el romano. Así, entre Rávena y Tolosa surgió una alianza que salvó a la Galia del que ya entonces se llamaba el «peligro amarillo».

Atila inició la invasión desde Bélgica y llevó a cabo la acostumbrada marcha devastadora. Por desgracia, los memorialistas eclesiásticos, en vez de proporcionarnos la crónica de los acontecimientos, lo reducen todo, como de costumbre, a una ristra de milagros como el de Servado, obispo de Tongres, que, en una visión, fue advertido por san Pedro de la inminente catástrofe, o el de Aniano, obispo de Orleáns, canonizado después por haber logrado convencer a Aecio de la necesidad de defender su ciudad. Nada de esto impidió a Atila destruir una tras otra las ciudades de Reims, Cambrai, Tréveris, Metz, Arras, Colonia, Amiens y París, que era todavía una pequeña aldea, y descender por el valle del Loira dejando detrás de él solamente un cúmulo de ruinas humeantes, hasta Troyes, cuya salvación ha de atribuirse, al parecer, a otro hecho medio milagroso.

También fue allí el obispo, Lupo, quien se presentó a Atila para suplicarle que perdonara a su ciudad. El jefe huno aceptó, pero con la condición de que el santo varón rogara por él y la victoria de su ejército. Lupo lo hizo, ganándose la gratitud de sus conciudadanos, pero dejándonos a los hombres de la posteridad un tanto perplejos no solo en relación con su patriotismo, sino también acerca de su fe religiosa, puesto que durante la batalla se encontraba en el campo del huno pagano e idólatra conjurando al cielo que le concediera la victoria sobre los cristianos, empeñados con él en una lucha mortal. Pero como rezaba en latín, es posible que lo que pidiera a Dios fuese lo contrario de lo que había prometido.

La batalla comúnmente llamada «de los Campos Cataláunicos» tuvo lugar en la llanura de Mauriac y fue muy sangrienta. Según Jordane, quedaron en el campo ciento sesenta y dos mil cadáveres, pero el resultado todavía sigue siendo un misterio. Teodorico cayó, al frente de los suyos, y Atila hubo de replegarse, pero lo hizo ordenadamente, sin que el ejército romano-visigodo lo persiguiera. Algo, en este éxito de Aecio, recuerda los de Estilicón frente a Alarico. ¿Tuvo,

quizá, la sospecha de que si aniquilaba a la horda huna Valentiniano y el Imperio ya no lo necesitarían? Turismundo, que sobre el mismo campo de batalla había sido aclamado rey de los visigodos después de la muerte de su padre, tenía también sus razones para no insistir. Corría el riesgo de que sus hermanastros, que se habían quedado en Tolosa, adonde no quería regresar con un ejército deshecho, pusieran en entredicho su sucesión. Desde luego, todo esto son suposiciones, pero desgraciadamente no tenemos nada mejor para explicar el extraño episodio.

Sea como fuere, en la llanura de Mauriac se decidió la suerte de Europa. Y Europa tenía que quedar en poder de los germanos y de los latinos.

X. EL FIN DEL «AZOTE»

No era de esperar que un hombre orgulloso como Atila se resignase a la derrota. En efecto, cuando regresó a Aetzelburg al término del verano del año 451, se dedicó con todas sus fuerzas a preparar el desquite.

En la primavera del año siguiente se puso en marcha, pero no por el camino del año anterior. Atravesó los Alpes Julianos y descendió a la llanura véneta. Había comprendido que los romanos habrían acudido de nuevo a la Galia en ayuda de los visigodos, pero que en cambio estos no acudirían a ayudar a los romanos en Italia. Los acontecimientos le dieron la razón. Ningún ejército se presentó a cerrarle el paso. La gente huía. Las aterradas ciudades le abrían sus puertas. Una sola las cerró disponiéndose a resistir: Aquilea.

En aquellos tiempos era una ciudad grande que hacía la competencia a Rávena y Milán. Hallábase situada en la desembocadura del Isonzo en el Adriático. Nacida en el año 181 como colonia romana, se había desarrollado después enormemente como centro comercial gracias a los intercambios con Germania, con Austria, que se llamaba Nórica, y con Yugoslavia, llamada entonces Iliria. Su población era una mezcla de italianos, germanos, galos, celtas y tránsfugas de todas las tribus que emigraban, empujándose unas a otras, a Hungría y a Rumania, gente activa que, entre otras cosas, se había construido un cerco de sólidos muros. La Iglesia incluso mantenía allí un metropolita, cuya diócesis se extendía desde Verona a la Croacia.

Al igual que Metz, Aquilea era conocida como «la fortaleza virgen» porque ningún asaltante había logrado nunca expugnarla. Lo habían probado inútilmente el usurpador Maximino y, más tarde, Juliano. Aecio, que, sin embargo, consideraba imposible la defensa del norte de Italia, había dejado en Aquilea un fuerte contingente de tropas seleccionadas. Resistieron con entusiasmo los ataques de Atila, que ya estaba a punto de levantar el asedio cuando vio elevarse de los tejados de la ciudad una bandada de cigüeñas. Supersticioso como era, adivinó en ello la señal de una próxima capitulación, convenció a sus tropas y las lanzó a un enésimo asalto. Las defensas de la ciudad cedieron y Aquilea sufrió un castigo proporcionado a la resistencia que había opuesto. Solo unos cuantos despojos humanos lograron huir de la ciudad, en la que no quedó piedra sobre piedra.

Giulia Concordia, Altino y Padua sufrieron, poco más o menos, la misma suerte. Pero a medida que subía por la línea del Po, la furia de Atila se suavizaba. Vicenza, Verona, Brescia y Bérgamo se rindieron y fueron saqueadas, pero no destruidas. Tal vez el orden y la belleza de las ciudades italianas, muy superiores en todo a las germanas y las galas, intimidaron al huno. En Milán, Atila sentó sus reales en el palacio imperial, el mismo en el que Constantino había firmado el famoso edicto que sellaba el triunfo del cristianismo y en el que Teodosio había

muerto. Entre los frescos que decoraban sus salas había uno que representaba el triunfo de Roma sobre los bárbaros, con los dos emperadores, el de Oriente y el de Occidente, sentados en el trono dorado frente a un grupo de escitas muertos o encadenados. Atila lo tomó como un insulto a su persona, hizo llamar a un pintor y le ordenó que pintara de inmediato otro fresco que lo representara a él, el rey huno, sentado en el trono recibiendo el tributo de Valentiniano y de Teodosio II.

Las hordas tártaras llegaron hasta Pavía y toda la Italia cispadana contuvo la respiración a la espera de verlas dirigirse hacia Roma, cuando, al contrario de lo que se creía, se detuvieron. Nunca se ha sabido el motivo. Se ha dicho que, una vez en Italia, Atila había sido asaltado por una especie de temor, experimentando de pronto una especie de respeto reverencial hacia aquel país, más civilizado que el suyo; pero esta es una hipótesis que no encaja con su carácter. También se ha dicho que pensó en el precedente de Alarico, que murió poco después de conquistar Roma. Dado lo supersticioso que era, esto parece más probable. Comoquiera que fuese, el caso es que mientras deliberaba con sus consejeros, llegó la noticia de la llegada de una embajada de la urbe guiada por un hombre cuya categoría no podía discutirse, puesto que se trataba del Papa.

No se sabe qué había ocurrido entretanto en Roma, donde por entonces también vivía Valentiniano, y se ignora también por qué razón Aecio, que hasta entonces siempre había sido un general capaz y resuelto, no insinuó siquiera la posibilidad de ir a luchar contra el enemigo. Es probable que no contara con fuerzas suficientes para hacerlo, porque también en la llanura de Mauriac había sido el ejército visigodo el que decidió la suerte de la batalla y de la guerra. De todos modos, no existen indicios de que estuviera dispuesto siquiera a intentarlo. Por el contrario, debió de aconsejar al emperador que emprendiese la fuga.

De modo que el Papa tomó sobre sí la suprema responsabilidad, y este gesto significó un cambio definitivo en la historia de Roma y de Italia. León I estaba hecho de la misma madera que Ambrosio, y desde hacía años mantenía una activa lucha en el seno de la Iglesia para afirmar la supremacía del obispo de Roma sobre toda la cristiandad. Era un toscano de Volterra, autoritario y macizo, con poca propensión a las disputas teológicas. Fue él quien se enfrentó en el concilio de Calcedonia con los nestorianos y los monifisitas que pretendían introducir sutiles distinciones entre Cristo-Dios y Cristo-hombre, y quien puso en marcha el sistema de preceptos que cerraría el camino a ulteriores desviaciones. Se trataba de un hombre resuelto, animoso, dotado de buen sentido, de gran carácter más que de gran inteligencia, animado por una fe sin vacilaciones y convencido de que la disciplina y la obediencia valían más que la caridad.

Atila se encontró frente a frente con él el verano del año 452, a orillas del Mincio, adonde había ido a su encuentro. Nadie sabe cómo se desarrolló la entrevista porque nadie tomó nota de lo ocurrido. Corrió el rumor de que la insolencia había abandonado de pronto al huno frente al Papa que, crucifijo en mano, lo conminaba a salir de Italia. Rafael ha representado la escena en un fresco. El fresco es admirable, pero la escena nos parece poco verosímil. Atila no era un tipo que se dejara impresionar, y además era pagano y, por lo tanto, poco atento para con quien le hablara en nombre de Cristo. Se dice que León había sido precedido en el Mincio por los rumores de una movilización de las tropas del emperador de Oriente, Marciano, que se disponía a acudir en ayuda de su colega

de Occidente, pero de esta iniciativa los memorialistas de Constantinopla nunca han dicho nada. Dado el sesgo de los acontecimientos, nos parece que lo más probable es que en aquel momento Atila se hubiera dado cuenta de los primeros síntomas del mal que poco después acabaría con él. Sufría unas fuertes hemorragias nasales acompañadas de vértigos, y tal vez, supersticioso como era, pensó que Italia le daba mala suerte. Pero no debe excluirse que el papa León, dado el estado de ánimo en que se encontraba el huno, le produjera una fuerte impresión y diera el golpe decisivo a su tentación de renuncia. No preguntó irónicamente como haría mil quinientos años después su casi consanguíneo Stalin: «¿El Papa? ¿Cuántas divisiones acorazadas posee?», sino que trató con la mayor consideración al inerme purpurado y, aun repitiendo su pretensión a la mano de Honoria y la amenaza, si no se la concedían, de volver el año siguiente a tomarla por la fuerza, regresó a sus llanuras magiares.

Acompañémoslo en este último viaje. Cuenta Jordane que en cuanto hubo llegado a Aetzelburg, Atila se arrepintió de su propia indecisión, volvió a ponerse en camino hacia la Galia para vengarse de los visigodos y fue derrotado por segunda vez. Pero la historia rechaza este episodio. Lo que hizo fue enviar un insolente mensaje a Marciano conminándole a pagar el tributo y después trató de consolarse de las desilusiones sufridas en Occidente tomando como mujer a la bellísima jovencita Ildico. La noche del banquete nupcial, por primera vez en su vida, se excedió en su costumbre y comió y bebió en abundancia. Después subió a la cámara nupcial y la mañana siguiente lo encontraron muerto, ahogado en su propia sangre, junto a la joven esposa, que sollozaba.

Se habló de envenenamiento y de regicidio. Se insinuaron otras hipótesis que la decencia nos impide contar, pero la más verosímil, y también la más sencilla, es que debió de tratarse precisamente de una hemorragia, más fuerte que las que ya había sufrido. La tristeza de los súbditos fue casi tan grande como el alivio de los enemigos. Según la bárbara costumbre, se arañaron y se cortaron el rostro, de manera que corriese por él sangre viril, no lágrimas de mujer. El cadáver quedó expuesto en una lujosa tienda alrededor de la cual los jinetes hunos galoparon locamente durante horas cantando himnos fúnebres. Después fue colocado en un ataúd de oro, este en otro de plata y el de plata en uno de hierro, que fue conducido en secreto e inhumado con algunos cofres llenos de joyas, de manera que no pudiera considerarse pobre ni siquiera una vez muerto. Por último, como había ocurrido con Alarico, los esclavos que cavaron la fosa fueron muertos para que no revelaran el lugar en que había sido enterrado. En aquellos tiempos el cargo de enterrador no era muy apetecible.

El fin de Atila significó, de forma automática, el fin de los hunos, y esto nos demuestra precisamente qué pequeño, en el fondo, había sido el grandísimo Atila, el «azote de Dios», como lo llamaban los romanos. No había sabido crear nada capaz de sobrevivirle. Los numerosos hijos que tuvo de sus diversas esposas no supieron ponerse de acuerdo acerca de la sucesión y se separaron. Pero las varias nacionalidades que componían su pueblo, y especialmente las germanas, decidieron la secesión o se la ganaron rebelándose. Comenzaron los gépidos, guiados por su rey Andarico. Siguieron los ostrogodos, conducidos por los tres hermanos Amal. Y tras ellos los suevos, los hérulos y los alanos. Mernak, el hijo predilecto de Atila, aceptó instalarse con sus pocos secuaces en la Dobruya,

reconociendo la soberanía del Imperio de Oriente y aceptando su protección. Ellak, el primogénito, murió en una batalla contra los gépidos, que se constituyeron en Estado independiente en Hungría. Los ostrogodos acamparon entre Austria y Croacia y los hérulos en Carintia. En pequeños grupos, la mayoría de los hunos recorrieron una vez más los caminos del este para perderse de nuevo en las estepas rusas. Al cabo de unos años, en Europa ya no había trazas de ellos. Ni siquiera después de la muerte de Alejandro de Macedonia se había producido una disolución tan fulminante, hasta el punto de que, como alguien ha escrito, uno se siente tentado de preguntarse qué misión pudo haber confiado la providencia a Atila como no haya sido la de demostrar precisamente que la providencia no existe.

Sin embargo, esto no es del todo verdad, porque, aun cuando no consiguió construir nada duradero, Atila hizo algo, aunque fuese involuntariamente. Fundó Venecia.

En efecto, fueron los fugitivos de Aquilea, de Padua y de las demás ciudades vénetas arrasadas por él quienes para escapar de otras desventuras de este género se refugiaron en los islotes de la laguna.

Los de Altino poblaron siete, a cada uno de los cuales dieron el nombre de una de las siete puertas de su ciudad. Los de Atilea emigraron a Grado, los de Concordia a Caorle y los de Padua a Rialto y Malamocco. Venecia se formó lentamente, del coágulo de estos detritos, desarrollando esa vida anfibia que dictaría su destino. Fue un lento crecimiento. Doscientos años después de estos sucesos, un geógrafo de Rávena escribía: «En el Véneto hay unas islas en las que parece que viven hombres». Eran los progenitores de quienes siglos después dominarían el Mediterráneo y se vengarían de Atila bloqueando el ímpetu de otros conquistadores de la misma estirpe, asiática y turania de los hunos, a cuya familia pertenecían: los turcos.

Además de esto, Atila provocó también la afirmación definitiva del poder espiritual sobre el temporal, simbolizada y resumida por la embajada del papa León al Mincio. Cualesquiera que fuesen los verdaderos motivos que indujeron a Atila a abandonar Italia, en Roma todos atribuyeron el mérito al Papa, que había ido al encuentro del «azote de Dios», mientras que el emperador discutía con Aecio la fuga. También este salió bastante malparado del episodio, pero su posición parecía segura, entre otras razones por el proyectado matrimonio de su hijo Gaudencio con una hija de Valentiniano, quien por no tener herederos varones podría dejarle el trono. Sin embargo, al conocerse la noticia de la muerte de Atila, las cosas cambiaron bruscamente. Un día del año 454, Aecio fue invitado al palacio real para discutir los últimos detalles de la boda. ¿Se trataba de una trampa? ¿O fue un arrebato de cólera lo que impulsó al joven emperador contra aquel general que le servía fielmente pero lo trataba con cierta displicencia? Se ignora. El hecho es que Valentiniano atravesó con su espada a Aecio y dos criados lo remataron a puñaladas.

Aunque ambicioso y arribista, no exento de perfidias como el plan para desembarazarse de Bonifacio, Aecio seguía siendo el general más grande que el Imperio había tenido desde Estilicón y el que lo había salvado del primer y poderoso empujón de Atila. Y, sin embargo, nadie hizo caso de su desaparición ni

del modo en que se había producido. En el fondo, solo se trataba de un mercenario bárbaro. Únicamente un epigramista tuvo el valor de decir a Valentiniano: «Ignoro si has hecho bien o mal, pero sé que con la mano izquierda te has amputado la derecha».

Corrían los últimos días del año 454. Pocos meses después, en marzo de 455; Valentiniano cabalgaba por el Campo de Marte cuando dos veteranos de Aecio se acercaron a él y lo apuñalaron. Tampoco se turbaron por esto los romanos, y los dos regicidas permanecieron tranquilos. Con Valentiniano bajaba a la tumba el último descendiente de Teodosio en el trono de Occidente, en el que la dinastía había permanecido sesenta años. El difunto dejaba una viuda, la emperatriz Eudoxia, que lo había engañado muchas veces, y dos hijas, Eudocia y Placidia. Roma ya no tenía emperador ni general.

Por una vez, el ejército y el pueblo estuvieron de acuerdo en elegir al nombre que debía ocupar el trono vacante. era un senador de sesenta años, Petronio Máximo, que parecía ofrecer las mejores garantías. Procedía de la vieja familia de los Probos, que siempre había proporcionado excelentes cónsules y pretores.

Sin embargo, era un hombre indeciso y enseguida se demostró que no estaba a la altura de su importante misión. Se negó a castigar a los dos regicidas, tal vez para evitar la revuelta de sus consanguíneos bárbaros que militaban en el ejército, y esto hizo sospechar que había tomado parte en la conjura. Por si fuera poco, prohibió a la emperatriz Eudoxia que llevara luto por Valentiniano y le pidió, mejor dicho, la conminó a que fuera su mujer. Eudoxia era aun joven y se contaba entre las mujeres más bellas de Roma. Había traicionado muchas veces a su marido, pero lo había estimado de veras y no estaba dispuesta a casarse con un viejo. Su tía Pulquería, en Constantinopla, había muerto y, por lo tanto, no podía esperar ayuda por esa parte. Al no saber cómo salir del enredo siguió el desdichado ejemplo de su cuñada Honoria y no pudiendo dirigirse a Atila, ya muerto, le pidió a Genserico, rey de los vándalos de África, que acudiera a liberarla.

Genserico no se hizo de rogar, y al cabo de poco tiempo cayó en Roma, como un rayo, la noticia de que la flota de los bárbaros se acercaba a Ostia. Los que pudieron huir, huyeron. Petronio Máximo también se disponía a hacerlo, pero la plebe, que no tenía forma de escapar por carecer de medios para ello, rodeó el palacio. Los soldados, en vez de defender a su amo, se amotinaron, y los siervos, aunque fuera para prevenir una posible depuración por colaboracionismo con el cobarde traidor, lo mataron.

Que Roma no tuviera emperador en la tormenta que iba formándose en el horizonte ya no impresionaba a nadie. Al fin y al cabo, quedaba el Papa.

XI. GENSERICO

No puede decirse que los vándalos hubieran escogido un atajo para llegar a Roma.

Venían nada menos que de la Prusia Oriental, y probablemente habían sido en su origen, lo mismo que los gépidos, una rama de la gran familia goda. El primer historiador romano que hizo mención de ellos fue Plinio, que los llamaba *Vindili*. Y el primer emperador que hubo de habérselas directamente con ellos fue Aureliano, que en el año 271 los derrotó en Bohemia, donde habían penetrado. Después, sin embargo, los admitió dentro del limes en calidad de «federados» y pagó un estipendio a dos mil de ellos para unirse a sus regimientos de caballería. Entre estos se encontraba, probablemente, el abuelo o el bisabuelo de Estilicón.

En la época de Constantino, su rey Geberico tuvo una discusión con el de los visigodos, Visumar, que había ido a establecerse al lado de los vándalos. Siguió, en consecuencia, una sangrienta batalla en la que Geberico fue muerto y la mayor parte de su ejército aniquilada. Los pocos que consiguieron salir con vida pidieron al emperador permiso para refugiarse en Hungría, y allí permanecieron tranquilos medio siglo lamiéndose las heridas y haciendo hijos para llenar los vacíos, al mismo tiempo que absorbían un poco de civilización con el cristianismo, al que también se convirtieron, según el credo arriano de Ulfilas.

En el año 406 reanudaron su marcha hacia el Oeste. Los enemigos del Estilicón insinuaron que había sido este quien había invitado a los vándalos, por solidaridad de sangre, a pasar a las provincias occidentales del vacilante imperio. Pero no hay necesidad de recurrir a esta hipótesis, porque el año 406 fue el mismo en que Alarico y Radagaiso cruzaron los Alpes y cayeron sobre Italia. Estilicón nada tenía que ver con ello. Era la llegada de las hordas hunas de Rua lo que mezclaba a todo el mundo bárbaro y provocaba su aluvión dentro del limes.

Mezclados con los pocos alanos que habían logrado salvarse de Rua, los vándalos no cruzaron los Alpes sino que atravesaron el Rin, penetraron en la Galia, chocaron con los francos, que estaban adueñándose de ella, perdieron veinte mil nombres en una batalla, atravesaron los Pirineos rumbo a Hispania y allí fueron alcanzados poco después por los visigodos de Ataúlfo y de Gala Placidia, que los combatieron en nombre de la autoridad imperial cuya investidura esperaban obtener en toda la península.

No se sabe cuánta sangre vándala podía haber quedado en aquella masa mixta de fugitivos a los que, además de los alanos, se habían mezclado restos de suevos. Sea como fuere, no pasaban de los ochenta mil, incluidos mujeres, niños, viejos, cuando se refugiaron en la región que de ellos recibió el nombre de Andalucía. Era una tierra devastada, árida y pobre que, al parecer, obligó a los nuevos ocupantes a realizar prácticas de canibalismo. Y esto explica la razón por la que, cuando en 429 les llegó la famosa y fatal invitación del conde Bonifacio

para que atravesaran el estrecho de Gibraltar y se instalaran en África, fue acogida sin vacilaciones.

En aquel momento, los vándalos eran guiados por dos reyes que compartían, y tal vez se disputaban, el trono; uno era Gunterico, hijo legítimo del difunto soberano, y el otro Genserico, un bastardo. Inmediatamente después de haber tomado, de común acuerdo, la decisión del traslado, Gunterico murió. Por supuesto, de inmediato se dijo que lo había matado Genserico, y dado el mal carácter del personaje no habría habido nada de sorprendente en ello. Pero no existen pruebas que permitan afirmarlo con certeza. De todas maneras, si se trató de un fratricidio, no debieron de ser los vándalos quienes lo lamentaran; en todo caso, lo harían los enemigos y hasta sus mismos amigos, comenzando por el mismo Bonifacio.

Genserico tenía unos treinta años cuando fue proclamado rey. Era de mediana estatura, un poco cojo a causa de una caída del caballo, parco de palabra, ávido de riqueza, ambicioso y sobrio. No fue hombre de grandes metas, porque le faltaba un mínimo de cultura en que apoyarse. Era analfabeto, y cuando decidió pasar a África con todo su pueblo no sabía, ni aproximadamente, qué era ni dónde estaba ese lugar. No tenía siquiera el complejo carácter romántico de Alarico, ni el altanero sentido de la realeza que caracterizaba a Atila. En su cerebro no había sueños, ni pasiones en su corazón. Más que por la inteligencia, se guiaba por el instinto, pero este nunca lo engañaba.

Fue el primer jefe bárbaro que realizó un censo. Lo necesitaba para saber cuántas naves le hacían falta para el paso del estrecho. Obligó a todos, incluso a los viejos y a las mujeres, a trabajar para construir la flota. Después, una vez que hubo desembarcado en la otra orilla del estrecho, ni siquiera trató de salvar las apariencias de la «alianza» a la que le había invitado Bonifacio. Las ciudades de Marruecos, que entonces se llamaba Mauritania, fueron literalmente arrasadas por sus hordas. Después les tocó el turno a Argelia y Túnez, que entonces se llamaban respectivamente Numidia y África Proconsular. En poco tiempo no quedaron más que dos ciudades inmunes a aquella lluvia de hierro y fuego, porque estaban protegidas por sólidas fortificaciones: Cartago e Hipona.

En la asediada Hipona terminaba melancólicamente su vida, a los ochenta años, san Agustín, el obispo de la ciudad, abstraído en la preparación de su última obra, una «refutación de Juliano el Apóstata». Pero aún más melancólicamente vegetaba Bonifacio, que, aclarada su posición ante Rávena y dándose cuenta del equívoco a que le había inducido Aecio, podía medir mejor y lamentar aún más la catástrofe que él mismo había provocado. Después de algún intento inútil de persuadir a aquel extraño «aliado» suyo de que regresara a Hispania o al menos tratase a África con alguna consideración, obtuvo de Roma y Bizancio unos pocos refuerzos que llegaron a las órdenes de Aspar, y con ellos intentó una solución militar. Fue derrotado otra vez. Y entonces decidió regresar a Italia, donde lo esperaba Aecio para darle muerte en duelo. Agustín lo había precedido a la tumba. Diez días antes de su muerte, presintiéndola ya, prohibió la entrada en su alcoba a todos, excepto el médico y el siervo que le llevaba la comida. Siempre había predicado que solo se muere cristianamente en estado de penitencia, y dio ejemplo de ello permaneciendo absorto hasta el fin en los Salmos de David, copiados y fijados en las cuatro paredes de su estancia. Así terminó casi en condiciones de

prisionero y con la tristeza de aquella catástrofe, el padre de la Iglesia que más había contribuido, después de los apóstoles, a la grandeza de esta.

A finales de 435, Genserico se decidió a concluir algo que parecía una paz con Valentiniano o, mejor dicho, con su madre Placidia. El vándalo se comprometía a respetar la soberanía imperial sobre Cartago y Túnez, enviando en prenda a Roma, como rehén, a su hijo Hunerico. El resto del norte de África era entregado, por decirlo así, en usufructo a él y a su pueblo.

Genserico mantuvo este compromiso hasta el año 439, cuando las restantes fuerzas imperiales a las órdenes de Aecio tuvieron que concentrarse en la Galia para detener la terrible amenaza de Atila. Entonces llamó a Hunerico, arrasó Cartago y lo poco que quedaba de tierra bajo las águilas romanas, y de esta ciudad hizo su capital.

Inmediatamente reactivó el puerto y se puso a construir una flota poderosa. No sabía nada del mar. Siempre había sido un hombre de tierra, como todos los germanos. No tenía idea de vientos ni de rutas, pero su instinto le hacía comprender que África solo podía ser defendida en el mar. Y para ello, el rey-bandido se transformó en rey-pirata. A medida que una nueva trirreme era botada en los improvisados astilleros en los que los ex ciudadanos romanos trabajaban como forzados, subía a ella con su paso de cojitranco y daba esta orden al timonel: «Id a atacar las moradas de aquellos a quienes Dios no ama». Y como, según los vándalos, Dios nos amaba más que a los vándalos, todos los demás debían ser considerados como botín de guerra. Así Cartago volvió a ser para el Mediterráneo, para Italia y, para Europa lo que había sido en los tiempos de Amílcar y de Aníbal.

Genserico quizá haya sido el primer rey bárbaro que realizó en su reino una organización enteramente feudal. La sociedad quedó claramente divida en dos clases: la de los señores vándalos, guerreros y dispensados de trabajos e impuestos, y la de los siervos autóctonos, que eran romanos cultos y refinados, sin derecho a las armas ni a una representación legal, y ligados a la gleba. También fue el primero en no sentir en absoluto el complejo de inferioridad del germano con respecto al latino, que tanto había angustiado a Alarico y que seguramente el mismo Atila había sufrido. Nuestro hombre estaba tan lejos, no solo de la cultura sino hasta de la sospecha de toda cultura, que para él un romano culto no se diferenciaba de un romano ignorante, y ambos formaban parte de la misma categoría, la de los enemigos vencidos a quienes había que mantener en esclavitud. Que se sepa, si no se trata de una leyenda, solo supo discernir a uno, pero por pura superstición. Un día, mirando desde la ventana de su palacio a un grupo de prisioneros que debían ser distribuidos por los diversos campos de trabajo, vio uno que dormía tranquilamente sin preocuparse, como hacían los demás, de protegerse del fuerte sol que en África hiere con especial violencia. Observándolo mejor, le pareció que quien lo protegía del sol con una mancha de sombra sobre su cabeza era un buitre que se mantenía encima de él. Pensó que Dios debía de sentir cierta predilección por aquel hombre para concederle semejante protección, y lo hizo llamar. Así supo que se llamaba Marciano y que había llegado de Bizancio en calidad de ayudante de Aspar. Lo dejó libre convencido de que llegaría a ser importante y que, por lo tanto, convenía asegurarse su gratitud. Y en efecto, Marciano llegó a ser algo cuando, tras casarse

con Pulquería, fue aclamado emperador de Oriente. Repito que tal vez se trate de una leyenda, pero sabemos por la historia que, una vez alcanzada la púrpura, Marciano se negó siempre a tomar iniciativas contra los vándalos.

Tampoco esa vez, si el episodio es verdadero, había actuado Genserico por generosidad. No era capaz de ello. Ni siquiera su profundo sentimiento religioso conseguía inspirársela, y en él se convertía en crueldad persecutoria. De hecho, lejos de experimentar un sentido de solidaridad cristiana hacia los cristianos de África, no había visto en ellos más que a los que había que atormentar por oponerse al arrianismo. Pero para rebajar un poco el número de crímenes y de abusos que le atribuyeron los historiadores de la Iglesia, queda un amplio margen para considerarlo un Loyola a la inversa, más dedicado a combatir la causa del diablo que a defender la de Dios.

África era católica de una manera muy particular, es decir, de la manera fanática en que suelen serlo los países en los que la disputa teológica ha sido viva y abundantes las herejías. La Iglesia había tenido que sostener allí una dura batalla contra los donatistas, los circunceliones y otros innumerables desviacionistas de la regla ortodoxa. En la lucha había madurado una disciplina más estricta, que en algunas partes se traducía en manifestaciones de puritanismo. Los obispos con los que Genserico tuvo de habérselas después de la victoria, se llamaban Graciasadios, Loquediosquiera, Dioseaalabado, etc. Habían crecido en la rigurosa escuela de Agustín, habían luchado ásperamente contra los cismáticos y no eran dados a las retractaciones y compromisos. Dos de ellos fueron quemados vivos; otros, arrestados y torturados. El de Cartago fue embarcado con todos los sacerdotes de su diócesis en una nave que fue confiada a los vientos, sin timón ni remos. Pero los vientos los llevaron a Italia.

Típico fue el caso de Sebastián, el yerno de Bonifacio, que se había quedado en Hipona y se había puesto al servicio del vándalo. Este sentía cierta debilidad por él, pero habiendo establecido anteriormente que solo los arríanos podían frecuentar la corte, le pidió que abjurara de la fe católica. Sebastián le mostró una miga de pan. «Soy como esta miga —le dijo—. Se ha requerido una cierta cantidad de trigo, un molino para molerlo, agua para hacer la masa, fuego para cocerla y hacer de ella lo que es; como se ha requerido el bautismo, el estudio de la Doctrina y la inspiración de Dios para hacer de mí lo que soy. ¿Crees que, convirtiéndome al arrianismo llegaría a ser más blanco que este pan? Si me contestas que sí, lo haré; de lo contrario, seguiré siendo como soy». Genserico se dio por vencido. Pero pocos días después hizo matar a Sebastián.

Sin embargo, como era muy astuto se dio cuenta de que con aquellas persecuciones no hacía más que proporcionar nuevos mártires a los que venerar. Entonces cambió de sistema. Entregó los recalcitrantes al verdugo, pero con la orden secreta de matarlos únicamente si en el último instante aceptaban la conversión. Muriendo como cobardes que abjuraban de su fe, ya no podrían pasar como héroes. Pero la mayoría resistió. Se dio, entre otros, el caso de un actor cómico, llamado Máscula, que permaneció firme en su fe hasta mientras sentía el filo de la espada en el cuello y llegó a ser un «confesor», como se llamaba a los que se libraban de la muerte después de haberla desafiado con impavidez. Probablemente si el término «vandalismo» se convirtió en sinónimo de crueldad, no fue tanto por las atrocidades que los vándalos cometían en las ciudades

conquistadas y a los pueblos vencidos, que en el fondo no era peor de lo que acostumbraban los demás bárbaros, como por la fanática y tenaz persecución religiosa de aquella especie de Scarpia* sanguinario y santurrón que fue Genserico.

Así era el hombre que el año 455, atendiendo al llamamiento de Eudoxia, soltó al viento las velas de su flota. Esta vez, los pilotos sabían perfectamente cuál era la mansión de los hombres que Dios no amaba. Llegaron los bajeles bárbaros a las aguas de Ostia a últimos de junio. En la indefensa ciudad, la muchedumbre enfurecida había asesinado a Máximo, que se disponía a huir. Roma ya no reconocía más que al Papa como su intérprete y protector natural.

León I salió al encuentro del vándalo con la misma compostura y majestad con que pocos años antes había ido al encuentro de Atila. Su mediación no tuvo tanto éxito, pero también esta vez consiguió evitar lo peor. Entre los dos se estipuló un extraño concordato por el que el Sumo Pontífice reconocía, en cierto modo, el derecho de saqueo y de rapiña al bárbaro, si este se comprometía a no dar muerte a las víctimas, a no quemar las casas y a no someterlos a tortura para saber dónde habían escondido sus bienes.

Es difícil saber cómo ocurrieron las cosas en la práctica y nos sorprendería que no hubiese habido de por medio algún muerto. Dicen que al entrar en la urbe a la cabeza de su soldadesca, Genserico exclamaba, no con admiración, sino con ansia: «¡Dios, cuántas cosas que robar!». Tal vez no sea verdad, pero aunque no lo dijera, habría podido decirlo. Catorce días duró la zarabanda de los vándalos en las calles y las casas de Roma. Todo lo que podía acarrearse fue transportado hasta las bodegas de las naves. Una de ellas quedó abarrotada de estatuas, pero desgraciadamente el exceso de peso la hizo hundirse en el Mediterráneo durante el viaje de regreso. El palacio imperial y el templo de Júpiter quedaron literalmente desnudos. Buena parte de la vajilla y de los objetos de plata robados aquellos días fue recuperada por los bizantinos en Cartago, en el palacio de Gelimerio, nieto de Genserico, unos ochenta años después, y trasladada a Constantinopla.

También fue llevada como botín de guerra la emperatriz Eudoxia, causa de aquel desastre, sus dos hijas, Eudocia y Placidia, y Gaudencio, el hijo de Aecio, que había aspirado a la mano de una de ellas. Para Eudoxia se trató, tal vez, de un gesto de cortesía. Es fácil imaginar cuál habría sido su fin si se hubiese encontrado cara a cara con sus súbditos tras haberles causado semejante desgracia. En cuanto a las muchachas, Genserico consideraba de ambas que eran un «buen partido». Dio a Eudocia por esposa a Hunerico, de quien se dice que ya estaba enamorado de ella desde los tiempos en que era rehén en Roma. Las novelas sentimentales también conmovían a la gente por entonces, pero en ese caso concreto se trataba ciertamente de una invención, ya que cuando Hunerico se hallaba en Roma, Eudocia aún estaba en pañales. Placidia permaneció en Cartago con su madre, tratadas las dos con gran generosidad y corrección, hasta que por las insistencias de la corte de Oriente, con la que Genserico no quería enfrentamientos, fueron enviadas a Bizancio, donde la joven princesa se casó con el senador Olibrio. Y con estas dos muchachas concluye la dinastía de Teodosio.

---

* Personaje siniestro del drama Tosca de Sardan, llevado a la ópera por Puccini. (N. del T.)

Pero, además de estos personajes principales, Genserico se había llevado con él un grupo de técnicos y artesanos cualificados, como mil quinientos años después haría su compatriota Hitler en los países ocupados. Fue una operación a lo Todt, sin consideración alguna para los casos personales ni los vínculos de familia. Millares de romanos fueron diseminados entre Marruecos y Libia y condenados a trabajos forzados para contribuir a la riqueza y el poderío de su carcelero.

XII. RICIMERO Y ODOACRO

Durante dos meses los romanos se quedaron sin emperador, pero no parece que se consideraran huérfanos. Los últimos Augustos no tuvieron de imperiales más que el nombre. El poder lo ejercieron con una real indignidad. La población había visto a los vándalos abandonar la ciudad y dirigir sus barcos hacia África, de donde habían venido. Los cronistas de la época refieren que sobre la urbe violentada y saqueada se extendía un manto de apatía. En esta atmósfera cansada y perezosa, a finales del verano del año 455 entró en la ciudad un viejo noble de la Auvernia, que era una de las provincias de la Galia. Se llamaba Avito, pero nadie en la capital había oído su nombre hasta entonces. Alguien dijo que era el nuevo emperador. Los romanos lo acogieron con indiferencia y ni siquiera salieron a su encuentro. Avito no había sido coronado por los romanos, sino por los visigodos, en Arles, el día 10 de julio. Descendía de una de las más importantes familias de la región. Sus antepasados habían tenido durante muchas generaciones puestos notables en el ejército y en la administración pública. Cuentan los biógrafos que cuando llegó a emperador debía de tener cerca de sesenta años, puesto que había nacido el año en que murió Teodosio. Poseía una buena cultura clásica y había leído a Cicerón y a Julio César, que cinco siglos antes había descrito a su pueblo en *La guerra de las Galias*. Alternaba con los estudios la caza del jabalí. Su *cursus honorum* fue muy rápido, y en pocos años obtuvo uno de los cargos más importantes de la provincia, la prefectura del pretorio, que conservó durante un lustro, hasta que se retiró a la vida privada con su hija Papianilla. Tal vez no hubiéramos oído hablar nunca de este hombre si un día Roma no le hubiera encargado una embajada ante Teodorico, rey de los visigodos.

Avito y Teodorico se habían conocido de niños y eran grandes amigos. Sobre el tambaleante Imperio de Occidente pesaba la amenaza de Atila, que no había renunciado a transformar Italia en un «desierto de los tártaros». Avito y Teodorico firmaron un pacto de alianza y mutua ayuda. Dos meses después de que los vándalos se retiraran de Roma, Avito fue coronado emperador con el favor del rey godo. Fue el suyo un reinado breve. El poeta Sidonio Apolinar, que se había casado con Papianilla, lo inmortalizó en un mal panegírico. En recompensa, el suegro hizo que se le levantara una estatua en el Foro de Trajano.

Cuando llegó a Roma la noticia de que la flota de Genserico había zarpado por segunda vez con rumbo a Italia, el terror se apoderó de los romanos. Avito hizo preparar inmediatamente una flota y puso al frente de ella al conde Ricimero, que atacó las trirremes enemigas que navegaban hacia Córcega, las cercó y las hundió. Millares de vándalos perdieron la vida en la batalla. Los supervivientes, encadenados, fueron llevados prisioneros a Roma y Avito los hizo decapitar. La población, que aún mantenía vivo el recuerdo del saqueo del año 455, manifestó tumultuosamente su júbilo. Ricimero fue llevado en triunfo por las calles

engalanadas de la capital. La muchedumbre, delirante, le tributó honores dignos de los tiempos de Augusto. La gloria del nuevo héroe oscureció la del emperador, que pocas semanas después fue depuesto, entre otras razones porque había hecho fundir algunas estatuas de bronce para pagar a los soldados. Consiguió escapar, pero en Piacenza fue hecho prisionero y entregado a Ricimero. Este no solo le perdonó la vida, sino que hizo que lo consagraran obispo, lo cual demuestra de manera clara cuáles eran las condiciones de la Iglesia en el siglo V.

Ricimero era un bárbaro que había hecho una carrera brillante, reorganizando el ejército y combatiendo contra los bárbaros que amenazaban al Imperio. Gran general, calculador frío, siempre fue fiel a Roma, pero no a los emperadores a los que sentaba en el trono para echarlos después. Se acordaba de Estilicón, a quien Honorio había hecho asesinar, y de Aecio, ajusticiado por orden de Valentiniano. Comprendió que el Imperio estaba podrido y que su última hora podía ser retrasada, pero no evitada. Desaparecido Avito, no quiso ser su sucesor en el trono, porque le parecía mejor controlar las riendas del poder como primer ministro de un soberano sin autoridad. Se limitó a asumir el título de patricio con el que se le reconocía el derecho a proclamarse padre del emperador. Retirado Avito, colocó en el trono a Mayoriano, ex ayudante de campo de Aecio, junto al que había realizado una gran carrera si no lo hubiera hecho fracasar la mujer del general. Lo mismo que Cincinato y Teodosio, Mayoriano vivía retirado en el campo, dedicado a la cría de aves, en espera de tiempos mejores. Cuando Aecio fue asesinado, Valentiniano III volvió a llamarle. En esa ocasión conoció a Ricimero. Para los romanos, la elección de Mayoriano fue un hecho meramente administrativo. Después de la coronación, el nuevo Augusto leyó en el Senado un mensaje lleno de deferencia en el que declaraba que asumía la púrpura por voluntad de sus representantes y en el supremo interés de la patria. Los senadores se asombraron al oírlo. Desde tiempo inmemorial habían perdido la costumbre de que los trataran con tanto respeto.

La coronación de Mayoriano volvió a actualizar la figura de Sidonio Apolinar. El poeta había caído en desgracia después de la desaparición de Avito. Se le perdonó porque era el único poeta del Imperio. El panegírico dedicado a Mayoriano tuvo la misma aceptación que el dirigido a Avito. En las dos composiciones, de la misma duración y en el mismo metro, Sidonio había dicho más o menos las mismas cosas. En recompensa, se le dispensó de pagar tributos.

Mayoriano fue un buen emperador. Como los italianos apenas tenían hijos, prohibió a las mujeres hacer votos antes de los cuarenta años, obligó a las viudas a casarse otra vez, impidió a los jóvenes hacerse monjes y castigó a los especuladores que para construir nuevos edificios derruían los viejos demostrando que en Roma los vándalos habían sido superfluos. Tanta sabiduría, sin embargo, le costó cara.

Ricimero no tardó en advertir que Mayoriano se había tomado en serio su papel de emperador, y en mayo de 460 lo depuso. Mayoriano se retiró a la vida privada en una villa próxima a Roma, donde pocos años después, según cuenta Procopio, murió de disentería.

Suprimido un soberano que habría merecido permanecer en el trono, en noviembre de 461 Ricimero coronó en Rávena, como Augusto, a un tal Libio

Severo, lucano de nacimiento. Solo sabemos de él que reinó cuatro años, vivió religiosamente y murió envenenado. Tras su desaparición, el trono quedó vacante durante dos años.

Su sucesor, Antemio, era yerno del difunto emperador de Oriente, Marciano. Fue depuesto por inepto en abril de 472. Ricimero coronó entonces a un cierto Olibrio, al que no tuvo tiempo de deponer, porque un mes más tarde moría víctima de una hemorragia.

Con su muerte se cierra la serie de los generales bárbaros que en los últimos tiempos estaban decidiendo la suerte de Occidente, llenando el vacío de un poder que los emperadores ya no podían ejercer. Durante dieciséis años Ricimero había logrado mantener a flote una embarcación que hacía aguas por todas partes y cuyas grietas ya nadie podía cerrar. Olibrio ni siquiera tuvo tiempo de darse cuenta de lo que sucedía a su alrededor, pues murió de un ataque de hidropesía. Antes de morir, había nombrado patricio al sobrino de Ricimero, el príncipe burgundio Gundobado, que en marzo de 473, tras un interregno de cinco meses, proclamó emperador en Rávena a Glicerio. De este solo sabemos que cuando Italia fue amenazada por los ostrogodos, salió al encuentro del rey Teodomiro, lo colmó de dones y le indujo a abandonar la península y a marchar a la Galia, que, si no de hecho, al menos en el mapa aún pertenecía al Imperio. Esta traición, sin embargo, le costó el trono, al que se encaramó un general llamado Julio Nepote. Gundobado prefirió huir a Burgundia, donde le esperaba la corona de un reino menos glorioso que el romano, pero, desde luego, más cómodo.

Julio Nepote gobernó catorce meses y entregó Auvernia a los visigodos. Los romanos no se lo perdonaron y su lugarteniente Orestes lo depuso en el verano de 475, y proclamó emperador en Rávena a su hijo Rómulo Augústulo. Orestes había nacido en la Panonia; entró al servicio de Atila y lo hemos encontrado ya con su compañero Edecón al frente de la embajada que el «azote» envió a Constantinopla en el año 448. El matrimonio con una dama griega le abrió las puertas de la sociedad bizantina. Al igual que Estilicón y Ricimero, no vistió la púrpura y se conformó, en cambio, con el título de patricio. Era hombre ambicioso, pero obtuso. Cuando los hérulos descendieron a Italia y reclamaron la tercera parte de su territorio para establecerse en ella, Orestes se lo negó. El jefe de los hérulos, Odoacro, le declaró la guerra y marchó contra Pavía, donde Orestes se había refugiado. A los dos días de asedio, la ciudad capituló y fue arrasada. Los hérulos degollaron a sus habitantes sin perdonar a niños ni a viejos. Fue una matanza en toda regla, al estilo de Atila y Genserico. Pero se olvidaron de Orestes, que por segunda vez consiguió ponerse a salvo refugiándose en Piacenza. Después de una semana fue sacado de allí y ejecutado de inmediato. Mejor suerte corrió su hijo Rómulo Augústulo. Odoacro le perdonó la vida, en parte por su juventud y en parte por su extraordinaria belleza, y dejó que viviera el resto de sus días en una villa cercana a Nápoles, con una pensión anual de seis mil sueldos.

Odoacro era hijo de aquel Edecón que con Orestes había formado parte del servicio diplomático de Atila. El modo en que trató al viejo amigo y colega de su padre, sobre cuyas rodillas quizá había jugado siendo niño, nos dice bastante de su carácter. Gobernó Italia durante diecisiete años, de 476 a 493. Había llegado después de la disolución de la horda y en el ejército imperial hizo una rápida carrera proporcional a sus méritos, que eran grandes, y a la ineptitud de los

emperadores, que era grandísima. El historiador Eugipio nos lo describe como de estatura notable, cabello rojizo y un gran bigote rubio. El emperador Zenón lo nombró patricio, lo que suponía un reconocimiento puramente formal. Los hérulos lo aclamaron rey y le adjudicaron, con el título, plenos poderes. A sus órdenes, vencidos y vencedores convivieron sin mezclarse. Las antiguas magistraturas de los tiempos de Sila y de Cicerón y los gloriosos cargos republicanos sobrevivían nominalmente a la desarticulación del Imperio, pero ya no significaban nada, como no lo significaba el Senado, desposeído de autoridad por este capitán de ventura, cubierto de pieles de cordero. Italia había caído en la Edad Media. Empezaban los siglos oscuros.

XIII. LA ÚLTIMA ROMA IMPERIAL

No parece que los romanos o, mejor dicho, los habitantes de Roma, se dieran cuenta exacta de lo que significaba la decisión de Odoacro de expedir a Constantinopla las insignias imperiales y abolir el cargo de augusto. El Senado que, pro forma, se reunía para avalar las decisiones del tiranuelo de turno, lo consideró un hecho ordinario; más aún, lo saludó como una reunificación providencial del Imperio después de la división hecha por Constantino. Que todo Occidente se hubiese separado, que Roma, antes *caput mundi*, no lo fuera ya ni siquiera de Italia, que ahora gravitaba más en torno a Milán o Rávena, y que la península no fuese ya más que el resto remoto de un imperio que aún se proclamaba romano, pero que en realidad era solo griego-oriental, constituían hechos que les parecieron de escaso relieve y de importancia secundaria.

Esta indiferencia resulta significativa. Entendámonos, no quiere decir que, llegado el momento, el Senado tuviese la posibilidad y los medios de oponerse a ello. De haberse atrevido, para usar una palabra de Mussolini, los guerreros de Odoacro habrían hecho de aquella aula sorda y gris un campamento. Pero al menos habría resonado en aquel recinto un adiós a las águilas y a las *fasces lictorias*, es decir, a ochocientos años de historia y de gloria. Pero no hubo nada de eso. Entre los epígonos de la que había sido la más orgullosa aristocracia del mundo, no se halló uno solo dispuesto a pronunciar un epitafio.

El último senador digno de tal nombre había sido Símaco, a cuyas *Cartas* debemos el más agradable retrato de la agonizante Roma imperial. Procedía de una gran familia de cónsules y prefectos, que habían servido con la misma diligencia los intereses del Estado y los propios, como demostraba el inmenso patrimonio que habían acumulado. Entre otras cosas, habían sembrado desde el lago de Garda a la bahía de *Nápoles* una cadena de suntuosas villas, de manera que podían recorrer la península sin la incomodidad de salir de su casa.

Símaco era el último representante de la cultura pagana, aunque en punto a religión se proclamaba agnóstico. «¿Qué importancia tiene —dijo al emperador Valentiniano—, el camino que uno escoja para llegar a la Verdad? Lo que importa es saber que nunca llegaremos a descubrirlo.» Gran señor e íntimo amigo de Vezio Pretextate, jefe de la minoría pagana en el Senado, fue designado para patrocinarla en la última batalla contra el Cristianismo. El emperador Graciano, completamente dominado por Ambrosio, ordenó a finales del siglo IV la clausura y confiscación de todos los templos dedicados a los dioses y la remoción del Senado de la estatua de la Victoria que Augusto había instalado en él. Muerto aquel y habiéndole sucedido en el trono Valentiniano II, Símaco reanudó su batalla oratoria, y habría acabado por convencer al joven soberano si no hubiese intervenido Ambrosio con su ímpetu habitual. El obispo de Milán triunfó porque tenía de su parte la fe. Símaco no contaba más que con la razón.

Sus Cartas son una límpida, pero parcial descripción de la Roma de sus tiempos, desde el punto de vista de los ricos privilegiados, que aún mantienen allí posiciones de relieve, aunque meramente decorativas. La que ya no lo es en el terreno político, sigue siendo, sin embargo, la capital intelectual de Occidente, adonde quien quiera hablar al mundo civilizado tiene que acudir para aprender su idioma y sus costumbres y hallar en ella los instrumentos de difusión.

En los palacios han acumulado libros y objetos de arte. Hay alfombras carísimas. Batallones de cocineros preparan opíparas comidas. Y de las conversaciones se destierra cualquier palabra que no pertenezca al latín más clásico. No se trata de una sociedad cerrada. Acoge a todo aquel que sobresale por algo, sea indígena o extranjero, pero le impone su etiqueta. Sus ambiciones son más intelectuales que políticas. Sin embargo, la dedicación al bien público todavía es grande. Esta clase dirigente, lejos de sacar provecho de sus cargos administrativos y diplomáticos, pues de los militares ha perdido incluso el recuerdo, los mantiene costeando con su propio dinero circos y teatros. Es un grupo señorial, de altísima civilidad, que ha dejado de robar porque sus abuelos ya robaron lo suficiente y a cuyas puertas se detienen todos los forasteros, bárbaros o no, y son bien recibidos.

Sin duda, hay alguna verdad en este atractivo retrato, pero todo está visto desde una sola perspectiva. La otra nos la proporciona un cristiano, un sacerdote de Marsella, Salviano, en su libro El gobierno de Dios, del que probablemente tuvo noticias el mismo Agustín. Salviano no ve más que opresión, corrupción e inmoralidad, a diferencia de lo que ocurre en las sociedades bárbaras, toscas, pero cimentadas en el espíritu de sacrificio, en el sentimiento de solidaridad, de fraternidad y en la ley del honor. «Roma muere y ríe», dice este puritano que no la ama y que tal vez ha leído demasiado a Tácito. Sin embargo, también hay algo de verdad en su descripción.

La ciudad tenía en aquel momento menos de doscientos mil habitantes, entre los que los romanos de raza debían de ser, a lo sumo, unos centenares. Desde los tiempos de César era una metrópoli en su mayoría oriental, que se había acostumbrado a vivir parasitariamente a costa de las provincias romanizadas. Aparte de una fábrica de papel y una industria de colorantes, sus únicos negocios eran la política y el saqueo. Este último había llenado el tesoro público y los privados, como en el siglo XIX el saqueo colonial contribuiría tanto a la riqueza de Inglaterra. Pero todo eso había terminado hacía tiempo, desde que Constantinopla había bloqueado los mercados orientales y las invasiones bárbaras habían paralizado los occidentales.

Desde entonces, Roma había tenido que contar, cada vez más, solo con la península. No obstante, tampoco allí iban bien las cosas. Aunque la población en conjunto no superaba los cinco millones, a los males de la decadencia demográfica debían añadirse los del declinar de la clase media. Desde los Gracos, Roma había luchado por apuntalar o reconstruir aquella sociedad campesina de cultivadores directos que proporcionaban los mejores soldados al ejército y los mejores funcionarios a la administración. El sistema fiscal del Bajo Imperio, empero, la había arruinado de forma definitiva. La política tributaria era tan corrupta y prevaricadora que, si hemos de creer a Salviano, por primera vez en el siglo III se vio a los ciudadanos romanos huir más allá del «telón de acero» del

limes y refugiarse entre los bárbaros. El emperador Valentiniano I se sintió tan impresionado por ese éxodo que creó una nueva «profesión»: la de los «defensores de la ciudad», a quienes se confiaba las reclamaciones contra el fisco. Pero ningún remedio legal es válido cuando se han corrompido las costumbres. Los memorialistas de la época han dejado escrito que quienes vivían de los impuestos eran más numerosos que quienes debían pagarlos, y ello era la consecuencia de dos fenómenos igualmente deletéreos, que se desarrollaban siempre a la vez: por una parte, la proliferación de la burocracia; por otra, la debilidad cada vez mayor de los contribuyentes. Estos, incapaces de hacer frente al fisco, vendían sus tierras o sus pequeñas granjas a los latifundistas, procurando que estos los contrataran en calidad de «colonos», es decir, casi como siervos de la gleba.

Fue este el verdadero comienzo de la Edad Media, al menos desde el punto de vista social, y tuvo lugar antes de la llegada de los bárbaros. Desde la finalización de las guerras de conquista, se dio por concluida también la afluencia de esclavos, por lo que los grandes propietarios estaban satisfechos de poder contratar a sueldo como trabajadores del campo a los pequeños agricultores, despues de haberles comprado sus tierras. Estos, por su parte, buscaban un dueño, no solo para sustraerse a la ley tributaria, sino para tener en él un protector, puesto que el desorden iba acentuándose.

El gran feudatario, que hasta entonces había vivido en su palacio en Roma y en su villa del campo, se transformaba en el «poderoso», marcando el comienzo del feudalismo. La población que hasta entonces solo atraía por su comodidad y su belleza, ya que de su protección se cuidaban los prefectos y los generales con sus fuerzas policiales, busca ahora también la seguridad, y poco a poco se transforma en castillo, es decir, en fortaleza, porque el Estado no se encuentra siempre en condiciones de defenderla frente a los bandidos que infestan los campos y a los «federados» que empiezan a descender sobre ellos y que tantas veces se confunden con los primeros. Lo que, en cambio, no varía es la relación humana entre patrón y colono, que poco a poco ha sustituido al esclavo, pero a quien su dueño sigue tratando como tal.

Esta es una de las razones por las que el feudalismo, fenómeno típicamente germano, echó raíces en Italia antes que en otros lugares y, asimismo, tuvo allí una vida más breve. Los bárbaros, que no estaban preparados para mandar sobre esclavos, tenían una idea mucho más humana del vasallaje que los romanos, porque lo ejercían sobre sus propios hermanos y, por lo tanto, con muchas limitaciones y garantías. Los romanos, en cambio, se habían arrogado siempre el derecho a disponer de la vida de sus siervos y habían contraído con respecto a ello una especie de vicio mental. Paulino de Pella se congratulaba de su propia moralidad escribiendo, en aquellos tiempos, que siempre se había conformado con las siervas como concubinas, lo que, a su juicio, solo constituía el ejercicio de un derecho.

En aquella tierra escasamente poblada por una plebe de colonos y braceros, sin más protección que la graciosamente concedida por los «poderosos», solo estos vivían holgadamente, porque casi todas las rentas se concentraban en Roma. Pero también allí se evitaba distribuirlas de forma equitativa. Mientras Símaco inscribía en su registro de cuentas un gasto millonario por un espectáculo

en el circo, en el que treinta gladiadores sajones preferían estrangularse con sus propias manos antes que abrirse en canal los unos a los otros, un amplio proletariado sobrevivía solo gracias a subsidios, limosnas y pequeños recursos aprovechando cualquier desorden para dedicarse al saqueo de bancos y comercios.

Amiano Marcelino, que llegó a Roma a finales del siglo IV procedente de Antioquía, tuvo la impresión de hallarse en una ciudad grata y corrompida en la que el refinamiento y la crueldad, la inteligencia y el cinismo, el lujo y la miseria, la tradición y la anarquía se mezclaban en dosis iguales. Amiano escribía en un latín un tanto convencional, pero era un caballero imparcial cuyo paganismo no fue obstáculo, por ejemplo, para condenar a Juliano el Apóstata por sus intentos contra las libertades cristianas. Y consideramos justa su opinión, entre otras razones porque confirma lo mismo el cuadro rosa de Símaco que el negro de Salviano. Las dos Romas, la espléndida de unos pocos y la miserable de muchos, convivían en la misma ciudad, y se comprende que esta ciudad pueda aparecer distinta según los ojos que la miran. Otros dos cronistas forasteros, Macrobio y Claudiano, no vieron más que la primera, tal vez porque tuvieron la suerte de ser acogidos en la buena sociedad. Pero sus descripciones huelen a homenaje.

Con todo, también ellos nos ayudan a comprender cómo pudo Roma aceptar con tanta facilidad que se le arrebatara el título de capital del Imperio. Todas las decadencias, siempre y en todo lugar, han sido señaladas por los mismos fenómenos: las acrecentadas distancias sociales entre un número cada vez más reducido de privilegiados y una masa cada vez mayor de abandonados, el debilitamiento de todo vínculo de solidaridad y la total indiferencia de todos los intereses de la comunidad.

En los salones de la rica Roma casi completamente pagana, se hablaba de Cicerón y de Catulo, se citaba a Aristóteles y se hacía befa de los generales bárbaros, de sus burdas maneras, de sus errores de pronunciación y de su ortografía. En los «barrios bajos» de la pobre Roma cristiana, la gente se las arreglaba como podía y todos estaban demasiado ocupados en conseguir el sustento para preocuparse del Imperio, del Estado, del pasado y del futuro. El que un guerrero germano crecido en la corte de Atila, como Odoacro, hubiese reexpedido águilas y fascios a Constantinopla y gobernara Italia como un rey independiente, era algo que ya no interesaba a nadie.

Solo hubo un poeta capaz de comprender y expresar, en toda su grandeza y su sentido trágico, esta catástrofe. Pero no era romano, ni siquiera italiano, sino un galo, originario tal vez de Tolosa, o de Narbona. Se llamaba Rutilio Namaciano, procedía de la carrera administrativa y había sido prefecto en Toscana y en Umbría. Antes de volver a su patria, bajo la presión de las invasiones visigodas y vándalas, quiso pagar su deuda de gratitud a Roma, que había hecho de él un hombre civilizado y culto, y le dedicó un apostrofe que demuestra hasta qué punto había asimilado aquella cultura. Tal vez su libro *De reditu* sea la última obra maestra de la latinidad clásica. Desde luego, lo es el adiós a la urbe, incluido en ella:

> Escucha, bellísima reina de un mundo que has hecho tuyo,
> oh, Roma, acogida en los cielos estrellados, escucha, madre de hombres y de dioses.

No lejos del cielo nos hallamos si estamos en tus templos.
Tus dones distribuyes
a los rayos solares semejantes,
por doquier el Océano fluctúa...
No te frenaron las arenas ardientes de la Libia,
ni te rechazaron las últimas tierras de hielo coronadas.
Única patria hiciste de diversas gentes
y al que vivía sin ley favoreciste con las tuyas,
pues al hombre en ciudadano transformabas,
e hiciste una ciudad de lo que no era más que un orbe.

No podía decirse más ni mejor. Este bárbaro de corazón henchido de afecto, de reconocimiento y admiración, había compuesto para Roma el más hermoso epitafio en un latín digno de Virgilio. Pero los romanos no lo leyeron. Y todavía hoy el nombre de Namaciano solo es conocido por unos pocos estudiosos.

SEGUNDA PARTE: LOS REINOS BÁRBAROS

XIV. TEODORICO

Cuando a la muerte de Atila la horda huna se disgregó y los pueblos vencidos que se habían reunido en ella recobraron la libertad, los ostrogodos pidieron y obtuvieron de Bizancio el permiso de instalarse en Panonia, que correspondía a la parte occidental de la actual Hungría. Su rey, Teodomiro, era un hombre inquieto y ambicioso. El año 458 invadió Iliria y la devastó. El emperador León lo frenó a tiempo con una fuerte suma de dinero, antes de que penetrara en Tracia. Griegos y godos convinieron una paz y se devolvieron, como era de rigor, sus rehenes.

Estaba entre ellos el hijo del rey. Se llamaba Teodorico, que significaba «jefe de pueblos», y tenía siete años; era un hermoso niño rubio con grandes ojos de color azul claro. Su madre, Erelieva, había sido concubina de Teodomiro, que la había conocido en el campamento de Atila. Así, el pequeño Teodorico creció entre guerreros godos. Sabía cabalgar, había aprendido a manejar el arco y era un buen cazador. La espada era su juguete preferido. Dormía, como el padre, bajo la tienda, junto a su caballo. Allí, en las tibias noches de estío, los cantores ambulantes le contaban las antiguas sagas nórdicas y le leían la Biblia traducida por el sabio Ulfilas. El día de la partida hacia Constantinopla, Teodomiro le regaló su puñal y una escolta de godos lo acompañó hasta el Bósforo.

Teodorico siempre había vivido en la pradera, entre carros, rebaños y caballos, y nunca había visto una ciudad. Bizancio era la mayor metrópoli del mundo. Tenía casi un millón de habitantes y su corte era fabulosa. Teodorico quedó deslumhrado por la profusión de oro y mármoles y la abundancia de alfombras y tapices. El emperador León lo recibió en la sala de la corona, sentado en un trono desproporcionado, bajo un baldaquino de damasco, del que pendían dos pájaros mecánicos. Se trataba de un hombre pequeño, calvo, carente de ingenio, tartamudo, algo cojo y lleno de pequeñas manías. Vivía con el constante temor de ser destronado, y por las noches se encerraba con llave en su alcoba por miedo a que alguien lo asesinara mientras dormía. Al llegar a su presencia, el pequeño príncipe godo se inclinó, pero lo hizo con tanta torpeza que resbaló. Para sostenerse se agarró a un pie del soberano, que colgaba en el aire, y a punto estuvo de arrastrar a León haciéndole caer del trono. Al emperador le divirtió el lance y empezó a simpatizar con el muchacho. Le dio alojamiento en la corte y le asignó un buen apartamento en el primer piso del sagrado palacio, cuyas ventanas daban al Bósforo. Llamó después a dos siervos y les encargó que prepararan un baño caliente para el pequeño huésped. Teodorico fue metido en una bañera de mármol, llena de espuma de jabón, y cuidadosamente lavado. Un peluquero le cortó los rizos rubios, que le caían sobre los hombros, y lo perfumó. Después, con una túnica azul ceñida a la cintura con un cinturón de marroquín con hebilla de oro y un par de pantuflas de púrpura, fue conducido a la escuela.

En Bizancio había muchos colegios, pero uno destacaba sobre los demás: era algo así como Eton o Harrow en la Inglaterra de hoy. Asistían a él los hijos de los ricos, los nobles y sátrapas extranjeros. Teodorico cursó en él todos sus estudios, al término de los cuales seguía siendo un analfabeto con algunas nociones de álgebra, de astronomía y de urbanidad. Cuando cumplió los quince años hizo su presentación en sociedad. Era un espléndido y corpulento muchacho, fuerte y seguro de sí mismo. Hablaba fluidamente el griego, mascullaba un poco de latín y no había olvidado el godo. Era educado y galante, y las señoras se lo disputaban en los salones. El emperador lo invitaba a su mesa y hacía que le sirvieran el primero. A Teodorico le gustaban las lentejas, el ajo y el jabalí. También le gustaba el vino, pero nunca se levantaba borracho de la mesa. Después de la cena solía ir a algún local nocturno para divertirse un poco con los amigos. Los domingos asistía al hipódromo, a las carreras de carros. Tenía un puesto reservado en la tribuna de honor, junto al de León, pero prefería mezclarse con el pueblo en la explanada y era amigo de los jinetes. A veces, durante los entrenamientos, intervenía en las pruebas. Pasaba los veranos en alegre compañía en una villa que había alquilado a orillas del Bósforo. Era un nadador formidable y tenía una resistencia a toda prueba.

El año 470, aunque la fecha no es segura, regresó a la Panonia. Tenía dieciocho años y ya era un hombre hecho y derecho. De estatura superior a la media, tenía una cabeza grande y redonda, una frente amplia, nariz aguileña, cejas abundantes e hirsutas que le cubrían los párpados y unas orejas generosas. La boca, sobre cuyas comisuras caían las guías de un poderoso bigote rubio, mostraba una soberbia dentadura que resaltaba los labios pálidos y delgados. Los orificios nasales estaban tan llenos de pelos que cada mañana un barbero provisto de una navaja especial tenía que cortárselos para facilitar la respiración. Un velludo pecho de gladiador servía de base a un cuello de toro. Las piernas, rectas y musculosas, se sostenían en dos pies cortos y puntiagudos. Cuando lo vio, Teodomiro no reconoció a su hijo. Teodorico encontró a su padre muy envejecido y un poco chocho. Habían vivido diez años lejos el uno del otro y no se habían intercambiado más que algunos mensajes.

Panonia estaba amenazada por los sármatas, que habían invadido Misia y amenazaban sus confines. Sin que el padre lo supiera, Teodorico reunió seis mil hombres y cruzó el Danubio lanzándose sobre el enemigo hasta exterminarlo. Decapitó al rey Badai, puso su cabeza en lo alto de una pica y con aquel trofeo regresó a Panonia. Poco después, fue coronado rey.

Panonia se había hecho demasiado pequeña para los godos, que necesitaban continuamente más espacio. Nómadas y pastores, vivían de pastos y saqueos, y la vida sedentaria los hacía hambrientos. En aquel momento Bizancio había concentrado sus ejércitos en los confines orientales, dejando abiertas de par en par las puertas de Macedonia. Teodorico se dispuso a pasar por aquellas puertas con todo su pueblo. Se enfrentó por sorpresa con las resistencias griegas, pero las venció. El nuevo emperador Zenón, que el año 474 había sucedido a León, pidió la paz, y los godos depusieron las armas, a cambio de Macedonia, donde se establecieron. Pero el año 478 volvieron a armarse y se trasladaron a Escitia, a orillas del mar Negro.

El rey godo se había convertido para Bizancio en un huésped incómodo e imprevisible. El año 484, el emperador lo nombró cónsul. Sabía que con honores se ganaría su simpatía. Teodorico vistió la toga y dos años después, por todo gesto de agradecimiento, invadió Tracia y asedió, aunque sin fortuna, a la misma Bizancio. Evidentemente, Escitia no había sido la tierra prometida que él esperaba. Zenón le invitó entonces a ocupar Italia.

De hecho, la península se había convertido en un reino independiente, por más que Odoacro la gobernara en nombre de Constantinopla. El historiador griego Procopio refiere que Teodorico aceptó con entusiasmo la propuesta que, en realidad, tendía más a liberar de los godos a los Balcanes que a reconquistar un país sobre el que el emperador ya no ejercía control alguno.

La «larga marcha» de Teodorico comenzó a finales del otoño del año 488. Era un pueblo entero el que emigraba: mujeres, viejos, niños, carros, cabras, utensilios... Doscientos cincuenta mil godos, de los que únicamente cincuenta mil iban armados, y algunos centenares de mercenarios griegos en busca de aventuras avanzaban hacia Occidente, por las calzadas que Roma había construido en la antigua ruta danubiana y que los hunos no habían tenido tiempo de destruir. Los primeros quinientos kilómetros constituyeron un largo paseo. Después empezó la *anábasis*, cuando los godos llegaron a las fronteras de Dacia, donde estaban acuartelados los gépidos, sus parientes cercanos. Teodorico pidió el derecho de paso por su territorio, pero recibió una negativa por respuesta. Los gépidos fueron atacados en sus campamentos y aniquilados. Los godos incluyeron en su horda a los pocos supervivientes, después de haber dado muerte a los viejos y a los inválidos, y reanudaron el camino hacia el noroeste. En agosto del año siguiente cruzaron los Alpes Julianos y descendieron hasta Italia.

Odoacro no se había quedado mano sobre mano. Movilizó el ejército y lo concentró a orillas del Isonzo, donde había excavado trincheras y levantado fortificaciones. El 28 de agosto, los godos chocaron con las bandas de Odoacro y las derrotaron. El 30 de septiembre, los dos ejércitos se enfrentaron de nuevo en Verona. Antes de la batalla, Teodorico, que era bastante supersticioso, quiso ponerse un manto de seda que su madre y su hermana habían confeccionado durante la «larga marcha». Odoacro fue batido de nuevo, y se dio a la fuga. Buscó la salvación en Roma, pero los quiretes, que lo detestaban, le cerraron las puertas. Marchó entonces hacia Rávena, después de arrasar el Lacio y diezmar a sus habitantes.

El rey godo no lo persiguió, sino que se dirigió a Milán, donde las retaguardias enemigas habían buscado refugio, y ocupó la ciudad. Los secuaces de Odoacro fueron hechos prisioneros. El general que los mandaba, un hérulo llamado Tufa, pidió alistarse con los godos. Teodorico lo aceptó, lo puso al frente de un ejército y lo envió a asediar Rávena. En cuanto hubo llegado ante la ciudad, devorado por el remordimiento, o por el miedo, Tufa volvió a ponerse a las órdenes de Odoacro. Miles de godos fueron capturados y muertos, y pareció que la suerte de la guerra iba a cambiar de signo. Entonces Teodorico salió de Milán y marchó sobre Rávena. Como la ciudad era prácticamente inexpugnable, ordenó excavar un amplio foso alrededor de las murallas y reunió sus tropas. Después se

dirigió a Roma, donde fue acogido como un libertador. Desde allí se lanzó a la conquista del sur, que pacíficamente se le sometió.

A comienzos del año 493, agotada por un asedio que ya duraba más de dos años y por una escasez de víveres que obligaba a sus habitantes a alimentarse de hierbas y carne de perro, Rávena capituló. Dos días después se firmó la paz, que fue bendecida por el obispo Juan. Odoacro invocó la clemencia de Teodorico y le entregó su propio hijo Telano como rehén. El 5 de marzo, el rey godo atravesó a caballo la ciudad entre las ovaciones del pueblo y del clero. Juan ordenó un *tedeum* de acción de gracias y salió a su encuentro con la cruz alzada y un grupo de sacerdotes cantando salmos. Los festejos concluyeron con un gran banquete en honor de Odoacro, a cuyo término, Teodorico degolló a su rival, después de haber hecho exterminar a toda su familia. Procopio cuenta que Odoacro fue asesinado por haberse atrevido a pedir al rey godo que le dejara gobernar con él.

La conquista de la península había durado en total cinco años. Los ejércitos habían asolado los campos, arrasado las ciudades, y asesinado a los habitantes. Pero más que por la guerra, la población moría por el hambre, las epidemias y los indefectibles cataclismos naturales. El historiador Enodio cuenta que el hambre mataba a los que sobrevivían a la espada. Odoacro no había gobernado ni mejor ni peor que sus predecesores. No construyó nada ni destruyó nada. Conservó Italia como la había encontrado: una tierra de rapiña y de conquista, a merced de todos. Con Teodorico cambiaron muchas cosas y la situación mejoró.

XV. LA ITALIA GODA

A principios del año 494, la conquista goda estaba consolidada. Teodorico se instaló en Rávena. De los doscientos cincuenta mil godos que con él habían emprendido la «larga marcha», no llegaron a la tierra prometida más que unos doscientos mil. De estos, una parte se había establecido en la llanura padana, otra había seguido al rey hasta la ciudad adriática y una tercera había descendido hacia el sur.

El asentamiento fue difícil y lento. Los que seguían a Teodorico no eran un pueblo, sino una horda de guerreros, pastores y bandidos, refractarios a cualquier forma de vida organizada. Eran demasiado bárbaros para fundirse con los vencidos, y estos estaban demasiado podridos para asimilarse a ellos. No iba a ser una convivencia fácil. El nuevo reino comprendía Lombardía, Véneto, Liguria, Toscana, Lacio, Campania, Lucania, Calabria y Sicilia. Teodorico dejó inalterada la antigua fisonomía y la tradicional nomenclatura administrativa romana: la península siguió dividida en diecisiete provincias, gobernadas por diecisiete *presides* que eran al mismo tiempo jueces, administradores e intendentes de finanzas. Dependían todos del prefecto del pretorio, especie de ministro del Interior, que residía en Rávena y daba cuenta al rey de su actuación. Las provincias fronterizas fueron confiadas a los llamados *comites*, generales godos en servicio activo, que se habían distinguido en la guerra contra Odoacro. Estos generales disponían de un pequeño ejército, llevaban una vida de guarnición y vigilaban las fronteras. Naturalmente, sus obligaciones no solo eran militares, sino también civiles y judiciales.

En Roma, el Senado, reducido a una simple sombra, continuó siendo, al menos teóricamente, el más alto organismo representativo. El rey le confirmó todos los privilegios de que había gozado antaño, limitándose a designar a su presidente. Los senadores conservaron el derecho de transmitir el propio cargo a sus hijos y los cónsules también salvaron sus prerrogativas. Cuando eran elegidos podían poner en libertad a cierto número de esclavos y aún tenían la obligación de distribuir el trigo entre la plebe y proporcionar diversiones a esta. Vestían igual que en tiempos de Sila, César y Trajano, y daban su nombre al año. Pero en Roma el verdadero jefe era el prefecto de la ciudad. Lo nombraba Teodorico, de quien era lugarteniente. Dirigía la administración, presidía los tribunales y tenía jurisdicción incluso sobre los senadores. De él dependían todos los funcionarios públicos de la ciudad, cuyo número, según el historiador Casiodoro, sufrió bajo Teodorico una drástica reducción.

Cuando en el año 500 el rey visitó Roma, fue precisamente el prefecto de la ciudad el primero en rendirle homenaje al frente de una delegación en la que estaban representados todos los altos cargos del Estado. Se hallaban el *cuestor*, que hacía de mediador entre el Senado y Teodorico; el maestro de oficios, que se

encargaba de los abastecimientos y el correo; el conde de las Donaciones, el equivalente a un ministro de Finanzas, que vigilaba también el comercio, y el conde de los Asuntos Privados, especie de ministro de la Corona, cuya misión era impedir los matrimonios entre parientes y dar sepultura a los muertos. Todos ellos tenían el título de «ilustres» y percibían un estipendio mensual de mil sueldos.

En sus no demasiado frecuentes traslados, Teodorico se hacía acompañar por un séquito de escuderos y oficiales que, naturalmente, eran godos. En las *Variae* de Casiodoro no hay huellas de un solo funcionario militar romano. El jefe del ejército era el rey, que declaraba la guerra y ordenaba el reclutamiento. Los godos efectuaban movilizaciones en masa y tenían que procurarse el equipamiento, que consistía en una especie de coraza ligera, un yelmo y un escudo. Las armas incluían la lanza, la espada y la jabalina, el puñal y las flechas. Habítualmente se reunían en una provincia fronteriza. El Estado pagaba a los soldados estipendio y vituallas, pero les prohibía el saqueo, el estupro y el rapto. Los romanos estaban obligados a procurar a las tropas de paso alimento y alojamiento. Terminada la guerra, los soldados regresaban a sus casas y a cultivar los campos. De ese modo, los godos se emanciparon lentamente de la vida nómada y, al igual que los antiguos legionarios romanos, se convirtieron en agricultores.

Teodorico encontró la península financieramente agotada y las cajas del Estado vacías. Multiplicó los arbitrios y el número de *publicanos* o agentes encargados de cobrarlos. Los impuestos eran gravosos y por lo general se pagaban en especies: aceite, vino, trigo, etc. También iba a parar al erario lo conseguido de la venta de los minerales y del mármol, y el llamado impuesto sobre los monopolios, que gravaba el derecho de comercio «en exclusiva». Teodorico hacía un culto de los monumentos. Restauró el teatro de Marcelo, nombró un superintendente para las cloacas e instituyó una comisión de vigilancia sobre los monumentos vespasianos. Castigó a los ladrones de estatuas y a los especuladores de terrenos. Dictó una ley contra la demolición indiscriminada y arbitraria de antiguos edificios públicos, que se había convertido en un lucrativo pasatiempo para los habitantes de la urbe. «Las ruinas de la antigua Roma nos han sido dejadas por los mismos romanos», se ha escrito.

En el año 500, Teodorico publicó un edicto dividido en ciento cuarenta y cuatro artículos. La materia contenida en él y el espíritu que lo formaba eran romanos, como romana era la jurisprudencia que asignaba a tribunales de guerra la competencia para juzgar delitos militares y a tribunales civiles la de pronunciar sentencias comunes. Nombró presidente de los primeros a condes godos y de los segundos a magistrados romanos. Raras veces ocurría que un ciudadano romano compareciera ante un juez godo. Podía suceder, más aún, ocurría regularmente cuando se producía una querella entre godos y romanos. En este caso, los segundos eran juzgados por un conde asistido por un magistrado romano.

Sus biógrafos nos describen a Teodorico como un hombre justo. Un día, una mujer le presentó un recurso contra ciertos jueces que no se decidían a dirimir un litigio en el que ella se hallaba complicada. El rey los convocó y ordenó que celebraran allí mismo el proceso. Pronunciado el veredicto, hizo cortar la cabeza a los jueces.

Como no contaba con administradores propios, se sirvió de los romanos para gobernar Italia. Nombró prefecto del pretorio a un tal Liberio, que había ejercido el mismo cargo con Odoacro a quien había permanecido fiel hasta el fin. Liberio coronó su carrera como ministro de Finanzas y unió su nombre a la reforma agraria que asignó dos tercios del suelo italiano a los romanos y un tercio a los godos, que con justo título lo habían reclamado, puesto que ahora eran sus únicos defensores. Sucesor de Liberio fue Casiodoro, que también había estado a las órdenes de Odoacro, de quien fue tesorero. Ofreció después sus servicios a Teodorico, que lo nombró gobernador de Lucania. Su carrera fue continuada por su hijo homónimo, el gran historiador de este período, que estuvo cerca de cuarenta años al frente de la administración goda en Italia.

Casiodoro, hijo, había nacido en Squillace, Calabria, el año 480. Aún joven se trasladó a Roma, donde realizó estudios de gramática y ornitología. Cuando su padre fue elevado al puesto de prefecto del pretorio, el joven se convirtió en gobernador de Lucania y después asesor de Roma. En cierta ocasión, mientras ostentaba este cargo, hubo de dirigir un brindis al rey, y lo hizo con tanta gracia que Teodorico lo nombró su secretario y después cuestor, patricio y, en el año 514, cónsul. Casiodoro no solo fue un hombre de Estado, sino un gran historiador, a pesar del tono hagiográfico y la ampulosidad de sus escritos. En una absurda *Historia de los godos*, que se ha perdido, atribuía a estos un origen divino y un lejano parentesco con Hércules y Teseo. Compiló también un resumen de la antigüedad, el *Chronicon*, que arrancaba de la expulsión de Adán y Eva del paraíso terrenal. Pero su obra más famosa son las *Variae*, colección de cartas y documentos a través de los cuales podemos reconstruir los hechos del reino godo en Italia. Murió muy viejo, a los noventa y tres años, en su finca de Squillace, a la que se había retirado para dedicarse a la cría de canarios y a copiar las obras de Virgilio y de Séneca.

Los otros colaboradores civiles de Teodorico, Símaco y Boecio, eran romanos. Símaco descendía del cónsul homónimo que en tiempos de Teodosio se había opuesto a la remoción de la estatua de la Victoria, símbolo pagano, del palacio del Senado. Odoacro lo había nombrado cónsul y Teodorico lo hizo prefecto de la urbe con el título de patricio. En 524 fue elegido presidente del Senado. Era un hombre culto, probo y refinado. Escribió una *Historia de Roma*, docta y retórica, en siete volúmenes. A través de su hija se emparentó con Boecio, del que se convirtió en suegro.

Boecio había nacido el año 475 en Roma, donde había realizado los estudios, que continuó después en Atenas, sobre los textos de Euclides, Arquímedes y Tolomeo. Tradujo el *Organon*, de Aristóteles, que sirvió de modelo a toda la filosofía medieval. Escribió también un tratado de teología en el que demostró, o intentó demostrar, que la fe triunfa sobre la razón. A los treinta años, Teodorico lo nombró cónsul, después maestro de oficios y, en 522, primer ministro.

Símaco y Boecio colaboraron con Teodorico como lo habían hecho con Odoacro, pero de pronto, de manera clamorosa, rompieron sus relaciones con el rey, cuando el *relator* Cipriano acusó al patricio Albino de haber enviado al emperador de Oriente unas cartas llenas de calumnias hacia el soberano. Boecio defendió a Albino e inculpó a Cipriano, que a su vez extendió la acusación a

Boecio. Teodorico entregó a este al Senado, que se constituyó en tribunal especial. Fue el «proceso del siglo», y concluyó con la condena a muerte del imputado, reconocido reo de traición, magia y espiritismo. Boecio quedó encerrado en una cárcel en Pavía, y el 23 de octubre del año 524 fue ejecutado. Los verdugos le ataron una cuerda a la frente y apretaron hasta que los ojos le saltaron de las órbitas. Idéntica fue la suerte de Símaco, culpable solamente de haber salido en defensa de su yerno. En la celda de Boecio fue hallado un manuscrito que él había compuesto durante los largos meses de reclusión y al que había dado el significativo título de *Consolatio philosophiae*. La obra está escrita en hermoso latín clásico en el que se advierten ecos de Séneca, y algunas páginas están empapadas de sentido lirismo. La *Consolatio* fue el best seller de la Edad Media. Entre otros, la leyó Dante. Se tradujo a todas las lenguas. La lista completa de sus ediciones llena cincuenta páginas del catálogo del British Museum de Londres.

XVI. EL DESMORONAMIENTO

Las acusaciones de Cipriano no eran infundadas. Desde hacía tiempo, en Roma soplaban aires de rebeldía. Pero el alma de esa rebeldía, más que Boecio y Símaco, eran el pontífice y los senadores que conspiraban con Bizancio.

Hasta Odoacro, en el marasmo del bajo Imperio, las provincias habían sido gobernadas por los obispos. Los godos habían pactado con el de Pavía, Epifanio, la rendición de esta ciudad. Consolidada la conquista, y una vez instalado en Rávena, Teodorico había reclutado un cuerpo de funcionarios a los que envió, en calidad de presidentes, a las provincias. La jurisdicción civil sustituía a la eclesiástica y el árbitro de la situación no era el Papa, con sus obispos, sino el rey, con sus condes.

Al principio, las relaciones entre el escéptico y tolerante Teodorico y la Iglesia fueron cordiales. Cuando en el año 500 se dirigió a Roma por segunda vez, el papa Símaco salió a su encuentro en el monte Mario y lo acompañó en triunfo hasta San Pedro. El rey arriano oró sobre la tumba del apóstol y depositó a los pies del altar dos candelabros de plata de setenta libras de peso. Símaco había sido elegido contra un tal Lorenzo, candidato del emperador de Oriente. En el año 500, la disputa aún no se había desvanecido y al pontífice lo acusaban incluso de adulterio y peculado. El año siguiente, Teodorico convocaba un concilio en Letrán. Símaco fue procesado y absuelto. Esta fue la única vez que el rey intervino en asuntos de la Iglesia, y lo hizo a petición de los obispos. Había concedido al clero católico las más amplias libertades de culto, pero también había exonerado a los clérigos de aquellos empleos que eran incompatibles con la dignidad de su ministerio, sometiéndolos a tributo y privándolos de no pocos privilegios de los que habían gozado en el pasado. Hasta los monjes quedaban obligados a pagar impuestos. Estas medidas le enajenaron fatalmente la simpatía de la Iglesia, que empezó a tramar con Bizancio su ruina.

En el año 524, el emperador Justiniano publicó un edicto contra los herejes y los maniqueos, a los que excluía de las funciones civiles y militares, y volvía a consagrar al rito católico las iglesias arrianas. El arriano Teodorico convocó al papa Juan I a Rávena y le ordenó que se dirigiera a Constantinopla a pedir la revocación del edicto. El pontífice, viejo y enfermo, le pidió que enviara a cualquier otro, pero Teodorico se mantuvo en sus trece. Entonces, el Papa, acompañado de tres ex cónsules y de algunos sacerdotes, emprendió el viaje. Por el camino, según refiere el *Libro Pontifical*, se produjeron numerosos milagros. Cuando Juan pasó las murallas de Constantinopla, un sordomudo lo tocó con un dedo y se le devolvió el oído y el habla. Bizancio le tributó una gran acogida. Justiniano salió al encuentro del obispo de Roma y se arrodilló a sus pies, imitándole en esto los dignatarios y prelados del séquito. El día de Pascua,

sostenido por el patriarca de Constantinopla, que le daba la derecha, Juan celebró la misa en la iglesia de Santa Sofía.[*]

Al terminar, coronó a Justiniano emperador[*] y después le conjuró a revocar el bando, pero sin atreverse a aludir a la otra pretensión de Teodorico: que Justiniano permitiese a los que habían abjurado el arrianismo para abrazar la ortodoxia que volvieran a la antigua fe. A principios del año 526, extenuado por el largo viaje y por la gota, Juan regresó a Italia. Una vez desembarcado, fue conducido a la presencia de Teodorico, que públicamente lo acusó de traición y lo hizo encarcelar. Murió en prisión el 25 de mayo del año 526 y la Iglesia lo consideró uno de sus mártires.

El rey apenas tuvo tiempo de nombrar un sucesor, pues murió el 30 de agosto del mismo año. Las fuentes eclesiásticas atribuyen su fin a un ataque de disentería. También Arrio había acabado por una diarrea. Evidentemente, según la Iglesia, es este el destino de los herejes. Cuenta Procopio que, después de la muerte de Símaco, Teodorico se sintió atormentado por el remordimiento. Un día, mientras comía, vio que el pescado que le habían servido en bandeja de plata asumía el rostro demacrado y pálido de su víctima; los ojos le salían de las órbitas, inyectados en sangre, en una torva expresión de venganza. El rey empezó a delirar y fue llevado al lecho donde, dos días después, expiró. Probablemente, Teodorico, que sufría de irregularidades circulatorias, fuese víctima de una trombosis. Gregorio Magno, en sus *Diálogos*, cuenta que cayó en el infierno a través de la boca de un cráter situado en el centro de la isla de Lípari.

Cuando descendió a la tumba, Teodorico tenía setenta y dos años. En sus últimos tiempos se había hecho huraño, suspicaz y misántropo, pero conservaba sus viejas costumbres. Se levantaba al alba, desayunaba abundantemente a base de fruta fresca y carne asada y paseaba largo rato a caballo por los bosques. A las diez, asistía a misa. En público era muy devoto. Después, acompañado del conde de los soldados, se dirigía a la sala del trono, donde se iniciaban las audiencias, que duraban un par de horas. A mediodía visitaba el tesoro guardado en un gran cofre, cuyas llaves siempre llevaba colgadas del cinturón. Si le quedaba tiempo, visitaba las cuadras. Le gustaba la mesa bien servida, los platos y los cubiertos de plata, las jarras de oro, los manteles de encaje. Después de comer, raras veces se permitía una siesta. Prefería jugar con los amigos una partida de dados. Si perdía, se ponía furioso y, naturalmente, sus adversarios se ocupaban de que semejante desgracia ocurriera pocas veces. Desde las cuatro hasta las siete, concedía de nuevo audiencias. Después iba al jardín, a regar las flores que él mismo cultivaba con gran esmero. A las ocho cenaba en compañía de su mujer, de su hija y de algunos, muy pocos, íntimos, rodeado de enanos y bufones. Se acostaba tarde, tras hacerse leer por su secretario un capítulo de Tácito o Suetonio. Con frecuencia visitaba el mausoleo que estaba construyéndose en Rávena y que era un macizo edificio de mármol blanco, de dos pisos circulares concéntricos, coronados por

[*] Se trata de la vieja basílica de Santa Sofía, obra de Constantino, no de la actual, realizada en cinco años por Justiniano. (N. del T.)

[**] Supongo que es un error del ilustre autor, que el mismo Montanelli corrige dos capítulos más adelante, la confusión entre Justiniano (Giustiniano) y Justino (Giustino), que es el emperador reinante en este período y a quien, a petición propia, coronó Juan I por segunda vez, pues había sido coronado ya por el patriarca, Justino reinó del 518 al 527. (N. del T.)

una cúpula monolítica. Ejemplo de arquitectura romano-bárbara, se ha mantenido intacto muchos siglos, y después de haber sufrido algunas restauraciones fue convertido en iglesia. Ha sido comparado con el Panteón, pero le faltan el aspecto imponente y la gracia aérea del monumento de Agripa.

Teodorico seguramente no fue el gran rey que describen algunos historiadores, pero desde luego fue el primer bárbaro que supo elevarse por encima del nivel de los simples jefes de tribu. Sus godos llevaron a Italia, junto con las viejas supersticiones germanas y el carácter selvático de la horda, la virtud guerrera y el sentido del honor, el culto a la mujer y un cierto espíritu aventurero y caballeresco. Y como su pueblo era poco numeroso, temiendo que los romanos lo devoraran Teodorico trató de impedir, mientras vivió, que se mezclara con los vencidos.

En los últimos tiempos había trasladado su residencia a Pavía, donde, sintiéndose morir, convocó a los condes godos y a su hija Amalasunta. Su yerno Eutarico había muerto cuatro años antes y su nieto Atalarico aún era un niño. Amalasunta fue nombrada regente en nombre de su hijo. Era una mujer culta, hermosa y dominante. Hablaba corrientemente el latín y el griego, conocía a los clásicos y dominaba la filosofía. Los godos la detestaban porque se sentían despreciados por ella, que se rodeaba de romanos y frecuentaba sus salones. Rehabilitó la memoria de Símaco y de Boecio y devolvió a los hijos de estos los bienes confiscados. Aumentó los sueldos de los maestros de retórica y fundó nuevas escuelas. Se reconcilió con el Senado y con el pueblo romano y se comprometió a no violar la ley de los *quirites*. Confió a su hijo a un preceptor romano para que lo iniciara en el culto a la civilización latina, de la que ella misma estaba impregnada. Los godos protestaron. Para ellos, el rey debía ser un guerrero, preferiblemente analfabeto, como lo había sido Teodorico.

Un día, Amalasunta hizo un reproche a Atalarico y le dio un bofetón. El niño estalló en sollozos en presencia de algunos condes godos, que obligaron a la reina a despedir al preceptor y a entregarles el niño. Atalarico, sometido a excesos de todas clases, murió a los dieciocho años, consumido por la tisis. Entonces, la madre asoció al trono a su primo Teodato.

Era hijo de Amalafrida, hermana de Teodorico. Había vivido mucho tiempo en la Toscana, donde poseía un castillo y vastas propiedades. Amalasunta sentía una gran simpatía por él porque había estudiado filosofía en Roma y había escrito un ensayo sobre Platón. Pero, bajo el barniz del intelectual, abrigaba una desaforada sed de mando. Se había enriquecido con los abusos y la violencia. Amalasunta tuvo motivos para lamentarse pronto del compañero, que la detestaba y quería deshacerse de ella. Un buen día, decidió huir a Bizancio. Cargó todos sus tesoros en un dromon y se dispuso a zarpar del puerto de Classe. Demasiado tarde. Teodato, informado, mandó que sus soldados abordaran la nave. La reina fue arrestada, conducida al lago de Bolsena y encerrada en una torre. Con amenazas de muerte, el primo la obligó a escribir una carta al emperador Justiniano en la que le decía que había cambiado de idea y que quería permanecer en Italia. Después, dio orden de que la mataran. Amalasunta fue estrangulada mientras dormía. Corría el año 535.

Era el comienzo de una crisis que el Papa y los senadores romanos esperaban con impaciencia. De inmediato comunicaron lo ocurrido a

Constantinopla, recordando al emperador que Italia, en línea de derecho, seguía siendo una provincia del Imperio, aunque de hecho Teodorico la hubiera gobernado como señor absoluto. El asesinato de Amalasunta proporcionaba ahora un buen pretexto para intervenir en la península nuevamente disponible.

Veamos, pues, qué Imperio era este y quién era el que en ese momento lo encarnaba.

XVII. BIZANCIO

Al igual que Roma, la nueva capital había sido edificada sobre siete colinas. Constantino eligió el lugar por su posición natural y estratégica, último bastión europeo y puerta de ingreso al continente asiático. En el siglo VI, con su millón de habitantes, Bizancio era la ciudad más populosa del mundo, seguida, a gran distancia, por Cartago en Occidente y Alejandría y Antioquía en Oriente. La vida de la capital giraba alrededor de tres polos: la corte, el hipódromo y la iglesia de Santa Sofía.

La corte era una especie de ciudad dentro de la ciudad, como en Moscú, desde el tiempo de los zares, lo ha sido siempre el Kremlin. En el centro, rodeado de decenas de edificios dedicados a ministerios y de suntuosas villas privadas, surgía el Palacio Sagrado, residencia oficial del emperador. No muy lejos de este, el palacio de la emperatriz, el lugar más misterioso y de más difícil acceso de toda la metrópoli. Nadie, sin un permiso especial, podía atravesar sus umbrales, vigilados día y noche por eunucos armados hasta los dientes. El mismo emperador, cuando se dirigía a visitar a su esposa, debía hacerse anunciar.

Con sus ostentosos vestíbulos y sus salones centelleantes de oro, mármoles y mosaicos, el Palacio Sagrado era el corazón de un Imperio al que la Providencia parecía haber concedido la eternidad. Para darle su carácter sacro, los emperadores habían procurado reunir en él las más preciosas reliquias de la Cristiandad: el *lignum crucis*, la corona de espinas y los esqueletos de los santos y de los mártires más de moda. Santa Elena había hecho trasladar allí el de san Daniel y León VI los de María Magdalena y Lázaro. Nicéforo y Juan Tzimisces enriquecieron la colección con los cabellos de Juan Bautista y las sandalias de Jesucristo. Bajo la columna de Constantino, se exponían a la veneración de los fieles que cada día afluían allí en gran número, los panes del milagro. No se sabe si todas estas reliquias eran auténticas, pero a quien lo dudara se lo consideraba un sacrilego.

La corte no era solo la residencia del emperador, sino también el cuartel general de la burocracia y el centro comercial más importante del Imperio. Entre sus murallas estaban los ministerios y las oficinas públicas. Sus gineceos hospedaban a millares de mujeres dedicadas no solo a servicios de alcoba, sino también a verdaderas industrias textiles, donde hilaban lana y seda que el Estado importaba y elaboraba en régimen de monopolio. Los mismos emperadores eran comerciantes y hombres de negocios. Juan Vatatzes, por ejemplo, vendiendo pollos consiguió ganar el dinero suficiente para comprar a la emperatriz una corona nueva.

El hipódromo, como el foro en la antigua Roma, era el lugar donde se desarrollaban las carreras de carros y se preparaban las conjuras. De los graderios y de los «populares», capaces de contener hasta cuarenta mil espectadores, partía

la chispa que podía desencadenar la revolución. Los homicidios, los raptos y las palizas estaban a la orden del día entre las dos facciones rivales, los «Verdes» y los «Azules». La misma fuerza pública era impotente contra la «afición». Lo era hasta el emperador que, para conservar el trono, debía asegurar el normal desarrollo de los juegos.

Santa Sofía era el tercer gran centro de atracción de Bizancio, aunque en la capital hubiera otras cuatrocientas iglesias. Ideada por Justiniano y realizada por el célebre arquitecto Antemio de Tralles, era la residencia oficial del patriarca y el más importante lugar de reunión y de plegaria de la Cristiandad oriental.

Charlatanes, beatos y supersticiosos, a los griegos les entusiasmaban las discusiones religiosas abiertamente fomentadas por el clero secular. Es difícil medir la influencia que los monjes ejercieron en la sociedad y en las costumbres bizantinas. Considerados por príncipes y emperadores, gozar de su confianza era tenido por un auténtico privilegio. Alejo I, en sus campañas militares, solía hospedar uno de esos monjes en su tienda. Especialmente reverenciados y oídos eran los ermitaños. San Nicéforo logró inducir al emperador a abolir el impuesto sobre el óleo santo. San Daniel, que vivía sobre una columna en la periferia de Bizancio, recibía por orden de Teodosio II un paraguas siempre que se desataba un temporal. Solo al término de su vida decidió hacerse construir una tejavana. De gran fama gozaron también san Teodoro Siceota y san Basilio el Menor, el primero, por haber pasado en una jaula toda una cuaresma y el segundo por haber instruido a la emperatriz Elena sobre el modo de tener un hijo.

Constantinopla se hallaba bajo el patrocinio de la Virgen, a cuyo culto estaban dedicadas algunas de sus más bellas iglesias. No eran estas lugar de plegaria solamente, sino también verdaderos centros diagnósticos y terapéuticos. Como en la Roma pagana, muchos enfermos preferían confiarse a los cuidados de Asclepio y de Lucina antes que a los del médico, y así en Bizancio se recurría a las recetas de Cosme y Damián que al parecer las distribuían pródiga y gratuitamente. Entre los santos que hacían las veces de médicos había, naturalmente, especialistas. Por ejemplo, para las enfermedades sexuales, los hombres se dirigían a san Artemio, y las mujeres a santa Febronia. Cuando un diagnóstico se hacía especialmente difícil, se recurría a los astros, y a veces se llamaba a consulta a los magos y a los brujos, aunque su principal actividad era, sencillamente, la lectura del futuro. No siempre acertaban en sus pronósticos. Catanance, por ejemplo, profetizó la muerte de Alejo I y quien murió, en cambio, fue el león de la corte, lo que no le impidió, años después, renovar la profecía. Y también esta vez los hechos lo desmintieron, porque quien abandonó este mundo fue la emperatriz madre.

Era una ciudad cosmopolita, una especie de *meeting pot*, un crisol de lenguas, razas y costumbres, una amalgama de griegos, ilirios, escitas, asiáticos y africanos reunidos por la ortodoxia y la lengua común. Desgarrado por las herejías, el Imperio romano de Oriente, por su heterogeneidad étnica, no fue nunca agitado por el espectro del racismo. En cambio, eran frecuentes los matrimonios mixtos, que los mismos emperadores animaban. Justiniano II, por ejemplo, hizo que la hija de un rico e influyente senador se casara con su cocinero negro.

A pesar de su clima húmedo y bochornoso, Constantinopla estaba rodeada de un paisaje noble y lujuriante. La sabiduría urbanística de sus arquitectos había hecho de la ciudad una joya de armonía y equilibrio estético. Por supuesto, también existían desórdenes, pero, en resumidas cuentas, el rostro de Bizancio podía compararse perfectamente con el de la Roma de Augusto.

De hecho, las casas estaban edificadas de acuerdo con esquemas romanos: de dos pisos, con pequeñas ventanas que daban a un patio o vestíbulo, o miraban a la calle. Los balcones aparecían al menos a cinco metros sobre el nivel del suelo. Las escaleras exteriores estaban prohibidas.

Especiales cuidados se dedicaban a las cloacas, que desembocaban directamente en el mar. Y como en Bizancio no había cementerios, los cadáveres eran enterrados fuera de las murallas. Solo los miembros de la familia imperial podían recibir sepultura dentro del recinto de la ciudad. Anchos bulevares con árboles y preciosas estatuas de mármol atravesaban el centro, que en las horas de mayor afluencia debía de estar verdaderamente invadido por la multitud.

Capítulo aparte merecerían los eunucos. Todos eran de origen aristocrático y burgués, y se los castraba para evitar que sus energías se desviaran del servicio del Estado. Por regla general se sometían voluntariamente a esta operación, que por otra parte era obligatoria para quien quería hacer carrera en la corte y en las altas jerarquías administrativas, eclesiásticas y militares.

Grandes patriarcas y eminentes generales eran eunucos. Su condición se consideraba un privilegio, y esto demuestra hasta qué punto se había orientalizado el Imperio romano.

El emperador —o *basileus*— heredero de los cesares, tenía derecho de vida y muerte sobre todos sus súbditos. Elegido por Dios, del que era lugarteniente en la tierra, era infalible como Dios. El patriarca lo consagraba sobre el púlpito de Santa Sofía, pero después se convertía prácticamente en su ministro de Culto. El *basileus* designaba e investía a los obispos, a quienes podía deponer cuando le pareciese. Convocaba los concilios, fijaba los dogmas y modificaba la liturgia. Estaba ligado a la Virgen por especiales vínculos de colaboración. De hecho, sobre los campos de batalla, el emperador y la Virgen eran considerados colegas en el mismo grado. Juez supremo, su tribunal juzgaba en primera instancia y en apelación. Los caprichos y los gustos del soberano dictaban la moda y fijaban los límites del lujo. Del de los demás, por supuesto.

La sucesión al trono no estaba regulada por normas fijas, pero el regicidio era una práctica habitual. En mil cincuenta y ocho años, de ciento siete emperadores solo treinta y cuatro murieron de muerte natural y media docena en la guerra. Los demás, o abdicaron o fueron degollados.

La divinidad del soberano se manifestaba durante las audiencias cuando, sentado en un trono gigantesco, recibía a los ministros, cortesanos y embajadores extranjeros. El emperador se expresaba por medio de gestos. Nadie hablaba y todos permanecían de pie. A intervalos regulares, el *basileus* desaparecía, levantado en el aire con todo el baldaquín por máquinas invisibles y misteriosas. Cuando reaparecía, iba vestido con túnicas nuevas y cada vez más suntuosas. Los que le rendían homenaje, hacían tres inclinaciones y besaban sus zapatillas de púrpura.

Las órdenes del emperador no se discutían, porque en su persona se reunían los poderes ejecutivo, legislativo y judicial, además del religioso. El Senado, completamente desprestigiado y obligado a renunciar a su tradicional función de órgano legislativo, se había convertido en una especie de Consejo de Estado y se limitaba a proporcionar los cuadros dirigentes de la burocracia. Eran de extracción senatorial los directores generales, los jefes de gabinete y los titulares de los diversos ministerios. Más que hija de la romana, la administración bizantina, con su desaforado centralismo, fue la madre de la rusa, lo mismo zarista que soviética. Nada escapaba a su vigilancia. En los ministerios de la capital trabajaban decenas de miles de empleados y funcionarios. La lengua oficial, en los tiempos de Justiniano, aún era el latín. Los certificados se redactaban en esta lengua, así como la *Gaceta Oficial*. Con el tiempo, sin embargo, acabó por imponerse el griego.

Junto a una burocracia vejadora pero eficiente, actuaba una diplomacia sútil, desprejuiciada e intrigante. Es difícil decir hasta qué punto el Imperio romano de Oriente debe a esa diplomacia su longevidad. El estudio de los bárbaros era su mayor preocupación. En un despacho a propósito, se reunían los informes confidenciales acerca de los pueblos extranjeros. En los colegios y en las universidades griegas, los hijos de los príncipes hunos, de los emires árabes, de los kanes tártaros, se mezclaban con los retoños de la aristocracia y de la alta burguesía bizantina. Para reforzar estos vínculos de amistad, también se concertaban matrimonios. Cuando la emergencia llamaba a las puertas, no se vacilaba en sembrar cizaña entre los aliados aumentando sus discordias. La moral estaba subordinada a la razón de Estado. Con fines políticos e imperialistas era empleada incluso la religión, cuya fastuosa liturgia, más que los oscuros dogmas, atraía e impresionaba la fantasía de los bárbaros.

El ejército era la tercera piedra angular de este Imperio. Diocleciano y Constantino lo habían reformado, creando, como ya hemos dicho, un ejército fronterizo y un ejército central móvil. Los soldados alistados en el primero eran campesinos armados que vigilaban los confines. En vez del sueldo recibían tierras para cultivar. El ejército móvil, que dependía directamente del emperador, recibía en cambio un sueldo regular y vivía acuartelado en la capital.

Hasta el año 378, la infantería fue la columna vertebral del ejército bizantino. Después del desastre de Adrianópolis, que sancionó el triunfo de la caballería goda, Teodosio I decidió tener a sueldo un fuerte contingente de jinetes bárbaros, mandados por sus respectivos jefes de tribu. Algunos de estos, ascendidos a generales, comenzaron a poner y quitar emperadores que, a su vez, se servían muchas veces de ellos para que les sacaran las castañas del fuego.

Rodeada de pueblos invasores, belicosos y hambrientos, Bizancio siempre vivió en pie de guerra. La astucia de sus diplomáticos y la habilidad de sus generales le aseguraron, sin embargo, una vida larga y brillante. La autocracia satrapesca de los basileus que se sucedieron en el poder fue la masilla que mantuvo unido a un Imperio que, sin embargo, contenía en sí numerosos gérmenes de disgregación. Del año 330 a los primeros del siglo VI, la contención de los bárbaros y la reorganización de la resquebrajada barraca que Roma le había dejado en herencia, habían sido los dos mayores problemas con que hubo de

enfrentarse el Imperio de Oriente. Y a pesar de todo, consiguió resolverlos bastante bien.

XVIII. JUSTINIANO

No podemos hacer aquí la historia detallada de Bizancio, pues escapa a los límites de la obra. Hablaremos solo del protagonista de los episodios que más afectan a Italia y a Europa: Justiniano.

Había nacido el año 482 en Skopie, Macedonia, en el seno de una familia de pastores de ovejas. Macedonia era entonces, y sigue siéndolo, una de las regiones más pobres de Grecia, cubierta de matorrales y llena de montes, patria de pastores agrestes, duros e ignorantes. Pero Justiniano fue distinto de sus compatriotas. Creció débil y enfermizo, pero con una gran voluntad de estudiar. Quien lo llamó a Bizancio fue su tío Justino, que había realizado una buena carrera en los ejércitos de Anastasio y no tenía hijos. El viejo soldado era un hombre grosero y vulgar. No sabía leer ni escribir, pero sabía muy bien echar sus cuentas. Hizo estudiar al sobrino y le dio la instrucción que a él le faltaba. Cuando Justiniano se doctoró en leyes, Justino lo hizo su secretario y lo adoptó como hijo. No se sabe qué intervención tuvo en la subida al trono del tío que, a la muerte de Anastasio, más bien usurpó que ocupó su puesto; pero algún papel desempeñó, desde luego, porque apenas coronado emperador, Justino lo hizo cónsul. Justiniano, que entonces tenía treinta y ocho años, festejó el acontecimiento distribuyendo entre el pueblo dinero y trigo, y organizando en el anfiteatro un gran espectáculo en el que participaron veinte leones, treinta panteras y un centenar de otras bestias feroces.

Su influencia en la corte era cada vez mayor. En poco tiempo se convirtió en la eminencia gris. Las damas se lo disputaban, pero sin éxito. Justiniano era un hombre tímido, casto, de mediana estatura, cabello negro y rizado y con la cara siempre bien rasurada. No bebía, no comía carne, respetaba las vigilias y se sometía a largos ayunos. Era bastante madrugador y empezaba a trabajar al amanecer. Muy entrada la noche, sus ventanas aún estaban iluminadas y él permanecía sumergido en la lectura de Platón, Aristóteles y san Agustín. Justino, chocheando ya por la edad y los achaques, se pasaba los días poniéndose cataplasmas en una pierna enrojecida por la gangrena a raíz de una herida recibida en la guerra. En abril del año 527, cuatro meses antes de morir, el emperador llamó a su sobrino a su cabecera y le anunció que había decidido asociarlo al trono. Fue una investidura puramente formal, porque las riendas del poder ya hacía bastante tiempo que estaban de hecho en sus manos.

El mismo día en que el patriarca le confirió las insignias imperiales, Justiniano contraía matrimonio. La mujer era una antigua prostituta. Se llamaba Teodora y era hija de un domador de osos. Procopio dice que era bellísima, pero no es verdad. Tenía las piernas más bien cortas, las caderas robustas, el seno demasiado abundante y anémico el color de la piel. Sin embargo, los ojos negros y vivaces, y el cabello negro la hacían tan sexy como para despertar incluso los

perezosos sentidos de Justiniano. Este, al parecer, era todavía virgen a los cuarenta años, cuando la encontró en la *mesé*, que era la Vía Véneto de Bizancio. Desde aquel día, es decir, desde aquella noche, ella se convirtió en su amante y él en su prisionero. No pudiendo alojarla en palacio, hizo construir para Teodora una graciosa *gargonniére* en uno de los barrios residenciales de la capital a donde, una vez al día, iba a buscarla. Constantinopla era una ciudad chismosa e indiscreta. Al cabo de veinticuatro horas, las relaciones de Justiniano y Teodora fueron del dominio público. No se hablaba de otra cosa en los salones de la alta sociedad. Damas, cuya reputación no era, desde luego, mejor que la de Teodora, gritaron escandalizadas. Pero Justiniano fingió no oírlas, aunque la misma Eufemia, mujer de Justino, que había sido su esclava, tronase contra Teodora. En cuanto al emperador, no pareció desaprobar la decisión de su sobrino de casarse con una mujer de la calle. Al contrario, esta fue probablemente la última satisfacción que Justiniano le dio antes de bajar a la tumba, lo que ocurrió en agosto del año 527.

Al revés de lo ocurrido a la muerte de Anastasio, la desaparición de Justino no fue seguida por ningún desorden. El cambio de poderes había sido preparado a tiempo y la elección recibió las habituales manifestaciones de entusiasmo y homenaje por parte del Senado, el clero y la plebe, por más que el nuevo emperador fuera bastante impopular. Teodora fue proclamada emperatriz reinante y Bizancio pasó una esponja sobre su pasado. En los salones mundanos, su nombre empezó a ser pronunciado con respeto. La más exagerada adulación se difundió por las calles de Constantinopla y en la corte. Con la púrpura sobre los hombros y la corona en la cabeza, la antigua ramera parecía una reina de nacimiento. Procopio, que la conoció bien y al parecer estuvo perdidamente enamorado de ella, cuenta que desde el día del famoso encuentro siempre fue fiel a su marido, a pesar de que Justiniano vivía sumergido hasta el cuello en los asuntos de Estado.

El *basileus* y la *basilissa* no se parecían mucho. Justiniano era ortodoxo, ascético y solitario, en tanto que Teodora, por el contrario, era una mujer extrovertida; amaba el lujo y la buena mesa y sentía debilidad por los herejes monofisitas.[*] Se pasaba en el lecho la mayor parte del día y, después de abundantes libaciones, se concedía siestas que a menudo se prolongaban hasta el anochecer. No se sabe cuándo se hacían el amor, con unos horarios tan disociados.

Bajo Justino, que había sido un hombre inculto y descuidado, Bizancio perdió su categoría. Justiniano se la restituyó. Reformó el protocolo y dictó un ceremonial austero. Se proclamó sagrado a sí mismo y pretendió que quienes le rindieran homenaje se inclinaran y le besaran el borde del manto de púrpura y los dedos de los pies.

El reinado de Justiniano fue bastante tranquilo. Solo una vez amenazó con venirse abajo. Justino había muerto cinco años antes. La subida de su sobrino al trono provocó un fuerte descontento del que se hicieron portavoces las facciones de los Verdes y los Azules del hipódromo. El año 532, Justiniano hizo arrestar a algunos agitadores de ambas facciones. Estalló la guerra civil. Los insurgentes, a los que se habían unido algunos senadores, provocaron disturbios callejeros,

---

[*] Herejes para los cuales en Jesucristo no había más que una naturaleza, «mezcla» de la divina y la humana. Eutiques fue su máximo difusor, por lo que esta doctrina recibe también el nombre de «eutiquianismo». (N. del T.)

asaltaron las cárceles, liberaron a los presos y prendieron fuego al palacio imperial. Justiniano, sorprendido por la revuelta mientras estaba abstraído en la lectura de san Agustín, perdió la cabeza. Se encerró en sus habitaciones y ordenó a Teodora que hiciera preparar una nave para la fuga. Pero la emperatriz convocó a un joven general, Belisario, y le ordenó que reprimiera la revuelta. Belisario reunió la guardia de palacio y la dispuso a la entrada del hipódromo, donde se habían dado cita treinta mil insurgentes. A una señal suya, los soldados irrumpieron en el recinto y dieron muerte a la totalidad de los rebeldes. El trono se había salvado.

Desde niño, las leyes habían sido la pasión de Justiniano. Las reunidas por Teodosio casi un siglo antes, en el código que lleva su nombre, resultaban una mezcolanza de normas, entre las cuales era imposible orientarse. También habían cambiado los tiempos, la administración era más compleja y para funcionar necesitaba normas claras, simples y uniformes. Los romanos habían conquistado el mundo con las legiones, pero lo mantuvieron unido con los códigos.

El año 528 Justiniano decidió la reforma de la vieja legislación. Nombró una comisión de expertos y colocó al frente de ella al cuestor Triboniano, un jurista eminente, famoso por su venalidad. La comisión se puso enseguida manos a la obra y al cabo de un año publicó el *Codex constitutionum*, una colección de cuatro mil quinientas leyes. En 533 salieron las *Pandectas* o *Digesto*, que recogían las opiniones de los más grandes juristas romanos, y las *Institutos*, especie de «manual» de derecho para estudiantes.

El código justiniano, o *Corpus iuris civilis*, como se le llamó, se abre con una invocación a la Santísima Trinidad y la afirmación del primado ecuménico, es decir, universal, de la Iglesia, que solo recibe órdenes del emperador. El código prohibe a los eclesiásticos hacer especulaciones financieras y tomar parte en juegos públicos o espectáculos teatrales. Condena a muerte y a la confiscación de bienes a los herejes. Anima la manumisión de los esclavos, pero consiente a los padres necesitados que vendan sus propios hijos y obliga a los que han cultivado una parcela de tierra durante treinta años a permanecer atados a la propiedad hasta el fin de sus días.

Bajo la influencia de Teodora, Justiniano mejoró las condiciones de la mujer. El adulterio dejó de ser un delito capital, como en los tiempos de Constantino. El marido traicionado podía matar al amante de la mujer, pero solamente si, tras haberla advertido tres veces, la sorprendía en su casa o en un lugar público con el rival. El que mantenía relaciones con una viuda o una doncella pagaba una multa. Se toleraban las casas públicas. En cambio, el delito de homosexualidad era castigado con la tortura, la mutilación y la muerte.

El código favorecía los legados y donaciones a la Iglesia, cuyas propiedades eran inalienables. Esto consintió al clero acumular un patrimonio que a través de los siglos fue haciéndose cada vez más importante. Numerosos capítulos del código estaban dedicados a la administración de justicia. Solo un alto magistrado estaba autorizado a dar una orden de captura. Entre el arresto y el proceso, que se celebraba en presencia de un juez designado por el emperador, no podía transcurrir demasiado tiempo. Al imputado se le permitía escoger un abogado, pero este solo podía defenderlo si estaba convencido de su inocencia. Aunque las penas eran severas, el juez tenía la facultad de reconocer atenuantes

para las mujeres, los menores y quienes violaran la ley en estado de embriaguez. A los agentes del fisco que se dejaban sobornar se les amputaban las manos. Esta mutilación constituía una práctica habitual, lo mismo que la de la nariz y el cuello. También se consentía en cegar al culpable, suplicio al que eran sometidos especialmente los usurpadores. De todas maneras, las penas capitales más usadas eran la decapitación para los libres y la crucifixión para los esclavos. A los desertores se les reservaba un trato especial, y a los brujos se les condenaba a la hoguera.

El código es, al mismo tiempo, un modelo de espíritu cristiano y un documento de barbarie y superstición. A él, y a sus horrores, debe Justiniano su gloria.

El gran legislador fue un mal político y un pésimo administrador. En realidad, nunca como en su reinado las finanzas bizantinas fueron tan alegres. Afectado de manía de grandeza, vació las arcas del Estado, que había encontrado llenas, y redujo a la extrema necesidad a las provincias para construir iglesias, conventos y monumentos. A la capital afluyeron decenas de miles de campesinos en busca de trabajo. En pocos años, la *banlieue* de Bizancio se transformó en un gigantesco barrio de chabolas hambriento y sucio.

En cuanto a la gloria militar, Justiniano la debe a un avisado general que volvió a colocar bajo su soberanía a Italia y el Norte de África. El emperador no tuvo otro mérito que el de saber escogerlo. Desde luego, no es poco.

XIX. LA RECONQUISTA DE ITALIA

Al frente de la expedición contra los vándalos del Norte de África fue llamado Belisario. Nacido hacia el año 505 en una pequeña ciudad de Macedonia, en el seno de una familia noble, después de un breve aprendizaje en la corte, con tan solo veintiún años fue ascendido al grado de general del ejército imperial. Se había distinguido en el frente persa, pero sobre todo se ganó la gratitud del emperador al salvarlo de la insurrección de los Verdes y los Azules en el año 532. Se había casado con una tal Antonina, una viuda que tenía veintidós años más que él y que, sin embargo, se pasó la vida engañándolo.

La campaña contra los vándalos se resolvió en un triunfo. Su rey, Gelimero, fue obligado a huir a los montes, donde durante tres meses halló hospitalidad entre algunos salvajes. Cuando Belisario, a cambio de la rendición, le ofreció una abundante pensión con carácter vitalicio, se mostró dispuesto a aceptarla a condición de que el general le enviara inmediatamente una esponja, una hogaza y una lira. Se le contentó. Pero pasó por loco.

Con la victoria sobre los vándalos también cayeron en manos de Justiniano los territorios que formaban parte del reino de Gelimero: Cerdeña, Córcega, Baleares, Ceuta y otras muchas ciudades de la Mauritania. Belisario volvió a la patria y se le otorgó el triunfo en un recibimiento. Desfiló por las calles de Bizancio, adornadas con banderas, seguido por las tropas que habían luchado y vencido con él. El punto culminante de esta apoteosis fue una audiencia imperial. La derrota de los vándalos de África pareció en aquel momento un fausto acontecimiento, pero sus consecuencias resultaron desastrosas. Con la liquidación de Gelimero se derrumbó, en realidad, el único baluarte en condiciones de oponer un dique al aluvión árabe que poco después se abatiría sobre aquellas provincias.

La campaña contra los godos fue mucho más larga y difícil que la africana, ya que, con diversas alternativas, duró dieciocho años.

En el otoño del 535, ocho mil hombres mandados por Belisario, de regreso de su victoria en África, desembarcaron en las cosas de Sicilia. En la Italia meridional, la influencia goda había sido escasa. Las poblaciones siempre habían mostrado poca simpatía por las bandas de Teodorico, y el desembarco fue preparado cuidadosamente por los quintacolumnistas bizantinos. Las guarniciones godas cayeron como bolos bajo los golpes de los griegos. Cuando tuvo la isla firmemente, Belisario cruzó el estrecho de Mesina y se dirigió a Nápoles. También este fue un asedio fácil. Casi sin pelear, haciendo pasar a los soldados por un acueducto. Belisario consiguió adueñarse de la ciudad partenopea. Aunque los bizantinos, en el regocijo de la victoria, se abandonaron a un horrible saqueo, los italianos los acogieron con júbilo. Como de costumbre, se hacían la ilusión de que aquella invasión representaba la «liberación» de la invasión anterior.

La noticia de los éxitos de Belisario alarmó a los godos. Teodato, que solo había dado buenas pruebas como uxoricida, fue depuesto y sustituido por un valeroso oficial llamado Vitigio, que de inmediato sacó las tropas de Roma y las reunió en Rávena. En la urbe dejó a unos cuantos millares de hombres que tal vez hubiesen logrado contener al invasor si el Papa no hubiese entregado con engaño las llaves de la ciudad a Belisario. Entonces, los godos volvieron a bajar hacia el sur y asediaron Roma. Al cabo de un año, la peste y el anuncio de refuerzos bizantinos indujeron a Vitigio a pedir una tregua. Belisario, impaciente por reunirse con las tropas de refresco que Justiniano le enviaba, se la concedió.

Mandaba las tropas el gran chambelán Narsés, un eunuco de sesenta años que había hecho una brillante carrera en la corte. Cuando Belisaro se enteró de quién era aquel individuo, montó en cólera. En realidad, Narsés no sabía nada de asuntos militares. Nunca había participado en una guerra y gran parte de su vida había transcurrido en los salones y gineceos de Bizancio. Pero al parecer Justiniano no pudo evitar crear aquella peligrosa dualidad, porque Teodora no le dejaba en paz. La emperatriz sentía celos de Belisario, o mejor dicho, estaba celosa de la popularidad que él proyectaba sobre Antonina, que sin dejar de traicionar escandalosamente a su marido se pavoneaba de sus victorias.

La idea de juntar a Narsés y Belisario fue un desastre. El doble mando provocó una serie de reveses que culminaron en la conquista goda de Milán y en la matanza de treinta mil de sus habitantes. A pesar de las protestas de Teodora, Justiniano volvió a llamar al eunuco y restituyó a Belisario los plenos poderes. Libre por fin de conducir la guerra como le pareciera, el general pasó al contraataque; pero para dar buena cuenta de los godos, debía adueñarse a toda costa de Rávena, y los que le proporcionaron la manera de hacerlo fueron los mismos enemigos, que, extenuados por una guerra que ya se prolongaba demasiado, le ofrecieron la corona de Vitigio. Belisario fingió aceptarla a condición de que se le impusiera en Rávena. Los godos, sin sospechar la segunda intención que había en ello, le abrieron de par en par las puertas de la ciudad. Solo cuando los bizantinos hubieron entrado en el recinto amurallado, descubrieron el engaño. Cuando vieron a los griegos, las mujeres godas escupieron en la cara a sus estúpidos maridos.

Poco después, Belisario fue llamado por Justiniano, que lo envió a toda prisa al frente oriental, donde los persas estaban concentrando amenazadoramente sus tropas. Su ausencia devolvió el atrevimiento a los godos, que, entretanto, habían logrado reconstruir su ejército bajo la guía de un nuevo y valeroso rey, Totila. Una vez más, la suerte de la guerra se volvió a su favor y Justiniano se vio obligado a enviar nuevamente a Belisario a Italia.

Cuando llegó, el general se dio cuenta de inmediato de que la situación había empeorado de forma peligrosa. Los oficiales en los que había delegado el mando, abusaron de este de tal manera que las poblaciones se habían pasado al enemigo. Hasta las tropas parecían agotadas por una guerra que no acababa nunca. Justiniano, que lo había querido, estaba cansado de continuarla. En el Este amenazaba el peligro persa. Había que dejar lo antes posible el frente occidental para defender el oriental. El año 552 el emperador envió otra vez a Italia a Narsés, que ya tenía más de setenta años y estaba lleno de achaques. El mismo año, entre Perusa y Ancona el gran chambelán derrotó a Totila, que perdió la vida en la

batalla. Los godos se retiraron hacia la Campania, donde, a las órdenes de Teya, se dispusieron a una suprema y desesperada resistencia. Vencidos por segunda vez en la llanura del Vesubio, pidieron la paz. En un mensaje a Narsés propusieron también las condiciones, que él aceptó sin pestañear. Pedían que se les permitiese dejar Italia y conservar todos los tesoros acumulados en sus fortalezas. A cambio, se comprometían a no guerrear dentro de los confínes del Imperio. Un millar de bárbaros se negó a deponer las armas y, organizados en bandas de guerrillas, llevaron a cabo una campaña de emboscadas. Otros siete mil pidieron alistarse en el ejército griego y, como sus padres, volvieron a Bizancio en calidad de mercenarios.

Así sucumbía el primer auténtico reino romano bárbaro instaurado en Italia, y lo hacía más por causas internas que por los golpes de los ejércitos bizantinos.

Procopio nos cuenta en sus *Historias* a lo que quedó reducida Italia después de dieciocho años de guerra:

> En Emilia, gran parte de la población se había visto obligada a abandonar sus casas y a emigrar a orillas del mar, esperando encontrar allí algo con que saciar el hambre. En la Toscana, los habitantes iban a la montaña a recoger bellotas para molerlas y hacer un sucedáneo del pan. Los que enfermaban se ponían pálidos y demacrados y la piel se les secaba y contraía sobre los huesos. Sus rostros asumían una expresión asombrada y los ojos se les dilataban en una especie de espantosa locura. Algunos morían por comer demasiado cuando encontraban alimento. Los más estaban hasta tal punto lacerados por el hambre que si veían una mata de hierba, se precipitaban a arrancarla. Y cuando se encontraban demasiado débiles para conseguirlo, caían al suelo de rodillas, con las manos crispadas sobre los terrones.

En algunos lugares hubo verdaderos episodios de canibalismo. No tenemos un censo de la población italiana en aquellos años, pero parece ser que su número no superaba los cuatro millones de almas. El año 556 Roma no tenía más de cuarenta mil habitantes.

Escasas son también las noticias sobre el virreinato de Narsés, que duró doce años. No fue pequeña empresa para el viejo eunuco restaurar el orden dado el inmenso caos en que se había precipitado Italia. Por todas partes reinaba la miseria, el abandono, la desesperación. La furia, digna de los hunos, de los ejércitos godos y bizantinos, había reducido las bellas ciudades de los tiempos de Augusto a humeantes montones de escombros, a focos de peste que diezmaban las poblaciones. La consigna de Justiniano fue reconstruir Italia; pero ¿con qué dinero? Las arcas imperiales estaban vacías. La campaña contra los godos había conducido a Bizancio al borde de la quiebra. Para volver a poner en pie todo aquello no quedaba más que los impuestos. Un ejército de agentes del fisco invadió la península. Se inventaron nuevos tributos y se aumentaron los viejos. Cuenta Gregorio Magno que, en Cerdeña, los paganos tenían que pagar un impuesto a Bizancio para poder celebrar sus ritos. Y lo bueno es que siguieron haciéndolo aun después de convertirlos al cristianismo. En Córcega, los habitantes

vendían a los hijos. Para Justiniano había que exigir el pago de las imposiciones por las buenas o por las malas. Donde no era posible sacar dinero, se recurrió a las *corvées*, es decir, prácticamente a los trabajos forzados, de los que no se libraban viejos, mujeres ni niños. Bizancio obligó a los artesanos y a los agricultores a vender a precios de imperio sus productos. En el año 554, el emperador, reconociendo que era difícil gobernar Italia desde Constantinopla, dictó una pragmática sanción mediante la que concedía, entre otras cosas, a los obispos italianos, una amplia autonomía y muchos poderes administrativos. Ellos lo aprovecharon para acentuar su independencia de Bizancio.

XX. LOS LONGOBARDOS

En el año 565, a los ochenta y tres años cumplidos, Justiniano solo era la sombra de sí mismo. En 548 Teodora había muerto a causa del cáncer. En su lecho de muerte, había hecho prometer a su marido que no revocaría los privilegios y las inmunidades de que hasta entonces habían gozado los monofisitas. La pérdida de Teodora fue un golpe terrible para Justiniano. Había sido la única mujer de su vida y por su amor se había arriesgado a perder el trono. Es difícil calcular la influencia que su esposa ejerció sobre él.

Amenazado por la arteriesclerosis, Justiniano se interesaba cada vez menos por la política. «Hombre de gabinete», como dicen los españoles, lo había sido siempre, pero cuando Teodora murió, se encerró cada vez más. Comulgaba a diario y no deseaba ver más que a sacerdotes, con quienes conversaba hasta bien entrada la noche. En su reinado aparecieron las primeras grietas en la unidad religiosa entre Bizancio y Roma. Gracias a Teodora, el monofisismo había hecho progresos en la corte. Para defender esa herejía, Justiniano se enfrentó con el Papa, cuya amistad había buscado durante la guerra contra los godos.

Cuando el 14 de noviembre del año 565, Justiniano murió después de treinta y ocho años de reinado, el pueblo, que nunca lo había amado, exhaló un suspiro de alivio. Le sucedió su sobrino Justino II, hombre tosco y un tanto imbécil. Después de ocho años de reinado perdió la razón y tuvo que renunciar al trono.

Desaparecido Justiniano, por los salones de Constantinopla comenzó a circular una *Historia secreta*, que hizo las delicias de aquella chismosa sociedad. No llevaba el nombre del autor, pero pronto se adivinó. Era Procopio, que para entonces ya había muerto. Procopio había sido el historiador oficial de Belisario, que siempre lo incluía en su séquito y lo consideraba el más fiel secretario, consejero y apologista. Realmente, Procopio le había servido muy bien en sus ocho volúmenes de la *Historia de las guerras*, llenos de elogios para con el general, el emperador, las respectivas consortes y todos los altos personajes de la corte. Pero aquel lenguaje áulico, hagiográfico y cortesano era, por decirlo así, su lenguaje de día. Por la noche afilaba el estilete, lo mojaba en veneno en vez de hacerlo en tinta y se vengaba pérfidamente de la adulación a que le obligaba aquel régimen basado en el «culto de la personalidad». Pasando de la historia oficial a la secreta, destinada a la posteridad, su estilo adquiría un mordiente que nos hace entender, una vez muerto el historiador, todo lo que de él se ignoró cuando vivía: su inteligencia y su vileza, su penetración psicológica y su doble juego político, su oportunismo y su rencor hacia quien le obligaba a ello. Debía de ser un hombre genial, ambiguo y podrido, exteriormente todo miel y todo hiel por dentro. Al parecer estaba amargado por el amor sin esperanza que sentía hacia Teodora. Sea como fuere, en su libelo hay también algo para ella. Pero nadie se salva. Voltaire,

que debía de tener ciertas afinidades con Procopio, quedó encantado al descubrir que el más grande emperador de Bizancio y su más valeroso general no habían sido más que dos «estúpidos cornudos».

Los dos habían muerto, contemporáneamente. De los últimos años de vida de Belisario, los historiadores nos han dejado más de una versión. Pero una cosa parece segura: después de haber sido llamado por segunda vez a Italia, sus acciones en la corte empezaron a bajar. Justiniano sentía envidia de su popularidad y sus triunfos. Teodora, por su parte, no sabía resignarse a la idea de que los favores de los bizantinos se dirigieran más al marido de Antonina que al suyo. Por dos veces Justiniano ordenó la confiscación de los bienes del general, pero después hizo que se los restituyeran. Es falsa, pues, la leyenda que nos presenta a Belisario viejo y ciego, reducido a pedir limosna en la *mesé*.

De los cuatro grandes protagonistas de la historia bizantina de este período, el único que aún vivía era Narsés. En Italia llegó a hacerse tan odioso que los romanos lo denunciaron a Justino. «No queremos ser tratados como esclavos», le escribieron, amenazándolo con la revuelta. Justino, que lo detestaba, lo liquidó sin tardanza y puso en su puesto al prefecto Longino. Algunos historiadores cuentan que, para vengarse, Narsés llamó a los longobardos para que invadieran Italia. Pero solo se trata de rumores. Una cosa es segura: hacía tiempo que aquel pueblo de nómadas, empujado por las tribus vecinas, había puesto su mirada en la península.

Lo poco que se sabía entonces de los longobardos estaba contenido en los informes de Estrabón y de Tácito y en los archivos de Bizancio. Su historia debió de comenzar algunos siglos antes de Jesucristo en las desoladas landas de la Suecia meridional. Desde allí tal vez emigraron al continente. Es probable que una causa determinante de ese éxodo fuera la necesidad de pastos y botín. Los longobardos eran nómadas, practicaban el pastoreo y el saqueo y no tenían ninguna noción de agricultura. Vivían en cabañas de madera que plantaban junto a los toscos carros de los que se servían para sus frecuentes traslados. Adoraban las cabras, el sol y la tierra, cuya imagen, vigilada día y noche por un sacerdote, se custodiaba en una isla. Una vez al año, la preciosa imagen, encerrada en un tabernáculo, atravesaba el mar para ser llevada en peregrinación entre las dispersas tribus, en un carro arrastrado por bueyes. Conducida de nuevo a su isla, era sumergida en un lago sagrado para ser purificada. Realizaban esta operación algunos esclavos, a los que después se degollaba. No sabemos si los longobardos conservaron estas costumbres mientras seguían el curso del Elba, en sucesivas emigraciones, hasta situarse en las orillas húngaras del Danubio.

Eran rubios, velludos y gallardos. Llevaban la barba y el cabello larguísimos, pero se rapaban la nuca. Vestían unas amplias túnicas de lino crudo, con bordes de colores y calzaban pesadas botas de cuero. Las casas en que vivían estaban considerablemente amuebladas. Decoraban las paredes con trofeos de guerra y cubrían el suelo con pieles de cabra.

Carecían de organización política. Nómadas, anárquicos, divididos en tribus o *faras*, con un «duque» al frente de cada una, en continua guerra entre sí, eran alérgicos a las más elementales nociones de derecho y de Estado. Solo con Alboino se configuró un embrión de Gobierno central. Como todos los bárbaros, no comerciaban e ignoraban el uso de la moneda. El único patrimonio cultural que

poseían eran las sagas, las leyendas que habían pasado de padres a hijos, importadas de Escandinavia, que celebraban las hazañas de sus héroes.

Durante las azarosas transmigraciones desde Suecia al mar Negro y Panonia, en contacto con las poblaciones de la Europa central —búlgaros, sármatas y sajones— el grupo étnico originario se había contaminado. Aquella horda compleja solo tenía en común la religión, que era la arriana; pero a diferencia de los vándalos, que convertidos a la herejía de Arrio se habían dedicado a perseguir a los católicos, los longobardos eran tolerantes. El fanatismo religioso contrastaba con su naturaleza nómada: solo los pueblos sedentarios pueden permitirse el lujo de las persecuciones. Veremos a los árabes conquistar el Mediterráneo en nombre de Alá, pero solo donde se asentaron establemente consiguieron imponer el islam. Alboino y sus sucesores se sirvieron del arrianismo para destruir las iglesias católicas, así como, una vez convertidos a la nueva religión, se servirían de sus dogmas para abatir las iglesias arrianas. La fe era para ellos una coartada para el saqueo y el genocidio.

Durante casi tres siglos, desde finales del II hasta los comienzos del VI, su historia está envuelta en e1 más denso misterio. Es probable que arrollados por el alud de los hunos, se viesen obligados a sumarse a la horda de estos. A continuación de la desbandada provocada por la muerte de Atila, aunque esto también es una simple conjetura, se habrían instalado en Panonia. Es allí donde los encontramos a principios del siglo VI.

Ignoramos cuántos meses transcurrieron entre la visita de los embajadores de Narsés —si realmente existió esa embajada— al campamento de Alboino y la partida de los longobardos hacia Italia. Probablemente el tiempo necesario para desmontar las cabañas de madera, cargar los enseres en los carros y afilar las armas.

En la primavera del año 568, una horda de trecientos mil hombres y multitud de rebaños se puso en marcha hacia Occidente. Las bestias allanaban los senderos. Seguían los carros con las mujeres, los viejos y los niños. Los guerreros a caballo cerraban la caravana. A sus espaldas dejaban las dulces llanuras húngaras en otro tiempo verdes y floridas. Comenzaba una nueva saga.

Los longobardos entraron en Italia por el paso del Predil, en los Alpes Julianos, desde donde se extendieron por los valles vénetos, sin encontrar resistencia. Tampoco hubo oposición en la línea del Piave. Las, tropas del virrey Longino, que deberían haber acudido a defender sus orillas y bloquear la invasión que se extendía por la llanura padana, no salieron de Rávena. Vicenza, Verona y otras muchas ciudades de la región véneta cayeron bajo los golpes de los longobardos. Cuando tuvo segura en sus manos la Italia nororiental, Alboino quiso cerrar la puerta por la que había entrado. La llave de esa puerta, que se abría sobre la ciudad de Cividale, la entregó, junto con algunos centenares de caballos, a su sobrino Gisolfo, que se instaló en Friuli con toda su tribu de guerreros, como lugarteniente de la guardia armada del rey, y fue el primer «duque» longobardo en Italia. Entonces, Alboino se dirigió hacia Liguria, que a principios de 569 estaba conquistada casi por completo. Desde allí volvió a subir al norte. El 3 de septiembre capitulaba Milán y el rey longobardo asumía el título de «señor» de Italia.

La capitulación de Pavía selló la conquista. La vieja ciudad del Tesino, donde Teodorico pasó los últimos años de su vida, defendida por una guarnición bizantina, resistió firme hasta 572. Solo después de tres años de resistencia, estrechada en el círculo de un bloqueo desesperado, se rindió. Alboino perdonó a sus habitantes y eligió la ciudad como capital.

Mientras el grueso del ejército asediaba Pavía, el resto completaba la conquista del valle del Po disponiéndose a invadir la Italia central. En 571, los longobardos cruzaron los Apeninos y ocuparon Toscana. A finales del mismo año se adueñaron de Espoleto y de Benevento. Le llegó después el turno a las fortalezas diseminadas a lo largo de la vía Flaminia, cuya posesión permitió a Alboino aislar los dos centros imperiales de Roma y Rávena, bloqueando sus comunicaciones. En cada ciudad fue nombrado un duque, que no era otra cosa que un jefe de tribu que había combatido al lado del rey y contrajo algún mérito.

Veamos ahora qué es lo que el aluvión longobardo no logró dominar: en el norte, Venecia, Padua, Cremona, Piacenza y Módena. En la costa adriática, Rávena y la llamada Pentápolis, bastión de los bizantinos, que comprendía Ancona, Fano, Pesaro, Rímini y Sinigalia. En el Lacio, solamente Roma y sus alrededores, y en el Mediodía, Nápoles, Pestum, Salerno y parte de los Abrazos. Los longobardos, gente de tierra adentro, ocuparon, en resumidas cuentas, la Italia continental, dejando a los bizantinos las zonas costeras y las islas.

En 569, mientras los ejércitos longobardos devastaban la península, había estallado una epidemia de peste, seguida de una espantosa hambruna. El historiador Paulo Diácono cuenta que los rebaños vagaban abandonados por las amplias llanuras de Lombardía, por Toscana y el Lacio; los padres dejaban insepultos los cuerpos de sus hijos; el trigo esperaba en vano la hoz y los racimos de uva se pudrían en las viñas. Por doquier reinaba el silencio, la desolación, el hedor de cadáveres descompuestos, amontonados en las plazas o esparcidos por los campos.

El año 572, después de tres de reinado, Alboino murió inesperadamente, víctima de una conjura tramada por su mujer. Rosmunda se vengó así de las continuas afrentas del marido, que en los banquetes la obligaba a beber en el cráneo de su padre, el viejo rey de los gépidos, asesinado por los longobardos en Panonia. Tras el delito, Rosmunda huyó con uno de los conspiradores, un tal Elmequis, su amante según parece. La pareja se refugió en Rávena, donde fue recibida con todos los honores por Longino, que no acababa de creerse que pudiese poner sus manos al mismo tiempo en la reina y en el tesoro real que esta había llevado consigo. Insinuándole la posibilidad de convertirla en la «primera dama» de Rávena, el virrey la indujo a deshacerse de su amigo. Un buen día, mientras Elmequis estaba bañándose, Rosmunda entró en el *frigidarium* y le ofreció un vaso de un cordial. Tras dar unos sorbos, Elmequis fue acometido por unos desgarradores dolores de vientre. Salió tambaleándose del baño, blandió la espada y obligó a Rosmunda a beber del mismo vaso. Los dos cadáveres fueron descubiertos poco después por el mismo Longino.

Después de la muerte de Alboino siguió un breve interregno. Avanzada la primavera de 572, los longobardos eligieron rey a Clefo, que conquistó Emilia, Rímini y parte de Umbría, sembrando la desolación por donde pasaba. Los mismos longobardos lo detestaban, porque era un hombre ávido y de pésimas

costumbres. Un esclavo acabó asesinándolo dos años después. En 574, treinta y seis duques se reunieron en Pavía para elegir un sucesor. Pero al no lograr ponerse de acuerdo sobre quién sería, porque cada uno se proponía a sí mismo, constituyeron una especie de confederación y pusieron al frente de ella al duque de Pavía, que con los del Friuli, Espoleto y Benevento gozaba de una posición de preeminencia. Pero se trataba de una supremacía ficticia y de un cargo puramente honorífico. En realidad, cada uno atendía a lo suyo.

Con la institución del ducado fueron barridos los últimos residuos de la aristocracia senatorial romana. Los mismos longobardos se encargaron de liquidar a los supervivientes de las grandes dinastías de los tiempos de César y de Cicerón. Los pocos que sobrevivieron a las «purgas» fueron reducidos a la esclavitud.

Los duques más inquietos eran los de Espoleto y Benevento, que querían conquistar Roma y el Lacio. En el verano de 578, a la muerte del papa Benedicto I, pusieron sitio a la urbe, defendida por la milicia ciudadana y una reducida guarnición griega. El nuevo Papa, Pelagio,[*] envió al emperador de Oriente una embajada y tres mil libras de oro pidiéndole que mandara un ejército a Italia para liberarla de los longobardos, como Justiniano la había liberado de los godos. Pero sobre Constantinopla gravitaba entonces la amenaza persa. El *basileus* devolvió el oro al Papa, con el consejo de que lo empleara en sobornar a los duques, que, de hecho, renunciaron a sus propósitos y se retiraron.

Entretanto, el inepto Longino había sido licenciado y sustituido por un tal Smaragdo, que fue el primer virrey griego con el título de «exarca». Era juez supremo, tenía plenos poderes de paz y de guerra, nombraba a los funcionarios civiles y designaba los altos cargos militares. Por delegación imperial confirmaba o revocaba la elección del Papa, elegido por el clero y el pueblo romano; pero en cualquier momento, y sin previo aviso, el *basileus* podía deponerlo.

Por dinero también fue atraído a la causa bizantina Drofulto, duque de Brescello, y el suburbio de Classe volvió a las manos del virrey. Sin embargo, cuando el pontífice invitó a acudir a Italia con la promesa de cincuenta mil monedas de oro a Childeberto, rey de los francos, un pueblo de origen germano que habitaba en el otro lado de los Alpes, los duques convocaron una dieta, o asamblea extraordinaria, en Pavía. Diez años de interregno habían sembrado entre ellos la discordia y la anarquía. Disolvieron la confederación y rehicieron el reino longobardo con el hijo de Clefo, Autario, que volvió a reducir a los francos a sus confines.

Más o menos por aquellos años, un auténtico diluvio universal sumergió a Italia. La furia de las aguas barrió granjas enteras. Centenares de pueblos fueron literalmente convertidos en lagos. El Adigio se desbordó e invadió las calles de Verona, donde solo la iglesia de San Zenón escapó milagrosamente a la furia de los elementos. A pesar de que sus paredes fueron asaltadas por olas de diez metros de altura, según se lee en una crónica de la época, ni siquiera una gota se filtró a través de ellas, pues los muros habían sido impermeabilizados por las reliquias de los santos en ellos contenidas. En Roma, las aguas del Tíber inundaron los barrios

[*] Pelagio II (579-590) era hijo de un godo y le fue imposible entrar en contacto con Oriente. Por ello se dirigió a los francos en demanda de apoyo, adelantándose así en casi dos siglos a la célebre intervención de Pipino en Italia. Esta vez, los francos no acudieron en ayuda del pontífice que, mediante un alto precio, logró alejar a los longobardos de la ciudad. (N. del T.)

bajos de la ciudad. De las olas emergieron centenares de serpientes y un dragón de proporciones gigantescas que, después de haber atravesado las calles de la ciudad, desapareció en dirección del mar. Al menos esto decía la despavorida gente.

Autario gobernó seis años, ocupó una vasta región a los pies de los Alpes y conquistó Calabria. Se cuenta que, al llegar a Reggio, sin desmontar del caballo arrojó su lanza contra una columna de mármol que había en la puerta de la ciudad exclamando: «Aquí termina mi reino». El año 590 se casó con una bella muchacha rubia, de origen bávaro, la católica Teodolinda, hija de un duque Garibaldi. El matrimonio, dictado por la razón de Estado, aparte de la del corazón, se celebró con gran pompa en Verona. Al cabo de un año, Autario murió inesperadamente.

Contra toda tradición, los duques confirmaron como reina a Teodolinda que, después de haberse casado con él, asoció al trono al duque de Turín, Agilulfo, un valiente y apuesto guerrero que extendió el dominio longobardo a Padua, Mantua, Cremona, Camerino y Perusa.

XXI. GREGORIO MAGNO

Del desmoronamiento general en que los longobardos precipitaron a Italia, solo la Iglesia se salvó. Y lo consiguió gracias a un gran Papa, Gregorio Magno, que consolidó su poder temporal y puso las condiciones para liberarlo del de Bizancio e imponerlo a toda la cristiandad occidental. Desgraciadamente, para reconstruir su figura no contamos más que con el *Libro pontifical*, que como todas las fuentes eclesiásticas sirve más a la propaganda que a la información.

Gregorio había nacido en Roma el año 540, en el seno de una rica familia patricia que había dado ya dos pontífices a la Iglesia y una docena de senadores al Estado. Su padre, Gordiano, y su madre, Silvia, vivían en un palacio en el monte Celio, una de las siete circunscripciones en que estaba dividida la ciudad. Tres tías suyas habían hecho voto de castidad; dos lo mantuvieron. La tercera terminó casándose con su propio ayuda de cámara, suscitando gran escándalo en los salones y en los ambientes eclesiásticos de la capital.

Un retrato de la época nos presenta a Gregorio como hombre de estatura mediana, precozmente calvo, con grandes ojos negros, nariz aguileña y dedos ahusados. La expresión de la cara es la de un hombre autoritario, nacido más para mandar que para orar y habituado a hacerse obedecer.

Cursó sus estudios en las mejores escuelas de Roma. A los veinte años consiguió por unanimidad de votos el título en gramática y retórica; después entró en las filas de la administración civil. El año 573, tras un prolongado adiestramiento público, fue nombrado *praefectus urbis*. Como tal, Gregorio era presidente del Senado, vestía el manto de púrpura y recorría las calles de la ciudad en una carroza espléndidamente adornada, arrastrada por cuatro caballos blancos. Pero a este despliegue de pompa no correspondía un poder efectivo capaz de satisfacer a un hombre como él. Y cuando expiró su mandato de prefecto, se hizo religioso.

Su padre había muerto dejándolo heredero de un inmenso patrimonio. Gregorio distribuyó la tercera parte de sus bienes entre los pobres y con el resto financió la fundación de seis monasterios. Solo conservó para sí el palacio sobre el monte Celio, donde había nacido, al que transformó en convento. Allí pasó tres años de estudio y renuncia. Se alimentaba casi exclusivamente de ensalada, pero exigía que se la sirvieran en fuente de plata. En 578, Benedicto lo nombró *séptimo diácono* con la misión de cuidar la distribución de limosnas.

Cuando murió Benedicto y subió al solio pontificio Pelagio II, Gregorio abandonó su cargo de *diácono* y partió como *apocrisario*, una especie de nuncio apostólico, a Bizancio. El peligro longobardo con los duques de Espoleto y Benevento que presionaban en las fronteras del Lacio, se hacía más fuerte cada día. Solo el emperador parecía en condiciones de superarlo o, al menos, en ciertos puntos, de ponerle una barrera.

La misión en oriente duró seis años. A pesar de la afectuosa amistad que lo ligaba a la emperatriz Constantina, Gregorio no amaba Bizancio. Le molestaban las intrigas de sus generales y los manejos de sus sacerdotes; le fastidiaba el formalismo litúrgico de su corte y le amargaba la desconfianza del *basileus* Mauricio, que consideraba al *apocrisario* un espía a las órdenes del Papa. Sin embargo, nada de esto torció la fidelidad de Gregorio para con él.

En el año 585, Pelagio volvió a llamarlo a Roma. Apenas llegó a la urbe, se retiró de nuevo al convento de donde, cinco años después, cuando el Papa murió, fue sacado por el clero y el pueblo que lo aclamaron su sucesor. Gregorio escribió al emperador pidiéndole que no confirmara la elección, pero la carta nunca llegó a su destino, creemos que por la simple razón de que no fue escrita. Desde luego, una carta así no parece concordar mucho con el carácter de tan autoritario personaje.

Pelagio había muerto víctima de la peste bubónica que precisamente en aquellos días se había abatido sobre la ciudad, diezmando a sus habitantes. Para alejar aquel azote, según cuenta el *Libro pontifical*, Gregorio ordenó una solemne procesión en la que participaron decenas de miles de fieles. El triste cortejo atravesó cantando salmos las calles de la ciudad, hacia la basílica de San Pedro. Fue una marcha macabra, que dejó a su paso ochenta cadáveres. Cuando los peregrinos llegaron a las cercanías del mausoleo de Adriano, Gregorio, que los guiaba, vio en lo más alto del monumento un Ángel que hacía el gesto de envainar la espada. El simbolismo del prodigio era evidente; significaba que la peste había terminado. Desde aquel día, el mausoleo de Adriano cambió su nombre por el de Castel Sant'Angelo.

En otoño del año 590 llegó a Roma la confirmación imperial. Cuando Gregorio fue informado, según dice el *Libro pontifical*, se dispuso a huir. Se ocultó en un cesto de ropa sucia y ordenó a dos criados que lo llevaran fuera de la ciudad. Cuando la comitiva se disponía a pasar las murallas, en torno a la cesta se formó una especie de aureola. Los viandantes, suspicaces, obligaron a los criados a vaciar el cesto. Así fue descubierto Gregorio y arrastrado por el pueblo hasta San Pedro, donde aquel mismo día fue consagrado Papa.

El primer empeño con que hubo de enfrentarse fue la administración de la urbe y la gestión del patrimonio eclesiástico. En el siglo VI, después de las abundantes donaciones seglares, aquel patrimonio se había hecho considerable. Las invasiones bárbaras, las epidemias de peste y las hambrunas habían despoblado los campos. Los grandes propietarios se trasladaban a la ciudad o se retiraban a los grandes monasterios, nombrando a la Iglesia heredera universal de sus bienes. La posesión de vastas tierras en el Lacio, en la Campania y en las islas había hecho del Papa el mayor terrateniente de la península. Pero, además de este, había otro gran problema que resolver, o por lo menos situar: el de las relaciones entre el poder seglar y el eclesiástico.

Con la *pragmática sanción*, Justiniano había transformado a los obispos en oficiales imperiales en los que delegaba funciones administrativas que los viejos órganos municipales de los tiempos de Augusto y de Trajano ya no se hallaban en condiciones de cumplir. El poder se concentraba cada vez más en las manos del Papa. Las viejas magistraturas laicas ya no eran más que fantasmas del pasado. El Senado había dejado prácticamente de existir. El *praefectus urbis* era el portavoz

y ejecutor de órdenes que partían del palacio lateranense. El *magister militum* instruía a las tropas que el pontífice alistaba y armaba. Delegados apostólicos se encargaban de vigilar las obras públicas y las de defensa. La Iglesia construía hospicios, asilos para huérfanos y hospitales. Los romanos ya no pedían *panem et circenses*, sino solo *panem*, y cada día Gregorio lo hacía distribuir en las plazas.

El Papa sustituyó a los agentes fiscales de nombramiento imperial con los *diáconos*, a quienes los colonos entregaban una cantidad fija en dinero o en productos. El monopolio agrario era para la Iglesia un instrumento de conversión. Los hebreos que abjuraban de su fe obtenían de hecho la confirmación de sus propiedades y una fuerte reducción de los impuestos. Una parte de esos ingresos, Gregorio la entregaba públicamente al pueblo el día de su cumpleaños. Cada lunes distribuía trigo, vino y legumbres a los nobles romanos venidos a menos. A las monjas les correspondía un estipendio regular y una fuerte suma anual para la renovación de sus ropas. A los pobres y a los enfermos les hacía servir la comida a domicilio.

Encontró también tiempo para reformar la liturgia y la disciplina de la curia. La celebración de la misa de rito romano le debe sus esquemas simples y solemnes; la música sacra, sus armonías. Gregorio compuso bellísimos himnos —los llamados *Cantos gregorianos*— que dirigía personalmente en el coro de San Pedro. En lugar de podio había hecho disponer un catre, en el que se echaba durante los frecuentes ataques de gota que lo atormentaban. En el lateranense, impuso un régimen de rigurosa austeridad. Licenció al personal civil y confió la administración de la Iglesia exclusivamente al eclesiástico.

Con tantas tareas como se imponía, no sabemos de dónde sacaba el tiempo para la lectura. Y sin embargo, fue un escritor prolífico, aunque tosco, que defendió la lengua latina dando de ella pésimas pruebas. En un monumental *Epistolario* en catorce libros, nos ha dejado la historia de su pontificado. Durante la misión apostólica en la corte de Bizancio compuso un comentario a la Biblia para demostrar que el Libro de Job contenía y anticipaba la teología cristiana. Fue también autor de una fea colección de *Milagros* que sirvió de modelo durante toda la Edad Media.

El año 592, el duque de Espoleto, Ariulfo, avanzó contra Nápoles. La capitulación de la capital partenopea, administrada por un gobernador bizantino, podía ser el preludio de la conquista del Lacio. Para evitarla, Gregorio compró la retirada y la paz de Ariulfo.

Las negociaciones entre el pontífice y el duque fueron llevadas a cabo sin que lo supiera Agilulfo, que, como represalia, en la primavera del año 593 avanzó con su ejército dispuesto a conquistar la Roma capital. Cuando llegó la noticia a esta, Gregorio ordenó desde el púlpito la movilización de los romanos.

Cuenta un cronista de la época que las ciudades de Toscana y Emilia fueron arrasadas, destruidas las aldeas y quemadas las iglesias, los hombres sufrieron horrendas mutilaciones. Cuando el Papa, desde lo alto de las murallas que rodeaban la ciudad, vio la marea de invasores avanzar hacia Roma, precedida de miles de prisioneros con el ronzal al cuello y las manos cortadas, creyó que con los longobardos se acercaba el fin del mundo. Los dispositivos de defensa que había preparado corrían el peligro de venirse abajo con el primer choque. Una vez

más, para salvar a la urbe y ahorrar a sus habitantes los horrores del saqueo, Gregorio recurrió a los instrumentos pacíficos de negociaciones. El Papa y el rey se encontraron a los pies de la basílica de San Pedro. Las súplicas de Gregorio surtieron el efecto esperado. Agilulfo renunció a sus planes. Y el pontífice a una parte de sus tesoros.

Este acuerdo allanó el camino para una paz general con los longobardos. El único escollo estaba representado por la obstinación del exarca Romano, que no quería avenirse a tratar con los longobardos. A principios de 597 murió Romano, y su sucesor se declaró dispuesto a las negociaciones. En la primavera de 599 se firmó la paz. Agilulfo, el exarca y un delegado pontificio la ratificaron, sancionando el statu quo y el reparto de la península en las tres esferas de influencia: longobarda, bizantina y romana.

La paz interior fue para Gregorio, que había sido su artífice, el preámbulo para la conversión al catolicismo de los conquistadores arrianos. En esto encontró una formidable aliada en la católica Teodolinda. Después de la muerte de Autaris, la reina longobarda se había rodeado de obispos católicos a través de los cuales mantenía contacto con el Papa, al que no conocía, pero que la colmaba de bendiciones y regalos. Las simpatías de Teodolinda hacia la Iglesia de Roma habían provocado reticencias en la corte pero no por parte del rey. Aunque arriano, Agilulfo favorecía los planes de su esposa y de Gregorio. Comprendía que en Europa, ya casi convertida por completo a la ortodoxia, la herejía era peligrosa porque conducía fatalmente al aislamiento.

En la primavera del 603, después de once años de matrimonio, Teodolinda dio a luz un hijo, que fue bautizado según el rito romano. Era la señal de la inminente capitulación arriana. En efecto, al cabo de unos meses los longobardos se convirtieron en masa al catolicismo.

A primeros de marzo de 604, Gregorio murió abatido por un enésimo ataque de gota. Sus funerales fueron celebrados en la basílica de San Pedro, donde se enterró su cadáver. Se llamó para sucederle a un tal Sabiniano, que revocó la distribución diaria de trigo al pueblo. Los romanos se echaron a la calle pidiendo que fuese depuesto. Gregorio, que no renunciaba a hacer milagros, ni siquiera después de muerto, durante tres noches seguidas, según cuenta el *Libro pontifical*, se presentó en sueños a Sabiniano y le exhortó a que se retractara de su decisión. Pero fue inútil. La cuarta vez, puesto que las palabras no servían de nada, le golpeó en la cabeza con un bastón. El día siguiente, el Papa murió.

Conjurada la hambruna, en la urbe comenzaron a circular rumores calumniosos acerca de Gregorio. La más grave acusación contra él era la de haber dilapidado el tesoro de San Pedro. Alguien propuso quemar todos sus escritos. Los romanos habían encendido ya la primera hoguera cuando un diácono llamado Pedro reveló que había visto posarse un día sobre la cabeza del pontífice al Espíritu Santo en forma de paloma. La muchedumbre, furiosa, le gritó que lo jurara. Pero lo juró y cayó a tierra fulminado. Así se salvaron la memoria y los libros de Gregorio.

La Iglesia lo ha canonizado y sus razones tendrá, pero a nuestros ojos aparece más bien como un gran hombre de Estado, sabio administrador y astuto diplomático. Aunque odió a los longobardos, comprendió que para conquistarlos había que convertirlos primero. Experimentó las debilidades de Bizancio, pero

nunca se rebeló contra su autoridad. El papado le debe un poder temporal, del cual no sabemos qué ventajas ha podido traer al espiritual.

XXII. ROTARIO

El único longobardo al que Teodolinda no había conseguido convertir fue su propio marido. Ni siquiera en el lecho de muerte renunció Agilulfo a la fe arriana en la que había crecido y en la que nunca creyó. Más tarde, algunas fuentes eclesiásticas acreditaron la hipótesis de que el rey longobardo había recibido in extremis el bautismo. Pero se trata de conjeturas sin fundamento.

Viuda en el año 616, Teodolinda gobernó en nombre de su hijito Adaloaldo. Pero la vieja amistad con Gregorio y las cordiales relaciones con los obispos católicos suscitaron desconfianza. En la corte se la consideraba una intrusa. Para los duques era una usurpadora. La oposición no cesó cuando Adaloaldo llegó a la mayoría de edad y fue coronado.

Poco sabemos de él, y aun eso probablemente sea pura leyenda. Se cuenta que después de unos años de reinado fue hechizado por un mago bizantino que lo había inducido a matar a doce ministros. El decimotercero lo asesinó a él y elevó al trono al duque de Turín, Ariodaldo, casado con la hermana del rey, la católica y devota Gundiperga. Corría el año 625. En el año 628, Teodolinda murió. Después de la muerte de su hijo, se había retirado a la vida privada. Pocas veces salía de sus habitaciones, donde recibía frecuentes visitas de obispos que acudían a ella en busca de subsidios. Gracias a su mecenazgo fueron levantadas en Lombardía numerosas basílicas, entre ellas la bellísima de San Juan Bautista, en Monza, que guarda la corona de hierro de los reyes longobardos.

El reinado de Ariodaldo duró diez años, durante los cuales no sucedió nada. A su muerte, Gundiperga fue invitada a desposarse con el duque de Brescia, Rotario. La boda se celebró en Pavía y los dos soberanos pasaron su luna de miel en un cercano castillo a orillas del Po. Al cabo de pocos meses, Rotario acusó a su mujer de propaganda clerical, la confinó en sus habitaciones y la sustituyó por un batallón de concubinas. La reina se sometió resignadamente a la voluntad de su marido, por cuya alma siguió rezando hasta que cinco años después, por intercesión del rey de los francos, fue liberada. Gundiperga volvió a ostentar las insignias reales y a sentarse junto a Rotario, que le devolvió las tierras y tesoros confiscados. Rotario fue un rey prudente y valeroso, a pesar de ser polígamo, o tal vez por eso precisamente. Gobernó durante dieciséis años, de 636 a 652, y dio a los longobardos las primeras leyes escritas que suplantaron a las viejas costumbres pasadas verbalmente de padres a hijos y reguladas por el principio de la *faida*, o venganza privada. En las estepas húngaras, aquel bárbaro código podía dar resultados, y en cierto modo hasta lo imponían la precariedad de la vida nómada y el carácter provisional del campamento, pero en Italia, tras haberse instalado hacía ya más de setenta años, aquella justicia debía reformarse si se quería transformar a la horda en un pueblo.

El 22 de noviembre de 643 Rotario publicó un edicto de 388 capítulos, que recibió su nombre. El rey, que no sabía leer ni escribir, lo había dictado al notario de la corte, que lo compiló en un latín macarrónico. Era un código de derecho civil y penal y fijaba las *tarifas* o *guidigildro* que el ofensor debía pagar al ofendido como reparación del daño que le hubiere hecho. El *guidigildro* reemplazaba a la *faida* y era un indicio del proceso de civilización de los longobardos que el contacto con los romanos y la conversión al catolicismo habían favorecido. El carácter del edicto era militar, porque militar era la sociedad longobarda, formada por guerreros o *arimanes*. Entre estos, los nobles o *adelingos,* descendientes de antiguas tribus germánicas, tenían una posición preeminente. Los duques y el mismo rey pertenecían a esa clase que gozaba de privilegios e inmunidades y gobernaba.

Todos los *arimanes* eran libres, y todos los libres *arimanes*. La guerra y, en tiempos de paz, la caza eran sus únicas ocupaciones. Las tierras que habían arrebatado a los romanos eran cultivadas por medio de los *aldios* y de los esclavos. Los *aldios* eran bárbaros alistados por los longobardos en la horda durante sus correrías por las llanuras danubianas antes de marchar sobre Italia. Eran hombres libres y gozaban de los derechos civiles, pero al no formar parte del ejército estaban privados de los políticos y no participaban en la asamblea del pueblo en armas, supremo órgano de la soberanía. La regulación de las relaciones entre ciudadanos demostraba que los longobardos no se habían excedido en delicadezas. Los italianos eran tratados como un pueblo vencido y reducido a la servidumbre. El racismo había triunfado.

Los longobardos constituían en Italia una exigua minoría militar y, a la vez, una casta cerrada. Defendían en la raza, por decirlo así, la superioridad de su inferioridad numérica y su difícil condición de extranjeros en un país conquistado por las armas, sometido con la violencia y gobernado por medio del terror. Los matrimonios mixtos no estaban consentidos. En efecto, el edicto prohibía a una muchacha o una viuda libres casarse con un hombre de condición servil, como eran casi todos los italianos. Si desobedecían esta orden, exponían a su marido a la pena de muerte y ellas se exponían al destierro.

El edicto, como todos los códigos germanos, fijaba el *guidrigildo* no solo para los daños hechos a hombres, sino también para los llevados a cabo contra animales y cosas. Los longobardos identificaban al individuo con los objetos de su pertenencia: si alguien sacaba un ojo a un caballo era como si se lo hubiera sacado a su amo. La multa que debía pagar, computada en dineros, era proporcional a la categoría de la víctima. Rotario, que debía de ser bastante minucioso, reunió un detallado baremo y lo adornó con una descripción nimia de los diversos delitos. Estableció, por ejemplo, que la fractura de una costilla valía doce dineros y la ruptura de un diente incisivo dieciséis. Leyendo el edicto descubrimos, no sin sorpresa, que entre los longobardos la pena de muerte no era frecuente. Solo la sufrían las mujeres que mataban o traicionaban a sus maridos, los esclavos que apaleaban a sus amos, los traidores, los amotinados y los desertores.

La administración de la justicia no estaba inspirada en el derecho romano, sino en las viejas concepciones tribales. Los procedimientos judiciales eran el juramento, el juicio de Dios u «ordalías», y el duelo. Para sostener una acusación o defenderse de ella se requerían todos ellos. El juramento podía ser impuesto por

el imputado al querellante a fin de que este demostrara el fundamento de su denuncia, o por el acusador al presunto reo para que probara su inocencia. Con el juramento prestado sobre los Evangelios, el que precedentemente se había reconocido culpable podía retractarse de su propia confesión.

El juicio de Dios sustituía al juramento en las controversias graves. La ordalía se desarrollaba en presencia de un juez, ante el cual se encontraban el acusado y la parte agraviada. El rito, que tenía lugar en el atrio de la iglesia, requería una gran olla de agua hirviendo y era precedido de una misa cantada a cuyo término el oficiante pronunciaba esta frase: «Haz, Señor, que pueda retirar sana e ilesa su mano de esta olla quien en ella la meta siendo inocente». Después, dirigiéndose al caldero, añadía: «Te bendigo, oh agua que hierves al fuego, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo». El imputado era invitado a meter la mano derecha en el recipiente. Si el miembro sufría quemaduras, la acusación estaba fundada; si salía ileso, era falsa. ¡Lástima que los cronistas de la época se hayan olvidado de informarnos de si hubo alguna vez sentencias de absolución!

Además del juramento y de la ordalía, se recurría también, como prueba, al duelo, que había alcanzado gran esplendor entre los godos. Se desarrollaba a campo abierto. El espacio en que tenía lugar quedaba cerrado con unas cuerdas, como un *ring* de boxeo. Se procedía a la lectura de un bando que conminaba con penas corporales a quien provocara desórdenes o turbara el normal desarrollo del combate. Nadie, durante el desafío, podía hablar o manifestar su entusiasmo por los duelistas o «campeones». Al perdedor se lo consideraba culpable y se le amputaba la mano derecha. Los que se sometían al juramento, al juicio de Dios o al duelo no podían llevar consigo amuletos ni hierbas encantadas. Los longobardos eran muy supersticiosos. Creían en las brujas y adoraban a las víboras. «Los hombres de aquella época —ha escrito Gabriel Pepe en su hermoso libro *Medioevo barbárico d'Italia*— temían a Satanás y querían la bendición a cada momento. Por eso empezaron a difundirse las pilas de agua bendita en las iglesias.» La legislación longobarda fue perfeccionada después por Liutprando, Raquis y Astolfo, pero el edicto del año 643 siguió siendo su fundamento.

Setenta y tres capítulos están dedicados a las condiciones económicas y sociales de los longobardos. Los principales centros de comercio eran las ciudades de Pavía, Milán, Venecia, Rávena y Roma. Pavía era la capital del reino y la sede de la corte, y estaba llena de cuarteles. Era una especie de fortaleza y su población militar en su mayoría. El comercio estaba en manos de los *aldios*. La natural salida de los productos agrícolas de más allá del Po y de la Lomellina era el mercado de Milán, que se realizaba en lo que es hoy plaza Cordusio. Los cultivos más difundidos eran los cereales y la vid. En las granjas de la Bassa y en los monasterios se criaban cerdos y caballos, que fueron durante toda la Edad Media los animales más preciados. Un semental valía más que una casa y diez esclavos juntos. Quien provocaba el aborto de una yegua pagaba un sueldo de multa, y tres si le cortaba la cola, que era considerada el más bello ornamento equino.

El comercio entre la ciudad y el campo era escaso y pocas las ferias y mercados, que se efectuaban en las cercanías de las iglesias. El comercio de la sal con Comacchio y de las especias con Oriente se encontraban entre los más florecientes. Este último pasaba por Venecia, que importaba drogas y exportaba

esclavos. Una consecuencia del marasmo económico fue la crisis demográfica. Las familias, como término medio, no tenían más de dos hijos. El historiador Paulo Diácono cuenta que en el año 679 una epidemia de peste provocó un número tan elevado de muertos que padres e hijos, hermanos y hermanas eran dispuestos por parejas en cada ataúd.

La riqueza estaba concentrada en las manos de los abades y de los arimanes. Los monasterios y los castillos eran los grandes centros económicos. La decencia de las ciudades favoreció la formación de un proletariado urbano, parásito y turbulento cuyas condiciones no eran mejores que las de los campesinos atados a la servidumbre de la gleba.

En 652 murió Rotario. Le sucedió su hijo Rodoaldo, que apenas cinco meses después fue apuñalado por un siervo de cuya mujer había abusado. Al trono de Pavía fue elevado entonces un tal Ariperto, que gobernó durante nueve años, la mayor parte de los cuales los empleó en construir basílicas. Cuando Ariperto murió, fue coronado rey Grimoaldo, hombre débil que amaba la caza y la buena mesa. Falleció en el año 671, víctima de una hemorragia. Fue fervoroso defensor de la monogamia, en cuyo favor promulgó algunas leyes. Le sucedió Pertarito, un católico fanático que se distinguió por su antisemitismo. Durante su reinado, los hebreos fueron convertidos a la fuerza al cristianismo. Cuando Pertarito murió, la corona pasó a su hijo Cuniperto, que la conservó hasta el año 700.

El espacio no nos permite estudiar paso a paso los avatares dinásticos que siguieron. Merece ser recordado Ariperto, un rey beato, desconfiado y tacaño, que recibía a los embajadores extranjeros que iban a pedirle ayuda vestido con harapos para subrayar la miseria de su pueblo y negar cualquier ayuda. Por las noches iba de incógnito a tabernas y lupanares para espiar a sus súbditos y oír lo que decían de él. Murió de disentería el año 721, y lo sucedió, por fin, un gran rey: Liutprando.

Liutprando intentó adueñarse del Lacio y someter a la obediencia a los duques de Espoleto y Benevento, que seguían rebeldes al yugo de Pavía. Cuando amenazó a Roma, el papa Gregorio,[*] como León había hecho con Atila, salió a su encuentro. Liutprando descabalgó, se postró a sus pies y se quitó la corona en señal de sumisión, entrando en la ciudad junto al pontífice. El día siguiente se dirigió a la basílica de San Pedro y depositó las insignias reales sobre el altar. En el año 739, cuando Gregorio ya había muerto, se adueñó de cuatro ciudades del Ducado romano, pero tres años después, en la primavera de 742, las restituyó al Papa. A título personal, añadió la pequeña ciudad de Sutri, especie de barriada con cuatro casas, una iglesia y un pequeño bosque. Algunos historiadores han interpretado este acto como la fecha de nacimiento del Estado de la Iglesia. Otros, con mayor verosimilitud, no han visto en ello más que la simple oferta de un rey piadoso y supersticioso.

Liutprando no fue solo un católico sincero, sino también un sabio legislador. Perfeccionó el edicto de Rotario y lo enriqueció con 153 artículos.

[*] Dos Gregorios ocuparon la sede romana durante el reinado de Liutprando: Gregorio II (715-731) con el que se alió frente a León III, el emperador iconoclasta, y Gregorio III (731-742) que, contra el mismo emperador bizantino, llamó a Carlos Martel. Cuando Liutprando murió era Papa Zacarías. (N. del T.)

Abolió el *guidrigildo* y lo sustituyó por la confiscación de bienes del acusado reconocido culpable. Fijó penas para los padres que casaban a sus hijas antes de los doce años de edad. Endureció las leyes contra la bigamia y el adulterio. Estableció que la mujer infiel cogida *in fraganti* debía ser azotada hasta derramar sangre. En cuanto al seductor, se lo quemaba vivo. Castigó a los que durante las bodas tiraban excrementos a los recién casados. Multó a los romanos que se introducían en los lavabos de las matronas longobardas y les palpaban las nalgas. Restauró en Pavía la Casa de la Moneda, que acuñaba las dos monedas que circulaban entonces: el *sueldo* y la *tremisse* de oro.

Murió en el año 744, después de treinta y tres de reinado, y fue enterrado en la iglesia de San Adriano, junto a la tumba de su padre.

XXIII. LA IGLESIA Y LAS HEREJÍAS

Con la pragmática sanción, como ya hemos dicho, Justiniano había delegado en los obispos los poderes que hasta entonces habían sido ejercidos por los prefectos. Pero no se trataba de una revolución, sino solo del reconocimiento y legalización de una situación ya existente. A falta de un Estado, la Iglesia asume las funciones de aquel. Se convierte así en protagonista de la historia tanto espiritual como política de nuestro país, y nos obliga a estudiar un poco mejor su organización, aun a costa de tener que dar un paso atrás.

Las primeras *ecclesiae,* o comunidades de fieles, no habían sido otra cosa que células, más o menos parecidas a las que tenían los comunistas. Estaban esparcidas por todas partes, en todas las ciudades del Imperio a las que había llegado la palabra de los apóstoles. Al frente de cada comunidad había un «*presbítero*», es decir, un sacerdote, libremente elegido por la pequeña asamblea de fieles. Para ayudarlo se designó a los «*diáconos*», «*subdiáconos*», «*acólitos*» y «*exorcistas*», a quienes se confiaba el cuidado de los obsesos y de los epilépticos. Ninguna de estas funciones constituía una carrera. En las primeras *ecclesiae,* cada uno intervenía con su acción voluntaria y gratuitamente. A *latere,* por decirlo así, de los *diáconos*, estaban las «*diaconisas*», algo así como las damas de San Vicente o el Ejército de Salvación. Se encargaban de los pobres y enfermos y sus cuadros estaban integrados sobre todo por viudas.

Al principio, las *ecclesiae* no tuvieron entre ellas relaciones jerárquicas. El *presbítero* respondía de su propia conducta solamente ante Dios y los fieles que lo habían elegido. Esto garantizaba una perfecta democracia, pero no constituía una organización. La necesidad de una organización verdadera empezó a sentirse con la difusión capilar y masiva del cristianismo en las provincias del Imperio. Al multiplicarse las *ecclesiae*, los varios *presbíteros* en cada ciudad acabaron por elegir un *episcopo*, un obispo encargado de coordinar sus acciones. En el siglo IV empezaron a aparecer los primeros *arzobispos*, *metropolitas* y *primados*, que eran los supervisores de los obispos de una provincia, hasta que en cinco ciudades, Roma, Constantinopla, Antioquía, Jerusalén y Alejandría, fue instalado un *patriarca*. El de Roma fue llamado *Papa*. Pero el título era usado también por otros muchos obispos. El Papa de Roma lo era por ser obispo de Roma, elegido, como los demás, por el clero y el pueblo de la ciudad.

A petición de un arzobispo, todos los obispos de una provincia se reunían en un *concilio*, que por ello se llamó provincial. Cuando acudían a él todos los obispos de Oriente o todos los de Occidente, tomaba el nombre de «*plenarío*». Si reunía tanto a unos como a otros, se llamaba «*general*» o «*ecuménico*», y sus decisiones eran obligatorias para todos los cristianos. De esta unidad procedió para la Iglesia el nombre de «*católica*», que significa universal. Desde el principio

se estableció que los presbíteros debían tener treinta años de edad como mínimo y los obispos los cincuenta.

Los cristianos de los comienzos cumplían sus ritos en casas solitarias o en subterráneos. La santa misa, que hoy se celebra regularmente por las mañanas, entonces era oficiada por la noche. La función religiosa se iniciaba con la lectura de los textos sagrados. Seguían la predicación, la homilía del presbítero, el canto de los salmos y la oración de los fieles. Como sello de la ceremonia, se intercambiaba el beso de la paz. Esta costumbre se convirtió pronto en causa de ingratos desviacionismos, a fuerza de ser demasiado grata. Para salir al paso del peligro, se recomendó a los fieles que al besarse tuvieran la boca cerrada, pero como la recomendación se eludía la mayor parte de las veces, el beso de la paz fue suprimido.

La comunión era administrada con pan y vino. El uso de la hostia consagrada fue introducido más tarde. El cáliz con el vino era común y se repartía entre todos. Solo los bautizados podían recibir la comunión. El bautismo, que en griego quiere decir «inmersión», fue tomado por los cristianos de los hebreos, que a su vez lo habían recibido de los egipcios. En los tiempos apostólicos era a los adultos a quienes se bautizaba. Jesucristo, que nunca bautizó a nadie, fue bautizado por Juan el Bautista a la edad de treinta años. En el siglo II se empezó a administrar este sacramento a los niños, ocho días después del nacimiento. El que moría antes era condenado al limbo, una especie de infierno mitigado. En el siglo III se impuso de nuevo la costumbre de la inmersión en el baño sagrado antes de morir. Se temía, de hecho, que el bautismo lavara los pecados solo una vez. El emperador Juliano, en su *Sátira de los Césares*, puso en boca de Constanzo, hijo de Constantino, estas palabras: «Quien se sienta culpable de estupro, de asesinato, de robo, de sacrilegio y de todos los delitos más abominables, cuando sea lavado por mí con esta agua, quedará puro y limpio».

Como el bautismo por inmersión podía producir reacciones desagradables en niños, viejos y enfermos, fue sustituido por la simple aspersión, una salpicadura de agua bendita. La innovación provocó bastantes murmuraciones. El obispo de Cartago, Cipriano, se escandalizó hasta el punto de declarar que los que habían sido bautizados por aspersión poseían un grado de gracia infinitamente inferior al de quienes habían sido sumergidos tres veces en el baño sagrado.

En cuanto a la confesión, que los hebreos practicaban a golpes de salmos y látigo, los cristianos se limitaban a acompañarla por un cierto número de oraciones. Pública durante todo el siglo IV y en épocas anteriores, se decidió que fuese secreta en tiempos de Teodosio, cuando una mujer se acusó ante millares de fieles de haberse acostado el día anterior con el diácono que en ese momento estaba confesándola. En Occidente, la confesión de los propios pecados a un sacerdote fue introducida en el siglo VII. Antes también era posible confesarse entre seglares. En los conventos, las abadesas recibían la confesión de sus monjas con tanta indiscreción que los obispos se vieron obligados a retirarles esta facultad. Durante cierto tiempo se impuso la costumbre de proporcionar a los cristianos un certificado de confesión, una especie de recibo al portador que debía exhibir ante el sacerdote en el momento de la comunión.

Durante la celebración de la misa revestía gran importancia el sermón, seguido por los fieles con huracanes de aplausos o tempestades de silbidos. En la iglesia podía hablar en público todo el mundo, menos las mujeres. A los *catecúmenos* se les prohibía asistir a la parte central de la celebración eucarística. Solo después de tres años de instrucción religiosa, y tras haber ingerido una mezcla de leche y miel, que era el alimento de los recién nacidos, se convertían en miembros de derecho de la *ecclesia*.

La fiesta semanal de los cristianos era el domingo. El miércoles y el viernes eran días de abstinencia o de ayuno. Pascua y Pentecostés fueron, durante algunos siglos, las únicas fiestas anuales. Después de Constantino se empezó a celebrar también la Epifanía.

Las costumbres cristianas en la edad apostólica eran un modelo de santidad. La Iglesia condenaba la magia, la astrología y las artes adivinatorias. El aborto y el infanticidio, que los romanos practicaban con pagana desenvoltura, fueron abolidos y execrados. Se denunció, ignoramos con qué resultado, la prostitución, que hasta entonces era considerada como el único desahogo a la monogamia; asimismo fueron duramente condenados el adulterio y la pederastía, y en contrapartida se recomendaba fervorosamente la virginidad. El célibe era considerado más cristiano que el que contraía matrimonio. En los primeros siglos, los sacerdotes, como hoy los pastores protestantes, tenían libertad para tomar esposa. En el año 306, un canon del sínodo de Elvira prohibió a los eclesiásticos contraer matrimonio, so pena de destitución. Pero en la práctica dicha prohibición siguió siendo letra muerta.

Se condenaba el excesivo cuidado del propio cuerpo y se consideraba indecente la costumbre de llevar pendientes, pintarse los ojos, teñirse el cabello y usar peluca. Para la Iglesia, el «maquillaje» no era solo un instrumento de seducción y lujuria, sino también de reproche a Dios, como si no hubiese dotado a sus criaturas de suficientes atractivos.

Con especial severidad eran juzgados los deportes y los juegos de azar. En cambio, se admitía la gimnasia, la caza y la pesca. Se ponían dificultades a los matrimonios mixtos, y el divorcio solo se concedía a petición de la mujer, si esta era pagana. Se toleraba la esclavitud. Los romanos condenaban a ella a la mujer libre que se casara con su siervo. El cristiano Constantino modificó esta costumbre haciendo ajusticiar a la mujer y quemar al marido. La carrera eclesiástica estaba prohibida a los esclavos, pero los libertos podían llegar a ella fácilmente.

En el siglo IV los sacerdotes, siguiendo el ejemplo de algunas órdenes monásticas, adoptaron la tonsura. En los tiempos más antiguos, el vestido de los eclesiásticos no era distinto del de los seglares. Durante la misa, los sacerdotes vestían la común túnica romana. A finales del siglo III se impuso a los sacerdotes el uso de un hábito litúrgico fijo. De la túnica derivó la clámide, en general de color blanco. El anillo y el báculo se convirtieron en insignias de los obispos. En el año 325, el concilio de Nicea prohibió a los párrocos tener en sus casas a mujeres jóvenes. Se fundaron los primeros seminarios. La organización eclesiástica se perfeccionó. Se crearon nuevos oficios, entre los más importantes el de enterrador. También en el siglo IV se difundió el culto de las imágenes y el tráfico de reliquias. En Occidente, las damas de la aristocracia acogieron en su

séquito, como directores espirituales y administradores patrimoniales, a clérigos y monjes.

La teoría de que san Pedro, al fundar en Roma la primera *ecclesia*, había pretendido atribuirle un primado, comenzó a desarrollarse en el siglo V. Hasta entonces, su obispo había conservado la misma categoría y los mismos atributos de las otras cuatro sedes patriarcales: Alejandría, Antioquía, Constantinopla y Jerusalén. Solo el concilio de Calcedonia, en el año 381, lo reconoció, con no poca oposición, *primus inter pares*. En el siglo VI, esta supremacía, que ya ejercía de hecho en Occidente, fue consagrada con el título de *pontífice*, es decir, de sucesor de Pedro, vicario de Cristo y jefe ecuménico de la Iglesia.

A esta organización, sin embargo, no se llegó sin dificultades. Precisamente porque tendía a la unidad y al mando único, la Iglesia hubo de vérselas con las tendencias centrífugas del cristianismo fomentadas por la primitiva dispersión de las *ecclesiae*. Para ponerse al frente de todas ellas, tuvo por fuerza que poner un poco de agua en el vino de la tolerancia que había reclamado y de la que se había aprovechado frente al Estado pagano para crecer y prosperar, pero que podía minar su cohesión ahora que había vencido. Tal es, en parte, el destino de todas las religiones. Piden para sí la libertad de organizarse, en nombre de unos principios laicos, y después, una vez organizadas, niegan esta misma libertad a los demás, en nombre de los propios dogmas.

Estas fuerzas centrífugas fueron las herejías, que empezaron a manifestarse en el momento mismo en que los presbíteros, es decir, los simples sacerdotes, se impusieron a los obispos. Estas herejías presentaron, de inmediato, dos aspectos: uno, teológico, y el otro político, secretamente ligados entre sí. En la práctica, era el nacionalismo lo que renacía a través de ellas. El pretexto solía ser un modo distinto de concebir a Dios y de interpretar las sagradas Escrituras. Y quien lo proclamaba tal vez miraba solo esto, como ciertamente fue el caso de Arrio. Pero las fuerzas que actuaban en lo más profundo y las transformaban en verdaderas rebeliones, eran las de la revuelta contra el poder central, a favor de los autogobiernos locales. En Oriente, la Iglesia se había convertido en un instrumento del Estado, y en Occidente lo estaba sustituyendo. En uno y otro caso era, para los nacionalismos, el enemigo al que había que derrotar. Así, los donatistas luchaban para sustraer África de la influencia de Roma y los monofisitas para liberar Siria y Egipto de Constantinopla.

No podemos seguir aquí el desarrollo de esta lucha contra las innumerables sectas que pulularon en este primer período, como los apolinaristas, los priscilianistas, los sabelianos, los macedonianos, los mesalinos, etc. Este capítulo forma parte de la historia de la Iglesia a la que remitimos al lector que sienta deseos de informarse. Pero entre esos «desviacionismos», como hoy se les llamaría, hubo uno que influyó profundamente en la vida italiana y hasta estuvo a punto de cambiar su curso: el de Arrio.

Arrio era un predicador de la Alejandría del siglo IV, que había rechazado la consustancialidad, es decir, la identidad de Jesucristo con Dios. El obispo de quien dependía lo excomulgó, pero Arrio siguió predicando y haciendo adeptos. El emperador Constantino, que había fundado la nueva capital del Imperio en Oriente y trataba de ejercer sobre la Iglesia un alto patrocinio, llamó a los dos litigantes para intentar que se pusieran de acuerdo. Pero el intento fracasó. El

conflicto se había hecho más profundo. Por lo tanto, para acabar con una discusión que podía poner en peligro la unidad de la Iglesia católica, no había más remedio que convocar un concilio ecuménico, que se celebró en Nicea, cerca de Nicomedia.

El papa Silvestre I, viejo y enfermo, estaba incapacitado para intervenir. Contra su acusador Atanasio, Arrio se defendió con honestidad y valor. Era un hombre sincero, pobre y melancólico, que creía en sus propias ideas. De los trescientos dieciocho obispos que se habían reunido para juzgarlos, solo dos lo sostuvieron hasta el fin y fueron excomulgados con él. Pero, evidentemente, había otros muchos que, sin valor para decirlo, pensaban como Arrio y siguieron predicando sus tesis, aun después de la condena. Uno de ellos fue Eusebio, y ya hemos dicho la importancia que este tuvo como maestro de Ulfilas, el arriano cristianizador de los pueblos bárbaros.

Aún no habían pasado cuatro siglos desde la fundación de la primera *ecclesia* de Pedro, cuando ya todo el mundo cristiano era presa de convulsiones. En África, Donato, contemporáneo de Arrio, proclamaba que los sacramentos administrados por sacerdotes que se hubieran manchado con algún pecado, no eran válidos. Condenado, contó de inmediato con una secta de fanáticos que plantearon sobre la discusión teológica una revuelta nacional y social: la de los *circunceliones* o pequeños ladrones vagabundos. Entre un saqueo y un robo común de pollos, predicaban la pobreza y la igualdad, y cuando se encontraban con un carro tirado por esclavos, ponían a estos dentro del vehículo, obligando después al amo a tirar de él. Si el amo se resistía, lo cegaban llenándole los ojos de arena o lo mataban, naturalmente, siempre en nombre de Jesucristo. Si, en cambio, les tocaba morir a ellos, lo hacían alegremente, seguros de volar al paraíso. Más aún, a tal punto llegó su fanatismo que empezaron a detener las caravanas militares suplicando a los soldados que los mataran. Morían cantando y riendo, entre las llamas de la hoguera o arrojándose desde lo alto de precipicios.

En Oriente, Nestorio puso en duda la virginidad de María, sosteniendo que no había sido la madre de un Dios sino de un hombre que tenía, ciertamente, algo de divino, pero mezclado con otros valores humanos. Nestorio buscaba el martirio, pero en cambio la Iglesia le dio un puesto de obispo en Constantinopla. El arzobispo de Alejandría, Cirilo, escribió sobre ello en términos indignados al papa Celestino I. Este convocó un concilio plenario en Roma, que situó a Nestorio entre la dimisión o la deposición. Nestorio rechazó ambas soluciones, de manera que hizo falta un concilio ecuménico, que tuvo lugar en Éfeso, para excomulgarlo. El hereje, confinado en Antioquía, siguió agitando y predicando. El emperador lo hizo deportar a un oasis en el desierto libio. Al cabo de unos años se arrepintió y volvió a llamarlo. Pero los mensajeros lo encontraron moribundo, vigilado por algunos fieles que, después de enterrarlo, emigraron a Siria, construyeron allí iglesias dedicadas a su mártir y tradujeron a la lengua local la Biblia y las obras de Aristóteles, preparando así el fundamento de la cultura musulmana que más tarde se implantaría allí y que recibiría la influencia de dichas obras. Perseguidos de nuevo por el emperador Zenón, se refugiaron en Persia y desde allí se esparcieron hasta la India y China, donde todavía sobreviven sus sectas en guerra contra la «mariolatría», es decir, el culto de María.

Pero el problema de la naturaleza de Jesús seguía alimentando sectas y herejías. El monje Eutiques sostenía que Jesús solo poseía una naturaleza divina. Flaviano, el patriarca de Constantinopla, convocó un concilio para excomulgarlo. Eutiques apeló a los obispos de Alejandría y de Roma. Hubo que convocar otro concilio, esta vez en Éfeso, donde, por odio a Constantinopla, el clero egipcio defendió al acusado y atacó con tanta violencia a Flaviano que este acabó muriendo. El papa León I, el de Atila, ya se había manifestado a favor del patriarca. Indignado por lo ocurrido, fulminó al sínodo de Éfeso, llamándolo «sínodo de los ladrones» y convocó otro en Calcedonia, que reconoció la doble naturaleza de Jesús y volvió a excomulgar a Eutiques. El clero de Siria y Egipto rechazó el veredicto y adoptó la herejía monofisita del excomulgado. Un obispo ortodoxo enviado a Alejandría para restaurar el orden fue linchado por la muchedumbre en la catedral el día de Viernes Santo. El monofisismo se convirtió en la religión nacional de los cristianos de aquellos dos países y se propagó a Armenia. Como de costumbre, servía sobre todo para cubrir un movimiento de independencia con respecto a Constantinopla.

XXIV. LOS PADRES DE LA IGLESIA

Si las herejías de Arrio, Donato y Nestorio habían amenazado con desquiciar a la Iglesia, Ambrosio, Jerónimo y Agustín le devolvieron unidad y vigor.

De Ambrosio ya hemos referido cómo se convirtió en obispo de Milán después de ser gobernador y proclamó ante Teodosio la superioridad del poder espiritual, encarnado en la Iglesia, sobre el temporal, representado por el emperador. Fue un gran predicador y sus sermones eran escuchados y aplaudidos por millares de fieles. Compuso una obra de exégesis bíblica, el *Hexaemeron*, y un *comentario al Evangelio de san Lucas*. Renegando de su pasado de funcionario romano, afirmó que el primer deber de un cristiano no era la obediencia al Estado, sino a Dios, cuyos vicarios en la tierra son los obispos. Fue autor de bellísimos himnos, entre ellos el célebre *Veni Redemptor Gentium*, que inspiró uno análogo a Martín Lutero.

Jerónimo nació en el año 340 en Stridone, una pequeña aldea en los confines entre Dalmacia y Panonia, solo quince años después del concilio de Nicea, que había excomulgado a Arrio, el eco de cuya dramática lucha no se había extinguido aún. En Oriente y en Occidente, el clero, que no lograba ponerse de acuerdo acerca de la naturaleza creada o increada de Cristo, se dividía y se excomulgaba mutuamente. Jerónimo, muy joven todavía, fue a Roma para seguir sus estudios. Asistió unos años a la escuela del célebre gramático Elio Donato y se convirtió en su alumno predilecto. Estaba dotado de una gran inteligencia y poseía una memoria prodigiosa. Sentía toda la fascinación de la cultura clásica y se sabía de memoria a Catulo y a Lucrecio. En Roma aprendió también el griego en los textos de Platón, Aristóteles y Tucídides.

Después de conseguir su diploma, dejó la capital y se trasladó a Aquilea, donde con algunos amigos fundó un monasterio. Era un asceta vegetariano, llevaba cilicio, se sometía a vigilias y ayunos y pasaba buena parte del día rezando. Sus sermones estaban a tono con la austeridad de su vida, pero disgustaban al obispo, que en lo referente a moral era bastante acomodaticio. Cuando Jerónimo lo supo, lo tachó de hereje y con algunos compañeros abandonó Aquilea, «la Sodoma de Iliria». Fue a parar a Antioquía, donde entró en un convento. Pero el clima de Siria era húmedo e insano. Con un morral en bandolera y un montón de libros, Jerónimo se retiró al desierto y vivió cuatro años como anacoreta. Oraba y leía. Pero leía más los poemas de Catulo que los Evangelios.

En 379 volvió a Antioquía y fue ordenado sacerdote. Aunque apenas tenía treinta y nueve años, ya era un viejo enfermo, canoso y macilento. En 382, el papa Dámaso, que buscaba un secretario, lo llamó a Roma y le confió la traducción latina del Nuevo Testamento. Jerónimo se instaló en Letrán. Vestía una media capa de piel de cabra y una túnica grasienta y rota, caminaba descalzo y llevaba al

cuello un crucifijo de madera. Comía de pie en un cuenco de barro y dormía sobre paja. Los prelados de la Curia lo miraban con una mezcla de desprecio y envidia desde lo alto de sus suntuosos baldaquines. Dos damas de la alta sociedad, Marcela y Paula, conocidas por su filantropía y más aún por su santurronería, lo nombraron su consejero espiritual. Jerónimo asistía a sus salones, comentaba la Biblia y hacía propaganda a favor de la virginidad y el celibato.

Roma, a pesar de la Iglesia, o tal vez por esto mismo, era una ciudad depravada, y en ella se contaban las vírgenes con los dedos de la mano. Es posible que tampoco lo fueran Marcela y Paula, a pesar de su soltería. Alguien incluso acusó a Jerónimo de haberse liado con ellas. Pero era una calumnia, a la que el santo replicó con una violenta filípica contra las mujeres que se pintan, llevan peluca, van escotadas y abortan para llevar faja. Ni siquiera perdonó a los sacerdotes, a quienes reprochaba sus vestidos demasiado ricos y sus peinados rebuscados. La plaga de la humanidad, según decía, era el matrimonio. Lo consideraba el octavo pecado capital, olvidando que se trataba de un sacramento. Estaba obsesionado con el sexo y proponía «abatir con la segur de la virginidad el árbol del matrimonio». En una carta a una joven llamada Eustoquia, exaltó los placeres de la castidad, tal vez, como insinuaban los maliciosos, porque nunca había gustado los de la lujuria. Dijo que podía perderse la virginidad solo con el pensamiento, y recomendó, para conservarla, el cilicio y el ayuno. Después de la publicación de la carta fue agredido y apaleado por algunos desalmados.

En el año 384 una joven asceta murió después de una prolongada abstinencia. La madre hizo responsable a Jerónimo y los romanos propusieron matarlo y arrojarlo al Tíber. Tuvo que intervenir el pontífice, pero el santo fue obligado a abandonar la urbe. Partió para Belén, llevándose con él a la bella Eustoquia. Fue a vivir en una cueva, donde pasó, entre lecturas y oraciones, el resto de su vida.

Fue uno de los hombres más doctos de su tiempo. Tradujo al latín, del arameo y el hebreo, la Biblia, que pasó a la historia con el nombre de *Vulgata*. Modelo de finura interpretativa y de estilo, quedó como uno de los más altos monumentos literarios de la Edad Media. Jerónimo murió en la soledad en 419. Unos años antes, consumida por la tisis, había descendido al sepulcro la virgen Eustoquia. La pérdida de la compañera lo había precipitado en el desconsuelo y lo aisló del mundo cada vez más. Fue el más intratable y el más huraño de los padres de la Iglesia. Más que un santo, fue un moralista brillante y batallador. Comparó a Judas al patriarca Juan, de Jerusalén, y al pobre Ambrosio con un cuervo. Peleó con los amigos y persiguió a los enemigos, que lo acusaron de hipócrita y avaro. La teología cristiana debe a san Jerónimo su lengua, y la moral su rigor.

En el momento en que Jerónimo dejaba la nativa Stridone y se trasladaba a Roma para seguir sus estudios, en una pequeña ciudad de Numidia, Tagaste, nacía en el año 354 san Agustín. Su padre, Patricio, era asesor municipal y tenía una pequeña hacienda. Era un hombre grosero y mal educado. Le gustaban las mujeres, el juego y la buena mesa. La madre, dedicada al hogar y a la iglesia, se llamaba Mónica y se ganó el Paraíso perdonando las numerosas infidelidades del marido.

Agustín se parecía a su padre. Era delgado, pequeño, moreno, con ojos y cabellos negros y las piernas ligeramente torcidas. A los doce años fue enviado a la escuela, a Madauro, y a los diecisiete a Cartago. Era un muchacho turbulento e inteligentísimo. Estudió latín, retórica, matemáticas, música y filosofía. Leyó con avidez a Platón, pero en la traducción latina, porque no dominaba bien el griego. En Cartago conoció una bella muchacha a la que hizo su amante. La llevó consigo a casa de su amigo Romaniano, del que era huésped. Cuando Mónica lo supo, corrió a Cartago para inducir al hijo a regularizar su situación y casarse con la concubina. Pero Agustín era alérgico al matrimonio. A los dieciocho años le nació un hijo, al que puso el nombre de Adeodato. En 385 dejó a su compañera y volvió junto a su madre. Enseñaba retórica y gramática y ganaba lo suficiente para mantener la reducida familia y pagar las deudas del padre.

Antes de la llegada de los vándalos, Cartago era una bella ciudad provinciana, culta y rica, pero aburrida. A los veintinueve años, Agustín decidió ir a Roma. Partió sin decir nada, por temor a que Mónica lo siguiera. En la urbe encontró enseguida un puesto de maestro, pero lo dejó al cabo de un año, porque los discípulos no le pagaban. Símaco, el senador pagano, le ofreció una cátedra de gramática en Milán. Agustín emigró a la ciudad lombarda, donde poco después Mónica se reunió con él. Había renunciado a la idea de casarlo y ahora quería a toda costa que se bautizara.

En Milán, Agustín entró en contacto con las grandes corrientes de la filosofía clásica. Durante nueve años fue adepto del maniqueísmo, pero lo abandonó el año 383 por el neoplatonismo. Un día, el obispo Ambrosio lo invitó a escuchar sus sermones y a leer las *Epístolas de san Pablo*. El impenitente pecador quedó impresionado. El domingo de Pascua de 387, Agustín y Adeodato fueron bautizados y pocas semanas después partieron de nuevo hacia África. En Ostia, en el momento de embarcar, murió Mónica. Pero antes de expirar recomendó por última vez al hijo que se casara.

Al desembarcar en Cartago, Agustín vendió los pocos bienes que poseía, distribuyó entre los pobres lo que pudo sacar de ellos y se fue a Tagaste, donde fundó un monasterio al que fue a recluirse con su hijo y su amigo Alipio. Adeodato murió en 389. Dos años después, el obispo de Hipona, que conocía a Agustín y necesitaba un colaborador, lo ordenó sacerdote y puso a su disposición su propio pulpito. Hipona era una ciudad de cuarenta mil habitantes paganos y maniqueos en su mayoría. Solo había una iglesia católica y un reducido grupo de fieles. El obispo maniqueo era un tal Fortunato, predicador eficaz e impetuoso. Agustín lo desafió a público debate, que se desarrolló ante una inmensa muchedumbre y duró dos días. Fortunato fue literalmente abrumado por el ímpetu oratorio de su rival. Descendió del pulpito entre las burlas de los espectadores y, humillado, tuvo que abandonar Hipona.

El año 396 el viejo Valerio se retiró a un monasterio y nombró obispo a Agustín, que durante treinta y cuatro años rigió la diócesis africana, ayudado por dos diáconos y dos monjes. Dormía sobre una yacija en una celda húmeda, vestía una túnica vieja, solo comía verdura y ayunaba con frecuencia. El único lujo que se permitía era una pequeña estufa de leña que lo protegía del frío.

Fue un gran obispo, pues consiguió echar a los donatistas de Hipona y hacer que fueran condenados el año 411 como herejes por un concilio convocado

en Cartago por el emperador Honorio. Pero su pasión era la teología. Polemista violento y apasionado, escribió millares de cartas y centenares de tratados ganándose el título de «*primer doctor de la Iglesia*». El pecado original, el libre albedrío y las relaciones entre el hombre y Dios fueron los grandes temas de sus investigaciones. En el tratado *Del libre albedrío*, que fue una de sus primeras obras, demostró que Dios deja al hombre la libertad de escoger entre el bien y el mal. Pocos son los elegidos, predestinados al reino de los cielos por los inexcrutables designios de la providencia. Bastantes siglos después, los calvinistas se inspiraron en Agustín para elaborar su doctrina sobre la gracia. En el *De la Trinidad*, trató de explicar la cohabitación de tres personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo, en una sola: Dios.

Pero el mejor Agustín está encerrado en las obras filosóficas. *Las Confesiones*, escritas a los cuarenta y seis años, son una brillante autobiografía de cien mil palabras. Contiene la historia de su vida, desde los «años impetuosos» de Madauro y Cartago al viaje a Italia y al encuentro con Ambrosio. El autor recorre las etapas de su fe hasta la conversión, el bautismo y la primera milicia cristiana cuando Valerio lo nombró obispo de Hipona. *Las Confesiones*, como se ha escrito, son poesía en prosa, en tanto que *La ciudad de Dios* es filosofía en historia. Escrita entre 413 y 426, se trata de una miscelánea de mil doscientas páginas, en veintidós libros. Agustín la publicó por partes, y para cuando llegó a la mitad se había olvidado del principio. Es una soberbia apología del cristianismo y una diatriba contra el paganismo. Los filósofos romanos habían atribuido la decadencia del Imperio a los cristianos y a su nueva religión, que había liquidado la antigua de Augusto y Marco Aurelio. Agustín replicó que habían sido los paganos con su politeísmo quienes provocaron el derrumbamiento del Imperio. Cuando invadieron Italia, los bárbaros derribaron los templos de Júpiter y Minerva pero dejaron en pie las iglesias de Cristo. La ciudad de Dios, cuyas llaves custodia la Iglesia en la tierra, fue construida por los ángeles. A ella se contrapone la ciudad de los hombres, edificada por el demonio. En la ciudad de Dios echó sus raíces la teocracia medieval, es decir, la doctrina de la supremacía del poder espiritual sobre el temporal, del Papa consagrado por Dios sobre los reyes coronados por los hombres.

Los últimos años de Agustín fueron dramáticos y llenos de tribulaciones. Los vándalos de Genserico asediaban Hipona, donde el viejo obispo moría lentamente de arteriosclerosis, hemorroides e inquietud ante los grandes problemas doctrinales que lo atormentaban. ¿Conservará la mujer en el cielo el sexo que tenía en la tierra? ¿Qué ocurrirá el día del Juicio con los que habían sido devorados por caníbales? Murió a los setenta y seis años, pobre como había vivido, sin dejar testamento ni riquezas y sin haber hallado una respuesta a esas preguntas. San Agustín dominó el pensamiento occidental hasta santo Tomás, y en él se inspiraron los reformadores protestantes. Sometió la inteligencia al sentimiento religioso y fundó la filosofía medieval.

Es difícil calcular la importancia de la influencia ejercida por los padres de la Iglesia. Voltaire, a quien preguntaron un día si los había leído, contestó: «Sí, pero me las pagarán».

XXV. SAN BENITO

Las dominaciones gótica y la longobarda habían convertido Italia en un vasto desierto de barbarie. Las sombras de los siglos oscuros se habían extendido sobre la península borrando las últimas huellas de una civilización ya en avanzado estado de descomposición. Pero en aquella especie de necrópolis vio la luz el más extraordinario fenómeno religioso y social de la Edad Media: el monaquisino.

Había nacido en Oriente, en los desiertos del Bajo Egipto, de Siria y de Palestina, y su primera manifestación fue el eremitismo. Los eremitas eran hombres que habían renunciado voluntariamente a toda comodidad retirándose del mundo. Vivían en cavernas, en cabañas de paja y estiércol, o, como los estilitas, en lo alto de una columna. Sobre una columna de diez metros de altura, Simeón permaneció encaramado durante treinta años, expuesto a los gusanos, a la intemperie y a los proyectiles de los chiquillos que lo tiroteaban con excrementos. Cuando murió, la Iglesia lo hizo santo. En Occidente, por la inclemencia del clima, el «estilitismo» no consiguió arraigar. Es conocida la historia de aquel viejo longobardo que, después de haber subido a una columna, se vio obligado a descender precipitadamente por un ataque de reumatismo. También tenemos noticias de mujeres estilitas, sobre todo vírgenes y viudas.

El monaquisino conoció en Oriente otras manifestaciones extremistas como, por ejemplo, los pascolantes,[*] los reclusos y los acemetas. Los pascolantes se llamaban así porque vagaban continuamente por los campos alimentándose de hierbas. Los reclusos, en cambio, se hacían emparedar vivos en celdas en las que pasaban el resto de sus días. Por último, los acemetas oraban ininterrumpidamente y no dormían nunca.

Comoquiera que sea, el eremitismo fue la primera fase y la más ruda del monaquismo. Un buen impulso a su evolución lo dio el anacoretismo, que en griego significa «retiro». El primer anacoreta fue san Antonio, que después de veinte años de aislamiento creó una comunidad de monjes a los que, sin embargo, no dio regla alguna. Por último, con san Pacomio, fundador de un convento en el Alto Egipto a principios del siglo IV, nos encontramos con el primer ejemplo de cenobitismo, es decir, de vida común y organizada. Los monjes cultivaban los campos y confeccionaban esteras y cestos que después vendían. Con el producto de la venta sustentaban el monasterio y socorrían a los pobres.

También en el siglo IV el monaquismo, animado y favorecido por la Iglesia, se difunde por Occidente. En la Italia meridional y en Galia aparecen los primeros cenobios. En 375, el obispo de Tours, Martín, funda en el Loira el monasterio de Marmoutier. Las reglas son numerosas, pero ninguna de ellas consigue imponerse a las demás y unificarlas. Las diversas comunidades

---

[*] Uso a propósito ese latinismo —de pasco, «pacer»— para evitar confusionismos con la traducción del término. (N. del T.)

monásticas no tienen en común más que la oración y el ejercicio litúrgico. Solo en los albores del siglo V, con san Benito, el monaquismo logra su verdadera faz: la que, a través de los siglos, ha llegado hasta nosotros. Para reconstruirla, además de la regla benedictina, la única fuente de información con que contamos es el segundo libro de los *Diálogos de san Gregorio*. Se trata, naturalmente, de una fuente hagiográfica en la que es difícil separar lo sobrenatural de lo humano, el milagro de la crónica.

Benito nació hacia el año 480 en Nursia, en la Umbría meridional, en el seno de una acomodada familia de agricultores. Terminados los estudios elementales, marchó a Roma para realizar los superiores. Al cabo de un breve período decidió abandonarlos y retirarse al campo, a una pequeña aldea a orillas del río Aniene, un afluente del Tíber. De allí, después de haber realizado algunos milagros, se trasladó a una gruta en las cercanías de Subiaco donde, cubierto con una simple túnica y una burda capa de lana, se pasó tres años orando y luchando contra las tentaciones de la carne, que lo devoraban. Una noche soñó con una muchacha a la que había conocido en Nursia. La visión le produjo un pánico tal que se arrojó desnudo sobre una mata de ortigas, que, según cuenta san Gregorio, se convirtieron en rosas.

La noticia de este milagro produjo un clamor tan grande que de inmediato lo llamaron a dirigir el convento de Vicovaro. Benito instauró un régimen tan severo que los monjes, para librarse de él, decidieron asesinarlo. Descubierta la conjura, Benito regresó a Subiaco y fundó allí doce monasterios, en uno de los cuales se refugió. La iniciativa disgustó al párroco del pueblo, un tal Fiorenzo, que trató de sabotear la obra del santo, dificultándole toda acción y envenenándole el pan. También este segundo intento de asesinarlo falló. El pan, en vez de comérselo Benito, se lo comió un cuervo. Al no conseguir librarse del abad, Fiorenzo pensó en corromper a los monjes, disponiendo un espectáculo de desnudismo en el jardín del convento. En la representación tomaron parte siete muchachas. Después de haber asistido a la escena, el santo lió su petate y salió de la ciudad para no volver más. Pero antes de marcharse quiso realizar un postrer milagro que pagó esta vez el pobre Fiorenzo, quien para gozar mejor de la escena de la partida, se asomó a un balcón, que se vino abajo sumergiéndolo a él en un montón de basuras.

Montecassino, a mitad de camino entre Roma y Nápoles, fue la siguiente etapa de las andanzas de Benito. Apenas puso los pies allí, ordenó la demolición de un viejo templo pagano construido en la cima del monte y en su lugar hizo erigir un monasterio. No fue poca cosa el levantar los muros. Esta vez, el proyecto disgustó al mismísimo demonio, que intentó que fracasara, yendo a sentarse sobre los ladrillos que debían servir para la edificación. Con todo, en el año 529 el monasterio estaba terminado y Benito pudo instalarse en él con sus monjes.

Contenida en setenta y tres breves capítulos, la *Regla* de la comunidad sigue siendo, aún hoy, uno de los pilares más altos y uno de los más originales testimonios del cristianismo. Puede resumirse en la frase: *Ora et labora*, reza y trabaja.

Los monjes comienzan su jornada a las tres de la mañana, cuando en la capilla del monasterio empiezan los servicios religiosos: el canto de los Salmos, el

recitado de oraciones y la lectura del Evangelio o de algún pasaje de la Biblia. Al término de la misa, se retiran a la biblioteca. Un vigilante, designado por el abad, cuida de que nadie se distraiga de la lectura, durmiendo o charlando con el vecino. A intervalos regulares, cuando suenan las llamadas horas canónicas, la oración vuelve a interrumpir el estudio. A las nueve, el sacerdote, que a veces vive fuera del convento, celebra una segunda misa de asistencia obligatoria. Después, cada uno se va a sus quehaceres: los cocineros a la cocina, los hortelanos al huerto, los carpinteros a su taller.

A las once se sirve el almuerzo. He aquí el «menú»: medio kilo de pan, un plato de pescado o de carne, verdura, queso y fruta. Está prohibida la carne de los animales cuadrúpedos. La regla solo tolera una especial dispensa a los viajeros y enfermos. Todo monje tiene derecho a media pinta de vino y, a veces, a una ración suplementaria. Nadie habla en la mesa, a menos que el abad invite explícitamente a hacerlo. Mientras comen, un monje lee en voz alta las vidas de los santos. Después de haber comido, se consiente una pequeña siesta, al término de la cual se reanuda el trabajo y la oración. A la puesta del sol, tras una cena frugal, otra vez a dormir. El monasterio dispone de numerosos dormitorios.

Los colchones están rellenos de paja, de crin o de cañas. La falta de calefacción y la escasez de mantas obliga a los monjes a acostarse vestidos, con sandalias, túnica y capucha. El mobiliario es austero. No hay armarios ni cómodas. Los pocos efectos personales, un pañuelo, un cuchillo y una pluma, están colocados al pie del lecho, junto a una túnica de trabajo y a una muda de calcetines y calzones. Ningún monje puede escribir ni recibir cartas, ni aceptar o hacer regalos. Para los enfermos existe una enfermería, el único lugar en que es posible tomar un baño. Y para quien desobedece, el látigo. Los reincidentes son castigados con el aislamiento y, en los casos más graves, con la expulsión. Para las decisiones más importantes, la comunidad se reúne en asamblea plenaria. Todos pueden intervenir en el debate, pero la última palabra corresponde siempre al abad. Nadie, por ninguna razón, puede salir del convento o emprender un viaje sin especial permiso.

El monasterio es meta de continuas peregrinaciones. No pasa día sin que alguien llame a la puerta a mendigar un plato de sopa o a pedir ser acogido como novicio. Nos hallamos en el siglo VI. En Italia se recrudece la guerra godo-bizantina. El hambre, la malaria y la peste bubónica diezman a la población. El convento es el único sitio en el que es posible asegurarse el sustento, vivir y escapar del contagio.

El novicio es sometido a una cuidadosa visita médica y a una severa selección. La vida del monasterio es dura, y para soportarla debe demostrar que posee una salud de hierro. Solo después de un año de noviciado, y tras haber superado una larga serie de pruebas, el novicio se convierte en miembro de pleno derecho de la Orden y hace voto de oración, de penitencia y de castidad. Renuncia a todos sus bienes a favor del monasterio o de los pobres. Con el paso del tiempo, esta renuncia se hará más a beneficio del primero que de los segundos. La obligación, es decir, la oferta que los padres hacían de sus propios hijos al convento y que acompañaban con una abundante donación, fue una de las más pingües fuentes de enriquecimiento de la orden benedictina.

En 543, catorce años después de la fundación de Montecassino, Benito murió a consecuencia de un ataque de fiebre. Una semana antes ya había anunciado el hecho, que ocurrió en el oratorio del monasterio, donde el santo, sintiendo su fin ya próximo, quiso que lo trasladaran. Fue enterrado junto a la tumba de su hermana Escolástica, a la que en vida había estado especialmente unido.

El monaquisino ha desempeñado un papel decisivo en la vida económica y social de la Edad Media. Cuando nació, Italia estaba sumida en el caos. Los ejércitos bárbaros habían arrasado sus pueblos y ciudades. Los campos estaban despoblados. Los poderes centrales no funcionaban porque nadie estaba en condiciones de hacerlos funcionar. Los periféricos, libres de todo control, se habían transformado en instrumentos de opresión. Para escapar de las violencias y vejaciones a que era sometida, la población italiana se agrupó alrededor de los monasterios, a los cuales a cambio de la protección que les concedían, les ofrecían sus brazos. El monaquismo se anticipó así en algunos siglos al feudalismo.

Poco a poco, los grandes conventos se transformaron en ciudades fortificadas, autárquicas, cerradas, aisladas del resto del mundo. No existe ninguna diferencia entre un abad de Montecassino y un duque longobardo. Los dos son soberanos absolutos de estados más o menos grandes e igualmente independientes. Los dos gozan de especiales privilegios y prerrogativas. Imponen tributos, no pagan impuestos y acuñan moneda. Los monasterios alistan tropas, administran justicia y no están sometidos a control alguno por parte de la autoridad episcopal.

Con las continuas y cuantiosas donaciones de reyes y grandes terratenientes preocupados por salvar su alma se engrandecieron cada vez más manifestando una peligrosa tendencia a transformar a los colonos en siervos de la gleba. Al reunir en sus propias manos el poder civil, el religioso y el militar, los monasterios no hicieron más que afrontar una emergencia. Pero abusaron de ello y acabaron por traicionar aquel espíritu evangélico que Benito, con su regla, había intentado infundirles. Entretanto, sin embargo, prestaron el más precioso de todos sus servicios: la salvación de la herencia cultural de Roma. Fueron las bibliotecas de los grandes conventos benedictinos las que conservaron y nos legaron los discursos de Cicerón, las odas de Horacio y las historias de Tácito, que de otra manera se hubiesen perdido irremisiblemente, arrastradas por la furia devastadora de los bárbaros.

XXVI. ENTRE ROMA Y BIZANCIO

Los godos primero y los longobardos después arrancaron Italia al Imperio. Durante mucho tiempo Bizancio conservó en la península una cabeza de puente, Rávena, y un interlocutor, el Papa. En Rávena residía el exarca, que se había convertido en una especie de virrey. Oficialmente era el representante del emperador, pero en realidad no representaba más que su impotencia. Estaba en relación con el pontífice. Iba de Rávena a Roma y de Roma a Constantinopla. Recibía órdenes del *basileus* y las transmitía al Papa, que por lo general las transgredía.

Roma reafirmaba su propia obediencia a Bizancio, pero con acentos cada vez más polémicos. El Imperio de Oriente había desencadenado contra Occidente, cuya urbe seguía reivindicando el título de capital moral, el aluvión godo y no había sabido apartar el longobardo. Las relaciones del Papa con el patriarca de Constantinopla eran tensas. Este no reconocía la supremacía de aquel y reclamaba para sí un primado que los grandes concilios le habían negado. Era inevitable que el cordón umbilical que unía a Bizancio con Roma terminara por romperse. Dos acontecimientos precipitaron la crisis: el edicto contra las disputas religiosas o *tipo,* y el lanzado contra el culto de las imágenes, o *iconoclasmo*.

El *tipo* fue proclamado en 648 por el emperador Constantino II. Era un hombre escéptico, avasallador y extraño. Le gustaba mandar. Nunca iba a la iglesia y detestaba a los monjes que infestaban el Imperio y lo corrompían. Solo en Bizancio había cerca de diez mil. Vivían de limosnas y guardaban en los conventos las reliquias de los santos y de los mártires que el pueblo sencillo y crédulo veneraba como milagrosos talismanes. Eran pendencieros, intrigantes y depravados. Fomentaban desórdenes y urdían conjuras. Se les recibía en la corte con todos los honores, sobre todo por parte de las emperatrices, de las que a veces eran confesores y a menudo amantes. El *basileus* los protegía y el patriarca los temía. Con el *tipo*, Constante se hizo la ilusión de que los constreñía de nuevo a la cura de almas y ponía fin a las interminables disputas que desencadenaban y que habían terminado por contagiar también al clero secular. El *tipo* contenía sanciones contra los que no se amoldaran. El transgresor, en caso de tratarse de un obispo, era depuesto; si era seglar, se le expulsaba; si era noble se le castigaba con la confiscación de todos sus bienes, que pasaban a las arcas del Estado. El patriarca ratificó el decreto y lo hizo ejecutivo.

En Italia, sin embargo, desencadenó truenos y rayos. El papa Martín convocó en Letrán un concilio de doscientos obispos que excomulgó al patriarca. No se atrevió a excomulgar a Constante, pero con aquel gesto se sobrentendía la condena. Resuelto a imponer el *tipo* también en Italia, el emperador ordenó al exarca Olimpio que fuera a Roma y asesinara al pontífice. Olimpio partió con una reducida escolta de soldados. Los romanos lo acogieron con hostilidad. El sicario

encargado de apuñalar a Martín mientras celebraba la misa en el altar de Santa María la Mayor, se quedó ciego en el instante mismo de atacarlo. Así lo refieren al menos las fuentes eclesiásticas, que siempre han sustentado la historia sobre milagros. Olimpio salió de Roma y fue a Sicilia, donde años después murió combatiendo contra los sarracenos.

En junio del año 653, Constante confió al nuevo exarca Kaliopas la misma misión en la que había fracasado su predecesor. Martín se refugió en la basílica de Letrán y se encerró en un baldaquín que había hecho instalar al pie del altar. Nada de eso impidió a los soldados bizantinos entrar en el templo y arrastrar fuera al Papa. El pueblo se amotinó contra el emperador y corrió la sangre. La mañana del 19 de junio, al amanecer, el pontífice, viejo y enfermo, fue cargado en una nave con seis acólitos y un cocinero. Llevado a Naxos, fue encerrado en una especie de taberna, donde estuvo más de un año, sometido a continuas vejaciones y a toda clase de incomodidades. Sus carceleros le prohibían hasta afeitarse y cortarse el cabello. Solo dos veces le permitieron bañarse en todo ese tiempo.

En septiembre del año siguiente fue trasladado a Constantinopla. Durante la travesía cayó enfermo de disentería, y cuando desembarcó los bizantinos lo acogieron con burlas. Tres meses después era procesado. En el tribunal, los jueces le prohibieron que se sentara. Cuando le fallaban las fuerzas, lo sostenían dos soldados. Un intérprete lo interrogaba. Martín ignoraba el griego y sus acusadores el latín. Fue declarado culpable de entendimiento con los enemigos de Jesucristo, y de escasa devoción a la Virgen, y condenado a muerte. Después la pena le fue conmutada por la del destierro, que cumplió en el Quersoneso, junto al Ponto Euxino, donde en septiembre de 655 murió de gota, olvidado por todos. La Iglesia lo canonizó.

Durante su exilio, en Roma había sido elegido Papa un sacerdote llamado Eugenio que reinó tres años sin que le importara nada ni el *tipo* ni los bizantinos. Le sucedió un tal Vitaliano, que en cambio tuvo que hacer cuentas con Constance. El joven *basileus* había decidido trasladar de nuevo la capital a Roma y restaurar el Imperio de Occidente. El absurdo proyecto no estaba inspirado en nobles propósitos de gloriosa reconquista, que fue impuesto por un miedo vergonzoso. Los musulmanes presionaban desde el este sobre Grecia y amenazaban con desbordarla. A mediados de 622, casi en secreto, Constante zarpó desde la nueva Roma para dirigirse a la vieja. Cuando la nave levó anclas, se encaminó hacia la popa y vuelto hacia sus conciudadanos, que llenaban el muelle, escupió repetidas veces hacia ellos. Nunca había amado a los bizantinos, que por su parte lo detestaban. A principios de 663 desembarcó en Tarento. Invadió el ducado de Benevento, pero fue puesto en fuga por los longobardos que acudieron en defensa del territorio. Entonces se volvió hacia el norte, y se dirigió a Roma. El 5 de julio entró en la ciudad. El Papa lo bendijo y el pueblo lo llevó en triunfo hasta la basílica de San Pedro, sobre cuyo altar depuso ricos dones.

Constante permaneció en Roma doce días, el tiempo suficiente para despojar la cúpula del Panteón quitando las tejas de cobre que lo cubrían. Y a los trece días cargó todo aquello en sus naves y se fue a Siracusa. Murió el año 668, en Sicilia, asesinado por un siervo que lo golpeó con una jabonera mientras estaba en el baño. Con él moría el último proyecto de poner a Italia bajo el Imperio bizantino.

El *iconoclasmo* reafirmó y recrudeció la crisis iniciada por el *tipo* y que ni siquiera se había aplacado con la muerte de su autor. El edicto contra el culto de las imágenes fue promulgado el año 726 por el emperador León III. León había nacido en Cilicia, en el seno de una familia armenia; el padre era un rico ganadero de ovejas. Cuando Justiniano II fue coronado emperador, León le llevó personalmente quinientas como regalo a Constantinopla. El *basileus* correspondió al presente nombrándolo guardia del palacio y después comandante de las legiones de Anatolia. A la muerte de Justiniano II estallaron en Bizancio graves desórdenes. León, que mandaba el ejército, los sofocó y logró hacerse proclamar emperador. Era un hombre tozudo y ambicioso, además de un magnífico soldado. En 717 libró a Constantinopla de la flota sarracena que cruzaba el Bosforo. Los historiadores atribuyeron el alejamiento de este peligro a la intercesión de la Virgen.

Reinaba ya desde hacía doce años cuando, en 726, tal vez bajo la influencia del judaismo o del islam, prohibió el culto de las imágenes sagradas, o «iconos», y ordenó su destrucción. El Antiguo Testamento prohibía la reproducción de los animales terrestres, incluido el hombre. En efecto, las iglesias primitivas carecían de esta clase de ornatos y la divinidad nunca era representada. Las imágenes fueron una contaminación publicitaria, un vehículo de propaganda impuesto sobre todo por el hecho de que las poblaciones que había que convertir, primitivas y analfabetas, eran más sensibles a la figura que a la palabra. Pero se había abusado de ello y la multiplicación de imágenes dio lugar a un comercio escandaloso.

Los santos más de moda eran, naturalmente, los apóstoles y los padres de la Iglesia. Cada uno de ellos tenía sus admiradores. San Pablo era el ídolo de las mujeres, que guardaban su imagen en el bolso o bajo la almohada. Los ricos no se conformaban con un simple icono. Incluso pretendían una estatua de tamaño natural. Así, la industria de las imágenes sagradas se había convertido en todo el Imperio en un tráfico bastante floreciente. Sus empresarios eran los monjes, que habían invertido en ella un inmenso capital de mentiras y embrollos. En Oriente, no había casa ni tienda ni cantón sin la efigie de un santo o de un mártir. En Bizancio existían incluso clubes con los nombres de este o aquel. Sus miembros usaban la imagen del santo como distintivo y amuleto. La iconolatría dio origen a manifestaciones de fanatismo que muchas veces degeneraron en alborotos y aun verdaderas escenas de histeria colectiva. Cuando estallaba una epidemia, el pueblo se echaba a la calle blandiendo cruces, exponiendo imágenes y multiplicando el pánico.

Para León el culto de las imágenes era tanto una superstición como un elemento de inestabilidad. El año 730, ante el Senado, proclamó traidor a la patria a quien lo practicara. El alto clero apoyó el edicto, el bajo clero y los monjes se amotinaron en contra y el pueblo se horrorizó. En la capital estallaron sangrientos tumultos. En las Cicladas, los rebeldes repusieron a León y armaron una flota contra Bizancio. En Italia, el papa Gregorio convocó un concilio que excomulgó al emperador y dispensó a los romanos de pagarle tributo.[*]

[*] Gregorio III no se limitó a la excomunión, sino que tres años después llamó a Carlos Martel para que interviniera en Italia contra las tropas de León III. (N. del T.)

Y esta fue otra etapa en el camino de la ruptura entre Bizancio y Roma que debía consumarse trescientos años después.

XXVII. LOS FRANCOS

Reanudemos el hilo de nuestro relato. En la primavera del año 539, la llanura del Po había sido desbordada por una horda de guerreros rubios muy feroces. Numerosos poblados fueron arrasados, las iglesias quemadas, y los habitantes, asesinados. Era como si hubiesen vuelto los tiempos de Atila y de Alarico. En Italia, desde hacía cuatro años, los longobardos y los bizantinos se debatían en una guerra que duró tres décadas y convirtió la península en un cementerio. El aluvión que desde la otra parte de los Alpes se precipitó sobre las verdes llanuras del norte agigantó el desastre, pero refluyó casi de inmediato, después de una epidemia de tifus que diezmó a los invasores.

Estos eran originarios del bajo Rin, donde en el siglo IV habían constituido una federación de tribus a las que dieron un jefe y una ley, que era la del más fuerte. Se llamaban francos, por sus venas fluía sangre germana y se habían establecido en la parte septentrional de la Galia, que desde entonces cambió el nombre y se llamó, por ellos, Francia. De vez en cuando se coaligaban y ponían en común los propios recursos, que eran pocos, y su ferocidad, que era mucha, para saquear y devastar las tierras de los vecinos. Más a menudo peleaban entre sí por una mata de hierba o un rebaño de cabras. Hasta que los dos grupos más poderosos, el de los salios y el de los ripuarios, sobresalieron por encima de los otros y los redujeron bajo su dominio.

A mediados del siglo V, los salios ocupaban una vasta extensión que comprendía Bélgica, Artois y Picardía. Los ripuarios se habían establecido en el valle del Mosela. El año 481, los salios proclamaron rey a un muchacho llamado Clodoveo (Clovis en francés, nombre del que quizá derive Louis y el español Luis). Sucedía a su padre Childerico, hijo de un tal Meroveo, que había dado su nombre a la dinastía de los merovingios.

Clodoveo fue un guerrero osado y sagaz. Los salios necesitaban espacio. Para conquistarlo, invadieron el territorio comprendido entre el Marne y el Sena. Entraron victoriosos en París, de allí se extendieron a la Isla de Francia y guerrearon con los alamanes, que estaban situados en el alto valle del Rin, y que fueron un hueso duro de roer. Para domarlos, Clodoveo empleó cinco años. Los *Anales eclesiásticos* cuentan que venció porque renegó de la fe pagana en la que había sido educado, para abrazar la cristiana. El día de Navidad del año 496, Clodoveo vistió la túnica blanca de los catecúmenos y recibió el bautismo con todo su pueblo en la basílica de Reims.

Entre los germanos, los francos fueron los primeros en abrazar el catolicismo. Convertido en el campeón bárbaro de la ortodoxia, Clodoveo sometió sucesivamente a los burgundios, los visigodos y los ripuarios. A comienzos del siglo VI controlaba un territorio que se extendía desde el Atlántico al Rin. En el año 508, el emperador Anastasio le confirió la dignidad de cónsul. El año 511, cuando solo tenía cuarenta y seis, Clodoveo murió en París, rodeado de sus

pretorianos. La Iglesia lo definió como «el más cristiano de los reyes de Francia». La historia fue menos indulgente.

A la muerte de su fundador, el reino franco pasó a manos de sus hijos. No tenían estos el genio del padre, de quien solo habían heredado la barbarie. Se asesinaron los unos a los otros. Delitos, traiciones, guerras civiles, destrozaron al Estado. En 613, el nieto de Clodoveo, Clotario, reunificó el reino y ensanchó sus confines. Con él nacía Francia, que comprendía Austrasia, entre el Mosa y el Rin; Neustria, que correspondía a la Francia occidental, al norte del Loira; Aquitania, entre el Loira y el Garona, y Borgoña, en el valle del Ródano.

La de 539 fue la primera, pero no la última de las invasiones francas del norte de Italia. Otras dos veces, en 576 y 590, la llanura padana fue invadida por los ejércitos merovingios. Los longobardos, que se habían convertido en nuevos dueños de la península, los expulsaron con graves pérdidas, persiguiéndolos hasta más allá de sus fronteras. A finales del siglo VI, Agilulfo estipuló con los francos un pacto de no agresión. La tregua duró ciento cincuenta años. Cuando Provenza fue amenazada por los árabes, los merovingios llamaron en su ayuda a los longobardos. Liutprando cruzó los Alpes Marítimos y derrotó a los musulmanes.

E1 recurso a las armas longobardas era una señal de la crisis en que se debatía la monarquía franca desde la muerte de Clotario. Sus sucesores, con pocas excepciones, gobernaron mal. Más aún, en los últimos tiempos, conservando la corona, pero abdicando el poder, que pasó a manos de los primeros ministros, los llamados «mayordomos de palacio», no gobernaron en absoluto y se ganaron el mote de «reyes holgazanes». Pocas dinastías cayeron más bajo que la merovingia. El historiador inglés Hodgkin calculó que los reyes francos, desde Dagoberto a Childerico III, vivieron por término medio veintisiete años. Uno llegó hasta los cincuenta, pero apenas reinó un lustro, al cabo del cual fue desterrado. Casi todos ellos fueron víctimas de los placeres de la mesa o de la alcoba. Al parecer, ninguno murió en el campo de batalla. Destronado de hecho, aunque no en teoría, por el mayordomo de palacio, el rey holgazán vivía lejos de la vida pública, en modestas fincas, rodeado de concubinas, parásitos y esclavos. Eran estos los únicos subditos a los que daba órdenes y por los que era obedecido. Raras veces iba a la corte, y eso solo en las grandes ocasiones. El medio de transporte de que se servía en sus traslados era un tosco carro arrastrado por una pareja de bueyes. Un criado lo levantaba y lo instalaba sobre el carro. Le seguía un grupo de siervos y cortesanas.

El mayordomo de palacio no fue una característica de la monarquía merovingia. Anidaba también en las cortes de los reyes ostrogodos, burgundios y longobardos. Pero solo en la monarquía franca logró adueñarse del poder y derribar a quienes legítimamente, aunque sin dignidad, lo tenían. Al principio, su competencia se limitaba a la administración del tesoro público, que se identificaba con el del rey. Su poder creció cuando el monarca le confió el encargo de proveer a la distribución de la propiedad. En el siglo VII no circulaba el dinero. La economía se fundaba en los intercambios de productos y el «*quinto*», o quinta parte, correspondiente a los soldados, se pagaba en tierras. Los generales más valerosos se convirtieron así en los más ricos latifundistas. El mayordomo de palacio podía, sin embargo, revocar en cualquier momento las concesiones. Y este hecho lo colocaba en situación de manejar a quienes gozaban de tal beneficio.

El año 622, el rey Dagoberto designó mayordomo de palacio a un tal Pipino, que pertenecía a una rica familia austrasiana y era un hombre listo y valeroso. Cuando murió, le sucedió su hijo Grimoaldo. Con él, el cargo de mayordomo se hizo hereditario en la familia de los pipínidas, como se llamaron desde entonces los sucesores del primer jefe de la familia. No podemos hacer aquí una historia completa de todos los mayordomos de palacio francos, pero sí debemos recordar a uno de ellos, Carlos, hijo de Pipino de Heristal y de una concubina llamada Alpaida. Cuando nació, la comadrona, mostrándolo al padre, exclamó: «¡Es un varón!». «Varón», en el idioma franco de entonces, se decía Karl. Y Pipino, radiante, contestó: «Pues lo llamaré Karl».

Carlos, a quien sus contemporáneos llamaron Martel —«martillo»— por su fuerza hercúlea, unió su nombre y el de los pipínidas a uno de los acontecimientos decisivos en la historia de Europa, la derrota de los musulmanes en Poitiers, una aldea al sur del Loira. Corría el año 732. El emir de al-Andalus, Abd al-Rahman, había incluido hacía tiempo en sus planes la conquista de Francia. Con la península Ibérica, debía entrar a formar parte de una suerte de Commonwealth árabe. La onda islámica, de la que más tarde hablaremos, había sumergido Oriente Próximo y la costa mediterránea de África e Hispania, se había transformado en marea y amenazaba con arrasar Europa. Carlos Martel vio el peligro y acudió a contrarrestarlo. Alistó un gran ejército, al que se unieron frisios, sajones, alamanes. Atravesó el Loira y salió al encuentro de los invasores. Fue un choque tremendo. Los francos sufrieron graves pérdidas, pero los árabes fueron aniquilados. Siglo y medio después, Paulo Diácono escribió que los sarracenos habían dejado en el campo de batalla trescientos setenta y cinco mil cadáveres, mientras que Carlos perdió en total mil quinientos hombres. Naturalmente, estas cifras son falsas, pues Paulo Diácono era el historiador oficial de los francos, pero la fecha de la batalla de Poitiers, 732, es importante porque señaló el término de la guerra santa emprendida por Mahoma para la conquista del mundo cristiano. De haber sido derrotados los francos, Europa entera hablaría hoy el árabe, leería el Corán y sus habitantes varones tendrían al menos un par de esposas.

Carlos Martel pasó sus últimos años atormentado por los achaques. En 741, el Papa le pidió que acudiera en ayuda de la Iglesia, amenazada por Liutprando. El pontífice acompañó el llamamiento con numerosos dones, entre ellos las cadenas de san Pedro y las llaves de su sepulcro. El rey aceptó los dones, pero rechazó el llamamiento, porque las relaciones entre francos y longobardos eran excelentes en aquel momento.

Fue Carlos un gobernante religioso, pero no un beato. Favoreció la evangelización de los germanos a ambas partes del Rin, hizo derribar los ídolos paganos y persiguió a los que no querían convertirse. Separó la Iglesia del Estado. Ordenó que los diezmos se entregaran a este y no a aquella, como hasta entonces se había hecho, y fue excomulgado. El arzobispo Hincmar cuenta que san Euquerio, durante uno de sus numerosos viajes de ultratumba, vio a Carlos hundido en el infierno al que había sido condenado por los abusos perpetrados contra sus enemigos. Eran estos los bienhechores de la Iglesia a la que habían ligado los ricos patrimonios que el mayordomo franco había confiscado a favor del Estado. Pero el biógrafo del santo ignoraba que Euquerio había muerto tres años antes que Carlos.

Carlos Martel dejó dos hijos: Carlomán y Pipino. Cuando el padre murió, Carlomán tenía treinta años. Era un hombre ascético e impulsivo. Pipino, llamado «el Breve» por su baja estatura, era tres años más joven y tenía un carácter dócil y bonachón. El reino fue repartido así entre los dos: Carlomán obtuvo Austrasia y Pipino Neustria, Borgoña y Provenza. En realidad, los dos gobernaron sobre sus respectivos territorios como mayordomos de palacio. Los reyes merovingios seguían siendo holgazanes, pero aún ceñían la corona. En el año 746, Carlomán decidió retirarse a un convento. El año siguiente, acompañado de un nutrido séquito de nobles, se puso en camino rumbo a Italia, hacia Montecassino. Antes quiso detenerse en Roma. El Papa salió a su encuentro y lo bendijo. Después lo guió hasta la tumba de san Pedro, donde Carlomán depositó una copa de plata de treinta kilos a modo de ofrenda. El pontífice le cortó el cabello y le puso el sayal benedictino. En Monte Soratte, el hijo de Carlos fundó un monasterio en honor del papa Silvestre. Después se trasladó a Montecassino.

En Francia, Pipino había quedado como arbitro de la situación. Todos los poderes del Estado estaban concentrados ahora en sus manos, aunque oficialmente correspondían al holgazán de turno, el inepto y enfermizo Childerico III. Los tiempos habían madurado lo bastante para derribar la dinastía reducida ya a una casa de enfermos. Pipino lo hizo sin esfuerzo alguno e invocó al Papa para que legitimara el gesto. Las relaciones entre el mayordomo y el pontífice eran cordiales. Pipino sabía que sobre Roma pendía la espada de Damocles de los longobardos. El papa Zacarías, por su parte, no ignoraba que solo el crisma oficial de la Iglesia podía consagrar una usurpación haciéndola pasar por un acto de la providencia. Se llegó fácilmente a un acuerdo. Pipino envió al pontífice un mensaje en el que formulaba a Zacarías la siguiente pregunta: «¿Quién es rey? ¿Quien posee el título pero no ejerce el poder, o quién ejerce el poder pero no posee el título?». El Papa contestó: «Rey es aquel que manda». Pocos días después, Pipino fue coronado rey de los francos por el obispo de Soissons, Bonifacio. Childerico fue rapado y encerrado en un monasterio.

XXVIII. PIPINO EN ITALIA

A la muerte de Liutprando, en el año 744, subió al trono de Pavía su nieto Hildebrando, que fue destronado al cabo de seis meses. Le sucedió el duque de Friuli, Raquis, cuyo reinado también fue breve. Poco después de haber sido elegido, firmó un tratado de paz con el Papa, cuyos términos ignoramos. El año 749 se vio obligado a abdicar, acusado de haberse casado con una mujer romana, en vez de hacerlo con una longobarda. Pero el verdadero motivo de su expulsión era que Raquis llevaba a cabo una política clerical, y eso bastaba para hacerlo impopular. Concluyó sus días en el monasterio de Montecassino en compañía de Carlomán, que se había retirado allí dos años antes.

La corona de hierro pasó a la cabeza del hermano, Astolfo, el último gran rey longobardo. Astolfo soñó con la unidad de Italia, pero no consiguió realizarla. En 751 arrancó Rávena a los bizantinos. Este fue un acontecimiento de incalculable importancia histórica, no solo para Italia, sino para toda Europa. Con la caída de la ciudad adriática se derrumbaba el principal bastión de la avanzadilla griega en la península. Los bizantinos salieron de Rávena, y Roma quedó privada de sus defensores naturales. Sobre la urbe pesaba una amenaza, la longobarda. Se había planteado el desafío entre el nuevo pontífice, Esteban II, y el rey Astolfo. Después de Rávena, capitularon la Pentápolis y el Exarcado.

¿A quién pertenecían estos territorios ahora que el representante del emperador de Oriente, el exarca, había sido expulsado de ellos? A esta pregunta respondió el Papa: «A la Iglesia, que es la heredera natural del Imperio romano. Si el *basileus* es impotente para defender Italia, el pontífice debe ocupar su sitio. Los que se opongan a ello, serán condenados».

Astolfo se opuso, fue excomulgado y proclamó la persecución contra los católicos. La persecución fue llevada a cabo no solo en el reino longobardo, sino también en el ducado romano donde, en los últimos tiempos, se había constituido un fuerte partido antipapal financiado desde Pavía. Esteban se vio obligado a pedir la paz.

Y se firmó una tregua de cuarenta años.

Después de cuatro meses, según escribe un cronista eclesiástico de la época, Astolfo, instigado por el demonio, violó la tregua. Se reanudaron las persecuciones y Roma fue sometida a un oneroso tributo. Entonces, el pontífice ordenó una procesión en la que intervinieron el clero y el pueblo. Un imponente cortejo de hombres descalzos atravesó las calles de la urbe. Los guiaba el mismo Papa, que llevaba una pesada cruz en la que había hecho clavar el tratado de paz estipulado por Astolfo. Profería sonoros lamentos e invocaba la maldición divina sobre el enemigo que le había despojado de un territorio que no le pertenecía.

Pero la procesión no produjo el esperado milagro. Entonces, Esteban escribió a Pipino, pidiéndole que tomara las armas y marchara sobre Pavía en

defensa de Roma. En cambio, le prometía el Paraíso, en nombre de san Pedro. El rey le contestó invitándolo a ir a Francia. Entretanto, Astolfo invadió la Ciociaria y conquistó los confines del ducado romano, cortando las comunicaciones entre la urbe y Nápoles, donde todavía estaba acuartelada una guarnición bizantina.

El 13 de octubre de 753, el pontífice partió. Al cabo de catorce millas, según el *Libro pontifical*, en las cercanías de Vetralla, en la Via Cassia, vio caer del cielo una bola de fuego y precipitarse hacia el norte, sobre el territorio longobardo. El prodigio pareció de buen augurio. En la bola de fuego, Esteban reconoció a Pipino. Pasados los confines de la Lombardía, el Papa hizo una parada en Pavía, a fin de intentar una vez más inducir a Astolfo a «devolver» a la Iglesia la Pentápolis y el Exarcado. La petición fue acompañada de copiosas lágrimas y abundantes regalos. El rey longobardo rechazó la súplica, pero aceptó los dones y a cambio de ellos autorizó a Esteban seguir hacia Francia.

A finales de noviembre, acompañado por dos obispos, cuatro presbíteros y dos diáconos, el pontífice cruzó los Alpes por el paso del Gran San Bernardo. Las cimas de las montañas estaban cubiertas de nieve y los caminos helados. A primeros de diciembre, el cortejo entró en el valle del Ródano y se detuvo en el monasterio de San Mauricio, donde el Papa pasó algunas semanas. Pipino salió a su encuentro a pocos kilómetros de Ponthion, que era una de sus residencias oficiales. El rey franco, acompañado por su hijo Carlos, descabalgó al hallarse ante el Papa y se postró a los pies de este. Era el 6 de enero de 754, fiesta de la Epifanía. A continuación, Pipino y Esteban entraron en el palacio real, que era un poco más que una cueva. En la capilla privada del soberano, el Papa vistió el sayal benedictino y se esparció ceniza sobre la cabeza. Después se inclinó a abrazar las rodillas de Pipino y con la voz rota por los sollozos le suplicó que indujera a Astolfo a «devolverle» el Exarcado y la Pentápolis. Pipino prometió que lo haría y Esteban lo coronó por segunda vez «rey de los Francos». En la ceremonia intervino también la mujer de Pipino, Bertrada, conocida en la historia por haber tenido un pie más largo que el otro, junto con los dos hijos, Carlos y Carlomán, el primero de catorce años y el segundo de tres. También ellos fueron coronados. Después de esto, el pontífice excomulgó a los enemigos del rey franco, incluyendo entre ellos a Astolfo. Por último, confirió a Pipino y a sus hijos el título de «patricio», que significaba «defensor de Roma».

El objeto de la misión de Esteban era promover, por medio de una campaña militar franca contra los longobardos, la «restauración» de los antiguos territorios bizantinos a beneficio del ducado romano. Astolfo sospechó la conjura y persuadió al hermano de Pipino, Carlomán, de que abandonara su retiro y fuese a Francia a defender su causa. Pero Pipino lo hizo arrestar en Ponthion. Carlomán fue encerrado en un convento, donde murió al año siguiente en circunstancias misteriosas.

El rey era favorable a la empresa, pero algunos de sus generales se manifestaban en contra. Las relaciones con Pavía eran buenas, y una guerra suponía graves riesgos. Antes de intentar la suerte de las armas, Pipino quiso experimentar los métodos diplomáticos. Envió una embajada a Astolfo, con ricos presentes, para pedir al monarca la devolución del Exarcado y la Pentápolis. Esta vez el rey longobardo no solo rechazó la petición, sino los regalos. Pipino convocó entonces el Placito, que era la asamblea general de los francos. En ella,

después de largas discusiones, los intervencionistas fueron dejados en minoría por los neutralistas. Estos no amaban al rey, a quien reprochaban, entre otras cosas, su estatura. En efecto, Pipino apenas medía metro y medio. El debate generó en una verdadera división, y un general lanzó contra el rey la acusación de cobardía.

El soberano ordenó a un siervo que llevara a la asamblea, que se había reunido en un circo al aire libre, un toro y un león. Puestos el uno frente al otro, los dos animales empezaron a herirse. En lo más encarnizado del combate, Pipino mandó al general que se había insolentado con él que los contuviera. Y como aquel vacilaba, el rey desenvainó la espada y bajó personalmente al ruedo en el que peleaban los animales. Primero se acercó al león y después al toro y los decapitó. La guerra estaba declarada.

Los francos y longobardos se encontraron en las proximidades de Susa, la antigua ciudad romana situada en el valle homónimo. El ejército de Astolfo fue derrotado y puesto en fuga. Pipino lo siguió hasta delante mismo de las murallas de Pavía. La ciudad fue asediada y conminada a rendirse. El Papa dictó las condiciones de paz. Astolfo se comprometía solemnemente a restituir la Pentápolis y el Exarcado a la Iglesia, y el rey franco volvió a cruzar los Alpes. Pero durante la marcha de regreso, fue alcanzado por un emisario de Esteban, que le entregó un mensaje del Papa. Astolfo había roto el tratado y se disponía a invadir el ducado romano. Los longobardos, según Esteban, quemaban las iglesias, violaban a las monjas, apaleaban a los sacerdotes, profanaban las tumbas de los santos y saqueaban sus reliquias. A este mensaje siguieron otros con llamamientos cada vez más dramáticos, firmados algunos personalmente desde la basílica de San Pedro. No iban dirigidos solamente a Pipino, sino también a sus hijos, a su esposa, a los obispos, a los abades y a los nobles franceses. «Corred en defensa de Roma —decían—, y ganaréis el Paraíso.» Eran una mezcla de invocaciones, promesas y amenazas que obtuvieron el efecto esperado.

Por segunda vez, Pipino cruzó los Alpes y por segunda vez fue derrotado Astolfo y obligado a pedir la paz. Se le impusieron las mismas condiciones del tratado anterior. El rey longobardo las aceptó. Pero esta vez no tuvo tiempo de traicionarlas, porque en diciembre del año 756, en el transcurso de una cacería cayó del caballo, se golpeó la cabeza contra un árbol y al cabo de unos días murió. La triste noticia fue comunicada por Esteban a Pipino. Naturalmente, el Papa veía en la desaparición de Astolfo una intervención de la providencia. Al trono de Pavía fue elevado Desiderio, duque de toscana.

La elección fue acogida favorablemente incluso por el Papa, a quien el nuevo rey juró restituir todos los territorios que reivindicaba. Desiderio había sido designado como sucesor de Astolfo a pesar de los partidarios de Raquis, que se oponían a él y aún eran muy poderosos en la corte. Para reducir a la razón a los enemigos internos, había que atraerse a los externos, y entre estos se hallaban Pipino y Esteban. Pero una vez dominados los rebeldes, Desiderio se negó en parte a cumplir con los acuerdos suscritos por sus antecesores.

De la noticia de aquel enésimo paso atrás se enteró el pontífice en sus habitaciones lateranenses, donde yacía gravemente enfermo desde hacía unas semanas. Próximo a exhalar el último suspiro, no tuvo fuerzas para invocar otra vez a Pepino. La muerte lo sorprendió el 26 de Abril de 757. Había sido el suyo un pontificado breve, de solo cinco años de duración. Pero bastaron para hacer de

Esteban un combativo defensor del poder temporal de los Papas. En su pontificado fue confeccionada la impostura histórica que durante siglos constituiría la *Magna Carta* de la Iglesia, la llamaba “donación de Constantino”

Ha llegado el momento de rehacer su historia, aunque ello nos obligue a dar otro salto atrás, porque sobre esta falsedad se ha basado la política temporal del Papado hasta 1870.

XXIX. EL EMBROLLO DE LAS «DONACIONES»

Con el Edicto de Milán del año 313, el emperador Constantino había reconocido a los cristianos la libertad de culto. Este gesto no había sido dictado por la fe, sino por la razón de Estado. Era el primer paso hacia el «cesaro-papismo», esto es, los esponsales, en la persona del emperador, del poder temporal y del espiritual. A la hora de la muerte, Constantino renunció a la religión pagana, en la que había vivido, pero no abjuró las ideas que habían guiado su acción política y que sus sucesores, los *basileis* bizantinos, adoptaron y reforzaron. Había sido el primer «emperador-Papa». La única autoridad que consideraba superior a la suya era la de Dios, y solo porque, al no creer en él, no temía su competencia. Había designado personalmente a los obispos, a quienes, también libremente, deponía y excomulgaba. Fijaba el dogma y la liturgia. Convocó el gran concilio de Nicea y lo presidió. En vida de Constantino, la Iglesia fue un instrumento de su voluntad.

A esto, que es la Historia, se superpuso la leyenda que ha llegado a nosotros con el nombre de «Donación de Constantino», una fábula infantil de cinco mil palabras, compilada, si no personalmente por el papa Esteban, sí a instancias de este, y adornada con milagros, anacronismos y mentiras.

En el año 314, según el anónimo escritor, un sacerdote llamado Silvestre fue consagrado Papa, que entonces no era más que «obispo de Roma», sin primacía alguna sobre los demás obispos. La urbe estaba aquellos días aterrorizada por un dragón maloliente que con el hedor de su aliento exterminaba a sus habitantes. Vivía el monstruo en una caverna a los pies de la roca Tarpeva» a la que se llegaba por medio de una escalera de trescientos sesenta y cinco peldaños. La ciudad era presa del pánico. Nadie se atrevía a enfrentarse con el dragón, hasta que el Papa se adentró desarmado en la guarida del monstruo y lo capturó.

Al cabo de unos días, según la leyenda, la urbe sufrió una calamidad mucho más grave: el emperador Constantino había decretado la persecución contra los cristianos. El mismo Silvestre se vio obligado a huir y refugiarse en una gruta cerca del monte Soratte. Allí le llegó la noticia de que el emperador había caído enfermo de lepra. Los médicos de la corte estaban desesperados. Ningún cuidado era suficiente. Nada conseguía aplacar los sufrimientos de Constantino, a cuya cabecera fueron convocados los más grandes magos del Imperio, que le ordenaron sumergirse en una tinaja llena de sangre obtenida de vientres de niños recién nacidos. El remedio era atroz, y Constantino lo rechazó.

Aquella misma noche se le presentaron en sueños los santos Pedro y Pablo, que le hablaron de Silvestre. El emperador, creyendo que se trataba de un médico, mandó buscarlo. El pontífice acudió a su cabecera y le suministró los primeros rudimentos de la fe. Constantino, que se sintió mejor de inmediato, pidió

otras enseñanzas. Después de una breve penitencia con un cilicio, fue bautizado. La ceremonia se realizó en el palacio lateranense. El emperador vistió la túnica blanca de los catecúmenos y después entró en una pila de agua, de la que salió completamente curado. Las llagas que cubrían su cuerpo desaparecieron; las úlceras cicatrizaron; de inmediato revocó el decreto de persecución y el cristianismo se convirtió en la religión oficial del Imperio. Comenzaron a surgir nuevas iglesias, a expensas del Estado, y el mismo emperador puso personalmente la primera piedra de alguna.

Un día Constantino, siempre según la leyenda, recibió desde Bitinia una carta de su mujer Elena. En ella la emperatriz escribía que la verdadera religión no era la cristiana, sino la hebrea, y lo invitaba a adoptarla. Constantino convocó al Papa y al rabino. Los tres conversaron largamente, pero, al no conseguir ponerse de acuerdo, decidieron recurrir al juicio de Dios. El emperador ordenó entonces que llevaran ante ellos un toro. El primero en acercarse al animal fue el rabino, que le susurró al oído un versículo de la Biblia. El toro cayó a tierra como fulminado y todos se admiraron del milagro. Cuando le tocó el turno, Silvestre se acercó a la víctima y pronunció el nombre de Cristo. Inmediatamente, el toro muerto irguió la cola, se levantó y salió huyendo. El emperador, trastornado por el prodigio, abandonó la urbe y emprendió viaje a Oriente donde fundó la ciudad a la que dio su nombre. Al enterarse de ello, Elena se refugió en Jerusalén.

Antes de embarcar y en prueba de gratitud, Constantino donó a Silvestre Italia y el Imperio de Occidente. Fue parte de los honorarios más abundantes que enfermo alguno haya pagado a su médico jamás. La cuenta fue sucesivamente saldada con el imperial reconocimiento de la supremacía del obispo de Roma sobre los patriarcas de Alejandría, Antioquía, Jerusalén y Constantinopla. El pontífice obtuvo también las insignias de *basileus*, el manto de púrpura, el cetro y la escolta a caballo. Esto le confería automáticamente la potestad temporal sobre el Imperio de Occidente y lo independizaba del Oriental. El clero fue equiparado al Senado y autorizado a cubrir sus cabalgaduras con gualdrapas blancas. El acto de donación fue depuesto personalmente por el mismo emperador sobre la tumba de san Pedro.

Esta colosal mixtificación de las relaciones entre Silvestre y Constantino, sostenida durante siglos por los historiadores de la Iglesia, hubo de esperar al Renacimiento, es decir, a un mínimo de libertad de pensamiento y de imprenta, para ser desenmascarada. En efecto, solo en el año 1440 el humanista Lorenzo Valla demostró de manera clamorosa la falsedad del documento que en 757 había divulgado Esteban a fin de sustraer la Iglesia al cesaropapismo bizantino para salvaguardarla del carolingio y legalizar un poder temporal usurpado en nombre de Cristo.

En la Europa de los siglos oscuros, sin embargo, la fábula gozaba de amplio crédito, nadie se atrevía a ponerla en tela de juicio y hasta el mismo Pipino es probable que creyese en ella.

XXX. EL FIN DE LOS LONGOBARDOS

A Esteban le había sucedido su hermano Paulo,* que hasta entonces había sido su eminencia gris. La elección encontró vivas oposiciones, especialmente en el partido filolongobardo, muy poderoso en Roma. El iconoclasmo seguía ahondando la oposición entre Roma y Constantinopla. Por temor a quedar aislado y a merced de los reyes de Pavía, el Papa intensificó las relaciones con Pipino, a quien colmó de bendiciones y regalos, entre ellos una gramática griega, un manual de ortografía y una clepsidra.

Paulo reinó durante diez años, pero cometió tantas torpezas que cuando murió nadie lo echó de menos. Su desaparición hundió a la urbe en el caos. Los bandos rivales, empeñados en recoger su herencia, se atacaron mutuamente. Traición y delito ensangrentaron a la Iglesia y Roma se transformó en un verdadero campo de batalla.

En 768, después de un año de disturbios, fue elegido Papa un sacerdote siciliano que tomó el nombre de Esteban III. El mismo año murió, al parecer de malaria, Pipino, dejando el trono a sus dos hijos, Carlomagno y Carlomán.

Carlomán había nacido el año 751 y a la muerte de su padre tenía diecisiete años. En cambio, es discutida la fecha de nacimiento de Carlomagno. Eginardo propone tres: 742, 743 y 744. La primera es la más probable.

La explicación de este pequeño misterio anagráfico debe buscarse en otra fecha: la del matrimonio de Pipino con Bertrada. Cuando nació Carlomagno, el rey y la reina aún no estaban casados. Entre los primitivos germanos se toleraba el concubinato; no había mal alguno, por lo tanto, en que una pareja tuviera hijos prematuramente, pero los francos se habían convertido al catolicismo, que consideraba pecaminosas las uniones no sancionadas por la Iglesia. Eginardo, el historiador oficial de la dinastía carolingia, era, como todos los historiadores oficiales, un cortesano cauto y obsequioso y, por lo tanto, le molestaba decir que su rey había nacido antes de que sus padres contrajeran matrimonio. Su *Vita Karoli* pasa completamente en silencio la infancia y la juventud de Carlomagno. Solo a la muerte del padre, Eginardo arrojó un poco de luz sobre él.

A su muerte, Pipino ya había dividido el reino en dos partes: Austrasia, Neustria y Aquitania habían sido asignadas a Carlomagno, y Borgoña, Provenza, Alsacia y Suabia a Carlomán. El primero fijó su residencia en Aquisgrán, y el segundo en Sampsussy.

Las relaciones entre los dos hermanos nunca habían sido buenas, y sobre el reino franco pesaba la amenaza de una guerra civil que hubiera comprometido irremediablemente la fatigosa obra de unificación llevada a cabo por Pipino. El peligro fue conjurado por las maniobras combinadas del Papa y Bertrada, quienes consiguieron pacificar a los dos hermanos. La reina madre era una mujer autoritaria y emprendedora, que tenía un gran ascendiente sobre los dos hijos.

---

* Paulo I (757-767) era hermano de Esteban II, los dos de la célebre familia de los Orsini. El nuevo Papa siguió la política del anterior, oponiéndose al iconoclasta Constantino V, emperador de Bizancio, y buscando apoyo en los monarcas francos. Reafirmó la teoría del «derecho divino de los reyes», cuyos fundamentos había puesto el papa Esteban con la coronación y consagración de Pipino en Samt-Dems. (N. del T.)

Después de la muerte de su marido, su influencia en la corte había crecido notablemente. Tomaba parte en los consejos de ministros, vigilaba los gastos del Estado e intervenía personalmente en las decisiones militares. En política exterior se las arregló para promover la reconciliación con los longobardos, y para este fin cruzó los Alpes y fue a Pavía.

Desiderio la acogió con todos los honores. La estancia de la reina en Italia duró pocos días, pero le bastaron para disponer dos importantes matrimonios: el primero, entre Ermengarda, hija de Desiderio, y Carlomagno, y el segundo, entre su propia hija, Gisila, que entonces tenía doce años, y el primogénito del rey de los longobardos, Adelqui. Carlomagno estaba ya casado con Imiltrude, que durante mucho tiempo había sido su concubina. Cuando Ermengarda, acompañada por la suegra, llegó a Aquisgrán, Imiltrude fue repudiada. El Papa escribió, indignado, a Carlomagno, pero cuando Desiderio y Bertrada le entregaron algunas ciudades de la Italia central, bendijo la unión.

En Aquisgrán, sin embargo, después de una borrascosa luna de miel, el matrimonio de Carlomagno y Ermengarda estuvo al borde del fracaso. La hija de Desiderio era una joven tan grácil como enfermiza, que no soportaba el húmedo clima austrasiano. No logró dar un heredero al marido y en la corte se decía que era estéril. En el verano del año 771, a pesar de la oposición de Bertrada, Carlomagno la repudió y reexpidió a Pavía. Aquel fue un año importante. El 4 de diciembre, en circunstancias misteriosas, murió Carlomán, a la edad de veinte años. Dos meses después, el 3 de febrero de 772, falleció el papa Esteban. La desaparición de estos protagonistas señaló, o coincidió, con el término de la gran tregua franco-longobarda.

Al papa Esteban III le sucedió Adriano I, un diácono romano de noble origen, sanguíneo, generoso e ignorante. Sus cartas, recogidas en el *Código Carolino*, son un florilegio de despropósitos, milagros y falsedades. La elección fue desfavorablemente acogida en Pavía, donde el nuevo pontífice era considerado un «duro», contrario a los compromisos e impulsor de una política de fuerza. En la urbe, el partido longobardo había tratado por todos los medios de impedir su elección, pero las maniobras habían resultado inútiles. Entonces, Desiderio envio a Roma tres embajadores con la misión de entablar cordiales relaciones con el Papa. Adriano les concedió audiencia en Letrán. Después, frente a toda la curia, acusó a Desiderio de traicionar los pactos. Por toda respuesta, el rey longobardo ocupó Faveza, Ferrara y Comacchio, que en el año 756 Astolfo había cedido al Papa.

Al empeoramiento de las relaciones entre Roma y París se añadió el de la enemistad surgida entre Pavía y Aquisgrán. El repudio de Ermengarda había sido una grave ofensa para Desiderio, que en ese acto adivinaba el primer paso hacia un vuelco de las alianzas. En la primavera de 772, la viuda de Carlomán, Gerberga, acompañada de dos hijitos, cruzó los Alpes y pidió asilo en Pavía. A la muerte de su hermano, Carlomagno se había anexionado Borgoña, Provenza, Alsacia y Suabia y se había hecho proclamar único rey de los francos, pisoteando muchos privilegios y provocando, por lo tanto, otras tantas animadversiones. Este concurso de circunstancias hizo creer a Desiderio que estaban maduros los tiempos para vindicar la vergüenza sufrida por su hija. En el otoño del mismo año, los longobardos invadieron la Pentápolis, se adueñaron de Sinigalia, Jesi, Urbino

y Gubbio. Adriano pidió ayuda al único aliado que en aquel momento estaba en condiciones de dársela. Escribió una larga carta a Carlomagno invocando, con acento dolorido, su intervención. Después dispuso la defensa de la ciudad, hizo levantar barricadas y ordenó trasladar el tesoro de San Pedro a sus habitaciones.

En Pavía, los duques longobardos seguían quejándose de Desiderio. Carlomagno, que acababa de recibir el llamamiento del Papa, se dio cuenta de la situación e intentó llegar a un acuerdo con su rival. Pidió a Desiderio que devolviera al pontífice aquellas ciudades que le había arrebatado durante la última campaña militar y, en cambio, le ofreció catorce mil sueldos de oro y un número no precisado de vasos de plata. El rey longobardo se negó. Entonces Carlomagno ordenó la movilización de los francos y formó dos ejércitos, uno lo confió a su tío Bernardo, y el otro lo condujo personalmente.

El primero cruzó los Alpes por el Gran San Bernardo, y el segundo por el Moncenisio. Desiderio salió desde Susa y marchó contra Carlomagno, mientras su hijo Adelqui avanzaba en dirección al Gran San Bernardo. El rey franco cruzó los Alpes sin encontrar resistencia. Las dificultades empezaron cuando bajó al valle. Los longobardos habían construido una barrera maciza de fortificaciones. Carlomagno, temiendo una guerra de trincheras, que habría desgastado a sus tropas lejos de las bases de aprovisionamiento, pidió, aunque inútilmente, una tregua. Desiderio había ganado el primer combate. Los francos, concentrados en las orillas del río Dora, estaban literalmente paralizados por las fortificaciones enemigas.

Sin embargo, los términos se invirtieron en el frente cuando llegó la noticia de que el ejército de Adalqui había sido desbaratado por Bernardo, que a marchas forzadas se dirigía ahora a Pavía. Los longobardos, presa del pánico, se retiraron seguidos de cerca por los francos, que por fin habían logrado romper las barreras. Las tropas de Desiderio llegaron a Pavía exhaustas por la persecución. Se encerraron en la ciudad y se dispusieron a resistir el asedio, que duró ocho meses, de octubre de 773 a junio del año siguiente. Entretanto, Carlomagno se dirigió a Austrasia, donde había dejado a su tercera mujer, Hildegarda, una princesa alemana de trece años, con la que se había casado después de repudiar a Ermengarda, y a su hijo Pipino, un niño de ocho años, jorobado y enfermizo. Después de unas semanas volvió con ellos a su cuartel general de Pavía. Entretanto, Adelqui, en compañía de Gerberga y de sus hijos, se había refugiado en Verona, donde existía una guarnición longobarda. Carlomagno asedió también la ciudad véneta, que se rindió de inmediato. Adelqui consiguió huir. Gerberga y sus hijos cayeron prisioneros y fueron encerrados en un monasterio.

El rey franco volvió ante las murallas de Pavía, donde se mantuvo hasta la víspera de Pascua. Entonces, acompañado de un nutrido grupo de condes, obispos y abades, siguió el camino de Roma. El Papa envió a su encuentro una delegación de cardenales y notables que lo acompañó hasta la ciudad. Carlomagno apareció a caballo a la cabeza del cortejo. Cuando lo vieron los romanos entonaron el *tedeum* de acción de gracias y en nombre del pontífice le ofrecieron una cruz y un estandarte con los colores de la Iglesia. Después, todos se pusieron en marcha hacia la basílica de San Pedro. Cuando llegó a los pies de la escalinata, el rey franco se arrodilló, inclinó la frente, besó el primer peldaño y repitió el mismo gesto con los siguientes. En lo alto del atrio, lo esperaba Adriano. Carlomagno y

el Papa, que no se conocían, se abrazaron. Entraron en la basílica y se encaminaron hacia el altar mayor, donde se recogieron en oración. El pontífice celebró una misa cantada, después de la cual llevó a su huésped a rendir homenaje a la tumba de san Pedro. El día siguiente, el Papa bautizó a algunos centenares de romanos y francos. Una misa solemne siguió a la ceremonia.

El 16 de abril, según cuenta el biógrafo de Adriano, en la basílica de San Pedro ocurrió un suceso histórico muy importante. Carlomagno ratificó ante el pontífice la donación de su padre Pipino y a título personal la completó con nuevos territorios, algunos de los cuales pertenecían aún a los longobardos y a los bizantinos, como los ducados de Espoleto y Benevento, Venecia e Istria. El Papa se convirtió así en dueño absoluto de dos terceras partes de Italia, con la única excepción del Piamonte, Lombardía, parte de la región de Nápoles y Calabria.

Los historiadores han negado la autenticidad de este relato, que corre parejas con la patraña de la «Donación de Constantino». En realidad, Carlomagno se limitó a garantizar la integridad del pontífice y a defender los confines del ducado romano.

El rey franco salió de Roma después de unos diez días para regresar a Pavía, ya extenuada por el asedio y por una epidemia de disentería. A primeros de junio, la ciudad capituló. Desiderio fue hecho prisionero con su esposa Ansa y uno de sus hijos y encerrado en el monasterio de Corbie, en Picardía. Allí pasó el resto de sus días, ayunando y orando. Ansa compartió la suerte de su esposo y fue encerrada en un convento franco.

Así terminó la Italia longobarda, y nadie puede decir si fue una suerte o una desgracia. Alboino y sus sucesores habían sido unos amos incómodos, más incluso que Teodorico, mientras permanecieron como bárbaros acampados sobre un territorio de conquista; pero ya estaban asimilándose a Italia, y habrían podido transformarla en una nación, como los francos estaban haciendo con Francia.

Pero en Francia no estaba el Papa. En Italia, en cambio, sí.

XXXI. CARLOMAGNO

Un fresco hallado en Tívoli y conservado en el Museo Vaticano representa a Carlomagno en edad avanzada. El rostro, por encima del cual sobresale una pesada corona, es enjuto y afilado. Los cabellos largos y blancos cubren las orejas y descienden en flecos sobre la frente, amplia y surcada de arrugas. Los ojos son pequeños y oscuros, la nariz recta y delgada, y sus orificios levemente dilatados. Las largas guías de los bigotes caen a los extremos de la boca. Unas abundantes patillas y una barba de chivo en dos puntas enmarcan la cara.

Una estatuilla de bronce que se halla en el Museo de Cluny de París retrata a Carlomagno a caballo. En las manos sostiene los símbolos del poder: el globo en la izquierda y en la derecha la espada. La corona tiene piedras incrustadas. No lleva barba, sino solo unos bigotes caídos. Viste el traje tradicional de los francos: túnica drapeada, un chaleco de nutria y unos calzones de lino. Calza botas de cuero, ceñidas a los pies por robustas cintas.

Estas dos imágenes son las de un Carlomagno viejo, patriarca aureolado de prestigio imperial. Pero de joven, según Eginardo, su biógrafo oficial, era un mozo guapo, moreno, robusto y de estatura superior a la media. Sus únicos defectos eran la voz, un tanto chillona, el cuello de toro y una cierta tendencia a engordar, ayudada por un buen apetito, pero sin llegar a la glotonería. Carlos comía bien, pero cosas sencillas. De las carnes, prefería la del cerdo, aunque sus gustos eran bastante vegetarianos. Su dieta se basaba en ajos, cebollas, coles y habas. Pero esos platos aldeanos se los hacía servir al toque de vísperas por duques y condes haciendo las veces de camareros y en bandejas de plata, y no por afición a la etiqueta, que más bien le impacientaba, sino para demostrar, incluso en la mesa, que el amo era él.

Eginardo cuenta que uno de los días más felices de Carlos fue aquel en que descubrió el queso. Fue un obispo amigo suyo quien, al invitarlo a comer un viernes, le ofreció un queso de oveja. Carlos, que nunca había visto semejante cosa, cortó una tajada y mordisqueó la cascara, y como la encontró desagradable se puso furioso. Buen trabajo le costó al obispo convencerle que lo bueno era la pulpa. Cuando la hubo probado, Carlos se mostró encantado, y desde ese día no faltó en su mesa aquel *dessert*. Hasta se lo llevaba consigo en sus viajes.

En cambio, era casi abstemio, cosa rara entre aquellos francos, grandes bebedores de vino, que consumían con cualquier pretexto, incluidos los funerales, en los que se brindaba por el alma del difunto hasta embriagarse. Carlos combatió esta costumbre con el escrúpulo de un prohibicionista cuáquero. Persiguió las borracheras y amenazó con la prisión a los contraventores.

Su vida doméstica tenía aspectos extraños y hasta desconcertantes. Gustaba de la intimidad, y por las noches siempre cenaba con su esposa, sus hijos y el confesor, que le recitaba salmos y fragmentos de *La ciudad de Dios*, su libro

preferido. Pero no dormía con su esposa y tenía en su propia casa un determinado número de amantes. Aunque adoraba a sus hijas, nunca consintió que se casaran, lo que ha originado la sospecha, al parecer infundada, de que mantenía relaciones incestuosas con ellas. Por su parte, las hijas se vengaron de esa prohibición con sus devaneos, de los que nacieron algunos hijos, que Carlos aceptó como nietos, sin protestar.

Era religioso, pero no gazmoño. Se levantaba al amanecer, bebía un vaso de agua, comía una manzana, se ponía un vestido viejo y botas de cuero, montaba a caballo y durante horas enteras cazaba en los bosques con un reducido séquito, cuando no solo. Era la preparación higiénica a una jornada llena de compromisos, entre los que había que contar también los de su administración privada. Porque este rey, señor de media Europa, no tenía dinero y se veía obligado a hacer sus cuentas con el propio balance personal. Para equilibrarlo, disponía de una huerta, una granja de gallinas y un comercio de huevos. La renta le servía para mantener sus tres residencias, entre las cuales se desplazaba continuamente: Heristal en Brabante, Worms junto al Rin y Aquisgrán en Austrasia. Esta última capital era su favorita a causa del clima benigno, de los bosques que la rodeaban y de las aguas termales, famosas desde los tiempos de los romanos. Carlos, que sufría de reumatismo y gota, había restaurado las fuentes, y el poeta Angiberto nos lo describe dirigiendo las obras de los excavadores que removían el suelo en busca de nuevas fuentes, y de los obreros que fabricaban tinajas para el baño y una piscina de pórfido y mármol en la que adquirió la costumbre de nadar largamente todos los días.

En Aquisgrán mantenía a su animal favorito: el elefante Abdul Abbas, regalo del califa de Bagdad. Carlos lo había alojado en la corte como un huésped de honor, lo lavaba personalmente, hablaba con él y a causa de este exceso de afecto fue el causante involuntario de su muerte, pues un día le hizo coger una solemne indigestión. Lloró mucho y ordenó un día de luto nacional.

Desgraciadamente, sus estancias en la querida ciudad no duraban mucho. Carlos era un rey extravagante. La inmensidad de sus dominios y la necesidad de permanecer en contacto con las provincias más apartadas y con sus problemas locales, lo obligaban a una vida errante e incómoda. Viajaba como un peregrino pobre, en un simple carro tirado por bueyes, con el menor equipaje posible, pero en el que siempre había una caja de queso de oveja, y se alojaba bajo los techos que encontraba en el camino, fueran de campesinos o de religiosos. Amaba a sus súbditos y de buena gana se mezclaba con ellos; administraba personalmente la justicia, incluso, a veces, ejerciendo funciones de pretor, y allí donde iba recomendaba a todos que educaran bien a sus hijos. Decía que las mujeres debían aprender a coser y lavar, y los hombres la natación, la caza y la equitación, y sobre todo a leer y escribir.

Esta era la espina clavada en su flanco, su lado patético. Carlos, que por las noches se acostaba pronto, dondequiera que se encontrase, pero padecía de insomnio, se pasaba a menudo las noches estudiando el abecedario y tratando de comprender las letras. Pero en balde. Aquel genio de la política y de la guerra, que había conquistado medio mundo, nunca logró dominar el alfabeto. A fuerza de hacérselos repetir por su confesor, aprendió de memoria los salmos y hasta los cantaba bastante bien, porque, aunque su voz era chillona, gozaba de buen oído, y

llegó incluso a decir de memoria muchos fragmentos de *La ciudad de Dios*. Pero aunque a edad avanzada todavía se pasaba las noches quemándose las cejas, nunca tuvo la satisfacción de leer y escribir correctamente.

Y sin embargo, fue Carlomagno.

Liquidado Desiderio en pocos meses, Carlomagno empleó muchos años en consolidar la conquista de la península, que no obstante nunca incluyó el territorio que se extendía al sur de Roma. Renunció a colonizar a los longobardos, porque eran más civilizados que los francos, y dejó que fuesen independientes algunos de sus ducados, como el de Benevento. Respetó sus costumbres y conservó sus leyes; calcó su burocracia sobre los esquemas de la ley longobarda y hasta asignó algunas comarcas a ex funcionarios de Desiderio. La obra de pacificación que llevó a cabo fue sabia y de amplias miras. El día siguiente de la caída de Pavía asumió automáticamente el título de rey de los francos y de los longobardos y se convirtió, con el Papa, en el protagonista de la historia de Italia. Las relaciones entre Adriano I y Carlomagno están contenidas en las cartas que se escribieron durante más de veinte años. La esencia de los mensajes papales en un continuo lamento contra los abusos de que era, o creía ser, víctima, incluso por parte de los sacerdotes. En una epístola de 774, el pontífice acusa al obispo de Rávena, León, de haberse adueñado abusivamente de Faenza, Forli, Ferrara, Imola y Bolonia, que pertenecían al ducado romano. Carlomagno no toma posición. Tres años después muere León y su sucesor, Juan, se reconcilia con el Papa. Fue esa una de las innumerables disputas territoriales en las que Adriano trató, pero casi siempre inútilmente, de envolver al rey franco. El pontífice y Carlomagno se escribían en latín, la única lengua que conocían los dos.

El Papa, que despreciaba a los carolingíos no menos que a los longobardos, siempre se había negado a aprender el franco.

Las cartas de Adriano nos informan acerca de las condiciones de la Italia contemporánea. Había pasado el período de las invasiones bárbaras, pero las ruinas y la miseria que lo siguieron habían quedado. En el año 778, Treviso fue sacudida por un tremendo terremoto en el que las víctimas se contaron por millares. El éxodo de los habitantes hacia el campo fue la consecuencia de aquella catástrofe y acentuó el proceso de desurbanización, que fue una de las características de la Edad Media.

Durante algunos años, Carlomagno y Adriano no se escribieron. Ignoramos las razones de este silencio, que fue roto en vísperas de la segunda visita del rey franco a Roma, en abril del año 781. Carlomagno, acompañado de su esposa Hildegarda y de sus dos hijos, Carlomán y Luis, de cuatro y dos años respectivamente, llegó a la urbe el día de Pascua. El motivo oficial del viaje era el bautizo de Carlomán. El pontífice celebró el rito en la basílica de San Pedro, impuso al pequeño príncipe el nuevo nombre de Pipino y lo proclamó rey de Italia. Pocos días después, Carlomagno salía de Roma. En el viaje de regreso se detuvo en Florencia e hizo una breve estancia en Milán, donde asistió al bautismo de su hija Gisila. A primeros de agosto volvió a cruzar los Alpes, después de haber confiado Italia a un gobernador franco, que la rigió en nombre de Pipino.

En el año 787, Carlomagno cruzó por tercera vez las murallas de la urbe, en esta ocasión sin hijos y sin su querida Hildegarda, que había muerto el año

anterior y a la que había sustituido por Fastrada, una mujer petulante e histérica. Tal vez fue el deseo de estar lo más lejos posible de ella lo que le hizo prolongar su estancia mucho más de lo previsto, puesto que permaneció en Roma más de un mes. Mientras se hallaba allí, una delegación enviada por el duque de Benevento, Ariquis, encabezada por su hijo Romualdo, pidió que la recibiese. El ducado longobardo de Benevento era una espina en el costado del Papa, que temía las pretensiones de Ariquis respecto del norte, pero sobre todo veía comprometidas las suyas en el sur. Adriano proyectaba la conquista del Mediodía y su anexión al ducado romano; en sus planes, el brazo militar para realizar este plan eran, naturalmente, los francos.

El temor de que Carlomagno marchara sobre su territorio y la esperanza de disuadirle, indujeron a Ariquis a enviar su propio hijo en embajada a Roma. Romualdo colmó de regalos al rey franco y le pidió que no declarara la guerra a su padre; pero cuando los embajadores se hubieron marchado, el Papa llamó al rey al Vaticano y con sollozos le pidió, en nombre de san Pedro, que invadiera el ducado de Benevento.

Carlomagno, que no sabía decir no a san Pedro, alistó un ejército, se puso a la cabeza del mismo y se dirigió a Capua, donde sentó sus reales. Ariquis, pillado por sorpresa por aquel cambio de actitud, pidió una tregua, que le fue concedida. En cambio, se empeñó a pagar a los francos un tributo anual de siete mil sueldos, a entregar quince rehenes, entre ellos sus hijos Romualdo y Adalgisa, y a hacer cortar la barba a sus subditos, según la costumbre carolingia.

A finales de marzo del mismo año 787, Carlomagno volvió a Roma, donde pasó la Pascua en compañía del Papa, del que se despidió para ir a Rávena. El 15 de julio regresó a Worms. El 21, Romualdo murió a la edad de veintiséis años. Más de un mes después, el 26 de agosto, moría también su padre, Ariquis. El ducado estaba a punto de sumirse en el caos porque el heredero al trono era un rehén en manos de los francos. Pero en la primavera del año 788, inesperadamente, Carlomagno liberó a Grimoaldo, que volvió a Benevento, donde fue acogido por una muchedumbre delirante.

El único que no deliró fue Adriano. El gesto de clemencia del rey franco, cuyo fin, evidentemente, era no turbar el equilibrio político en la Italia centro-meridional, fue acogido en Roma como una traición. El Papa, indignado, escribió a Carlomagno acusándolo de haber tratado a Grimoaldo mejor que a san Pedro, en cuyas manos había puesto Jesucristo las llaves del reino de los cielos. Era un grito de dolor, pero también una amenaza. A esta carta siguieron otras, más o menos por el estilo. El día de Navidad del año 795 murió el combativo Adriano. Cuando le llevaron la noticia, Carlomagno estalló en sollozos y Eginardo asegura que el dolor del rey era sincero. El mismo día de la sepultura de Adriano fue elevado al solio un hombre de curia, que tomó el nombre de León III.*

El nuevo pontífice era muy impopular. El día siguiente de su coronación, algunos nobles, entre ellos dos sobrinos de Adriano, Pascual y Campólo, lo acusaron públicamente de adulterio y perjurio. León ni siquiera intentó

---

* De origen humilde, sucedía a un Papa de la poderosa familia Colonna, Adriano I. Los Orsini, que ya habían dado dos pontífices, Esteban II y Paulo I, se vieron decepcionados de nuevo con esta elección y promovieron violentos desórdenes en Roma. (N. del T.)

defenderse. Se limitó a enviar a Carlomagno las llaves del sepulcro de san Pedro y el estandarte de la ciudad.

La lucha entre los «palatinos» y los herederos de Adriano se gestó sordamente durante cuatro años, y estalló el 25 de abril de 799. Mientras el pontífice se disponía a dirigir una procesión por las calles de la ciudad, fue asaltado por una banda de nobles encabezada por Pascual y Campólo. León, según el *Libro Pontifical*, fue golpeado y abandonado en medio del Corso, con la lengua cortada y los ojos ciegos. Ninguno de sus fieles, armados únicamente con estandartes y cruces, levantó un dedo para defenderlo. Todos, presa del terror, se dieron a la fuga. Al atardecer, los agresores volvieron al lugar de la emboscada y con gran estupor vieron que el Papa respiraba aún. Pascual y Campólo le cortaron otro pedazo de lengua y después lo arrastraron hasta el monasterio de San Erasmo, en el monte Celio. Allí, esa misma noche, san Pedro se presentó en sueños al mutilado y le devolvió el habla y la vista. Al amanecer, con la complicidad de un monje, León descendió con ayuda de una cuerda desde su celda. En tierra fue acogido por algunos fieles, que lo pusieron sobre un mulo y lo llevaron salvo a San Pedro, de donde partió hacia Espoleto.

Casi un mes estuvo en la ciudad umbría. Después se puso en marcha hacia Sajonia, directamente a Paderborn, donde Carlomagno había fijado su residencia de verano. Llegó en pleno mes de julio. El rey franco lo acogió con mucha consideración y una pizca de frialdad. Al mismo tiempo que León, habían llegado a Paderborn emisarios de Pascual y Campólo, con el fin de reafirmar sus acusaciones. Carlomagno escuchó las dos versiones, nombró una comisión de investigación y le dio el encargo de dilucidar el caso.

El pontífice se detuvo en Sajonia unos meses, durante los cuales celebró frecuentes conversaciones con el rey franco, a quien regaló las reliquias del protomártir san Esteban. Según algunos historiadores, fue precisamente durante estas conversaciones cuando Carlomagno pidió a León que lo coronara emperador, comprometiéndose, en cambio, a echar tierra sobre las acusaciones que los sobrinos de Adriano lanzaban contra él.

Naturalmente, se trata de conjeturas que quizá tengan, en nuestra opinión, algún fundamento. En el año 799, Carlomagno era dueño de Europa. Las fronteras de su reino se extendían desde el Elba a los Pirineos, desde la llanura del Po al mar del Norte. Era natural que pensara en aquel Imperio de Occidente cuyo legítimo titular, esto es el emperador de Oriente, hacía tiempo que no estaba en condiciones de administrar.

León regresó a Roma a finales de noviembre, acompañado de la comisión de investigación, que se puso a trabajar de inmediato. Al cabo de una semana encontró que las acusaciones contra el Papa carecían de fundamento. Ordenó la detención de los sobrinos de Adriano y los envió a Carlomagno para que les aplicara el castigo que merecían. El rey franco los hizo encerrar en un monasterio y se preparó para partir hacia Roma cuanto antes. Fijó la fecha del viaje para comienzos de junio, pero la repentina muerte de su esposa le obligó a aplazarlo hasta los primeros días del otoño.

El 24 de noviembre del año 800 llegó a la urbe donde fue acogido por el Papa y por una enorme muchedumbre de sacerdotes, romanos y aldeanos a los que León había hecho acudir de toda la región del Lacio. El 2 de diciembre, el

pontífice convocó un sínodo en la basílica de San Pedro, en el que intervinieron las altas jerarquías eclesiásticas y los nobles carolingios que habían acompañado al rey a Roma.

Carlomagno inauguró personalmente la asamblea manifestando el objeto de su visita, que era dar a conocer a todos y sancionar las conclusiones de la comisión. El día siguiente, León inauguró el sínodo declarándose dispuesto a hacer pública penitencia por los delitos de que se le había acusado falsamente. El gesto desencadenó una tempestad de aplausos. La asamblea condenó a muerte a Pascual y a Campólo, pero la pena, por intercesión del pontífice, fue conmutada por la de exilio. Carlomagno se pasó las semanas siguientes realizando peregrinaciones a las iglesias de Roma.

Entretanto, se acercaba el gran día de la coronación. El 25 de diciembre, el rey franco, escoltado por sus nobles, cruzó la ciudad entre las aclamaciones de la multitud en dirección a la basílica de San Pedro. Vestía la túnica y las sandalias romanas, en vez de los calzones y las botas francas. Sus cabellos se habían hecho grises y los hombros se le habían encorvado un poco. Tenía la frente surcada de profundas arrugas, pero su aspecto aún era juvenil, y parecía estar en la plenitud del vigor. El cortejo entró en el templo entre dos filas de prelados, atravesó la nave central iluminada por mil trescientas setenta velas y adornada con imágenes de santos, y llegó al presbiterio. Una vez allí, Carlomagno se destacó del séquito y cruzó la balaustrada. Fue a arrodillarse a los pies del altar mayor y se recogió en oración. En aquel momento, León, que estaba celebrando la misa, sacó del tabernáculo una corona de oro y la puso sobre la cabeza del rey franco. Por tres veces, la aclamación en latín «A Carlos Augusto, coronado por Dios, poderoso y pacífico emperador, vida y victoria», resonó en el templo. El historiador Teófanes cuenta que antes de ser coronado, Carlomagno fue completamente desvestido por el papa y ungido de pies a cabeza. Las fuentes eclesiásticas refieren que León consagró también al pequeño Carlos rey de los francos, como su predecesor había hecho con Pipino y con Luis. Al final de la ceremonia, Carlomagno depositó a los pies del altar ricos dones, entre ellos una mesa de plata, una patena de oro y tres cálices cubiertos de pedrería.

Los cronistas laicos, sin embargo, dan del acontecimiento una versión distinta. Sostienen que aquella coronación pilló al rey franco por sorpresa. Eginardo escribe: «Carlomagno nunca habría cruzado el umbral de San Pedro, aunque fuera Navidad, si hubiese sospechado la astuta jugada que el Papa se disponía a hacer».

El nuevo emperador salió de Roma a primeros de mayo, camino de Pavía, donde recogió un juego de ajedrez en marfil que el califa de Bagdad, Harun al-Rashid, le había regalado. De allí partió hacia Aquisgrán. Aunque se hubiera tratado de una «astuta jugada» del Papa, no parecía muy enfadado. Pero tal vez ni siquiera él, a pesar de su intuición, valoraba plenamente la importancia de aquel nuevo título con que volvía a casa. Se trataba de un título destinado a dificultar durante mil años la historia de Europa.

XXXII. EL GRAN IMPERIO

Carlos había asumido el título de emperador después de serlo de hecho. En realidad, durante todos aquellos años había llevado a cabo una obra de conquista y unificación que conviene señalar.

La campaña contra los longobardos había sido una guerra-relámpago en comparación con la dirigida contra los sajones, que duró, ni más ni menos, treinta años y fue uno de los acontecimientos decisivos de la historia de Europa. Sajonia ocupaba una vasta extensión comprendida entre el mar del Norte, el bajo y medio Rin, Turingia y el Elba. Los emperadores romanos habían intentado someter a sus habitantes, pero todos sus intentos habían fracasado. Los sajones eran feroces, primitivos y supersticiosos. Practicaban un paganismo grosero y cruel, se vestían con pieles de cabra y vivían del hurto y la rapiña. Eran belicosos y suponían una continua amenaza para los francos. El Rin constituía la única barrera que los separaba, y podían atravesarla en cualquier momento. Pipino el Breve los había mantenido a raya reforzando en todo el confín las líneas de defensa, y les había impuesto un pequeño tributo anual de trescientos caballos.

En el año 772 los exactores francos encargados de recoger el tributo se presentaron en Aquisgrán con las manos vacías. Los sajones se habían negado a pagar. Esto proporcionó a Carlomagno un último pretexto para declararles la guerra e invadir su territorio. El ejército franco atravesó el Rin y se dirigió hacia Ehresburg, donde levantó un fuerte que sirvió de base para las operaciones sucesivas. Consolidada la conquista de la parte occidental de la región, Carlomagno volvió al norte, donde destruyó el Irminsul, que era el ídolo de los sajones. Desde allí prosiguió su victorioso avance hacia el río Weser. Después se replegó hacia el oeste y volvió a Austrasia. La expedición sentó las premisas para la conquista militar del país y la conversión al cristianismo de sus habitantes.

En 773 los sajones se vengaron incendiando las iglesias que Carlomagno había hecho construir al finalizar la breve campaña. Siguió una feroz represalia. No podemos hacer aquí la historia de una interminable serie de pequeñas guerras que duraron hasta el año 804, cuando Sajonia fue completamente vencida. Nos limitaremos a evocar los episodios más importantes de la que fue la mayor empresa militar de Carlomagno. En el año 777, convocó en Paderborn una asamblea de sajones y francos durante la cual los primeros juraron solemnemente someterse a los segundos y convertirse al cristianismo. Carlomagno ordenó un bautismo en masa. «Creando fieles a Jesucristo —ha escrito Joseph Calmette—, creaba también fieles al Estado franco.» Pero cuando volvieron a sus pueblos, los sajones restauraron el antiguo culto, rehicieron los ídolos paganos y comenzaron a perseguir a los misioneros cristianos que habían ido con el ejército carolingio.

Para resistir a los francos, los sajones necesitaban un jefe. Lo encontraron en Vidikindo, un gigante rubio y vigoroso. Como Vercingetórix contra los

romanos, Vidikindo fue, durante casi treinta años, el alma de la resistencia sajona contra los francos. Atacó y pasó a cuchillo las guarniciones carolingias, incendió las iglesias y saqueó los monasterios. Carlomagno, que en aquel momento se hallaba en Hispania, llegó a marchas forzadas al confín oriental, cruzó el Rin y cayó sobre los rebeldes. Dominó la revuelta, pero no consiguió apagar las brasas que la habían alimentado. Cuatro años después partió de ellas la chispa de una insurrección bastante más violenta que la anterior. Esta vez, la represalia franca fue despiadada. Cuatro mil quinientos rehenes sajones fueron muertos en Varden, una pequeña ciudad a orillas del Aller, al sur de Bremen, por orden de Carlomagno. Desde entonces, la conquista franca prosiguió de manera cada vez más brutal. En el año 785, el mismo Vidikindo fue obligado a someterse y hacerse bautizar.

Instrumento de la represión franca fue, en el año 785, el llamado «Capitular sajón», una especie de estatuto de ocupación cuyo contenido se resumía en la fórmula «Cristianismo o muerte».

Carlomagno transformó Sajonia en una inmensa prefactura franca. Creó en todo el territorio una red de condados o circunscripciones militares, al frente de cada uno de los cuales puso un conde con amplios poderes, no solo militares, sino también civiles, políticos y judiciales. La obra de pacificación fue lenta y difícil. En el año 793, una enésima revuelta estalló en el país. Esta vez se trataba de una verdadera insurrección popular. Carlomagno la sofocó en sus comienzos y para impedir que se repitiera ordenó la deportación a Austrasia y Neustria de millares de familias sajonas, que reemplazó por colonos francos. Este cambio de poblaciones, que Stalin imitó en el siglo XX en la Unión Soviética, resultó un éxito.

Cuando en el año 804 Carlomagno ordenó la última deportación, Sajonia ya formaba parte del imperio franco, cuyo más importante satélite era el embrión de la futura Germania.

A los trece años del comienzo de las hostilidades en Sajonia, Carlomagno abrió un segundo frente en Baviera.

El territorio, cristianizado por san Bonifacio, era la sede de seis importantes episcopados. La agricultura y el comercio constituían las principales actividades de sus habitantes, que se contaban entre los más civilizados de Europa. Pipino había elevado Baviera a la categoría de ducado asignándola a su sobrino Tassilon, joven emprendedor y ambicioso. Bajo su gobierno, la capital, Ratisbona, se había convertido en una ciudad rica y próspera.

Aunque nominalmente era vasallo del rey franco, al que había jurado fidelidad, Tassilon gozaba, de hecho, de total independencia. Poseía un ejército y una hacienda, acuñaba moneda, concertaba y rompía alianzas y se hacía llamar príncipe. En el año 776 nombró corregente de Baviera a su hijo Teutón. Carlomagno, comprometido en Sajonia, simuló no apercibirse del gesto, que constituía un abierto desafío a su soberanía. Pero el encuentro entre los dos primos solo quedaba aplazado.

En el año 782, el rey franco llamó a Tassilon a Wonns y le obligó a renovar el juramento de fidelidad que en otro tiempo había prestado a Pipino. Como prenda hizo que le entregara doce rehenes. Aquel mismo año, en Aquisgrán

empezaron a circular rumores de un acuerdo entre Tassilon y Adelqui, que a la caída de su padre, Desiderio, se había refugiado en Bizancio. Al verse descubierto, el duque de Baviera envió a Roma dos embajadores con el encargo de convencer a Adriano de que intercediera en su favor ante el rey franco, que reclamaba la observancia del juramento. El Papa insistió en las pretensiones de Carlomagno y amenazó con excomulgar a Tassilon si traicionaba el compromiso asumido en Worms.

El ultimátum quedó en letra muerta. Entonces, los francos invadieron Baviera y la conquistaron en la primavera del año 788. Tassilon fue hecho prisionero y condenado a muerte, pero Carlomagno lo perdonó y lo hizo encerrar en un convento. El país quedó dividido en condados y se convirtió en una provincia franca.

En el este, estaban los avaros, vecinos orientales de los bávaros. Se trataba de un pueblo turcomongol emparentado con los hunos, de los que habían heredado la barbarie y la afición al saqueo. Habían penetrado en Europa por Rusia y luego remontado el curso inferior del Danubio hasta Panonia, la actual Hungría. Pactaron una alianza con los longobardos y juntos exterminaron a los gépidos. Cuando Alboino descendió a Italia, extendieron sus confines hasta el lago Balatón y el Tibisco. No tenían una capital, sino un recinto fortificado, circular, rodeado por nueve vueltas concéntricas de muralla que llamaban *ring*, en el centro del cual estaba la tienda del *jan* o rey, que era elegido entre los jefes de los diversos clanes que constituían la horda.

Los avaros no practicaban ninguna forma de agricultura ni de comercio. Vivían de incursiones en los territorios vecinos, sobre todo en los meridionales, que formaban parte del Imperio bizantino. Sus objetivos eran especialmente iglesias y monasterios. Acumulaban el botín en el corazón del *ring*, en una gran tienda colocada junto a la del *jan*. Los avaros, instalados en los confines de Baviera, eran una amenaza seria para los francos.

Carlomagno no deseaba una guerra en el Danubio. El año 790 propuso al *jan* un pacto de no agresión, pero el jefe avaro no solo rechazó la oferta, sino que, seguramente de acuerdo con Bizancio, provocó una serie de desórdenes en la frontera. Entonces, el rey franco le declaró la guerra. Su vanguardia sembró el pánico entre los avaros, que fueron literalmente aniquilados y borrados de la historia. El *ring* fue asaltado y su tesoro trasladado a Aquisgrán en quince carros, cada uno de los cuales iba arrastrado por cuatro bueyes.

Sin embargo, entre tantos éxitos hubo también una derrota: la campaña de Hispania, con su trágico epílogo en Roncesvalles.

Carlomagno ordenó la expedición franca a la otra parte de los Pirineos, en el verano del año 778. Tenía por objeto sostener la rebelión del gobernador musulmán en Barcelona,* Sulaiman Ben Alarabi, contra su soberano, el emir de Córdoba. La empresa fracasó por la traición de los secuaces de Sulaiman. Los

* Fue el gobernador de Zaragoza, al-Husayn, quien llamó en su ayuda a Carlomagno, contra el emir de Córdoba, pero después se negó a recibirlo en la ciudad. Carlomagno, no preparado para asediar la plaza, se retiró por Pamplona, cuyas murallas destruyó. Los vascos, probablemente unidos a unos grupos árabes, alcanzaron a sus tropas en Roncesvalles. La campaña, de resultados muy amargos para Carlomagno, duró solo tres meses. Eginardo fue su primer cronista. (N. del T.)

francos se vieron obligados a batirse en retirada, perseguidos por un pequeño ejército de vascos. En el paso de Roncesvalles, el 15 de agosto del mismo año, su retaguardia fue alcanzada por los españoles y aniquilada. Numerosos condes y duques palatinos, entre ellos el duque de la marca de Bretaña, Roldan, quedaron sobre el terreno.

La matanza de Roncesvalles fue algo más que una simple escaramuza, pero mucho menos que esa Waterloo carolingia en que la ha transformado la leyenda medieval a través de las páginas de la *Chanson de Roland*. En la Edad Media, su héroe se hizo más famoso que el mismo Carlomagno y proporcionó durante siglos el modelo del perfecto caballero sin tacha y sin miedo.

Con todo, tuvo una consecuencia importante y dramática. Detuvo en los Pirineos la obra unificadora del gran emperador y durante siglos mantuvo a España apartada de la historia de Europa.

XXXIII. LA ORGANIZACIÓN CAROLINGIA

Los merovingios habían sumido en el caos la administración franca. Carlos Martel y Pipino la reconstruyeron. Carlomagno la consolidó, descentralizándola, pero sometiéndola a un rígido control periférico. Y esta reorganización complicó también a Italia desde Roma hasta el norte.

Las instituciones fundamentales del régimen eran tres: el gobierno central, los gobiernos locales y los llamados órganos intermedios, o *missi dominici*. El gobierno central residía en las diversas ciudades, algo más que simples aldeas, que de vez en cuando albergaban a Carlomagno en el curso de sus frecuentes viajes. El centro era el palacio real, como en los tiempos de Childerico, pero, a diferencia de lo que ocurría entonces, la figura del mayordomo había desaparecido.

El arzobispo de Reims, Incmaro, sobrino de Carlomagno, nos ha dejado una minuciosa descripción de la vida palatina. Los servicios públicos se identificaban con los privados y la figura del rey con la del Estado. Los bienes personales del soberano se administraban mediante decretos oficiales. Los poderes de Carlomagno eran ilimitados y las decisiones que tomaba inapelables. Convocaba el consejo de ministros, que era un órgano puramente consultivo, y lo presidía. En él intervenían los secretarios de Estado, que eran el archicapellán, el conde de palacio, el camarero, el senescal, el copero y el condestable.

El archicapellán o ministro del culto era el maestro de la capilla de la escuela palatina y de la cancillería. De él dependía un equipo de notarios y archiveros. Era el mas alto dignatario de la corte, y en la jerarquía de palacio ocupaba el primer puesto. El conde palatino administraba la justicia y tenía el cargo de ministro del Interior. Al camarero se le asignaban tres ministerios: Asuntos Exteriores, Finanzas y Tesoro. El senescal y el copero eran intendentes. El condestable era el jefe de las caballerizas y comandante del ejército, cuya espina dorsal la constituía la caballería acorazada.

Los diversos gobiernos locales se encarnaban en los condados, departamentos de dimensiones variables, regidos por un conde o prefecto, nombrado por el rey. Se le conferían poderes militares, fiscales y judiciales mientras los religiosos eran ejercidos por los obispos que, al menos en teoría, dependían del pontífice. Las relaciones obispo-conde reproducían en un nivel más bajo las del Papa-emperador. Los condes eran los más altos funcionarios periféricos. Entre ellos, cuando estallaba una guerra, era elegido el duque o marqués, comandante de las fuerzas de una circunscripción militar, que de vez en cuando eran reclutadas entre la población de uno o varios condados.

El gobierno local estaba sometido al control de los *missi dominici* o inspectores regios. Su institución fue la piedra clave de la administración carolingia. A diferencia de los condes, funcionarios permanentes, los *missi* eran delegados temporales. Se les reclutaba en la misma proporción entre la alta

burocracia laica y eclesiástica y tenían la misión de comprobar si el conde aseguraba una buena administración en el territorio que el rey le había asignado; y sobre todo, que no se excediera de la competencia que se le había asignado. Pero los *missi* no solo ejercían funciones de control, sino que tenían poderes discrecionales: podían invocar la fuerza pública e invalidar el nombramiento de cualquier funcionario inferior al conde e incluso destituir a este, pero solo después de haber obtenido el consentimiento del rey, al que se dirigía la propuesta de destitución, y en caso de vacante del poder condal, asumían a título provisional las funciones de prefecto. También tenían amplias facultades en materia judicial, constituyéndose en tribunal de apelación en los procesos «mal juzgados». No gozaban de dieta alguna y vivían a expensas de los habitantes del condado cuyos derechos garantizaban y defendían recibiendo a cambio el juramente de fidelidad al soberano, o *sacramentum fidelitatis*, que de ordinario se realizaba en una iglesia, sobre las reliquias de un santo.

De este juramento nacían tres deberes: el servicio militar, el impuesto y el bando. El servicio militar era una carga privada. Los ciudadanos atendían personalmente a su propio equipo y mantenimiento, a medida de su patrimonio en tierras, computado sobre la base del «manso», que era la extensión de tierra suficiente para mantener a una familia. Los que poseían menos de cuatro mansos quedaban libres del servicio. Los latifundistas y los grandes monasterios proporcionaban un número de soldados en proporción al número de mansos dividido por cuatro. Los opuestos a la leva pagaban una multa de ciento sesenta sueldos, que era el coste de un soldado. El reclutamiento se llevaba a cabo por condados. La movilización se desarrollaba en el territorio más próximo al teatro de operaciones. Se admitía el saqueo, que las tropas practicaban ampliamente, de manera que en parte se resarcían de los gastos que ocasionaba el servicio. De la leva quedaba libre quien renunciaba a la propiedad y entraba en alguna orden religiosa. Pero este último tenía la obligación de designar a un seglar que ocupara su puesto y de proveer a su sustento y su armamento. El ejército estaba formado por infantes y jinetes. Los más pobres combatían a pie. Los más ricos, a caballo.

La segunda obligación que derivaba del juramento la constituía el pago de los impuestos, que eran directos e indirectos. Los primeros comprendían el tributo de familia y los dones anuales, que el conde entregaba al soberano en el transcurso de grandes asambleas generales. En estas reuniones que, habitualmente se celebraban a principios de marzo, se discutían los principales problemas del reino y se tomaban las decisiones militares importantes. Los impuestos indirectos, que eran cobrados por agentes fiscales llamados «telonarios», gravaban la venta en los mercados, el peaje por puentes, etc. Por último, el bando, implicaba la obligación de participar en las llamadas *corvées*, que eran prestaciones de trabajo gratuitas, de utilidad pública.

La cultura de la antigua Galia romana, bajo los «reyes holgazanes» se hallaba sumida en la barbarie. Pipino el Viejo, Carlos Martel y Pipino el Breve eran analfabetos. Las pocas escuelas de entonces no eran frecuentadas más que por sacerdotes. Los germanos que habían invadido Europa habían procurado consolidar la conquista antes de restaurar la cultura.

Las cosas cambiaron con Carlomagno. El emperador analfabeto consideraba que la ignorancia era un impedimento para la difusión del Evangelio y la salvación del alma, es decir, algo entre la minoría de edad y el delito. Así pues, promovió la instrucción escolar, movilizando al clero y fundando escuelas en las catedrales y en los monasterios, porque en aquellos tiempos los sacerdotes y los monjes eran prácticamente los únicos que sabían leer y escribir.

En esta obra, sus mayores colaboradores fueron Alcuino, Paulo Diácono y Eginardo. Alcuino había nacido en el año 735, en Inglaterra, en el seno de una rica familia de Northumbria y siguió los cursos del seminario en York, por entonces sede de una importante universidad, donde fue ordenado sacerdote. Alcuino fue un estudiante bastante precoz. A los once años sabía de memoria las obras de Virgilio y había leído a san Agustín. Era manso, piadoso y frugal. A los veinte años realizó su primer viaje a Italia, adonde siguió yendo incluso después de su nombramiento como arzobispo de York y donde encontró a Carlomagno, que, sorprendido por su erudición, le confirió la abadía de Ferriéres y le invitó a seguirle a Quierzy-sur-Oise. Permaneció en Francia hasta el año 796. Fundó escuelas, preparó maestros, redactó manuales y dictó los programas basados en el estudio de las «siete artes liberales»: el *trivium*, que comprendía la gramática, la retórica y la dialéctica, y el *cuadrivium*, que comprendía la aritmética, la geometría, la música y la astronomía. Alcuino llamó a estas materias «las siete columnas del templo de Salomón» y encargó al doctor Teodolfo que escribiera un poema sobre ellas. El año 796 se retiró al célebre monasterio de Tours, del que fue nombrado abad y donde murió dieciocho años después.

Paulo Diácono entró al servicio de Carlomagno en el año 782. Había nacido en el 725 y había pasado una gran parte de su vida en Pavía. Fue el ingenio más brillante de la corte de Desiderio, del que fue consejero durante mucho tiempo. Con la caída del reino longobardo, se refugió en Benevento después de que los francos confiscaran sus bienes. En el año 775, Carlomagno hizo arrestar y deportar a Austrasia a su hermano Ariqui. Paulo, entonces, le envió un poema en el que imploraba su restitución. La obra gustó al rey, que liberó a Ariqui, pero pretendió a cambio que Paulo se trasladara a Aquisgrán. En el año 786 acompañó a Carlomagno a Italia. Visitó Florencia, Roma y Montecassino, donde pasó el resto de sus días. En la soledad del monasterio benedictino, escribió la *Historia de los longobardos*, que es su obra más famosa.

Escasas son las noticias que tenemos acerca de Eginardo. Sabemos con certeza que entró en la corte a finales del siglo VIII. Era franco de nacimiento, pero romano de formación. Carlomagno lo nombró su secretario particular. Su *Vita Karoli*, que toma como modelo a Suetonio, es una bella biografía anecdótica y vivaz, aunque compuesta con intenciones hagiográficas.

Alcuino, Paulo Diácono y Eginardo fundaron la Academia Palatina y las escuelas episcopales y monásticas. La Academia era un verdadero cenáculo de eruditos y su presidente era el ministro de Instrucción Pública, Alcuino.

En las reuniones también intervenía el rey. Cada uno de sus miembros había adoptado un seudónimo hebreo o latino. Carlomagno se hacía llamar David, Alcuino era Flacco y Eginardo, Bezaleel. En las sesiones tomaban parte la hija del soberano, Rotrude, con el nombre de Colomba, y su hermana Gisila, con el de Lucía. Las discusiones eran animadas y no pocas veces daban origen a

vehementes debates. En la orden del día estaban, de vez en cuando, la lectura de los clásicos o la exégesis bíblica. En las doctas discusiones se intercalaban a veces palabras cruzadas, charadas y adivinanzas.

De la Academia dependían las escuelas. En cada catedral y en cada monasterio había por lo menos una. Los alumnos se reclutaban en su mayoría entre los campesinos y los siervos. Los nobles apenas si asistían, porque tenían por vil cualquier ocupación que no fuera la de las armas. Los cursos eran gratuitos, pero solo quien poseía un título de estudios podía ingresar en la administración pública o en el clero. Dos escuelas adquirieron en poco tiempo nombre y celebridad, la palatina de Aquisgrán y la de Tours. La primera era una especie de seminario reservado a la élite, como siglos después lo sería Eton. La lengua oficial era el latín. Explicaban las lecciones sacerdotes y monjes.

El renacimiento carolingio no fue solo literario, sino también artístico. Bajo los merovingios, la Galia, que durante la dominación romana había alcanzado un alto grado de civilidad, sufrió una decadencia lenta pero inexorable. Los edificios de los tiempos de Augusto o de Trajano quedaron abandonados a la inclemencia del tiempo. Florecientes ciudades se transformaron en necrópolis y antiguos templos paganos habían quedado reducidos a ruinas. La Lombardía de Astolfo o de Desiderio era un faro de civilización y de progreso comparada con el reino franco.

Carlomagno fue el artífice de una recuperación que tuvo algo de milagroso. Contrató arquitectos, obreros y albañiles. Transportó de Rávena a Aquisgrán la estatua de Teodorico y la colocó en el patio del palacio real. El renacimiento artístico de los francos tomó como modelo a Constantinopla y sus características construcciones de planta redonda. La arquitectura latina tenía como fundamento la basílica de planta alargada, con tres naves, cortadas por un transepto en cruz latina, con techumbre de madera. La estructura de la oriental era, en cambio, circular o poligonal, con bóveda de piedra. En Aquisgrán, Carlomagno hizo construir una capilla de cúpula y planta octogonales, inspirándose en la iglesia bizantina de San Vital, que había visto y admirado en Rávena. El templo fue decorado con ricos mosaicos y pinturas de temas sagrados.

El historiador inglés H. A. L. Fisher ha escrito que el renacimiento carolingio careció de originalidad y de verdadera grandeza. Alcuino, Paulo Diácono y Eginardo, que fueron sus campeones, no dejaron nada que pudiera compararse con la historia de Tácito, los poemas de Catulo o los de Virgilio. Pero la comparación no cabe. Detrás de Tácito había una gran civilización que había llegado ya a su madurez y detrás de Alcuino había una sociedad analfabeta, apenas salida de su organización tribal. La Academia Palatina fue, sin embargo, un polo que atrajo a la flor y nata de la *intelligentsia* contemporánea, y no solo a la franca, sino también a la latina y a la anglosajona. Sin el renacimiento carolingio, con el descubrimiento, la transcripción y conservación de los antiguos manuscritos griegos y latinos, el humanismo habría sido imposible y la civilización occidental habría seguido otro curso.

XXXIV. EL HUNDIMIENTO

El año 806 Carlomagno convocó una gran asamblea de nobles y eclesiásticos y dividió el Imperio entre sus hijos. Asignó a Pipino Aquitania e Italia, a Luis una ancha zona de Baviera y Alemania al sur del Danubio, y a Carlos, que era su predilecto, Neustria, Austrasia, parte de Baviera, Frisia, Sajonia y Turingia. En julio de 810 murió Pipino, y en diciembre de 811, cuando solo tenía treinta y nueve años, Carlos. Quedaba Luis, llamado el Piadoso (Ludovico Pío). En el verano de 813, el padre lo asoció al trono y el 10 de septiembre de aquel mismo año, en presencia de los obispos y de los condes francos, le puso sobre las sienes aquella corona que, en la noche de Navidad del año 800, había recibido del Papa, a quien esta vez ni siquiera se había consultado. La ceremonia se desarrolló en Aquisgrán en la iglesia del Salvador. Al final del rito, Carlomagno abrazó a su hijo y los dos estallaron en sollozos. El mismo día Luis volvió a Aquitania.

La salud de Carlomagno había comenzado a declinar hacía ya algunos años. Los ataques de gota eran cada vez más frecuentes. Una caída del caballo le había producido una fuerte distensión en el pie y le obligaba a utilizar bastón. En Aquisgrán, según los cronistas, habían ocurrido ciertos prodigios que no dejaban presagiar nada bueno. Un día, mientras realizaba su habitual cabalgada matutina, Carlomagno había sido como encandilado por el resplandor de una estrella fugaz. Su espada cayó hecha pedazos, la lanza que sostenía en la mano derecha salió disparada a diez metros de distancia y él mismo fue derribado a tierra. Una trágica cadena de calamidades naturales y de otros fenómenos celestes confirmaron después la respuesta que los magos habían deducido de este episodio.

A principios de noviembre del año 813, Carlomagno cayó presa de una misteriosa fiebre. Como solía hacer cuando no se encontraba bien, se tendió en su lecho a la espera de que el mal pasara por sí solo. Se alimentaba casi exclusivamente de zumo de frutas. Las hijas se turnaban a su cabecera y le leían la *Biblia* y *La ciudad de Dios*. El 21 de enero de 813 sobrevino una repentina complicación pulmonar que, según Eginardo, se manifestó con una dolorosa punzada en el costado. El día 27, sintiendo que se acercaba el fin, el enfermo llamó al arzobispo de Colonia, Ildibaldo, que le suministró la extremaunción. El día 28, por la mañana, intentó hacer la señal de la cruz, pero le cayó la mano sobre el pecho a causa de la debilidad. Murió a las nueve, después de haber encomendado su alma a Dios.

El cadáver fue lavado, vestido y trasladado a la basílica de Aquisgrán, donde el mismo día fue enterrado en un antiguo sarcófago sobre el cual su hijo Luis hizo inscribir este epitafio: «Bajo esta losa descansa el cuerpo de Carlos, grande y ortodoxo Emperador que extendió noblemente el reino de los francos y

gobernó afortunadamente durante cuarenta y seis años. Murió a los setenta y dos, el año del Señor 814, cinco días antes de las calendas de febrero».

La muerte de su fundador fue el principio del fin del Imperio carolingio. Luis era un hombre beato y melancólico. Sus súbditos lo llamaban «Pío» por su celo, pero más aún por su simpleza. Siempre había vivido a la sombra de su padre, de quien, además de la corona, había heredado la pasión por la caza. Fue educado por sacerdotes, de los cuales fue siempre instrumento y reclamo. Iba todas las mañanas a misa, observaba escrupulosamente las vigilias y se sometía a penitencias y ayunos.

Los súbditos lo amaban porque una vez había pagado de su propio bolsillo la *vanoni*[*] por todos. Antes de que su padre lo coronara emperador, hubiera deseado retirarse a un convento. Carlomagno cometió el error de impedírselo. No podía pensar que un día aquel hijo desharía todo lo que él había construido con tanto esfuerzo.

Luis se casó a los veinte años con una tal Irmingarda. El matrimonio había sido preparado por un obispo de la corte, a quien el emperador recompensó con un convento y varias iglesias. La boda se celebró con gran pompa. Durante la ceremonia, Luis, que era virgen, estalló en lágrimas y distribuyó entre los fieles las tierras que el padre y el abuelo le habían transmitido. Un poeta que se hallaba entre los presentes celebró el gesto con estos versos: «La riqueza de los demás está en los tesoros; la tuya, emperador, en los méritos».

Sentía Luis una extraña mezcla de santurronería y crueldad. Descuidaba los deberes conyugales para cantar salmos y leer la *Biblia*. Entusiasta, como su padre, de la construcción de templos y otros edificios, erigió en Ratisbona una basílica con los ladrillos sacados de las murallas de la ciudad, que había hecho demoler. Mandó hacer una efigie de él con la cruz y el escudo, en vez de la espada, que había sido hasta entonces el atributo de los reyes carolingios. Era celoso del protocolo en el que no admitía fallos. Se autoproclamaba un mortal como cualquier otro, pero pretendía que sus súbditos le besaran los pies.

Cuando fue proclamado emperador, juró a su padre que mantendría y protegería a sus hermanas. Pero una vez muerto Carlomagno, las hizo rapar e internar en un convento, porque temía que se casaran y pretendieran usurpar el trono. Peor trato todavía reservó a su sobrino Bernardo, que en 810 se había convertido en rey de Italia. Bernardo era hijo de Pipino, el primogénito del gran Carlos. Pipino murió prematuramente y la corona pasó a las sienes de Luis. Bernardo no tenía derecho alguno a ella, por más que los arzobispos de Milán y de Cremona hubieran tratado de demostrarle lo contrario.

El tío declaró la guerra al sobrino y con un cortejo de sacerdotes armados avanzó hacia Italia. Bernardo salió a su encuentro con unos centenares de hombres. Realmente, el grueso del ejército había desertado, pasándose al enemigo. El encuentro se produjo, o mejor dicho, no se produjo, en Chalons-sur-Saóne. Bernardo se rindió sin luchar. Conducido a la presencia de su tío, se postró

---

[*] Es decir, los impuestos. Montanelli alude con su característico humor y sus saltos a la actualidad, a la «Tabla de impuestos» que en la Italia de hoy recibe el nombre de un célebre senador que la defendió- (N. del T.)

a sus pies, le besó repetidas veces el derecho y pidió clemencia. Luis ordenó encarcelarlo, convocó un tribunal especial y se lo entregó. Bernardo y sus cómplices fueron juzgados sumarísimamente, reconocidos culpables de alta traición y condenados a muerte. Los obispos de Milán y Cremona fueron depuestos por un concilio extraordinario y otros eclesiásticos que habían participado en la conjura, exiliados o encerrados en monasterios. La víspera de la ejecución, Luis, por intercesión de algunos sacerdotes, conmutó la pena de muerte por la de ceguera. A Bernardo le arrancaron los ojos, pero la operación resultó mal y, después de tres días de agonía, el infeliz murió. Fue enterrado en Milán y sobre su tumba fue esculpido este epitafio, dictado, al parecer, por el tío: «Aquí yace Bernardo el Santo». La venganza del emperador se abatió también sobre tres hermanos de la víctima que no habían participado en la conjura, pero que eran sospechosos de poder, algún día, preparar otra.

Todo esto sucedía en 819. Dos años antes, Luis había dividido el Imperio entre sus hijos. El primogénito, Lotario, fue asociado al trono. Pipino obtuvo Aquitania y Luis, llamado el Germánico, recibió Baviera. Quedaba aún Carlos llamado el Calvo, nacido del segundo matrimonio, que todavía era un niño. Luis lo había tenido de una cierta Judith, con la que se había casado después de la muerte de Irmingarda. La pérdida de su primera esposa lo trastornó de tal manera que había decidido renunciar a la corona para retirarse a un monasterio. Los condes se lo impidieron y convocaron una dieta en Aquisgrán, a la que enviaron también un centenar de muchachas de las que fue precisamente Judith la elegida. Era una mujer astuta y mal educada. El abad de Corbie llegó a acusarla de adulterio. Luis, que la adoraba, estuvo siempre bajo su dominio y para complacerla asignó al pequeño Carlos, Alemania, Suiza y el Franco Condado, desencadenando así entre los otros hijos una guerra civil que duró ocho años. Intervinieron en ella los obispos de Vienne, Lyon y Amiens, que entraron en batalla blandiendo la espada de la excomunión, un arma que empezaba a hacerse más temible que las llamadas «convencionales». Los obispos se declararon contra el emperador y su predilecto Carlos.

La revuelta fue un duro golpe para Luis que trató, aunque en vano, de dominarla, convocando cuatro concilios. Lotario consiguió tener de su parte incluso al papa Gregorio IV, que excomulgó a Luis. Los obispos partidarios del emperador, a su vez, excomulgaron al pontífice. Gregorio intentó entonces una tregua y se entrevistó con Luis. Al día siguiente, el ejército de este se pasó al enemigo. El lugar en el que se habían celebrado las negociaciones se llamó desde entonces «Campo de las Mentiras». Luis se rindió y dejó su esposa y su hijo en manos de Lotario. Judith fue rapada y encerrada en un convento. La misma suerte sufrió Carlos. El Papa, triunfante, regresó a Roma.

Luis fue desposeído y llevado a Soissons, donde se sometió a pública penitencia. El obispo de Reims, que le debía la diócesis, lo depuso en la iglesia de Nuestra Señora. Después le ordenó que se quitara el cinturón y la espada y vistiera un cilicio que había sido colocado a los pies del altar y, por último, lo acusó, en voz alta, de homicidio y de sacrilegio por haber alistado tropas durante la cuaresma y convocado el parlamento el Viernes Santo. El emperador fue despojado de las insignias y de los títulos. Solo le quedó el de señor y como palacio se le asignó un monasterio.

Liquidado el padre y el hermano menor, los otros tres herederos comenzaron a pelear entre sí. Luis el Germánico y Pipino se aliaron contra Lotario, que era el más arrogante. Los francos se habían sentido conmovidos por la suerte de Luis, al que nunca habían amado. En 834, Pipino y Luis el Germánico visitaron al padre en el monasterio de Saint-Denis y le pidieron que los ayudase contra Lotario. A cambio, le devolvieron a Judith y Carlos. El obispo de Reims fue depuesto.

En el año 838, Pipino murió. El imperio fue dividido otra vez y Luis el Germánico, descontento con su parte, invadió la de Lotario. El padre intentó detenerlo y lo consiguió, pero murió poco después de un ataque al corazón y de pena, pidiendo a Lotario que cuidara de Judith y de Carlos. En el testamento, según refieren informes eclesiásticos, confirmó las donaciones de Pipino y de Carlomagno a la Iglesia. Por su parte, añadió Sicilia, que no le pertenecía y que había caído en manos de los árabes.

La desaparición de Luis desencadenó nuevas guerras intestinas. Lotario se proclamó heredero del Imperio, contra Luis el Germánico y Carlos el Calvo, a los que quería reducir a la condición de vasallos. Los tres hermanos se encontraron en Fontenoy. Fue una carnicería. Cien mil hombres quedaron en el campo de batalla y Lotario fue derrotado. El Tratado de Verdún del año 843 produjo una nueva división del Imperio, repartido en tres Estados cuyos confines corresponden, aproximadamente, a los actuales de Italia, Francia y Alemania. Luis el Germánico tuvo las tierras que se extienden entre el Rin y el Elba; Carlos, gran parte de Francia y la Marca Hispánica y Lotario, que conservó el título imperial, Italia y el territorio comprendido entre el Rin, al este, y el Escalda, el Saona y el Ródano, al oeste. Este reino se llamó Lotaringia, y de él deriva la moderna Lorena.

Esta división fue considerada una monstruosidad geográfica, porque la faja central, asignada a Lotario, incluía dos capitales, Roma y Aquisgrán, y englobaba territorios que no tenían nada en común. El año 842, en Estrasburgo, Luis y Carlos se juraron recíproca fidelidad. Conservamos el texto de este juramento, que es el documento más antiguo en lengua vulgar. Luis habló en francés y Carlos le respondió en alemán, y ninguno de los dos comprendió al otro.

En 855, Lotario murió en la abadía de Prum, adonde se había retirado. Dejó tres hijos. A Lotario II le asignó Lorena, a Carlos Provenza y a Luis II Italia. La península era administrada por el rey franco, el Papa y el duque de Benevento. Había, además, una nube de barones, condes y abades que fomentaban la anarquía y desencadenaban continuas guerras locales. Cuando Luis II murió, Carlos, con un reducido ejército cruzó los Alpes, marchó sobre Roma y compró Italia al Papa que, ignoramos con qué título, se proclamaba su propietario. El emperador soberano murió en el año 877, envenenado por su médico, un hebreo llamado Sedecías. Sucedieron a Carlos unos reyes todavía más ineptos: Luis el Tartamudo, Luis III, Carlomán y Carlos el Gordo, que volvió a reunir todo el Imperio de Carlomagno.

El lector probablemente se haya perdido en este caos. Consuélese pensando que toda Europa también se había perdido en él. Belicosas poblaciones escandinavas, los normandos, empujaban por el norte. Entre los años 880 y 885, devastaron Lieja, Colonia, Aquisgrán, Tréveris y Amiens, donde hicieron un botín

de doce mil libras de plata. El año 885 descendieron sobre París. La ciudad, defendida por el gobernador Odón y el obispo Gozlin, resistió un asedio de trece meses. Al final, Carlos el Gordo pagó setecientas libras de plata a los normandos y los invitó a invadir Borgoña. Tres años después, el emperador fue depuesto por una asamblea de notables. En los últimos años había dado señales de locura. Fue sometido a la trepanación del cráneo, pero la operación no tuvo éxito. A los cuarenta y siete años, solo y abandonado por todos, incluso por su mujer Ricarda, que se había hecho amante de su propio confesor, se retiró a la diócesis de Maguncia, donde murió entre los brazos del obispo.

Era prácticamente el fin de la dinastía carolingia, que había tenido tres protagonistas, Carlos Martel, Pipino y Carlomagno, y muchos comparsas. En cien años, Europa había cambiado de aspecto. Perdía la huella romana para adquirir la germánica.

Pero además del germánico había, con categoría de protagonista, otro elemento: los sarracenos que, aunque detenidos por los ejércitos francos en Poitiers, dominaban todo el Mediterráneo, Sicilia y España. Afortunadamente, en el momento en que se desmoronaba el Imperio carolingio, ya no se hallaban en fase de conquista militar. Pero estaban desarrollando otra, cultural, cuyos reflejos sobre la civilización europea fueron inmensos.

Así, pues, el lector nos perdonará si abrimos un paréntesis de algunos capítulos para seguir los avatares de esta cabalgada árabe hasta los Pirineos. No es culpa nuestra que cierto filón de la civilización europea, y por lo tanto también de la italiana, comience en La Meca y en Medina.

TERCERA PARTE: EL ISLAM EN EUROPA

XXXV. EL PROFETA

Arabia es una península desértica que hasta el siglo IV había quedado al margen de toda influencia civilizadora. Ya su nombre es poco atractivo: *arab* significa «árido». Los romanos solo intentaron penetrar en ella una vez. Pero fueron diezmados por el calor y las epidemias, y desde entonces se conformaron con mantener una guarnición en Aden para vigilar la ruta y el tráfico del mar Rojo.

El interior es una meseta arenosa que llega hasta los cuatro mil metros, donde durante el día el sol quema los ojos y la piel y por la noche el termómetro desciende por debajo de cero. Poblados de barro surgían, y surgen aún, a grandes distancias entre sí, en los lugares donde fluía un hilo de agua y formaba un oasis. Una vez cada cincuenta años nieva en los picos más altos. El aire es resplandeciente, el cielo terso y duro como un cristal; las estrellas parecen cercanísimas. Los griegos, que nunca exploraron la inmensa península, que es la más vasta del mundo, llamaron a sus habitantes «sarracenos», que significa «hombres de Oriente». Estos hombres eran de origen semítico y de piel blanca, aunque bronceada por el sol. Vejados, pero también protegidos por lo inhóspito de su tierra, nunca habían sentido la necesidad de unirse y formar lo que hoy se llama una «nación». La mayoría eran genuinos nómadas que se pasaban el día cabalgando camellos y caballos y matándose entre sí por la posesión de un pozo con la escasa hierba que crecía a su alrededor. Eran susceptibles, orgullosos y anárquicos. El único vínculo social al que obedecían era el de la tribu, mandada por un *cadí*. Su ocupación favorita era la guerra y su reposo la mujer. Se casaban con muchas, trayendo al mundo catervas de hijos y confiando su selección a las epidemias, hambrunas y la inclemencia del clima, que dejaban a muy pocos con vida, y su sueño, casi siempre realizado, era morir con el arma en la mano. Hablaban una lengua muy semejante a la hebraica, pero casi ninguno sabía leerla o escribirla. Hasta los poetas eran analfabetos. Sin embargo, abundaban; más aún, casi todos los hombres eran un poco poetas. Durante un mes al año, la tribu se dedicaba a componer y recitar estrofas y versos, reuniones que no pocas veces terminaban en luchas y carnicerías.

Profesaban una curiosa religión politeísta. Creían en la Luna, en las estrellas y en una cantidad de *yinn* o espíritus que con el tiempo ya no comprendían nada acerca de ellos y, desesperando de poder propiciárselos a todos, se entregaban con fatalismo a la suerte, sin creer demasiado en que hubiese otra vida más allá de la terrena. Con todo, cuando morían, hacían atar al camello a la propia tumba para hacerse transportar a un paraíso lleno de mujeres, caballos y luchas que representaba su vaga e indefinida esperanza.

Esta religión tenía su capital en La Meca, su templo en la Kaaba y su altar en la Piedra Negra.

La Meca era la ciudad más importante de la península, pero su primado no se debía a privilegios climáticos y naturales. Se levantaba en un valle pedregoso y árido, azotado por el calor, en el que no crecía una planta. Pero, por su proximidad al mar Rojo, era lugar de paso obligado para las caravanas que iban de Egipto a la India y viceversa. Una de sus dos mayores industrias eran, de hecho, las compañías de transporte, algunas de las cuales disponían hasta de mil camellos. La otra era la Kaaba, meta de peregrinación.

Kaaba significa «cubo». Es un edificio rectangular de piedra, de unos quince metros de altura, del que dicen los árabes que ha sido reconstruido diez veces: la primera, por los ángeles, la segunda por Adán y la última por Mahoma, que es el que se ve en la actualidad.

En un ángulo, surge de la tierra la célebre Piedra Negra, que en realidad es rojiza, de forma oval. No es mucho más que un guijarro pulido, pero los árabes aseguran que descendió del cielo, y tal vez sea verdad, porque seguramente se trata de un meteorito.

Pero, además de la Piedra Negra, en la Kaaba había otros ídolos, cada uno de los cuales representaba un dios. Uno de ellos recibía el nombre de Alá, y era el más importante de todos porque lo había adoptado como patrono la tribu más importante entre los árabes: la de los quraish.

Estos se consideraban descendientes directos de Abraham y de Ismael, y por esta divina razón administraban las rentas del templo, nombraban sus guardianes y ejercían una especie de supervisión sobre el gobierno de La Meca. Pero, como buenos árabes que eran, ni siquiera ellos consiguieron permanecer unidos. En el siglo VI estaban divididos en dos ramas rivales y enemigas. Uno de estos grupos estaba guiado por el rico y caritativo mercader Hashem y el otro, por su sobrino Umaia. A Hashem le sucedió su hermano Abd al-Muttalib. Y el hijo de este se casó en 568 con una pariente lejana, Amina, también quraishí.

Hacía cuatro años que el emperador de Oriente, Justiniano, se había unido en el sepulcro con su mujer, Teodora, y sus ejércitos disputaban Italia a los longobardos, cuando en esta ciudad santa de Arabia, pequeño montón de cabañas de barro cegadas por el sol y la arena y sumergida en el hedor de los camellos, Amina trajo al mundo un niño al que se le puso el nombre de Mohamed y al que nosotros, los occidentales, llamamos Mahoma, que quiere decir «el altamente alabado». Corría el año 569 y Mahoma nacía huérfano, porque su padre apenas había tenido el tiempo justo de concebirlo. Tres días después de su boda había emprendido uno de sus acostumbrados viajes comerciales y había muerto en Medina, sin llegar a conocer a aquel hijo al que dejaba un nombre respetado, pero un patrimonio bastante modesto: cinco camellos, un rebaño de cabras, una casucha de barro y una esclava que lo amamantó. Seis años después murió también Amina y el niño fue recogido por su abuelo Adb al-Muttalib, que le prodigó todos los cuidados, menos el de la instrucción. Aunque fuera la más rica de la ciudad, tampoco la dinastía de los quraishíes tenía mucha familiaridad con el alfabeto. Solo lo conocían unos pocos, y Mahoma no se contaba entre ellos. Nunca aprendió a leer ni a escribir. Estas tareas las dejó siempre a los amanuenses. Pero ello no le impidió componer con el tiempo el libro más grande y poético que se haya escrito nunca en lengua árabe.

No sabemos casi nada de su juventud. Según una tradición, de la que no tenemos motivos para desconfiar, a los doce años formó parte por primera vez de una caravana a las órdenes de su tío Abu Talib. Este viaje lo llevó hasta Bostra, en Siria, donde probablemente oyó algo acerca del monoteísmo hebreo y del cristianismo, es decir, del Antiguo y del Nuevo Testamento. Pero se trata de suposiciones. Volvió a Bostra unos años después en funciones de procurador o representante de una rica viuda de La Meca, Jadiya. Esta debía de ser una mujer fuera de lo común, porque, burlándose de la costumbre árabe que condenaba a las viudas a vivir bajo la tutela de un pariente varón y a consumirse en el luto y en la oscuridad de la propia casa, prosiguió con habilidad y energía los negocios de su marido, multiplicando el patrimonio. A los veinticinco años, y aunque ella tenía ya cuarenta y era madre de numerosa prole, Mahoma se casó con Jadiya. Y no hubiera habido nada de extraño si, a la manera árabe, hubiese tomado después varias esposas más jóvenes. En cambio, vivió monogámicamente con ella, tuvo algunas hijas, entre las cuales hubo una, Fátima, destinada a la celebridad, y dos hijos que murieron siendo aún niños. Mahoma se consoló adoptando a su primo Alí, hijo de Abu Talib, cuando quedó huérfano. Jadiya fue una compañera admirable. Lo liberó de cualquier preocupación material siguiendo adelante con sus propios negocios y fue su apoyo en las dificultades que le esperaban. Cuando murió, Mahoma la sustituyó con otras mujeres, esta vez mucho más jóvenes, pero ninguna de ellas consiguió hacerle olvidar a Jadiya.

Fueron los cristianos quienes despertaron en él el interés por la religión. En La Meca había algunos, y con uno de ellos, primo de Jadiya, que conocía las Sagradas Escrituras, tuvo no pocas relaciones. Más tarde fue a Medina, tal vez para visitar la tumba de su padre, y allí conoció a bastantes hebreos, que poseían una importante colonia en el lugar, y regresó con frecuencia a verlos. No hay duda de que de esos contactos nació su admiración por la superior moral judía y cristiana, y también por una religiosidad centrada en un solo Dios y revelada a través de un Libro Sagrado que contenía sus dictámenes intocables. Muchos árabes sentían vagamente la necesidad de algo que pusiese fin a su estado de anarquía e impusiera un código de convivencia civil a aquellas tribus divididas por rivalidades y venganzas. Algunos de ellos habían formado una secta que rechazaba la idolatría de la Kaaba y propagaba la idea de un Dios único y universal, por encima de todo y de todos. Y de la espera de su advenimiento suelen nacer los profetas.

Mahoma vaciló mucho antes de darse cuenta de que él era uno de estos últimos. Solo cuando ya tenía cuarenta años tomó la costumbre de dedicar a la oración y a la meditación el mes santo del Ramadán, en una gruta del monte Hira, a cinco kilómetros de la ciudad. Su hijo adoptivo Alí nos lo describe, en aquel tiempo, como un hombre de estatura un poco inferior a la media, de constitución bastante delicada, nervioso e impresionable, fácil presa de la ira, que le enrojecía el rostro e hinchaba de modo alarmante las venas del cuello. Sin embargo, dominaba bastante bien sus impulsos. Poseía una buena dosis de sentido del humor, pero solo lo demostraba entre sus íntimos. En público, casi nunca reía, y conservaba una dignidad impasible.

Una noche del año 610, cuando ya había pasado los cuarenta, mientras dormía en su cueva de la montaña, se le apareció en sueños el arcángel Gabriel y,

tendiéndolé una pieza de brocado en la que había bordadas algunas palabras, le dijo: «¡Lee!». El hombre dormido le contestó que no sabía leer, pero el arcángel repitió su mandato. Mahoma leyó en voz alta, como si aquellas palabras estuvieran escritas en su mente. Al despertar, las recordó y comenzó a subir montaña arriba hasta que oyó una voz que le gritaba desde el cielo: «¡Oh, Mahoma! Tú eres el mensajero de Alá y yo soy Gabriel». Levantó la mirada y vio dibujada en el azul del cielo la figura de un hombre que repetía la misma advertencia.

De regreso en su casa, le refirió la visión a Jadiya, que no tuvo dudas sobre la autenticidad y el significado de lo que oía. Desde entonces, las experiencias extáticas se repitieron con frecuencia. A veces lo sorprendían cuando iba sobre el camello, que parecía participar de la visión deteniéndose y sin hacer un solo movimiento. Mahoma advertía los síntomas del éxtasis por un intenso sudor y un zumbido en los oídos, al que muchas veces seguía un desvanecimiento. Tal vez se tratara de una crisis de epilepsia. Comoquiera que fuese, en esos estados de «trance» recibía, habituahnente de labios de Gabriel, la revelación. Y a la pregunta de cómo hacía para recordarla cuando volvía a la realidad, contestaba que Gabriel le hacía repetir sus palabras varias veces.

XXXVI. LA HÉGIRA

Durante los cinco años que siguieron, Mahoma afirmó cada vez con mayor insistencia que él era el profeta elegido por Alá, es decir por Dios, para conducir a los árabes por el camino de la verdad. Pero resultaba difícil hacerlo creer. La Meca era una ciudad mercantil y escéptica, que vivía sobre todo de lo procedente de la Kaaba con sus muchos dioses. Sacrificarla al único Alá era un mal negocio, además de ser un ultraje a la tradición, a las costumbres y a la superstición. Mahoma intentó hacer más atractivo su credo con detalladas descripciones de las celestiales bienandanzas que esperaban a los creyentes. Pero durante un tiempo no contó más que con su mujer, Alí y la sierva Zaida, una esclava a la que había dado la libertad.

Por fin a ellos se añadió un cuarto adepto de alta categoría, Abu Bakr, que era un quraishí de gran prestigio y riqueza. Su conversión impresionó a la gente y provocó la de otros cinco «notables», que con él formaron «los seis compañeros» o apóstoles, que transcribieron las palabras del profeta y se convirtieron en sus biógrafos y propagandistas. Apoyado en ellos, Mahoma comenzó el asedio de la Kaaba para predicar a los peregrinos que se dirigían a ella. Los quraishíes que hasta entonces habían sonreído con aquel pariente del que consideraban que tenía la cabeza a pájaros, empezaron a alarmarse: la Kaaba era su industria. Y seguramente habrían pasado a la acción de no haber intervenido Abu Talib. Este no se había convertido, pero quería a su sobrino y tenía muy vivo el sentido de la solidaridad familiar. Bajo su protección, Mahoma pudo proseguir su acción de proselitismo. Sobre todo atraía a la plebe, porque la palabra del Profeta contenía un mensaje de justicia y de caridad. Y como no podía hacer nada contra los ciudadanos libres que acudían a escucharle, los quraishíes la emprendieron con los esclavos, sobre los cuales tenían derecho de vida y muerte. Abu Bakr, sin embargo, gastó sus bienes para rescatarlos. Y es fácil imaginar qué celosos prosélitos tuvo desde entonces Mahoma.

No obstante, cuando la nueva fe atacó también la esclavitud, que era la base de la economía de aquella tosca sociedad, las reacciones fueron tan violentas que Mahoma y sus conversos decidieron trasladarse a otro lugar. Taif, el lugar en que pensaban instalarse, los rechazó para evitarse sinsabores con La Meca. Fue un momento crítico para el Profeta. Uno tras otro murieron Abu Talib, su gran protector, y Jadiya, su fiel compañera. Mahoma únicamente hallaba consuelo en sus visiones. Una noche soñó que estaba en Jerusalén, desde donde un caballo alado lo condujo al cielo. La leyenda de este vuelo hizo de Jerusalén una de las tres ciudades santas de la religión islámica, como ya lo era de la hebraica y de la cristiana.

Mahoma se consoló de su viudez casándose con dos mujeres, a las que después añadió otras: la viuda Sauda, de cuarenta años, y la hija de Abu Bakr,

Aisha, que tenía siete. Suponemos que una para usos diurnos y la otra para los nocturnos. Seguía predicando en la Kaaba, donde logró cierto éxito con los peregrinos de Medina, ya medio convertidos por los hebreos a la idea de un solo dios. Los de Yatrib lo invitaron a trasladarse a su ciudad y lo hicieron precisamente en el momento exacto. El nuevo jefe de la rama omeya de los quraishíes, Abu Sufyan, había decidido eliminar a aquel aguafiestas hachemita. Mahoma escapó por milagro a sus sicarios. El día de su fuga, o Hégira, a Yatrib, 16 de julio de 622, se convirtió para los secuaces de su religión en lo que para nosotros los cristianos es la Natividad de Jesús: el comienzo de una nueva era.

Yatrib, que posteriormente se llamaría Medina, la Ciudad por antonomasia, trescientos kilómetros más al norte, era una pequeña ciudad de jardines, de palmas y de dátiles. Mahoma, que había sido precedido por doscientos secuaces de La Meca, con sus respectivas familias, fue acogido con entusiasmo. Cada uno quería que se detuviera en su casa. Y el Profeta, para evitar celos, respondió diplomáticamente: «Dejad que el camello decida. Donde él se detenga, me detendré yo». El camello escogió un bonito sitio, fuera de la población. Allí, Mahoma hizo construir su primera mezquita y dos casitas, una para Sauda y la otra para Aisha, con las que él se turnaba. Más tarde añadió otras, a medida que tomaba nuevas mujeres.

Cuando la mezquita estuvo terminada, Mahoma celebró en ella una ceremonia con la que prácticamente dictaba los cánones, simplicísimos, de su liturgia. Subió al pulpito, lanzó el grito de «¡Alá es grande!», al que todos los presentes hicieron eco, y se inclinó para orar, volviendo la espalda a la gente. Después, retrocediendo, descendió las gradas y, una vez abajo, se postró tres veces con el rostro contra el suelo, mirando hacia Jerusalén. Este gesto se convirtió desde entonces en el símbolo del islam, palabra que significa «paz» o «abandono» en Dios. Por último, volviéndose a los fieles, dijo que este era el ritual que había que seguir, lo mismo en la mezquita que en el desierto o en cualquier otro lugar, y los llamó «musulmanes», que significa «los que han hecho la paz con Dios».

Sin embargo, aún había que superar bastantes dificultades. Los musulmanes se habían dividido en dos comunidades, los «Refugiados» (de La Meca) y los «Socorredores» (de Yatrib), que no se veían con buenos ojos. Mahoma los emparejó de dos en dos en un vínculo de fraternidad adoptiva sancionado por el juramento.

La mayoría de los ciudadanos no aceptaban su credo, y con suprema habilidad el Profeta los llamó «disidentes», como si fueran ellos los que se apartaban de su religión, en vez de ser él quien se alejaba de la de ellos, y los dividió estipulando un acuerdo con las numerosas y fuertes comunidades hebreas. Esto le permitió conquistar también el poder civil y administrativo sobre la ciudad, rasgo destinado a ser característico del islam, que centra en la misma persona el poder temporal y el espiritual.

Pero entonces, al verse convertido prácticamente en rey, tuvo que resolver también los problemas materiales, que eran bastante complicados. Con la inmigración de los refugiados, la ciudad estaba amenazada por la carestía. Mahoma recordó que era árabe y ordenó a sus lugartenientes que hicieran lo que hacen los árabes cuando tienen hambre: saltear caminos. Las caravanas que iban y

volvían a La Meca fueron regularmente atacadas y aliviadas de sus cargas. Esta fue la escuela de guerra en la que se formaron los famosos generales de Mahoma, llamados a asombrar al mundo con sus gestas napoleónicas. La ley del profeta era simple y precisa: cuatro quintas partes del botín pertenecían a quienes lo obtenían, y el otro quinto a él para la financiación de la propaganda. El saqueador que perdía la vida en su hazaña, ganaba el paraíso y su parte de botín correspondía a su viuda.

En La Meca, centro de las compañías de transporte que organizaban las caravanas, la reacción fue violenta. Abu Sufyan organizó un ejército de mil hombres para infligir a los bandidos un castigo ejemplar. Mahoma salió a su encuentro, guiando personalmente a trescientos de sus adeptos. Quizá, si hubiera perdido aquella batalla, no existiría el islam. Pero venció, atribuyó la victoria a Alá y demostró a todos el potencial guerrero que se fraguaba dentro del celo religioso de sus seguidores. Abu Sufyan, que se salvó de la muerte, juró no tocar a ninguna de sus mujeres hasta haber vengado aquella humillación.

Debía de ser un hombre dueño de sus propios impulsos, porque empleó un año en preparar la venganza. Pero tampoco el profeta se estuvo mano sobre mano. Animado por la victoria, había instaurado un régimen autocrático, no sin una pizca de culto a la personalidad.

Hizo apuñalar a un poeta y a una poetisa de Yatrib que en sus versos le habían hecho objeto de burla; rompió con los hebreos, a quienes no gustaba demasiado aquel modo de gobernar, y los aisló en su barrio, privándoles de todos sus bienes. Después de estos hechos cambió su propio ritual: la postración de la plegaria no debía hacerse mirando hacia Jerusalén, sino hacia La Meca.

Sufyan logró su venganza en el año 625, cuando sus tres mil hombres vencieron a los mil de Mahoma, que estuvo a punto de perder la vida en las colinas de Ohod, pues los suyos lo salvaron a duras penas. Pero Medina resultó inconquistable. Después de un mes de asedio, los de La Meca tuvieron que retirarse y Mahoma se vengó en los hebreos, colocándolos ante la alternativa: o la conversión al islam o la muerte. Los hebreos escogieron la muerte. El profeta hizo degollar a seiscientos, todos los que eran útiles para pelear, y vendió a las mujeres y los niños como esclavos. Después entabló conversaciones de paz con La Meca pidiendo para sí y para sus refugiados el permiso de volver en una peregrinación pacífica. Los quraishíes se lo concedieron, e incluso, para evitar roces, se retiraron a las colinas cercanas. La peregrinación fue para el profeta una victoria más importante que las obtenidas en los campos de batalla. La Meca se asombró ante el espectáculo de disciplina y devoción que ofrecían los dos mil musulmanes. Dieron siete vueltas a la Kaaba y después, mientras Mahoma se inclinaba reverente sobre la Piedra Negra, gritaron: «¡No hay más dios que Alá!». Como había sucedido, seiscientos años antes, a los primeros hebreos seguidores de Jesús, que en el cristianismo vieron en la liturgia del profeta una puesta al día de la liturgia tradicional, que en nada ofendía al culto de la Piedra Negra, y la aceptaron. Habiendo salido de Medina con dos mil secuaces, Mahoma volvió con cuatro o cinco mil. Y comprendió que había vencido.

Para obtener el permiso de la peregrinación, había estipulado con los quraishíes un armisticio de diez años.

Pero no lo respetó. Con toda clase de pretextos rompió la tregua y marchó contra La Meca al frente de diez mil hombres. Abu Sufyan se dio cuenta de que la partida estaba perdida y no le ofreció resistencia. Caballerosamente, el Profeta ofreció una amnistía a todos sus enemigos, menos a tres o cuatro que fueron rápidamente liquidados. Destruyó los ídolos de la Kaaba, pero respetó la piedra negra y sancionó el beso ritual que solía dársele. Proclamó a La Meca ciudad santa del islam, confirmando así su primado religioso, y desde aquel momento reunió en su persona los poderes de Dios y del César.

Tenía ya sesenta años y no le quedaban más que dos de vida. Los empleó bien, gobernando con autoridad y clemencia. Las conversiones alcanzaron un ritmo vertiginoso. Se le rindió incluso el más célebre poeta árabe, Kab ibn Zuhair, que hasta entonces había sido enemigo acérrimo suyo, y compuso para el Profeta un poema tan inspirado que Mahoma le echó sobre los hombros su propio manto. La sagrada reliquia forma parte ahora del tesoro de los turcos y a veces es usada como estandarte nacional.

Mahoma no era un legislador y no compuso ningún código a la manera de Justiniano. El código fue sacado como se pudo del conjunto de veredictos que formulaba de viva voz, a medida que se presentaban problemas que resolver. Modestamente, el Profeta atribuía la paternidad de aquellas decisiones a Alá, que se las inspiraba cuando entraba en estado de éxtasis. Alá era un dios siempre dispuesto a socorrerlo. Le sugería las decisiones que debía tomar hasta en sus pequeñas dificultades personales y familiares. Por ejemplo, cuando sus mujeres intentaron impedir que se casase con su nuera Zaida, él dijo que era Alá quien se lo ordenaba, y enseguida cesó la oposición.

Así, también con el ejemplo, confirmó el Profeta la poligamia ya practicada por los árabes, y hasta la impuso como obligación moral haciendo él mismo un amplio uso de la misma. Muchos de sus matrimonios fueron actos de caridad y de cortesía hacia, por ejemplo, las viudas de sus amigos y seguidores. Otros fueron sugeridos por la diplomacia, como el celebrado con la hija de Abu Sufyan. Pero hubo también verdaderos matrimonios de amor o de placer. Aisha recordaba siempre haberle oído decir que en el mundo solo hay tres delicias: las bellas mujeres, los buenos olores y las plegarias santas.

Fue un gran organizador civil y militar, y los efectos se vieron después de su muerte, cuando el pequeño ejército árabe se lanzó a una campaña más vasta que la de Alejandro Magno y menos efímera. En una sola cosa se mostró poco inspirado: en la reforma del calendario. Como los hebreos, los árabes habían dividido el año en doce meses de veintiocho días. Cada tres años, para ponerse nuevamente de acuerdo con el sol, añadían un mes suplementario. Mahoma abolió este último, imponiendo un reparto de meses alternados de treinta y veintinueve días. Así, el calendario musulmán perdió el paso con el cambio de las estaciones y cada treinta y dos años y medio se encontró con un año de adelanto con respecto al calendario cristiano.

El profeta vivía con mucha sencillez. Su único lujo era aquella colección de mujeres, entre las que dividía imparcialmente sus noches. La más indócil y posesiva era Aisha, que con sus caprichos consiguió coaligar a las demás contra ella. Para aplacar la discordia, el profeta hizo que Alá le enviara una «revelación» especial que restableció la disciplina. Las trataba a todas con mucha cortesía,

ayudándolas a veces en los trabajos domésticos, como un buen marido americano. Iba al mercado a hacer las compras, barría el suelo, encendía el fuego y a veces los viandantes lo veían a la puerta de su casa remendándose la túnica. Era sobrio. Su dieta consistía en pan, dátiles, leche y miel, y en obediencia a sus propias disposiciones fue siempre abstemio.

La modestia de sus costumbres, empero, no era más que la fachada de un inmenso orgullo que a veces lindaba en la vanidad. Llevaba en el dedo un anillo con esta inscripción: «Mahoma, mensajero de Alá», se rociaba con perfumes, se teñía el cabello y se pintaba los ojos. Le gustaba estar en el centro de las conversaciones y de la adoración general, pero se sentía molesto cuando aquella atención resultaba demasiado insistente y amenazaba su vida privada. «Déjame solo —dijo una vez a un admirador que lo obsesionaba con su presencia—, de manera que mi deseo de ti pueda crecer.» Juez justo y magnánimo, era un guerrero despiadado en las batallas. Nada tenía de «santo» en el sentido que nosotros, los cristianos, damos a este atributo.

Desde que volvió a La Meca, su salud empezó a declinar. Echaba la culpa a un veneno que sus enemigos le habrían administrado. Sufría fiebres y hemicranias, cada vez más frecuentes. Una noche, a finales de mayo del año 632, mientras yacía con Aisha, esta se quejó de un fuerte dolor de cabeza. Burlándose, él le preguntó si deseaba morir en su compañía, de manera que pudiese estar enterrada junto al Profeta. «Contigo, sí —contestó Aisha—. Pero no antes, pues me reemplazarías por otras en cuanto regresases del cementerio.» Durante dos semanas, la fiebre lo tuvo en el lecho. El 4 de junio se levantó, se arrastró hasta la mezquita, vio a Abu Bakr oficiar en ella y en vez de tomar su puesto, se sentó junto a él, humildemente, orando. Era, claramente, la designación del sucesor. Inmediatamente después entró en agonía y el día 7 la muerte lo sorprendió con la cabeza hundida en el seno fresco y turgente de Aisha.

XXXVII. LA GRAN DIÁSPORA

La gran herencia de Mahoma fue el Corán, palabra que significa «lectura» o «discurso». A diferencia de la Biblia, es obra de un solo hombre, que no la escribió de propia mano y ni siquiera la dictó. Fue reconstruido de memoria por Abu Bakr y los otros «compañeros», que recordaban perfectamente lo que el profeta había dicho y recompusieron sus fragmentos en un manuscrito que fue definitivamente ordenado el año 651.

Pero se trataba de un orden muy relativo y solo formal. Los 114 capítulos o *azoras* de que está compuesto, aparecen en orden, no según su materia e importancia, sino según su longitud decreciente. Y dentro está todo, revuelto: afirmaciones de doctrina, reglas litúrgicas, consejos de economía, proclamas de victoria, denuncias de enemigos, apólogos y hasta anécdotas. Pero en compensación, hay, según los enterados, una maravillosa unidad de estilo, apasionado y poético, que en muchos pasajes recuerda a Isaías y hace de este libro el más puro, el más espléndido, el más deslumbrante de toda la literatura árabe.

La fuente de inspiración es la acostumbrada, es decir, la hebraica, de la que había partido también el cristianismo. En el punto fundamental, las tres religiones están de acuerdo: un Dios único y supremo, después de haber creado el mundo, lo guía, aunque a veces sea a través de los errores de los hombres, hacia la salvación final. El cristianismo había añadido que ese Dios se manifiesta en tres personas distintas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Igual que para los hebreos, también para los musulmanes esto es una herejía politeísta. El Corán la discute con violencia y el muecín desde lo alto del minarete, reafirma cada día: «¡Hay un solo Dios: Alá!».

No vamos a perdernos en cuestiones teológicas, que se salen de nuestra tarea. A nosotros solo nos interesa ver cómo y por qué el islam consiguió hacer de unos pocos y dispersos nómadas sin historia, primero una nación, después un imperio mundial y continuar representando una de las grandes potencias de la tierra.

Mahoma fue el primer árabe que superó la concepción tribal. Antes de él, cada tribu era una unidad que constituía una especie de tosco Estado por propia cuenta y con su propia religión, encarnada en un ídolo de la Kaaba. Al derribarlos a todos y proclamar que había un solo Dios, Alá, Mahoma fundó el Estado nacional. Dijo y consiguió, que es lo que importaba más, hacer creer que los musulmanes forman una «hermandad» que exigía renunciar a las luchas intestinas. Los efectos prácticos y políticos de esto no se hicieron esperar: las endémicas guerras de *razzia* dejaron de desangrar a Arabia. Pero hubo, además, otro efecto. El Profeta había dicho que Alá era, no solo el Dios de los árabes, sino el de todos. Por lo tanto, sus seguidores tenían el deber de llevar su Verbo a todo el mundo y convertir a cuanta gente pudieran. Pero no es verdad que el Corán animara a

exterminar a quienes ofrecían resistencia. «Trata a los no creyentes con cortesía», dice. «Si te vuelven la espalda, sigue predicándoles sin ofenderlos.» Este impulso de proselitismo fue tanto más eficaz cuanto que se conciliaba perfectamente con el viejo aguijón peripatético y conquistador de los árabes y con la necesidad que, ya unidos, sentían más intensamente de tierras más fértiles y ricas que su meseta arenosa. Así, la fe fundía a aquellas bandas de ladrones y salteadores en un ejército y les proporcionaba un pretexto ideológico para su fuerza agresiva.

No hay en el credo musulmán ninguna huella de misticismo que favorezca el repliegue contemplativo y especulativo. No hay sacerdocio, ni ritual, fuera de la plegaria en dirección a La Meca, que no requiere una iglesia, puesto que puede hacerse en cualquier parte. El creyente sabe que Dios lo ha decidido ya todo para él.

Por lo tanto, no queda más que abandonarse a sus manos y seguir su voluntad. En el curso de los siglos, esta convicción se traduciría en el inerte fatalismo que ha modificado prácticamente la civilización árabe. Pero entonces solo tuvo el efecto de armar a los musulmanes con un valor tranquilo y un soberano desprecio por la muerte. Cada uno de ellos sabía que el paraíso se gana de una sola manera: aceptando el propio destino. A esto se añadían los preceptos, celosamente observados, de una ética puritana. El profeta no había corregido la sensualidad de los árabes, pero había limitado a ella su indulgencia. Que tuvieran las mujeres que desearan, hasta cuatro, pues en el paraíso tendrían aún más. La guerra devora a los hombres y, por lo tanto, hay que procrear muchos. Pero en todo los demás, sus prohibiciones son rigurosas: imponen la dieta más sobria, la disciplina más dura, las renuncias más severas.

En resumidas cuentas, además de darles un sentimiento nacional y una lengua codificada, el Corán proporcionó a los árabes el catecismo de una milicia misionera. Así, partieron a la conquista del mundo cristiano, pudiendo oponer no solo la espada a la espada, sino también Escritura a Escritura. El gran drama de la Edad Media iba a representarse sobre la lucha entre tres libros, todos de origen hebreo: la Biblia, el Evangelio y el Corán. Para el primero, el profeta de Dios debía aparecer aún sobre la tierra. Para el segundo, había aparecido ya con Jesús. Para el tercero, con Mahoma.

Pero llamárase Dios, Yahvé o Alá, era para los tres el Omnipotente Señor hebreo del Viejo Testamento.

Y sin embargo, por este modo de llamarlo y entenderlo diversamente, los hombres se han matado unos a otros durante siglos y todavía hoy siguen haciéndolo en su Nombre.

Mahoma no había dejado un testamento con la designaron de sucesor. Pero todos reconocieron este título a Abu Bakr, por quien el Profeta se había hecho sustituir en la mezquita. Fue él el primer califa, que significa «representante» o «vicario», como san Pedro lo fue de Jesús. Alí, sobrino e hijo adoptivo de Mahoma, se ofendió por ello y se retrajo en un rencoroso aislamiento, con su tío Abbas. De aquella primera disidencia derivaría para el mundo árabe islámico una serie ininterrumpida de cismas y de guerras internas.

Abu Bakr se encontraba ya en el umbral de los sesenta, y las tribus del interior, que rechazaban aún la nueva fe, interpretando su modestia y su piedad

como debilidad, se rebelaron contra él. Ascético, pequeño y enjuto, pero robustísimo y decidido, Abu Bakr los dejó reunirse; después los rodeó y acabó con ellos en una magistral batalla. No se sabe si por un milagroso contagio de fe o por respeto al más fuerte, los rebeldes supervivientes se convirtieron en masa y se alistaron bajo las banderas del profeta. Pero seguían siendo unos bandoleros a los que había que dar algún empleo.

Aunque Abu Bakr prefería la oración a la guerra, los acontecimientos le permitieron conciliar ambas actividades. Aprovechándose de la debilidad del Imperio de Bizancio, del que dependían, y de su endémica lucha con Persia, algunas tribus árabes de Siria se rebelaron y pidieron ayuda a los hermanos musulmanes. Abu Bakr vio en esto una magnífica ocasión para convertirlas y envió en su ayuda a su más valiente general, Jalid, con unos centenares de hombres. Fue un episodio de guerra-relámpago anticipada. Los árabes de Siria aceptaron el Corán, por decirlo así, a ojos cerrados; se alistaron en masa bajo las banderas de Jalid y lo arrastraron a Irak, donde se repitió el episodio. Según las crónicas, lo que sobre todo suscitó el entusiasmo de los nuevos adeptos fue la representación del paraíso mahometano como un harén sin límites. Jalid fue generoso a la hora de dar anticipos de ello a sus soldados. Entre las condiciones que impuso a la ciudad de Hira, cuando esta capituló ante su asedio, fue que entregaran a cierta señora en matrimonio a un asistente suyo que la recordaba de cuando era un muchacho y no la había olvidado. La familia se opuso, pero la señora dijo alegremente: «Dejad que él decida cuando vuelva a verme». En efecto, cuando volvió a verla, el pretendiente cambió de parecer y se conformó con una propina.

Abu Bakr no había autorizado todas aquellas conquistas. Había dado a Jalid estas consignas: «Sed valerosos y justos. Morid antes que rendiros. No toquéis a los viejos ni a los niños. Respetad los árboles, el ganado y el trigo. Proponed a los infieles la conversión. Si la rechazan, que paguen un tributo. Si no lo pagan, matadlos». En aquellos tiempos, eran unas condiciones humanísimas. Con todo, aceptó los hechos consumados de aquella conquista, y cuando supo que su general había derrotado al ejército, tres veces superior al suyo, que el emperador de Oriente, Heraclio, había enviado contra él, le dio el título de «espada de Dios» y pronunció la famosa frase: «El vientre de las mujeres está exhausto. Ninguna de ellas volverá a concebir a un Jalid».

El califa murió poco después, dejando el puesto a su más fiel consejero, Umar. Era este un hombre alto, calvo, pasional y puritano. Iba de un lado para otro con una fusta para golpear a los que no obedeciesen el Corán, y así, a palos, mató a su propio hijo cuando lo sorprendió transgrediendo los preceptos y bebiendo vino. Solo comía pan y dátiles, dormía sobre la tierra y no poseía más que una camisa y un manto. Cerrado en la coraza de sus ascéticas virtudes, no apreció las victorias de Jalid porque supo que habían sido manchadas por episodios de crueldad, y degradó al general. El mensaje llegó en la víspera de una batalla; Jalid lo mantuvo oculto, venció y después, humildemente, se puso a las órdenes de su sucesor, Ubaida ibn al-Haziz, sin discusión.

Prosiguió la conquista, finalmente e irrefrenable. Los centenares de hombres del principio fueron convirtiéndose en millares. Una tras otra, cayeron Damasco y Antioquía. Egipto y Persia fueron ocupados e islamizados. El año 638,

el patriarca de Jerusalén, Sofronio, dijo estar dispuesto a la rendición si el califa iba personalmente a ratificar los términos de la capitulación. Umar acudió. Ubaida y Jalid salieron festivamente a su encuentro, pero él los recibió con estas duras palabras: «¿De esta manera os atrevéis a presentaros a mí?». Su austeridad se sentía ofendida ante los vestidos de brocado de sus generales y las gualdrapas de sus caballos. Umar seguía con su manto y su camisa. Recibió a Sofronio con extremada cortesía, garantizó a los cristianos la libertad del culto en sus iglesias y ordenó la construcción de la gran mezquita que aún hoy lleva su nombre. Pero se negó a trasladar la capital del islam a Jerusalén como muchos querían y se volvió a su modesta ciudad de La Meca.

Umar tenía unos planes muy concretos. Autorizó a sus beduinos a emigrar a los países conquistados, trató de empujar allá incluso a las mujeres y, al no lograrlo, consintió a los varones que poblaran sus harenes con cristianas y hebreas, con tal de que los hijos fueran musulmanes. De esta manera multiplicó el ejército del Islam, pero comprometiéndolo a seguir siendo un ejército. En efecto, prohibió a todos comprar y trabajar las tierras. Los musulmanes debían seguir siendo una casta puramente militar y sacerdotal, entregada a la conquista y a la conversión de las poblaciones. El botín de guerra se repartía así: el ochenta por ciento para el ejército y el veinte restante para la nación. Con todo, ese veinte por ciento bastó para enriquecer Arabia, o al menos La Meca.

Umar fue asesinado a traición por un esclavo persa mientras oraba en la mezquita. Entre los últimos estertores, confió a sus colaboradores más íntimos la misión de designar a su sucesor. Ellos eligieron al más viejo de todos, y el más débil, Uzman, que para colmo de desdichas pertenecía a aquella dinastía de los omeyas que tanto se había opuesto a la hashimí, de la que procedía el profeta. Los omeyas habían abandonado la ciudad y permanecieron siempre en actitud hostil. Volvieron después a La Meca para hacerse con los puestos de mando; Uzman no supo impedirlo, y con ello empezaron las banderías y hubo muchos desórdenes. Por último, Uzman fue asesinado, los omeyas huyeron y el califato volvió a la dinastía hashimí con Alí, el hijo adoptivo del Profeta.

Alí fue un digno sucesor de Mahoma, pero no logró restaurar la unidad del mundo musulmán. Dos de los viejos compañeros del Profeta y la viuda de este, Aisha, se rebelaron contra él y se unieron a los omeyas, dirigidos por Muawiya, el hijo de Abu Sufyan. Alí los venció, capturó a Aisha y la llevó otra vez a Medina con todos los honores. No quiso cebarse con sus enemigos y aquella generosidad fue su ruina. Muawiya alistó otro ejército y se reanudó la lucha. El escándalo de esta rivalidad, que dividía incluso a la viuda y al hijo del profeta, indignó a algunos fieles que se llamaron *jariyíes* o «disidentes» y proclamaron un cisma. Uno de ellos asesinó a Alí con un puñal envenenado. El lugar del atentado, la ciudad de Kufa, se convirtió en lugar santo para los shiíes, que veneran a Alí como vicario de Alá y han hecho de su tumba lo que los musulmanes ortodoxos hacen de La Meca.

Bien o mal, Muawiya consiguió hacerse reconocer como califa de todo el islam. Comprendía este ya a todo el Oriente Próximo, desde Egipto a Persia, gracias a las fulgurantes conquistas de Jalid y Ubaida. Como resultaba imposible gobernar un imperio tan vasto desde La Meca remota, Muawiya trasladó la corte a Damasco, ciudad mucho más céntrica y mejor preparada. Pero se hizo seguir por

todo el clan de los omeyas, que monopolizó los puestos de mando. Esta dinastía permaneció en el poder durante cerca de un siglo, hasta el año 750. Con ella, la república teocrática instaurada por Mahoma, que hacía del califato una jerarquía electiva como el Papado, se convirtió en monarquía hereditaria, que se transmitía de padre a hijos, y dio a todo el Oriente Próximo la forma de gobierno autoritaria y «satrapesca» que ha durado casi hasta nuestros días.

Las divisiones y las luchas no cesaron. Al contrario, se multiplicaron con el tiempo. Pero aquí no vamos a seguir la compleja historia de esos hechos, que nos llevaría muy lejos de nuestro objetivo. Lo que nos interesa saber es la transformación que experimentaron los toscos guerreros de Jalid y Ubaida en los países conquistados cuando se lanzaron desde el norte de África al asalto de Europa, cómo se enriquecieron en el camino y de qué iban a enriquecerse en nuestro continente hundido en las tinieblas de la alta Edad Media.

XXXVIII. MÁS ALLÁ DE GIBRALTAR

Muawiya había conquistado el poder con el fraude, pero el cinismo era solo una de las características de su compleja manera de ser. Como todos los usurpadores, sintió la necesidad de rodearse de fausto, del fausto que rechazaran Mahoma y sus dos primeros austeros sucesores, y en Damasco halló modelos en que inspirarse: el complicado ceremonial de los emperadores de Bizancio y de Persia, que siempre se habían disputado aquellas comarcas. También a imitación de ellos, Muawiya transformó el califato de república electiva en monarquía hereditaria, pero no se detuvo aquí. Hombre inteligente de mundo, convertido al islam solo por comodidad, admiró la civilización y la cultura griega, las respetó y allí envió a sus hombres a aprender. Los generales de Abu Bakr y de Umar eran analfabetos. Lo único que sabían era que hay un solo Dios, Alá, y que Mahoma es su profeta. No se les pedían otros conocimientos para alistarse, y los galones los ganaban solo con la espada. Tampoco las oraciones requerían especial instrucción. Más aún, la gran fuerza de contagio que ejerció el islam sobre las poblaciones conquistadas dependía también de la elemental simplicidad de su liturgia. No se necesitaba saber leer y escribir para aprenderse de memoria los versículos del Corán que constituían la plegaria. Bastaba oírlos declamar en voz alta tres o cuatro veces para estar en condiciones de repetirlos. Y no era necesario comprender su significado para creer lo que decían. Más aún, seguramente era mejor no entenderlo.

Pero con Muawiya las cosas empezaron a cambiar. No encontró dificultad en convertir al islam a los árabes de Siria, Irak, Palestina o Egipto. Pero entre ellos había selectos profesores y científicos que llevaban a la nueva fe, en la que no sabemos cuánto creían realmente, todo el bagaje de las culturas hebraica y cristiana en las que los habían tenido sumergidos durante siglos los emperadores bizantinos y persas.

Esta cultura era muy superior a la de la Europa occidental, donde los conquistadores germanos habían hundido toda la herencia clásica, que solo más tarde redescubrirían. De la civilización romana solo habían respetado, gracias a la Iglesia sobre todo, la lengua, contaminándola, y algo de la ordenación jurídica. Pero todo lo demás —literatura, filosofía, ciencia— solo sobrevivía en los escasos textos y documentos que los monjes, especialmente los benedictinos, habían conseguido salvar en las catacumbas de sus conventos, donde por otra parte nadie acudía a consultarlos. La Europa bárbara ya casi no sabía nada de lo que habían sabido los romanos de los grandes siglos de los Augustos. Solamente una minoría conocía los nombres de Cicerón, Séneca, Virgilio, pero muy poco más que los nombres. Nuestro pobre continente balbucía lenguas desarticuladas, en busca aún de una propia morfología. Ignoraba, incluso, que el pensamiento y el discurso tenían una lógica cuyas reglas había dictado un tal Aristóteles, que los números

tenían una raíz cuadrada, etc. Había olvidado todas estas cosas porque faltaban las escuelas donde enseñarlas.

Bizancio, no. Salvada de las invasiones bárbaras, seguía desarrollando la gran cultura griega y la había difundido en todas las provincias de su imperio, incluidas las que ocupaban Muawiya y sus sucesores. Los conquistadores árabes fueron inmediatamente conquistados por Euclides, por Hipócrates y Platón, entre otras razones porque no tenían más que el Corán para oponer a aquellos grandes seductores. Y así comenzó la enorme obra de fertilización de la civilización árabe, para la que hicieron de vehículos y mediadores sobre todo los hebreos, que no encontraron mucha dificultad en traducir el griego al árabe, idioma muy próximo al de ellos.

Los árabes no solo se mostraron receptivos, sino creadores. Lo fueron, por ejemplo, en las matemáticas, en las que inventaron el «cero» (*sifr*), que ni siquiera habían concebido los griegos y los romanos, y elaboraron el álgebra, que es un descubrimiento suyo y deriva su nombre de *al-jabr*. También crearon la química cuyas bases científicas inventaron, así como su fundamental utensilio, el alambique (*al-anbiq*). Uno de ellos, Gebir, hijo de un farmacéutico de Kufa, fue el primer biólogo que analizó las heces y la sangre. Fueron ellos quienes fundaron en Damasco, en 709, el primer hospital del mundo y practicaron en él la anestesia. El Frugoni[*] de la Edad Media fue el persa Rhazes, autor de un tratado en veinte volúmenes en el que se inspiró más tarde toda la medicina europea.

No menos profunda fue la revolución en el terreno filosófico y especulativo. Abu Yusuf al-Kindi no sospechaba la existencia de una ciencia del pensamiento cuando salió de su aldea natal de Arabia para ir a estudiar a Bagdad. Ni siquiera sabía hacia qué estudios orientarse y se dedicó a todos con el voraz entusiasmo del principiante. Después descubrió a Aristóteles y Platón y se sumergió en ellos. Una vez armado con los instrumentos de la lógica, inició el examen crítico del Corán. Naturalmente, dejó de creer en él, y por desgracia lo dijo y lo escribió. La herejía le valió la prisión, pero hizo de él el pionero de un racionalismo aplicado a la fe que, después de haber sacudido al islam, se transferiría por contagio al campo cristiano en el que suscitaría todo lo que más tarde suscitó desde Abelardo hasta santo Tomás.

Entre los grandes maestros griegos, al-Kindi se inspiró sobre todo en Platón. En cambio, al-Farabi caminó sobre el surco de Aristóteles. Era un hombre curioso, que ni siquiera se preocupó de proporcionarse unos honorarios ni un alojamiento. Vivió como Sócrates, pero sin sus vicios, pidiendo hospedaje a unos y a otros y escribiendo en todo momento. Han quedado de su pluma treinta y nueve obras, pero había escrito muchas más. Lo que hace originales y memorables esos libros es el estilo, aunque esto, desgraciadamente, solo pueden apreciarlo los árabes, y la angustia. Al-Farabi era un creyente y, a diferencia de al-Kindi, hizo lo posible para concordar el Corán con la lógica aristotélica, es decir, para conciliar la razón y la fe, el gran problema que iba a obsesionar a todo el pensamiento occidental cuando fue contagiado por el oriental.

Tal vez santo Tomás, que pisó este mismo camino, aunque en nombre de Jesús en vez de hacerlo en el de Mahoma, no supo nada de al-Farabi. Pero supo,

---

[*] Célebre médico italiano actual. (N. del T)

desde luego, de Avicena, cuyas obras fueron ley en las universidades de la España musulmana y, a través de ellas, en las francesas e italianas. Avicena confiesa haber leído la *Metafísica*, de Aristóteles, cuarenta veces, sin entender nada. No procedía de estudios filosóficos. Era un médico magnífico de la categoría de Rhazes, que se encontró envuelto en cuestiones políticas, estuvo algunas veces en un calabozo y vivió siempre en peligro. Estudió y escribió de todo, incluida el álgebra, la geometría y la astronomía. Cuando por fin penetró en la *Metafísica* de Aristóteles, se dio cuenta de que su vocación era esa y hasta el fin le fue fiel. Lo que nosotros llamamos «filosofía escolástica» y consideramos un producto original de la Iglesia católica elaborado entre los siglos xn y xiv para rechazar el asalto del racionalismo, procede del islam y ha tenido como iniciadores a al-Farabi, Avicena y Averroes. Fueron estos quienes recogieron toda la filosofía griega y especialmente la herencia de Aristóteles, le dieron forma árabe, la llevaron a España y a Sicilia en el bagaje de sus ejércitos, y desde allí la difundieron por toda Europa, que nada sabía de todo aquello desde que las invasiones bárbaras la habían apartado de oriente y de la cultura griega.

Este gran florecimiento de estudios y descubrimientos no había estallado aún en el mundo islámico cuando los ejércitos del califato se extendieron a la conquista de todo el norte de África. Pero allanaron su camino para la difusión por Europa. Egipto no había opuesto resistencia. Los bizantinos, que lo gobernaban en aquel momento, habían cometido graves errores. En primer lugar, lo esquilmaban, sacando de sus tierras todo el trigo para llevarlo a Bizancio. Después, persiguieron a los cristianos monofisitas porque los consideraban herejes. Y por último, para sus guarniciones en aquella provincia se servían sobre todo de soldados árabes. Estos abrieron las puertas a sus hermanos musulmanes, guiados por el general Amr, a quienes los perseguidos cristianos acogieron con entusiasmo.

Amr era un árabe de la madera de Jalid. Analfabeto, conocía solamente los versículos del Corán y su cultura estaba resumida en la espada. Cuando entró en Alejandría, se quedó asombrado. «Hay cuatro mil palacios, cuatrocientos baños y cuatrocientos teatros», explicó en un mensaje al califa. Había también otras tantas sectas cristianas, que lo hicieron arbitro de sus litigios teológicos, de los que, naturalmente, no comprendió nada. Les preguntó por qué no cortaban en seco las disputas convirtiéndose todos al islam. Muchos lo hicieron así. A los que se negaron, Amr les impuso un tributo, y además garantizó la libertad de cultos para que cada uno respetase el del prójimo. Un gramático griego acudió a pedirle permiso para llevarse algunos manuscritos de la célebre biblioteca, la más grande de la antigüedad, en la que había millares de volúmenes. Amr, que nunca había visto más libro que el Corán, se quedó pasmado a la vista de todos aquellos volúmenes y mandó un mensaje al califa Umar para saber qué debía hacer. Parece ser que Umar contestó: «Si todos esos libros están de acuerdo con el del profeta, son superfluos y por lo tanto es inútil conservarlos. Si no concuerdan, son dañinos y por lo tanto es necesario destruirlos». Así, Amr distribuiría aquellos libros entre los establecimientos termales, que los usaron como combustible para sus calderas. Al parecer, sin embargo, todo esto es una fábula. Tal vez, Amr destruyó en efecto lo que quedaba de la gran biblioteca, pero lo cierto es que quedaba bien poco. La mayor parte de los preciosos textos autógrafos de Sófocles, Esquilo, Polibio, Tito

Livio, Tácito y quién sabe de cuántos otros clásicos, habían sido saqueados ya por los fanáticos cristianos en los tiempos del patriarca Teófilo. Otros habían sido robados por coleccionistas. O deteriorados por la humedad y la incuria. Pero, fuera de quien fuese la culpa, aquella pérdida fue irreparable. La destrucción de la Biblioteca de Alejandría ha quedado en la historia como uno de los más nefandos atentados contra el genio del hombre y su cultura.

Amr administró bien Egipto. Obediente a las órdenes de Umar, no permitió que sus hombres se establecieran allí. Para sustraerlos a las tentaciones de la dolce vita de Alejandría y mantenerlos en el aislamiento que va bien a una casta militar, construyó una nueva capital y le dio el nombre que mejor le cuadraba: al-Fustat, que significa «tienda». En efecto, no debía de ser más que un inmenso campamento, sobre el que solo más tarde se desarrolló una verdadera ciudad: El Cairo. Fue la sede de los gobernadores que durante dos siglos iban a administrar Egipto en nombre del califa, primero, de Damasco, y después, de Bagdad.

Pero Amr no se detuvo allí. Siguiendo la lógica del conquistador, no consideraba segura la conquista hasta haber añadido la del país limítrofe. Así, al frente de sus diez mil veteranos, que se habían convertido en cuarenta mil por el aislamiento de los árabes egipcios debidamente convertidos al islam, marchó contra Cirene, se dispersó por la Tripolitania, acampó a unos cien kilómetros al sur de Túnez, plantó la lanza en la arena y con ese simbólico gesto dio el punto de partida a una nueva ciudad, Kairuán, que significa «lugar de descanso» y que se convertiría en una de las grandes capitales del islam.

Las guarniciones bizantinas huyeron en sus naves sin oponer resistencia a aquella marea. Pero Bizancio se dio cuenta de que, si caía también Cartago, el Mediterráneo sería un lago musulmán, y envió una flota y un ejército para oponerse a ello. La población local estaba compuesta de bereberes, que eran los vándalos de Genserio mezclados con los fenicios y los aborígenes de la costa magrebí. Odiaban al Imperio, que los había maltratado. Pero, frente a los nuevos amos, prefirieron los antiguos y con ellos se dispusieron a la defensa de la ciudad. Pero su resistencia no valió para contener el flujo árabe. Cartago cayó el año 698. Desde aquel momento todo el norte de África fue islamizado y dividido en tres provincias: Egipto, con capital en El Cairo, África (Iffriqiya) con capital en Kairuán y el Magreb, o Marruecos, con capital en Fez. Al principio, cada una de ellas fue administrada por un gobernador nombrado desde la lejana Damasco. Pero cuando el califa trasladó su sede a Bagdad, ciudad todavía más remota, los vínculos de dependencia se aflojaron y los gobiernos se transformaron en monarquías hereditarias e independientes.

Esto sucedió después que Tarik hubiera desembarcado en Gibraltar con sus siete mil moros y sus trescientos árabes. Lo había enviado el gobernador Muza, que inmediatamente después lo siguió con otros ocho mil moros y diez mil árabes. La conquista de España fue rápida. Los visigodos, que habían sido sus últimos conquistadores, se habían relajado sin constituir nada que se pareciese a un Estado. Los generales árabes se extendieron por toda la península, impusieron razonables tributos a la población, pero respetaron sus leyes y su religión. Tal vez únicamente bajo el dominio musulmán conoció España una verdadera libertad de conciencia y de culto.

En el año 732, aquellos insaciables devoradores de espacio pasaron los Pirineos en sus pequeños y fogosos caballos y se asomaron a la llanura francesa, avanzando hasta Tours y Poitiers. Habían transcurrido exactamente cien años desde que había muerto Mahoma dejando a sus herederos unas cuantas tribus de beduinos nómadas, con un montón de cabañas de barro y de paja por capital. Y ahora toda Europa, rodeada por el sur en un periplo de miles y miles de kilómetros y atacada desde occidente, temblaba ante su avance.

Tal vez debamos a Carlos Martel y a sus valerosos guerreros francos el hecho de no ser circuncisos. Si también ellos hubiesen sido arrasados, ignoramos qué otra fuerza en nuestro destrozado continente, hubiera podido oponerse a semejante aluvión. Quizá Roma fuese la sede del califa en lugar de serlo del Papa. Probablemente nunca en la historia haya habido una batalla tan decisiva para la suerte de la humanidad como aquella que se libró el año 732 en Poitiers. Diríase que, aun no dándose entera cuenta de ello, las falanges cristianas de Carlos presintieron oscuramente la importancia de la apuesta porque se batieron con indomable ardor durante siete días y otras tantas noches. Por primera vez desde que se habían desparramado más allá de los confines de su desértica península iniciando su diáspora triunfal, los árabes eran frenados y rechazados. No fue solo una derrota, sino el final del mito de su imbatibilidad. Volvieron a probar suerte cuatro años después: invadieron el Languedoc y allí resistieron unos veinte años, dejando huellas que aún tiñen de pintoresquismo esa comarca su dialecto, sus costumbres y el carácter de sus habitantes. Pero ya no eran las invencibles caballerías de antaño. Pipino el Breve, sucesor de Carlos Martel, los expulsó definitivamente de suelo francés en el año 759. Los califas de Damasco, que por aquel entonces apenas empezaban a salir del analfabetismo y no sabían nada de geografía y menos todavía de historia, no atribuyeron mucha importancia a la conquista de al-Andalus, país que, por lo demás, no había dado mucho que hablar y cuyo emplazamiento ellos seguramente ignoraban. Lo llamaron «distrito de Andalucía» y ni siquiera instauraron en él un gobierno, sino que dejaron que dependiera de Kairuán. Pero aquella cabeza de puente musulmana, aunque no consiguiera convertirse, gracias a los francos, en el trampolín de lanzamiento de ulteriores conquistas territoriales en nuestro continente, lo fue de una conquista cultural cuyos frutos han sido siempre infravalorados, especialmente en Italia. Hasta la *Divina Comedia* le debe mucho.

La civilización árabe en España comenzó con una total revolución de la agricultura. La tierra era monopolio de la aristocracia visigoda, que se la había repartido en vastos feudos trabajados por siervos de la gleba. Abd al-Rahman proclamó que los esclavos que se convirtieran al islam adquirirían automáticamente la libertad y la propiedad de las fincas. El efecto fue doble: el islam se transformó en la religión de la mayoría y creó una vasta categoría de pequeños propietarios que tenían el máximo interés en aprovechar sus tierras. Ya había viñedos y olivares, pero entonces se multiplicaron. A través de sus conquistadores árabes, los campesinos españoles importaron semillas desde Oriente y aprendieron el cultivo de productos que Europa aún no conocía: el arroz, el algodón, la caña de azúcar, los melocotones, los dátiles, la mirra, los espárragos, las espinacas, la pimienta y el pomelo. Surgieron los maravillosos jardines de Córdoba, Granada y Valencia. Y fue allí donde un Teseo local, cuyo

nombre ignoramos, instituyó con un inteligente cruce la primera cría racional de potros árabes, fuerza y blasón de los futuros «caballeros».

Las ricas minas de oro, plata, aluminio, cobre, estaño, descubiertas y explotadas antaño por los romanos, pero caídas en desuso durante la época de los visigodos, escasos de nociones de cómo tratar los metales, fueron abiertas de nuevo por técnicos egipcios y sirios que se habían formado en las escuelas orientales y habían seguido en su diáspora a los ejércitos árabes.

Detengámonos por el momento en este estado. Los árabes que tomaban posesión del rincón occidental de Europa, junto a los bereberes y a los moros que habían abrazado el islam y formaban un todo con ellos, no eran aún los refinados intelectuales de Avicena y Averroes, más tarde dictarían su ley a la cultura del continente. Pero tampoco eran esos degolladores truculentos que la leyenda cristiana ha pintado. En comparación con las invasiones que la Europa romanizada había sufrido desde el norte, la árabe fue más suave y sobre todo más fértil. Cuando desembarcaron en España, sus caudillos asombraron a las poblaciones sobre todo por la elegancia de sus uniformes de seda blanca, por la finura de las incrustaciones en sus curvos sables, por el vuelo de sus multicolores turbantes, por sus babuchas con la punta curva y por el brillo de sus joyas. Las mujeres que los seguían rebosaban de collares, brazaletes, diademas. Aún no iban veladas. Sus adornos y su guardarropa denunciaban una artesanía y una industria textil que se anticipaba en siglos a las europeas. Sobre todo, la seda llenaba a todos de admiración. Y en efecto, desde España se difundió por nuestro continente el cultivo del gusano de seda y de la morena.

Al mismo tiempo que este aparato exterior, llegaban las fábulas y la poesía erótica. Los guerreros de Tarik, de Muza y de Abd al-Rahman no sabían leer ni escribir. Pero sabían narrar y cantar y fueron los primeros que lo hicieron en la asustada y balbuciente Europa de entonces. Se instauró una relación más humana entre los conquistadores y los conquistados. También Abd al-Rahman intentó al principio tener aislada a la casta militar, como había hecho Amr en Egipto. Pero no le consintió transformarse en una aristocracia feudal a la manera de la lombarda o la franca, dedicadas a la opresión de las poblaciones. Formó más bien una clase dirigente y de funcionarios, que abandonó todo exclusivismo racial en el harén, donde podía reunir mujeres indígenas, fueran cristianas o hebreas. Y precisamente en el harén se integraron ambos elementos.

El proselitismo religioso no degeneró nunca, o casi nunca, en persecuciones. Es verdad que los musulmanes hicieron lo posible por convertir la población al islam, pero el que quiso resistirse pudo hacerlo, corriendo el riesgo solamente de perder ventajas. El Corán dice que «para cada nación hay un mensajero», que debe ser respetado. Y algunos teólogos musulmanes sostienen incluso que al menos ha habido doscientos mil. Como quiera que fuese, Mahoma reconoció siempre en Jesús un precursor suyo, aceptó las Sagradas Escrituras como textos inspirados por Dios, y un teólogo musulmán de entonces decía: «Si yo hubiera vivido en los tiempos de Jesucristo, no habría permitido que posara su santo pie en el suelo y lo habría llevado sobre mis hombros a donde él quisiera ir». Aunque animados de celo, los misioneros de Mahoma no eran fanáticos. Lo fueron después, cuando el califato pasó a manos de los turcos, que llevaron el ardor de los neófitos. Pero esto sucedió bastantes siglos después.

XXXIX. LOS ÁRABES EN SICILIA

En el año 625, la flota bizantina se encontró en aguas de Alejandría con la árabe. Fue un duelo encarnizado que concluyó con la aniquilación de los griegos, cuyas naves fueron casi totalmente destruidas. El Mediterráneo se convirtió en un lago musulmán y durante algunos siglos los califas ejercieron en él un dominio sin oposición alguna.

No habían pasado muchas semanas después de aquella batalla cuando algunas naves rápidas árabes echaron sus anclas en la bahía de Siracusa, que era entonces un floreciente centro comercial bizantino. El desembarco ocurrió al amanecer, en la playa desierta y caldeada por el sol. La ciudad, cogida por sorpresa, fue sometida a un horrible saqueo. Las iglesias fueron profanadas, y violadas las mujeres. Terminada la *razzia*, los árabes regresaron a sus barcos y volvieron las proas hacia la tierra africana de la que habían partido.

A esta incursión siguieron otras, sobre todo en el siglo siguiente, cuando la «guerra de los corsarios» tomó en todo el Mediterráneo proporciones alarmantes. Por supuesto, no eran solo los musulmanes quienes la practicaban, sino también los cristianos, igualmente feroces pero menos organizados. Las autoridades no solo procuraban pasar por alto esas empresas, sino que animaban a ellas. Los piratas eran presidiarios, evadidos, delincuentes comunes, vagabundos sin oficio ni beneficio con unas enormes ganas de botín y de pelear: una especie de «legión extranjera» *avant la lettre*. La piratería musulmana atacó especialmente las costas de Sicilia, Cerdeña y Córcega, con rápidas incursiones que, sin embargo, nunca fueron, hasta comienzos del siglo a, acompañadas de planes de invasión.

En el año 827, a petición de un puñado de rebeldes siracusanos, que se habían sublevado contra el gobierno bizantino, el emir aglabí Ziyadat Alah I envió en su ayuda setenta naves con setecientos caballos y diez mil hombres, entre ellos algunos millares de piratas. Así comenzó la sistemática ocupación de Sicilia por los árabes. La primera ciudad que cayó en sus manos fue Marsala, que se convirtió en la cabeza de puente de las siguientes conquistas.

En 831, los invasores emprendieron la marcha hacia el nordeste. El mismo año capituló Palermo, donde se instaló un gobernador general. La conquista árabe señaló el término de la dominación bizantina. Los griegos, con sus planes fiscales, se habían hecho impopulares. Las numerosas tentativas de los rebeldes sicilianos fueron ahogadas en sangre. El descontento de sus habitantes contribuyó a la floja resistencia de la isla a los árabes, que llevaron allí el aliento de una cultura rica, fresca y refinada. Esta cultura se impuso a la bizantina y la cubrió.

Palermo se convirtió en el faro de esa civilización de extraordinaria fuerza aglutinante que, como una mancha de aceite, se extendió por toda Sicilia y llegó incluso a rozar el sur de la península. Elevada a la categoría de emirato, la isla imitó los esquemas administrativos de las otras provincias del imperio islámico.

La autoridad del emir era absoluta. Teóricamente no dependía más que del califa de Bagdad que lo había designado y que, en cualquier momento, podía deponerlo, pero en la práctica, la distancia y las dificultades de los medios de comunicación, lo hacían independiente. La administración de las ciudades estaba confiada a un prefecto y el mantenimiento del orden público a un cuestor. La burocracia fue reclutada, al comienzo, entre los musulmanes. Solo más tarde la carrera administrativa fue abierta a los aborígenes, que afluyeron en masa porque garantizaba un puesto estable y un sueldo seguro. La justicia estaba en manos de un alto magistrado, el cadí, que presidía hasta cincuenta procesos al día. Durante las discusiones, que eran públicas y se desarrollaban en el tribunal constituido cerca de la mezquita, los jueces estaban sentados sobre almohadones de seda mientras que los acusados permanecían de pie. Los abogados eran legión. En cada familia había por lo menos uno, poco más o menos como ahora.

Con la nueva civilización, los árabes llevaron a la isla nuevos impuestos e incrementaron los ya existentes. El fisco musulmán no fue menos despiadado que el bizantino. Impuso el tributo sobre la prostitución y aumentó los impuestos de aduanas. Un cronista de la época cuenta que solo el aire que se respiraba estaba libre de impuestos. El que se sustraía a las obligaciones fiscales terminaba en la cárcel. En cambio, el que cumplía tales obligaciones recibía una cuerdecilla que llevaba al cuello a modo de recibo. Este tratamiento, naturalmente, estaba reservado a los «infieles». Los musulmanes gozaban de especiales privilegios, sobre todo fiscales, que hacían de ellos una casta privilegiada. Los cristianos no podían montar a caballo ni hacer carrera en el ejército y en la justicia, pero tenían libre acceso a las demás profesiones. Eran banqueros, médicos, comerciantes, agentes de cambio y tintoreros. Entre estos últimos, eran numerosos los hebreos, que tenían el monopolio de las lavanderías.

También el servicio militar estaba reservado a los árabes, pero no era obligatorio. Como Mahoma había incluido el oficio de las armas entre los seis deberes de un buen musulmán, los voluntarios acudían en gran número. Iban a la guerra con la esperanza de morir y ganar así el paraíso.

En Sicilia, las costumbres del islam se difundieron con asombrosa rapidez, incluso en la vida ordinaria. En los principales centros de la isla aparecieron los primeros minaretes, de los que parecen derivar nuestros campanarios, y las primeras mezquitas. Los nuevos barrios residenciales se inspiraron en los barrios moriscos: amplios palacios con enjabelgado blanco, grandes terrazas y pequeñas ventanas. En el interior, rodeado de un porche, estaba el patio con fuentes y plantas exóticas. Los ambientes interiores estaban amueblados con sobriedad. En el comedor, el sofá y la mesa eran los únicos muebles. El suelo estaba cubierto por alfombras y las paredes decoradas con azulejos. En las alcobas, espejos y candelabros constituían los principales ornamentos. Los palacios de los ricos estaban rodeados de parques en los que crecían plátanos y cipreses. Los jardines aparecían poblados de cisnes, patos, pavos reales y pájaros exóticos.

Antes que por la arquitectura, los sicilianos fueron conquistados por la gastronomía árabe. Cuando llegaron a la isla, los musulmanes habían repudiado hacía ya tiempo ciertas costumbres culinarias de su país de origen que nuestro paladar rechaza. Ya no comían escorpiones, escarabajos ni comadrejas, y habían dejado de considerar al arroz como un alimento venenoso. A pesar de las

prohibiciones del Corán, que desterraba de la mesa el vino, la cerveza y la carne de cerdo, considerada como portadora de la lepra, su cocina suplantó en poco tiempo a la autóctona. Sobre todo la pastelería, en la que los cocineros árabes no tenían rival.

Los musulmanes gustaban de las reuniones mundanas. Las recepciones se desarrollaban habitualmente los viernes, día de descanso semanal, y en ellas solo participaban los hombres. En vez de vinos, se servía zumo de frutas. El uso del café era todavía desconocido. En cambio, se bebía té, que algunos mercaderes habían importado de China. También era desconocido el tabaco. Los banquetes terminaban con cantos y danzas al son de orquestinas compuestas por cinco instrumentos, arpa, oboe, laúd, tambor y guitarra. Un autor árabe del siglo X compiló un código de buena educación para el uso de aquellos que participaban en tales reuniones.

Se lee en él que el perfecto caballero era cumplido y virtuoso, se abstenía de hacer bromas, mantenía sus compromisos y sabía guardar un secreto. En la mesa comía a pequeños bocados, masticaba bien, no se chupaba los dedos y no se los metía en la nariz, no probaba el ajo o la cebolla y, sobre todo, nunca usaba palillos para limpiarse los dientes. Se lavaba al menos una vez al día, se perfumaba la barba con agua de rosas, se depilaba las axilas, se pintaba los ojos y el viernes se cortaba las uñas. No llevaba calzones remendados y en la calle se detenía una vez al menos ante uno de los numerosos portadores de espejos para arreglarse el peinado.

El jueves por la noche abrían sus puertas los *night-clubs* de entonces, donde las bayaderas indias se exhibían bailando medio desnudas. Los locales nocturnos eran los únicos sitios en los que se podía beber alcohol, cuyo contrabando, muy floreciente, era ejercido por cristianos y hebreos.

Los pasatiempos favoritos de los hombres eran las luchas de gallos, el ajedrez y la caza. El juego de ajedrez, originario de la India, era practicado sobre todo por los nobles, que contaban con todo el tiempo necesario para dedicarse a él. En cambio, entre el pueblo, estaban difundidos los juegos de dados y el de la tabla real, también importado de la India.

Los árabes cazaban la liebre, la perdiz, las ocas salvajes y los patos que poblaban los campos sicilianos. Después de abatir la presa, los cazadores le cortaban el cuello, como ordenaba el Corán. Solo una vez hecho esto, las carnes inmundas se convertían en comestibles. Los deportes, con la única excepción de la lucha libre, eran impopulares porque fatigaban sin utilidad. Los campeones de lucha libre eran los ídolos del público, ganaban 8umas fabulosas, poseían villas propias de nababs y no Pagaban impuestos. Para conservar la fuerza física estaban obligados a practicar la castidad. Se cuenta que un célebre luchador de Palermo rechazó la mano de una Princesa.

Las mujeres árabes eran fascinadoras, aunque en público hacían lo posible para ocultar sus encantos. Mahoma las había obligado a llevar el velo, cuyo uso ya era muy difundido en Oriente, donde las ricas matronas lo llevaban para proteger el rostro de los rayos del sol y mantener fresca la piel. El cuidado de la propia persona era una de las mayores preocupaciones de la mujer musulmana, cuyo ideal de belleza estaba compendiado en los siguientes cánones: cara redonda, cabellos negros, mejillas blancas y rojas con un lunar como «una gota de ámbar

sobre una bandeja de alabastro», ojos saltones como los de una cierva, mirada lánguida, boca pequeña, dientes blancos, caderas anchas, pechos generosos y dedos ahusados.

Eran numerosos los *hammans*, o institutos de belleza donde, al menos una vez a la semana, las damas de la aristocracia y de la alta burguesía iban acompañadas de eunucos. Las sesiones comenzaban por la mañana temprano, con el baño «turco». La mujer árabe necesitaba adelgazar, porque la alimentación pesada y la vida sedentaria constituían un continuo peligro para su «línea». Después del baño, el masaje, y por fin el peluquero. El cabello rubio no estaba de moda. Las que lo tenían, se lo teñían de negro. Solo al atardecer, las señoras volvían a sus casas, ocultas tras sus velos de la curiosidad de los hombres. Como vivían en el harén, que en árabe significa «santuario» y que era la parte de la casa a ellas reservada, solo los eunucos podían verlas.

De estos, en cada familia había por lo menos uno. Los negros eran originarios de África y de la India; los blancos, bizantinos en su mayoría. En Grecia, hacía tiempo que había sido introducida la costumbre de castrar a los monjes antes de que ingresaran en el convento. Así, los monasterios se convirtieron en la principal presa bélica de los ejércitos musulmanes. El precio de los eunucos era elevado, porque muchos jóvenes sucumbían a la delicada operación: costaban cuatro veces más que los esclavos, en parte porque solían ser mucho más dóciles. Se les confiaba la custodia del harén y la educación de los niños, que vivían en el gineceo hasta los siete años. A esta edad, las niñas se ponían el velo, se esmaltaban las uñas, se pintaban de negro los ojos como sus madres, y los varones eran circuncidados. Era un rito solemne. Solo asistían los hombres, a quienes se les ofrecía una fiesta que a veces se prolongaba durante días.

Los matrimonios eran muy precoces. Todavía hoy, la edad de los esposos en el mundo árabe, como, por lo demás, en nuestro Mediodía, es bastante inferior a la media. El hombre escogía a su mujer entre las muchachas de la vecindad y después consultaba al padre y al suegro, que antes de estipular el contrato matrimonial consultaban al astrólogo. Este debía proporcionar el horóscopo de los esposos, indagar en el carácter de las suegras y fijar la fecha de la boda. Entre el noviazgo oficial y la boda, pasaba un cierto tiempo en el que las familias atendían al arreglo de la casa de los novios y a los preparativos de la ceremonia. El matrimonio era celebrado por el cadí y se realizaba a la hora del crepúsculo, en la morada de la novia. Esta, al término del rito, era colocada en una carroza arrastrada por cuatro mulos y conducida así al harén del marido, que iba delante a caballo. La fiesta terminaba con un gran banquete.

Parecida conclusión tenían los funerales. El culto a los muertos era muy importante entre los árabes. El cadáver, que llevaba solo unos calzones, quedaba dispuesto en un lecho con cortinas de seda si se trataba de un personaje importante, o en una simple caja de madera, si era de humilde condición. Después de una vigilia, breve a causa del calor, el catafalco era llevado a la mezquita, donde se desarrollaban las exequias. Al término de la ceremonia, el cadáver era llevado a un instituto de belleza, donde se le sometía a una cuidadosa *toilette*. El Corán mandaba que el cuerpo fuera lavado al menos tres veces. Después de las abluciones, una manicura se adueñaba del cadáver, le cortaba las uñas y el bigote

y le depilaba las axilas, como hacen hoy los *morticians* estadounidenses. Terminado el «maquillaje», el difunto ya estaba dispuesto para la sepultura. La fosa debía ser de un metro y sesenta y tres centímetros de profundidad y estar orientada hacia La Meca.

Las tumbas eran colocadas a cierta distancia entre sí, para impedir que el día del Juicio se produjeran en el cementerio peligrosos embotellamientos. Las mujeres tomaban parte también en los funerales y manifestaban su dolor arañándose el rostro y arrancándose los cabellos. Esta costumbre ha sobrevivido en el sur de Italia, con las «plañideras». El escritor Hamadani recomendó en su testamento a sus hijas que el día de su muerte no se abandonaran a escenas de histeria, y a las mujeres, que se abstuvieran de hundir puertas, derribar paredes y arrancar árboles. En el recibimiento que seguía al funeral, intervenían todos los pacientes y amigos del difunto. A partir del siglo X, los que tenían medios para ello hacían llevar sus despojos a una de las tres ciudades santas, Medina, Jerusalén o Bagdad. Así comenzó a florecer en esos lugares un verdadero comercio de tumbas. Los historiadores cuentan que en Sicilia los empresarios de pompas fúnebres poseían una flota para el traslado de cadáveres a Oriente.

En la isla, el comercio más floreciente era el de los esclavos, cuya venta se realizaba en palacios de dos pisos: el primero reservado al mercado de masa y el segundo al de lujo. Los esclavos eran adquiridos como camareros, guardias de corps, porteros, cocineros, etc., o también eran alquilados para pequeños servicios por horas. Los mercaderes se preocupaban de que se presentara bien lo que vendían. Teñían de negro el cabello de las mujeres rubias, afeitaban a los viejos, disfrazaban de mujer a los chiquillos. Esto obligaba a los clientes a hacerse acompañar de un médico, que controlaba la autenticidad del producto. Para uso de los forasteros fue confeccionado un manual de etnología que proporcionaba informaciones sobre los esclavos, según el lugar de origen. Los turcos, según se lee en este manual, eran buenos cocineros, pero pródigos a la hora de gastar; los mejores cantantes procedían de Medina; las negras eran óptimas bailarinas, pero olían mal, y las abisinias eran ladronas. Entre los esclavos blancos, los armenios eran considerados los peores de todos, por su indolencia. Las condiciones de vida de los esclavos eran relativamente buenas. A veces los amos, en el lecho de muerte, los dejaban libres y hasta los hacían herederos de sus bienes, con la intención de ganar así el paraíso. Un anillo en la oreja era la única señal distintiva de esta clase que en Egipto, con los mamelucos, llegó a ser poderosa y temida.

En Sicilia, dos siglos y medio de dominación musulmana no solo modificaron las costumbres de sus habitantes, sino que dejaron profundas huellas en la cultura. En el siglo X surgieron en Palermo las primeras escuelas árabes, en las que se enseñaba que la tierra es esférica y tiene un centro equidistante de los cuatro puntos cardinales. Se difundió mucho el estudio de los astros, que influían en todo momento de la vida diaria. En Palermo, un peluquero se hizo fabricar un sextante para medir la posición de las estrellas sobre el horizonte. Antes de cortar el cabello o afeitar a sus clientes, lo consultaba y solo echaba mano de la navaja si las conjunciones astrales eran favorables. La astronomía le debe a la ciencia islámica una gran parte de su jerga: «azimut», «nadir» y «zenit» son términos árabes.

En la isla perduran en todas partes modelos de la arquitectura árabe que, en la mezquita, fundió y resumió sus caracteres, la bóveda, el arco morisco y la decoración en arabesco. En el siglo X, el periodista Ibn Hawqal contó en Palermo trescientos de estos edificios.

Después del siglo XI la cultura árabe se encontró en Sicilia con la normanda. De la unión de las dos fluyó la más alta civilización de la Edad Media europea, en la que echó sus raíces, más tarde, el Renacimiento.

Palermo fue la base de la conquista de la isla y de algunos centros del Mediodía. En el año 841 los árabes ocuparon Barí y la retuvieron durante treinta años. Tres años después amenazaron Roma desde el mar. No lograron entrar en la urbe, pero saquearon la basílica de San Pedro extramuros y profanaron las tumbas de los pontífices.

En 849, una flota musulmana volvió a surcar las aguas de Ostia, pero fue literalmente destruida por una tempestad y por los barcos del Papa. Siracusa en 878 y Taormina en 902 fueron las últimas rocas fuertes bizantinas que sucumbieron ante la espada del islam. La dominación árabe en Sicilia duró hasta 1060, cuando las disputas entre los diversos gobernadores y las intrigas que los bizantinos, desde el día de su expulsión, no habían dejado de tramar, abrieron las puertas de la isla a los normandos del conde Roger. Pero esta es una historia que forma parte de otro libro.

Por ahora nos limitamos a comprobar que, gracias a los árabes, Sicilia y España fueron, en las tinieblas de estos siglos, dos focos de civilización. Y volvamos a los avatares de nuestro país.

CUARTA PARTE: LA ITALIA FEUDAL

XL. NOBLEZA Y CABALLERÍA

El rasgo característico de los siglos oscuros en toda Europa fue la decadencia, y en algunos casos la desaparición, de las ciudades.

Roma las había fundado con prodigalidad, y a través de ellas había difundido por el mundo su lengua, sus costumbres, sus leyes. La misma palabra «civilización» deriva de *civitas*, ciudad. Lo mismo en Italia que en España o en Francia, la *civitas* era una sucursal grande o pequeña de Roma, constituida a su imagen y semejanza: un centro administrativo, militar, judicial, escolar y comercial. La comarca, a su alrededor, vivía sus reflejos y no tenía otra misión que alimentarla.

Esta estructura urbana de la sociedad fue barrida por las invasiones. Los bárbaros solo destruyeron materialmente las ciudades en alguna ocasión, pero no tenían el personal necesario para mantenerlas y llevarlas adelante, es decir, los funcionarios y técnicos, del contable al pregonero, que Roma había seleccionado en las escuelas. Todos ellos habían huido o habían sido asesinados o, caso más frecuente, habían muerto al cabo de los años, de muerte natural. Y los nuevos dueños no tenían con quien sustituirlos. Toscos y analfabetos, no conocían otros oficios que el pastoreo o la guerra. Además eran incapaces de notar el peculiar atractivo de las ciudades. Cuando las viejas murallas construidas por los arquitectos y los albañiles romanos caían, cuando se derrumbaba un puente o se atascaba una cloaca, no había nadie que pudiera repararlos. En Nimes, los diezmados restos de la antigua población se habían reducido a vivir en el anfiteatro, cuyas macizas gradas habían resistido mejor a la ruina. Y la misma Roma se había contraído a un barrio del Trastevere, que se llamó «ciudad leonina» por el nombre del Papa que la había hecho fortificar.

Todo esto, naturalmente, no fue un fenómeno total y repentino al que podamos asignar una fecha. Se desarrolló durante cinco siglos, a partir del siglo VI, y en Italia fue menos notorio gracias a la fuerte impronta que Roma le había dado. Sin embargo, también en Italia, bajo los godos, los longobardos y los francos, la vida urbana recibió un golpe mortal. Y los que habían sido florecientes centros de industria, de comercio y de cultura se habían reducido a aldeas cerradas, frecuentemente hambrientas, sin comunicación entre sí y solo atentas a edificar bastiones para defenderse de los enemigos exteriores. Ya no había clases dirigentes ni vida social. La única autoridad que seguía residiendo en ellas era la religiosa. Y esto tuvo consecuencias decisivas, especialmente en Italia.

El obispo era el único «notable» de la ciudad que no había abandonado a la población desheredada o descuidada. Y naturalmente, en torno a él empezó a gravitar cada vez más aquella población, no solo por las necesidades espirituales, sino también por las materiales. No tanto a causa de la *Pragmática sanción* como por ausencia de rivales laicos, el obispo se convirtió en eje de toda la organización

civil. Fue al mismo tiempo pretor, alcalde, notario, director escolar, agente del fisco y, a veces, hasta el médico de su grey. Esto se veía incluso por la nueva estructura urbanística que se iba delineando. El «centro» era, y sigue siéndolo en casi todas partes, la catedral, con su atrio, donde se desarrollaban todos los hechos más destacados de la vida de la comunidad: bautismos, matrimonios, procesos, contratos. Fue este el verdadero origen de la gran fuerza temporal que la Iglesia asumiría después. Cuando, después del año 1000, las ciudades volvieron a ser las protagonistas de la vida europea, estaban acostumbradas a ver su jefe, incluso político y militar, en el obispo, y fueron sus naturales aliadas en la lucha contra el poder seglar del Imperio.

Este último era un fenómeno agrario. El mismo Carlomagno, que fue su más avanzada encarnación, no había tenido una capital. París no era más que un montón de chozas de barro. Y en toda Francia no había una ciudad en condiciones de garantizar las provisiones ni siquiera a una corte pobre y tosca como la de los reyes francos. Estos siguieron siendo nómadas como sus antepasados, acampando donde había reservas de trigo y marchando de nuevo en cuanto las agotaban. Sus *missi* gozaban de un especial «derecho de alojamiento» que los calificaba para la hospitalidad en las casas de los súbditos. También era peripatética la administración, y cada uno puede imaginar con qué rigor funcionaría. Fue esta ruralización lo que dio una peculiar fisonomía al mundo feudal. Con la desaparición o decadencia de la ciudad, había desaparecido o se había reducido al mínimo el «mercado», es decir el punto de encuentro entre el productor y el consumidor. Estos se identificaban ahora en la misma persona, el campesino, que era al mismo tiempo productor y consumidor, pues no tenía más incentivo para producir que lo que reclama su estómago. Al fin y al cabo, no podía vender el excedente por falta de medios de transporte y de clientes. Esto es evidente por la decadencia de la técnica agrícola y la contracción de las cosechas. Pero para el campesino hubo, además, otra consecuencia nefasta: su incapacidad de resistir la crisis. Al no poder vender, tampoco estaba en condiciones de comprar, y una mala cosecha bastaba para causar el hambre y la necesidad de enajenar su hacienda en beneficio de un propietario más rico y fuerte.

Es imposible decir cuántos campesinos propietarios pudieron sobrevivir desde los tiempos de Roma, que siempre se había esforzado por multiplicarlos. Cuando cayó el Imperio, ya debían de haber quedado reducidos a muy pocos. La falta del mercado ciudadano seguramente los destruyó de forma definitiva. Año tras año, sequías y hambrunas los echaban en brazos de los latifundistas, que podían resistir a todas esas calamidades. No fueron ellos quienes los devoraron; fueron los mismos campesinos quienes pedían entrar a su servicio como «colonos».

El «colonato» no fue esa bárbara institución que muchos han descrito. Su formación espontánea demuestra que era necesario, y desde luego no se requiere mucho para darse cuenta de ello. En una sociedad como aquella, sin un Estado en condiciones de mantener el orden, la independencia era fatalmente privilegio de los ricos y de los poderosos que podían defenderla y defenderse. Para los pobres y los débiles se trataba de un lujo demasiado costoso. Entrar a formar parte de una gran propiedad significaba no solo protegerse de las hambrunas, sino también estar a salvo de los ladrones. El amo miraba con interés por los suyos. Los

consideraba más que a la tierra, y esto por dos razones: ante todo porque la tierra abundaba en una Italia reducida a cuatro o cinco millones de habitantes y, en cambio, había penuria de hombres. Además, porque, más que por la extensión de sus dominios, la categoría de señor se calculaba por el número de sus súbditos. Por lo tanto, atendía a su conservación, y en la medida de lo posible, a su multiplicación.

Hasta jurídicamente eran una «cosa» suya. No podían abandonar las tierras ni casarse sin su consentimiento. En esto eran verdaderos siervos de la gleba, pero en todo lo demás sus relaciones no diferían de las del moderno intermediario. El señor dejaba al colono en la tierra incorporada, que pasaba de padres a hijos, por más que aquel derecho hereditario no estuviera sancionado por la ley, y se limitaba a quedarse con una parte del producto, que variaba según los casos, pero que era generalmente la mitad. Los propietarios romanos habían sido mucho más gravosos, vejatorios y despiadados, porque actuaban en una economía de mercado dominada por el criterio de ganancia, que los obligaba a comprimir los costes de producción. Para reducir los de la mano de obra, se servían del trabajo forzado de los esclavos, exprimidos al máximo y alimentados al mínimo.

El propietario feudal no sentía este aguijón. Fuera grande o pequeño, concebía su propiedad más como una institución social que como una empresa económica. Era un microcosmos autárquico, que había reducido al mínimo los intercambios con el mundo exterior. La falta de dinero era, al mismo tiempo, la causa y el efecto de esa arteriesclerosis económica. La moneda nunca desapareció del todo. Por ejemplo, la de Constantinopla, el *bizante*, siempre se mantuvo en curso. Pero circulaba muy poco, porque dentro del círculo cerrado de los feudos se hacían intercambios a base de productos naturales. En la Edad Media, la riqueza no se medía en oro, sino en tierras. Un patrimonio estaba formado únicamente de fincas y de colonos, sobre los que el señor ejercía una autoridad patriarcal como soberano absoluto, pero habitualmente benévolo.

El latifundio tenía su centro administrativo, llamado «villa», que consistía en un conjunto de edificios, el más imponente de los cuales era el castillo del señor, que hacía de fortaleza, con su foso y su puente levadizo. Cerca estaba lo que hoy llamamos «granja», donde vivía el granjero, que entonces se llamaba *balio*. Este no se limitaba a proveer al reparto de los productos reunidos en los graneros y en las bodegas, sino que ejercía oficio de juez, pues también la justicia era autárquica en el fundo. Había, además, una capilla con su buen párroco para decir la misa, bendecir matrimonios e impartir bautismos. Y si en las cercanías corría un río, se instalaba un molino.

Habitualmente, un latifundio comprendía varias villas, entre las que el señor repartía sus estancias. Muchas de ellas fueron el núcleo originario de ciudades que se desarrollaron en los siglos siguientes. Las tierras anexas estaban divididas en dos categorías de diversa extensión y sometidas a un régimen distinto: una restringida parte patronal, que se llamaba *indominicata*, «sin señor», y que, como se diría hoy, el señor administraba «en régimen directo», con el trabajo de los «siervos»; lo demás era tierra *mansionaria*, es decir, administrada y cultivada por intermediarios.

Aunque cerrado, el círculo económico de una villa era lo suficientemente amplio para proteger del hambre, en caso de carestía, a los campesinos. Salvo

catástrofes excepcionales, siempre encontraban con qué saciarse en el granero del señor, que además los protegía de los avasallamientos de otros y les aseguraba un mínimo de justicia. Así pues, con todos sus defectos, el latifundio medieval salvó prácticamente de la extinción a la clase campesina. Y que el campesino se dio cuenta lo demuestra la docilidad con que aceptaron todos su condición. La Edad Media ignoró el «hambre de tierra», no conoció las terribles revueltas agrarias de Roma y no tuvo ningún Espartaco. Los pocos que se negaban a entrar en una villa eran considerados unos holgazanes extravagantes más peligrosos para los gallineros que para el orden social al que se sustraían. Normalmente, el señor podía contar con la docilidad de sus «rústicos» o «villanos», como se les llamaba, y a menudo con su devoción.

Esa concentración de tierras en manos de unos cuantos fue lo que provocó el nacimiento de una institución social destinada a condicionar la vida de toda Europa durante diez siglos: la nobleza.

Todos los pueblos han tenido una, de origen más o menos mitológico, pero con el progreso de la civilización desaparecía regularmente, o al menos perdía sus heredados privilegios. Lo mismo los romanos que los bizantinos, tenían una clase dirigente que gozaba de especiales derechos, pero solo cuando desempeñaba una «función». Cuando esa función cesaba, cesaban también los derechos.

Las invasiones bárbaras barrieron esa aristocracia de «notables», una de cuyas últimas muestras fue Boecio. Los longobardos aportaron una nueva nobleza, de tipo guerrero, que es la más antigua. Alboino descendió a Italia al frente de una horda en la que se habían reunido las diversas tribus germánicas establecidas en Panonia. Sus jefes eran los generales del rey que ellos mismos habían elegido libremente. Instalado en Pavía, Alboino los envió, en calidad de duques o gobernadores, al resto de Italia, a Trento y al Friuli, a Spoleto y a Benevento. Al principio, el título de duque fue vitalicio; después, se hizo, además, hereditario. Las dificultades de comunicaciones y la falta de aparato burocrático central aceleraron fatalmente el siguiente proceso: carente de control, cada ducado se gobernaba a sí mismo. Los duques, cada vez más autónomos y poderosos, impidieron así que el rey de los longobardos unificara Italia.

Cuando Carlomagno conquistó la península, o mejor dicho el centro y el norte de la misma, instituyó el «condado» y la «marca», dejando intactos algunos ducados, como los de Spoleto y Benevento. El condado era un departamento administrativo que podía ser extenso como una provincia o como una región. En cambio, la marca, formada por varios condados, era una circunscripción militar fronteriza, regida por un marqués elegido entre los condes. Aun antes del hundimiento del Imperio, tales títulos se habían hecho hereditarios. Y así, marcas, condados y ducados, se transformaron en unidades territoriales independientes, algunas de ellas más poderosas que los mismos reyes. Los margraves, como genéricamente se llamaba a esos grandes señores, se habían convertido en propietarios de las tierras que habían recibido en arriendo y disponían a su gusto de ellas y de sus habitantes.

En realidad, el concepto de propiedad constituía una misma cosa con el de libertad y el de milicia. Los duques, condes y marqueses fueron al principio los únicos libres, los únicos propietarios y los únicos calificados para el mando militar. Pero como eran pocos, de hecho cada vez menos (lo que hacía difícil

tomar ejércitos), hubo que extender el privilegio de la propiedad y por lo tanto el de la libertad y la nobleza, a una segunda categoría de personas: los vasallos.

Eran estos, digámoslo así, los «libres de complemento», por cuanto que no tenían propiedad alguna transmisible a herederos, sino un «feudo», es decir, el goce de un trozo de la propiedad del señor, al que volvía a la muerte del vasallo. El señor se lo concedía precisamente a fin de calificar al vasallo para el servicio militar y remunerarlo. Por lo tanto, el feudo era un «salario» o «quinta» en productos naturales. A su vez, el vasallo daba aquella porción de tierra a un colono que se la trabajaba. Y con lo que conseguía podía consentirse el lujo de mantener su caballo, comprar armas y emplear su tiempo en ejercitarse para la guerra. Pero no era más que la recompensa de un servicio y duraba mientras duraba este. El titular la perdía con la vejez o con la muerte. Su hijo no lo heredaba. Solo podía obtener la confirmación entrando a su vez en el servicio y dando buenas pruebas de su capacidad.

Esto, en su origen. Pero con el tiempo lo provisional se hizo definitivo, entre otras razones porque solo el hijo del guerrero, que desde niño recibía una educación bélica, al llegar a adulto se mostraba buen soldado. Como suele ocurrir, la costumbre precedió a la ley. Aun antes de que esta lo confirmara de forma definitiva, el feudo se convirtió en propiedad y como tal fue transmisible a los herederos con el título nobiliario que de él se derivaba. El margrave, en fin de cuentas, tuvo que reconocer al vasallo lo que el emperador le había reconocido a él: la transmisibilidad del título y la disponibilidad del feudo. Era, al mismo tiempo, una forma agraria y social. Al llegar a su mayoría de edad, el hijo del vasallo era armado caballero y entraba a formar parte de aquella «milicia» con la que se identificaba la nobleza. Aquella milicia no formaba el ejército. Lo era.

El noble no tenía privilegios, excepto la exsención de tributos, que pagaba con el servicio militar gratuito. Pero gozaba de una posición social de nivel altísimo. La sociedad de la Edad Media era piramidal. La base estaba constituida por una masa sin derechos. En el vértice estaban los nobles, que combatían para defenderla, y los sacerdotes, que oraban por el alma de los unos y de los otros. Tal era el mundo de la «caballería».

Esta palabra suscita en nosotros unas deliciosas imágenes de la vida refinada de castillo, dominada por románticos y desinteresados ideales de amor, poesía y piedad. Y tal vez hubo algo así en los siglos después del año 1000, o al menos existió alguna muestra. Pero, en sus tiempos heroicos, el caballero fue algo muy distinto. Su padre no le daba otro preceptor que el caballo. Lo ponía sobre la silla a los cinco o seis años y allí lo dejaba crecer, sin la sospecha siquiera del alfabeto que, por otra parte, él mismo ignoraba. El individuo que surgía de esa crisálida era un tosco y rudo soldadote, supersticioso y turbulento, siempre en busca de alguna pendencia a la que arrimarse. Hacía ostentación de ignorancia, como una señal de casta. «No sabe leer ni escribir porque es noble» es una frase que quedó por esnobismo hasta el pasado siglo. El pequeño feudo del que era titular, apenas le daba para vivir. Sus casas estaban habitadas por campesinos, pues los señores paraban poco en ellas. Vivían sobre su caballo, dormían en el suelo con la silla de montar por almohada y no conocían otro oficio que la guerra. A veces guerreaban entre sí sin otro objeto que el de mantenerse en forma. En

vano intentaba la Iglesia llevar a una existencia más ordenada a aquellos bandoleros espadachines, proclamando treguas o «paces de Dios». Todavía en el siglo xi, el cronista Lamberto de Waterloo contaba que diez hermanos de su padre habían quedado inertes en un «festejo de armas» en Tournai.

Pero eran unos soldados formidables, de un valor y una resistencia a toda prueba. Fueron ellos quienes salvaron a Europa de los musulmanes cuando estos cruzaron los Pirineos y quienes le dieron aquel armazón militar que iba a protegerla, los siglos venideros, de las demás amenazas.

La fragilidad militar de Italia, su ancestral alergia a la guerra procede del hecho de que aquellos «bárbaros» arraigaron poco allí y nunca lograron darle su impronta caballeresca y guerrera. Ni siquiera tenemos una poesía épica, porque no sabríamos en qué gestas inspirarnos. Tasso y Ariosto, cuando quisieron echar su cuarto a espadas, tuvieron que copiar las «canciones de gesta» francesas y adoptar hasta sus personajes. Municipios y señorías recurrían para combatir entre sí a mercenarios extranjeros porque las milicias ciudadanas no valían nada. Únicamente Venecia y Grénova crearon una gran escuela militar propia: la flota. Y en realidad hemos sido siempre un país de excelentes marinos y mediocres soldados.

Debemos admitir estas cosas si queremos tener conciencia de nosotros mismos. La precariedad de las instituciones feudales permitió a Italia ser la primera en salir de las tinieblas de la Edad Media y en desarrollar una cultura urbana importante y brillante, pero nos ha impedido absorber aquella ética caballeresca, centrada en el sentido del honor y de la abnegación que hace grandes no solo a los ejércitos, sino también a las naciones. Maquiavelo será la prueba de estas carencias. En todos los países y en todos los tiempos, la felonía, la traición y el perjurio aparecen una y otra vez, pero solo en un país privado de ética aristocrática y militar como Italia podían ser codificados como una «guía» para la política de un príncipe.

XLI. LOS REYEZUELOS DE ITALIA

Los últimos longobardos habían gobernado bien la península. Se habían dado una ley que distaba de ser la romana, desde luego, pero tampoco era ya aquella ley de la selva en que habían vivido hasta los tiempos de Alboino. Repudiaron a Arrio y se convirtieron al catolicismo. Redujeron a servidumbre a los vencidos, pero después se mezclaron con ellos. No habían creado una cultura, pero comenzaron a asimilar la latina.

Los francos eran más bárbaros que los longobardos, sus reyes eran analfabetos y no conocían otro arte que el de la guerra. A Italia llegaron más como conquistadores que como colonizadores, para servir al Papa. La gobernaron desde lejos a través de condes, marqueses y *missi dominici*. Dejaron a los longobardos los ducados de Spoleto y Benevento sobre los que vigilaba el pontífice, armado con la excomunión. Por lo demás, ni Carlomagno ni sus sucesores se preocuparon demasiado por lo que sucedía en el sur. Su horizonte se detenía en Roma. Como no tenían una ley, respetaron la longobarda y la romana. Conservaron el *guidrigildo*, es decir, la pena pecuniaria, y limitaron la *faida*, o sea la venganza privada, al estupro, el rapto y el adulterio. La mayoría de condes eran francos, pero también los había longobardos. Tenían amplios poderes, de los que a menudo abusaban y convocaban dietas en las que intervenían obispos y abades que, sustraídos a la jurisdicción civil, eran llamados «inmunes». Sus criterios administrativos estaban recogidos en los capitulares, especie de estatutos que contenían normas jurídicas y sancionaban las penas Para los contraventores. Por ejemplo, las monjas que practicaban el adulterio eran castigadas con la expulsión y la confiscación de bienes, y los notarios que no acudían a la cabecera de un enfermo que quería hacer testamento eran multados. Si un hombre caía en esclavitud, la mujer y los hijos tenían el derecho a permanecer libres, etcétera.

Bajo los francos, las condiciones económicas de los italianos mejoraron. Carlomagno no reclamó aquel tercio de tierra que Teodorico y Alboino habían reivindicado y confiscado. Al contrario, reconoció los latifundios longobardos y no expropió una sola finca. Favoreció a los intermediarios y fomentó la pequeña propiedad. Los cronistas de la época refieren que durante doscientos años no hubo ninguna hambruna en Italia.

En el año 887, cuando fue depuesto Carlos el Gordo, último emperador carolingio, la península era un mosaico de pequeños estados. El más extenso era, al norte, el Reino de Italia, que comprendía la Liguaria, la Lombardía, la Emilia y parte del Véneto y la Toscana, y cuyo título correspondía, por derecho, al emperador. Cuando murió Pipino, que fue el primero en ceñir su corona, pasó a Bernardo, que después fue depuesto por Ludovico Pío, al cual sucedió Lotario. En el año 854 fue coronado rey de Italia Luis II. En 875, subió al trono de Pavía

Carlos el Calvo; en 877 Carlomán, y en 879 Carlos el Gordo, con quien se extinguió la dinastía carolingia, sin gloria alguna.

Italia fue entonces presa de la anarquía, botín de los diversos condes, marqueses y duques, entre los que la habían repartido y arrendado los reyes francos y longobardos. Mientras había un emperador, los grandes señores representaban su autoridad, aunque solo fuera nominalmente, pero ahora que el emperador había desaparecido, solo se representaban a sí mismos y a sus propias ambiciones. Cada uno de ellos, por pequeño que fuese, aspiraba a la corona de Italia, que había quedado sin su titular imperial. Intrigaban, corrompían, se dejaban corromper, alistaban ejércitos y combatían entre sí con frenesí.

Pero ¿cómo era posible conducir a la unidad a un país que en tres siglos había sufrido otras tantas invasiones que lo habían devastado, reducido a barbarie y convertido en plaza de armas? La unidad política supone una unidad civil, lingüística, étnica y religiosa.

En el norte de Italia estaban los francos, de origen germano; en el centro, los romanos, y en el sur, los bizantinos; el ducado de Benevento se hallaba en manos de los longobardos, católicos y germanos como los francos, y bastante celosos de su propia autonomía; Sicilia se había convertido en posesión musulmana sin relación alguna con el continente, ni quería tenerla. Era independiente también del califa y dominaba el Mediterráneo mediante la piratería.

Ninguno de aquellos potentados pensaba en renunciar a su soberanía, sino que todos ellos anhelaban quedarse con la del prójimo. Para unificar Italia, no solo faltaba la fusión de las diversas poblaciones, sino que había otros dos grandes obstáculos. Ante todo, no existía un concepto de patria. Solo había el de ducado, formado bajo los longobardos, y el de condado o marquesado, desarrollado con los francos. Además, una idea, para difundirse, necesita escuelas, caminos y una sociedad abierta. La medieval era, en cambio, una sociedad cerrada, sin comunicaciones ni salidas al exterior. El otro escollo lo constituía la Iglesia, que hasta el año 1870, y aun después, ha visto siempre en la unidad de Italia y en un Estado laico una amenaza al propio poder temporal y un freno al abuso del espiritual.

En el año 888, del caos en que se había precipitado el reino de Italia después del derrumbamiento de la dinastía carolingia, surgieron dos figuras, Berengario, marqués del Friuli, y Guido, duque de Spoleto. Berengario era sobrino, por parte de su madre, de Ludovico Pío, y por sus venas corría sangre franca. Guido estaba lejanamente emparentado con los carolingios. Cuando la corona imperial cayó de las sienes de Carlos el Gordo, Guido corrió a Francia para recogerla, pero volvió con las manos vacías, mientras Berengario ceñía en Pavía la de Italia y se hacía aclamar rey por los condes longobardos. El duque de Spoleto se negó a reconocerlo y después de haberle opuesto los margraves de Lombardía, marchó con un gran ejército hacia Brescia donde, en 889, Berengario fue vencido y puesto en fuga. Después de la victoria, Guido convocó en Pavía un sínodo en el que participaron los obispos de la Italia del norte, que lo proclamaron rey a cambio del reconocimiento de sus dominios y de sus inmunidades eclesiásticas.

Berengario, que entretanto se había refugiado en Pavía, en connivencia con el papa Formoso se aliaba con Arnolfo, rey de Carintia, y lo invitaba a ir a Italia y destronar a su rival Guido. En 893, Arnolfo cruzó los Alpes e invadió la llanura del Po, sembrando la desolación y el pánico entre sus habitantes. Pero el rey de Carintia sufría de reumatismo y el clima húmedo de Lombardía se lo agudizó. Ni siquiera fue a Roma, a ver al Papa, que lo había invitado, y pocas semanas después regresó a Alemania, entre otras causas, porque una grave epidemia había estallado entre sus tropas y las había diezmado. Casi al mismo tiempo, después de una hemorragia, moría Guido, después de haber asociado al trono a su hijo Lamberto, que se hizo coronar en San Pedro por Formoso. En el verano de 895, el pontífice, en manos del bando de Spoleto, que mandaba en la urbe, dirigió un nuevo llamamiento al rey de Carintia que, a pesar de su reumatismo, regresó a Italia y marchó sobre Roma, donde el «emperador de Spoleto», como era llamado Lamberto en son de burla por sus enemigos, había reunido lo mejor de su ejército y hecho aprisionar al Papa, que lo había traicionado.

La urbe fue asediada. Después de unos días, no pudiendo asaltarla, Arnolfo exigió a los romanos que se rindieran, pero ellos le contestaron con burlas e insultos. Se cuenta que una mañana el rey de Carintia, al ver una liebre que corría hacia la ciudad, desenvainó la espada y se lanzó en su persecución. Los soldados, creyendo que aquello era una seña de ataque, partieron al asalto, armados de escalas sobre las que se encaramaron y lograron vencer la muralla, después de haber hundido sus puertas a hachazos y de haber abatido con el ariete la de San Pancracio, que era la mas fuerte. Arnolfo entró triunfante en la urbe, montado en un magnífico caballo blanco, pero, según refieren los cronistas de entonces, enfadado y ceñudo por no haber conseguido capturar la liebre. De inmediato se dirigió al castillo de Sant'Angelo y liberó al Papa, que había sido encerrado allí. Después fue a San Pedro y el papa Formoso lo coronó emperador. Al cabo de quince días, dejando en Roma una reducida guarnición, avanzó sobre Spoleto, pero en el camino le asaltó un mal repentino, que los historiadores han atribuido a excesos de alcoba. En efecto, Arnolfo tenía numerosas amantes y se había sentido enfermo entre los brazos de una de ellas. No murió, pero se vio obligado a regresar precipitadamente a Carintia, porque el invierno estaba a la vista.

Lamberto, que quedaba dueño de la situación, acordó la paz con Berengario y partió hacia Pavía, donde una mañana cayó del caballo y se rompió la cabeza. Expiró poco después sin haber recobrado el conocimiento, pero alguien atribuyó su muerte a una copa de veneno. Berengario, informado de lo ocurrido, dejó Verona, donde se había encerrado, marchó a Pavía y convocó una dieta de obispos y condes, que lo proclamaron rey de Italia.

Aún no se había extinguido el eco del acontecimiento, cuando en agosto del año 899 unos cuantos miles de mercenarios húngaros invadieron Italia del norte, devastándola.

Eran restos de la horda de Atila, que en primavera y en otoño vagaban por Europa sembrando el terror entre sus habitantes y arrasando sus tierras. Berengario les salió al encuentro a orillas del río Brenta, con un ejército compuesto incluso por toscanos, que fueron los primeros en escapar. Los magiares

arrollaron a los italianos, y los pocos de estos que se salvaron se refugiaron, con el rey a la cabeza, en Pavía.

Berengario había perdido la cara, como suele decirse, y sus grandes electores decidieron deponerlo y dar la corona de Italia al joven rey de Provenza, Ludovico, descendiente también, por parte de madre, de Carlomagno. Berengario fue privado del marquesado friulano y obligado a buscar asilo en Baviera, donde de inmediato comenzó a tramar su regreso a la patria. Envió agentes secretos a Italia para propalar la noticia de su muerte y ponerse de acuerdo con el obispo de Verona, donde Ludovico se había establecido. A finales del año 905, con un puñado de hombres, se dirigió a aquella ciudad y con la complicidad de algunos sacerdotes consiguió coger por sorpresa a Ludovico que, viéndose perdido, se refugió en una iglesia. Sacado de ella, fue cegado y enviado de nuevo a Provenza.

Berengario volvió a ser dueño de la situación, pero tuvo que esperar diez años para ver la corona imperial en sus sienes. Los margraves de la Italia central lo habían reconocido, pero los longobardos, celosos de su poder, se alzaron en armas contra él y una vez más pidieron la intervención de un extranjero, el rey de Borgoña, Rodolfo. En Firenzuola, cerca de Piacenza, los ejércitos de Berengario y de Rodolfo se encontraron en una sangrienta batalla, en la que los borgoñones vencieron a los friulianos. El mismo Berengario se salvó milagrosamente de la carnicería. Se escondió debajo de su escudo en un montón de cadáveres y al caer la noche huyó y fue a refugiarse en Verona.

Rodolfo no tuvo siquiera tiempo de gozar los frutos de la victoria, porque fue reclamado a su patria por intrigas de familia.

Antes de partir, nombró lugarteniente a su cuñado, contra quien Berengario lanzó cinco mil mercenarios húngaros que cayeron sobre Pavía, capital del reino de Italia, cuya corona había ceñido Rodolfo, y la arrasaron después de asesinar a sus habitantes, incluidas las mujeres, a las que abrieron en canal, y a los niños, a los que degollaron.

Berengario fue señalado por sus enemigos y expuesto al repudio de los italianos, y se organizó una conjura para asesinarlo. Una mañana de abril de 924, mientras asistía a misa en una iglesia de Verona, fue apuñalado por la espalda. Había sido un hombre gazmoño, inteligente y violento.

Algunos historiadores y cierta retórica nacionalista han hecho de él un campeón de la unidad de Italia. En realidad no fue más que uno de tantos tiranuelos que gobernaron en aquel período la península, quizá más ambicioso y decidido que los demás.

Rodolfo perdió la corona por culpa de su amante Ermengarda, viuda del marqués de Ivrea, mujer de extraordinaria belleza, maestra en el arte de la intriga y de la seducción. Los contemporáneos la compararon con Helena y Cleopatra, y quienes la conocieron quedaron prendados. Incluso dos Papas se habían enamorado locamente de ella, y al no ser correspondidos habían llegado a excomulgarla. Ermengarda quería desposeer del trono a Rodolfo y elevar a su hermanastro Hugo de Provenza, por el que, al parecer, sentía una cierta debilidad. Cuando se enteró de esa alianza, el pobre Rodolfo, ciego de celos, perdió la cabeza y fue conducido de nuevo a su patria. El arzobispo de Milán, Lamberto, uno de los personajes más influyentes de Lombardía, llamó entonces a Italia a Hugo, que fue coronado rey en Pavía. El pontífice, que había caldeado la elección,

lo bendijo e invocó su protección contra el partido de una tal Marozia que presumía de influencia en la urbe y amenazaba con deponerlo.

Corría el año 926.

XLII. MAROZIA Y COMPAÑÍA

La muerte de Carlomagno y el desmembramiento del Imperio franco provocaron la disolución de aquel poder laico que había sostenido el papado impidiéndole degenerar. A finales del año 800, dominaban en Roma dos facciones: la toscana, de los Túsculo, y la espoletina, de los Crescenzo. Aunque las dos eran de origen longobardo y emparentadas entre sí, disputábanse la tierra, elegían los papas, los deponían y convocaban los sínodos. Todo estaba en sus manos. La urbe servía de fondo a esta anarquía que duró más de un siglo.

Las crónicas de la época están llenas de delitos, intrigas palaciegas y golpes de Estado. El clero, abandonado a sí mismo, se sumió en la corrupción. Los pontífices y obispos vivían en un lujo digno de Las mil y una noches. Vivían en palacios resplandecientes de mármoles y oro. Rodeábanse de siervos y de concubinas, disponían mesas dignas de Trimalción, organizaban conciertos, danzas y mascaradas. Por la mañana, celebrada la misa, montaban a caballo y se iban de caza, seguidos por un grupo de cortesanos. Los romanos los amaban porque de vez en cuando distribuían vino y trigo, pero sobre todo porque, cuando morían, la plebe tenía libre acceso a sus mansiones y podía desvalijarlas a su gusto. La Iglesia, desgarrada por luchas internas y prisionera de su mundanidad, nunca había caído tan bajo.

En mayo del año 896, después de cuatro años y medio de reinado, murió aquel papa Formoso que había coronado a Arnolfo. Los señores de Spoleto, que en su tiempo se habían opuesto a su elección, proclamaron Papa a Esteban VI, hijo de un sacerdote romano. En su pontificado se celebró el proceso póstumo contra Formoso, acusado de haber ceñido la tiara a pesar de ser obispo de Oporto. En efecto, los antiguos concilios habían declarado que los obispos no podían abandonar sus sedes y convertirse en papas. Esta acusación era, naturalmente, un pretexto y escondía otra bastante más grave: la de que Formoso había llamado a Italia al rey de Carintia y lo había sostenido contra Guido de Spoleto.

El macabro proceso se desarrolló en febrero del año 897 ante el tribunal de un sínodo convocado a propósito. La tumba de Formoso fue abierta y su esqueleto conducido a la sala del concilio, ante los jueces, y colocado en una silla de brazos. Junto al cadáver, de pie, había un viejo diácono que hacía las veces de abogado defensor. Esteban IV abrió la audiencia y después, dirigiéndose a la momia, dijo: «¿Por qué, hombre ambicioso, has usurpado la cátedra de San Pedro?» El diácono trató de defender a Formoso, pero fue acallado por un diluvio de silbidos e insultos. Formoso fue declarado culpable y depuesto. Todos aquellos que habían sido hechos obispos por Formoso, tuvieron que ser consagrados de nuevo. Al concluir el proceso, un sacerdote arrancó del cadáver los paramentos sagrados, le cortó tres dedos de la mano derecha —aquellos con los que se da la bendición—, le cercenó la cabeza y, entre injurias dirigidas por la plebe, arrojó aquellos míseros

despojos al Tíber. Los restos de Formoso, según el *Libro pontifical*, fueron encontrados después por unos pescadores y colocados de nuevo en la tumba que tenían en San Pedro. Cuando las reliquias cruzaron el umbral de la basílica, las imágenes de los santos inclinaron la cabeza en señal de reverencia.

En 897, Esteban fue asesinado. Al año siguiente, después de un interregno de dos papas, fue elegido Juan IX, un benedictino de origen alemán, que gobernó dos años. Convocó un concilio que rehabilitó a Formoso. Anuló las actas del proceso que lo había condenado y afirmó que no podía juzgarse a un muerto. En un sínodo en Rávena, anunció la bancarrota de la Iglesia, que no tenía dinero ni siquiera para pagar los sueldos de los clérigos y los diáconos. Murió en julio del año 900, abrumado por las deudas. Le sucedieron tres *papunculi*, pontífices sin importancia, y en el año 904, Sergio III, que fue sostenido por la facción espoletina, dirigida por una mujer intrigante y hermosísima, Marozia, de la que Sergio era amante.*

Sergio confirmó la condena de Formoso e hizo ahorcar a quienes lo habían absuelto. Después, como penitencia, ordenó a las monjas que rezaran, como rescate de su alma, cien *kirieleisones*. Restauró numerosas iglesias, volvió a levantar la basílica lateranense y la llenó de candelabros, estatuas y tapices. Cuando murió, la tiara pasó a Anastasio III y después al conde longobardo Lando. En 914 fue coronado Juan X.

Hombre ambicioso y sensual, gozaba de la protección de Teodora, madre de Marozia, que se había enamorado perdidamente de él y que, para tenerlo cerca, lo había hecho Papa. Teodora era la esposa del conde Teofilacto. En Roma, todo estaba en sus manos y en las de la hija, Marozia. Caído el Imperio carolingio, el clero había quedado sin autoridad y era suplantado por aquella familia, originaria de Spoleto y, por lo tanto, de estirpe longobarda. Los pontífices, que debían su elección a dicha familia, estaban dominados por ella y no se atrevían a desobedecer sus órdenes.

Teofilacto se había adjudicado el título de senador de los romanos y había dado a su esposa el de senadora. Esto la investía automáticamente de la suprema autoridad civil y le confería plenos poderes. Estaba a la cabeza de la nobleza y la representaba ante el emperador.

En 915, bajo los auspicios de Juan X, Marozia se casó con el conde espoletino Alberico, del que tuvo un hijo, al que se le impuso el mismo nombre del padre. Enviudó y se casó con Guido, hermanastro de Hugo de Provenza, que era uno de los jefes de la facción toscana. Juan X, que se había opuesto a ese matrimonio, fue depuesto, encerrado en una cárcel y abandonado allí hasta que murió de hambre. Ocupó su puesto* el hijo que Marozia había tenido del papa Sergio, que tomó el nombre de Juan XI. La coronación se celebró con gran pompa en la basílica de San Pedro.

---

* Sergio fue elegido la primera vez ilegítimamente, a la muerte de Teodoro II, uno de los papas que reivindicaron a Formoso. Así, Pues, en su primera etapa fue «antipapa». Era conde de Tusculum. Antes de su segunda elección, como Sergio III, León V había sido de-Puesto y encarcelado por sus extraños sacerdotes, Cristóbal, que se jteclaró a sí mismo Papa. Sergio III encarceló a Cristóbal junto con Le6n V (903) y los mandó asesinar a los dos en la prisión. (N. del T.)

* En realidad, entre Juan X y Juan XI reinaron León VI, seis meses, protegido de Marozia, y Esteban VII, asesinado por orden de Marozia. (N. del T.)

El nuevo pontífice era un muchacho de doce años, prisionero de una madre haragana y avasalladora, de la que fue confesor. Cuando Guido murió, en circunstancias misteriosas, Marozia se buscó otro marido. Había pasado ya de los cuarenta años, pero todavía era una mujer atractiva, aunque carente de cultura, más aún, completamente analfabeta, como su madre Teodora y su padre Teofilacto. Reyes, príncipes y hasta papas habían aspirado a su mano.

Entre estos se hallaba aquel Hugo de Provenza que había sido coronado en Pavía rey de Italia. Se trataba de un hombre avaro, vulgar y crápula. Amaba la buena mesa, era un terrible bebedor y un apasionado jugador de dados. Se rodeaba de concubinas y sentía cierta debilidad por las aldeanas y las lavanderas, que le gustaban sudorosas y andrajosas. De estatura superior a la media, de corpulencia atlética, rubio y bigotudo, más que por un rey se le hubiera tomado por un capitán mercenario. Era un formidable caballero, un buen cazador y un guerrero temerario. Cuando ciñó la corona de Italia, distribuyó entre sus parientes las diócesis más importantes y las más ricas abadías de la Italia septentrional. Nombró paje de la corte al obispo de Pavía, Liutprando, que en su crónica lo celebró como príncipe filósofo, liberal y filántropo y puso a sus numerosas amantes nombres de divinidades griegas.

Marozia, que en segundas nupcias se había casado con su hermanastro Guido, conocía bien a Hugo. Sabía que no era de madera de santo y tal vez precisamente por esto se enamoró de él o fingió enamorarse. Pero existía un grave obstáculo para el matrimonio. Marozia y Hugo eran cuñados, y las leyes canónicas prohibían a los cuñados casarse bajo pena de excomunión. Naturalmente, Hugo y Marozia se reían de las leyes canónicas, pero con un hijo Papa había que fingir que se las respetaba. El rey demostró que Guido no era su hermano, porque la comadrona lo había sustituido en la cuna por otro niño.

Juan XI acreditó la versión y se hicieron públicas las amonestaciones. Marozia llevaría como dote al marido la ciudad de Roma, incluido el Papa. No veía la hora de ser llamada reina y, quién sabe si un día emperatriz. El título de senadora era poca cosa para su ilimitada ambición.

En febrero del año 932 Hugo dejó Pavía con un pequeño ejército para dirigirse a Roma. A un par de kilómetros de la ciudad, ordenó a los soldados que acamparan ante las murallas y con una escolta se dispuso a entrar. Nobleza y clero lo acogieron con grandes honores y lo acompañaron a Sant'Angelo, donde se celebrarían las nupcias y esperaba la prometida. Marozia vestía una bellísima túnica color púrpura. En la frente lucía una diadema cubierta de piedras preciosas y dos brazaletes de oro, finamente cincelados, ceñían su brazo. Hugo, que no la veía desde hacía años, se quedó sorprendido por la generosidad de Dios, pero la encontró bastante envejecida. Ya no era la mujer de antes. La piel se le había marchitado y la cara estaba llena de arrugas. ¡Cuánto mejores eran las lavanderas de Pavía y las aldeanas de la Baja Lombardía!

La ceremonia tuvo lugar en el panteón de Adriano, delante del sarcófago de este, y la bendijo el papa Juan. El castillo Sant'Angelo era entonces la fortaleza romana más fuerte y mejor dispuesta, una especie de laberinto prácticamente inexpugnable. En él fijaron su residencia los recién casados, que emplazaron su alcoba en el panteón de Adriano.

Hugo era un hombre irascible y brutal. Un día, el joven hijo de Marozia, Alberico, que hacía de paje, mientras le servía el vino dejó caer por descuido la jarra al suelo y la rompió. Hugo le propinó un bofetón. Alberico huyó llorando del castillo, inútilmente seguido por un mayordomo y un grupo de perros. Llegado al Coliseo, reunió un pequeño grupo de romanos y los arengó contra Hugo acusándolo de haber entregado la ciudad a los provenzales. La plebe romana, siempre a la búsqueda de pretextos para realizar un buen saqueo, se encendió de inmediato. Guiados por Alberico, un millar de hombres con bastones se pusieron en marcha hacia el castillo Sant'Angelo. Sonaron las campanas a rebato y anunciaron a la población que estaba sucediendo algo. Nadie sabía qué podía ser, en concreto, ni siquiera el hijo de Marozia, que solo quería vengarse del bofetón recibido del padrastro, que aún le ardía en la cara como una herida.

Desde una ventana, Hugo vio a la muchedumbre cruzar el puente sobre el Tíber y avanzar amenazadora hacia el castillo. Presa de terror, ordenó a los guardias de palacio que cerraran todas las puertas y después se refugió con su esposa en el panteón de Adriano esperando que el ejército que había quedado fuera de las murallas acudiera en su ayuda. Como este tardaba en llegar, decidió huir. Mientras Marozia dormía, salió del panteón y en plena noche se deslizó por una cuerda desde la ventana. Después de una breve cabalgada se reunió con los suyos y salió en dirección de Pavía. En Roma, Alberico, dueño de la situación, había ocupado el castillo de Sant'Angelo y había hecho prisionera a su madre. El hermanastro Juan, acusado de haber unido en matrimonio a Marozia y a Hugo, fue encerrado en San Juan de Letrán y sometido a estrecha vigilancia.

Gregorovius ha escrito que aquella revolución fue al mismo tiempo una revolución de familia y de Estado. De familia, porque todos sus protagonistas eran parientes. De Estado, porque abatió el poder temporal del Papa y sirvió de base a una república popular. Los romanos proclamaron príncipe de esta a Alberico, que conservó también el título de senador, que aunque puramente honorífico ejercía un cierto efecto sobre los quintes. En realidad, más que una república popular fue una satrapía aristocrática, porque de ella solo formó parte la nobleza, es decir, una sola familia, la de Spoleto. Le faltó también el apoyo de una clase media, porque en Roma ya no existía. Todos los romanos eran sacerdotes, nobles o plebeyos. Los primeros vivían de legados, los segundos de rentas, los terceros de limosnas. No había industrias ni comercio. Los romanos carecieron siempre de aquel espíritu mercantil que constituyó la fortuna económica de Florencia y de Milán. Desde la Edad Media Roma fue una ciudad estancada, apática y parásita. Para gobernarla se necesitaban dos cosas: el bastón y la patraña. Alberico supo hacer uso de los dos.

Era un hombre bello y decidido, de aspecto marcial. Había en él algo del príncipe descrito por Maquiavelo. Alistó a sus expensas un cuerpo de policía, dividió la urbe en doce distritos y como guarnición de cada uno puso una milicia ciudadana, fiel y bien pagada. Los romanos le juraron obediencia. Quienes se negaron fueron desterrados y vieron cómo sus bienes eran confiscados. Las viejas monedas con las efigies de Hugo, Marozia y Juan fueron sustituidas por otras que llevaban la efigie del dictador, que hizo suya la administración de la justicia. Hasta entonces, los procesos se habían celebrado en Letrán, ante el emperador, el

papa o los *missi dominici*. El nuevo príncipe convirtió sus palacios en el Aventino y la vía Lata en tribunales, que entendían también en las causas eclesiásticas.

Alberico era ambicioso, pero a diferencia de Marozia conocía los límites de su propio poder, que se circunscribía a los confines del ducado romano. Lo consolidó y aseguró a sus habitantes una paz de la que no gozaban desde hacía mucho tiempo.

En 933, un año después de su huida, Hugo intentó reconquistar la ciudad que había perdido por un arranque de ira y hacerse coronar emperador. Puso sitio a la urbe, pero no logró tomarla. Lo intentó de nuevo en 936, también sin éxito. Una epidemia de cólera diezmó su ejército y le obligó a llegar a un acuerdo con Alberico, que se firmó por mediación del abad de Cluny, Odón. Hugo lo confirmó, dando por esposa a su hijastro su propia hija Alda, nacida de su primer matrimonio. Por medio de esta estratagema esperaba poner pie en Roma y expulsar a Alberico, pero este sospechó la trampa y ni siquiera lo invitó al matrimonio.

En enero del mismo año murió Juan XI. Le sucedió León VII, un monje que tenía fama de santo y tal vez lo fuera. Por todos los medios procuró aplicar en Italia aquella reforma benedictina que Berno y Odón de Cluny estaban realizando en Francia y que llevaría un poco de orden y limpieza al monaquismo de Occidente, sumido en la anarquía. En 939, el papa León murió y ciñó la tiara Esteban VIII. Bajo Alberico, los papas no fueron más que marionetas que manejaba a su antojo, dedicados exclusivamente al servicio divino. No amaban al príncipe, aunque le debían su elección. Esteban VIII conspiró contra él, pero fue descubierto y encarcelado.

En 941, Hugo de Provenza volvió a la carga. Se había asociado en el trono con su hijo Lotario y se había casado por tercera vez con la viuda de Rodolfo II de Borgoña, Berta. Roma resistió otra vez y Hugo tuvo que regresar a Pavía. La urbe estaba a salvo y Alberico más firme que nunca en su trono.

XLIII. LOS OTONES

Cuando Hugo volvió a Lombardía, la encontró sumida en el caos. Muchos condes se habían sublevado contra él y se proponían destronarlo para colocar en su lugar al marqués de Ivrea, Berengario. Hugo consiguió hacer entrar en razón a los contrarios y recuperar las riendas de la situación. Al ver cómo se ponían las cosas, Berengario huyó con el rey de Alemania, Otón.

El reino de Alemania, o Germania, había nacido del reparto de Verdún, que prácticamente había desintegrado la herencia de Carlomagno, y comprendía Sajonia, Franconia, Suabia y Baviera, a las que después se incorporó Lotaringia. Era un *melting pot* de lenguas, leyes y costumbres bastante dispares. Los sajones, que habían sido los más irreducibles enemigos de los francos y de los últimos en convertirse al cristianismo, ocupaban la zona norte de la Germania comprendida entre el Elba y el Rin, y los bávaros, que eran los más civilizados, la del sur, entre el Rin y el Danubio medio. A comienzos del año 900, Sajonia, Franconia, Suabia y Baviera, así como Lotaringia, estaban gobernadas por sendos duques. Originariamente, estos eran designados por el rey franco y su título no era hereditario. Lo fue después del desmembramiento del Imperio carolingio.

En 911, el duque de Franconia, Conrado, fue elegido rey de Alemania. Cuando murió en 918, la corona pasó al duque de Sajonia, Enrique I, llamado el Pajarero por su pasión por la caza. El obispo de Maguncia le propuso consagrarlo emperador, pero Enrique contestó que no era digno de semejante honor y declinó la oferta. Se acordaba de los emperadores francos y no quería seguir su ejemplo. Murió en el año 936, después de haber nombrado sucesor a su primogénito Otón. Este tenía Veuiticuatro años, era rubio y corpulento, estaba dotado de una bella voz, le gustaba la vida al aire libre, era un excelente nadador y, a diferencia del padre, un buen católico. Fue coronado rey en Aquisgrán por el arzobispo Hüdebrando en presencia de los duques.

Cuando Berengario se refugió en sus estados, corría el año 941. En 945, llegó a la corte de Otón la noticia de que los condes longobardos se habían rebelado de nuevo contra Hugo y que las horas del rey de Italia estaban contadas. Berengario se dirigió a Milán con un pequeño ejército de sajones. Cuando llegó allí, se encontró con el hijo de Hugo, Lotario, quien en nombre del padre le pidió que le dejara la corona de Italia. Berengario, que aún no se sentía lo bastante fuerte para oponérsele, accedió. Hugo, cansado y lleno de achaques, volvió a Provenza, donde poco después murió en los brazos de una camarera a consecuencia de una indigestión de higos secos. En noviembre de 950 moría en Turín su hijo Lotario, a consecuencia de una copa de veneno que le dio Berengario, quien el 15 de diciembre del mismo año se hizo coronar rey de Italia, con su hijo Adalberto.

Lotario no solo había dejado la corona, sino también una esposa. Se llamaba Adelaida y era una mujer bellísima. Antes de casarse con Lotario había sido amante de Hugo, su futuro suegro, que al parecer siguió siéndolo después. Cuando Lotario murió, Adalberto pidió su mano, pero Adelaida se la negó. Entonces él hizo que la encerraran en una torre a orillas del lago de Garda, de donde, una noche, con la complicidad de la guardia, ella escapó, dirigiéndose a Canossa. Desde allí hizo un llamamiento a Otón para que acudiera a Italia y liberase la península de sus opresores Berengario y Adalberto.

El rey de Germania no conocía a Adelaida, pero había oído hablar de su belleza. Era soltero y su madre deseaba casarlo. Adelaida, por su parte, era viuda y se sentía muy sola. A últimos de 951, Otón cruzó los Alpes, marchó sobre Canossa, liberó a Adelaida, la condujo a Pavía y se casó con ella. Después envió a Roma al obispo de Maguncia con el encargo de concluir una alianza con el Papa, pero Alberico no lo dejó siquiera entrar en la ciudad.

En 952, Otón regresó a Alemania después de haber nombrado a Conrado, duque de Lotaringia, su vicario en Italia. En una Dieta convocada en Augusta, puso la corona de Italia en las sienes de Berengario, que la ciñó como vasallo suyo y marchó a Rávena. En Roma, la coronación del marqués de Ivrea fue acogida favorablemente. Desde que Alberico se convirtiera en su amo y señor, la urbe había sido refugio de todas las borrascas que habían alborotado al resto de Italia, sobre todo del norte, y la habían ensangrentado. En 954, después de veintidós años de reinado, el hijo de Marozia murió de disentería. Hacía pocos días que ante el altar de San Pedro había hecho jurar a los nobles romanos que cuando Agapito II muriera elegirían Papa a su hijo Octaviano. Agapito murió poco más tarde y no faltó quien hablara de veneno.

Al reunir en sus manos el poder espiritual de Agapito y el temporal de Alberico, Octaviano, que subía al solio con el nombre de Juan XII, instauró en Roma una aristocracia en plena regla. Había nacido en Alda y tenía apenas dieciséis años. Se trataba de un joven sensual y turbulento. Sus lugares preferidos eran la taberna y el burdel. Bajo su administración, el Vaticano no difirió mucho de tales lugares. Al cuidado de las almas anteponía el de los cuerpos, especialmente femeninos; a las procesiones, las partidas de caza; y al canto de los salmos, el juego de dados. Los mejores nombres de la nobleza romana eran sus compañeros de correrías. No había dama, y dicen los maliciosos que tampoco gentilhombre, que no hubiera sido huésped de su alcoba. Cuando, ebrio, se levantaba de la mesa, iba a las cuadras y, brindando a los dioses paganos, consagraba diáconos y obispos y celebraba la misa.

De su padre y de su abuela Marozia había heredado la ambición, pero no las cualidades para satisfacerla. Organizó una expedición contra Capua y Benevento, pero fue arrollado por los ejércitos salernitanos que acudían en ayuda de los amenazados ducados. Se enfrentó a Berengario, que amenazaba a la Emilia y la Romana, pertenecientes a la Iglesia, y trataba de anexionárselas. En el año 960 ofreció al rey de Alemania la corona imperial y lo invitó a Roma.

Al año siguiente, Otón cruzó los Alpes con un gran ejército y avanzó sobre Pavía, donde pasó la Navidad. Después siguió su camino hacia la urbe. Los romanos, que detestaban a los extranjeros, lo acogieron con frialdad. Los pretorianos lo acompañaban a todas partes por temor a que alguien lo asesinara.

En la basílica de San Pedro, antes de arrodillarse a los pies del altar, recomendó al conde Ansfredo, que estaba a su lado, que le guardara las espaldas mientras inclinaba la cabeza para recibir la corona. Ansfredo contestó que durante la ceremonia también él tenía que inclinar la cabeza para orar. Replicó Otón que no era ese el momento de orar y le ordenó que llevara su mano a la espada y vigilara la cabeza de su rey, que corría el peligro de perderla.

Al terminar la ceremonia, juró no meterse en los asuntos de la Iglesia y prometió restituir al pontífice los territorios que Pipino y Carlomagno le habían dado y que los reyezuelos de Italia le habían arrebatado. Juan XII insistió en su fidelidad y la de los romanos al emperador. Era el término de aquella libertad, tan semejante a la licencia y la anarquía, de la que había gozado la urbe con Alberico.

El 14 de febrero de 962, Otón salió de Roma y el papa Juan volvió a sus placeres. Ordenó la reapertura de los lupanares que la presencia del emperador había aconsejado cerrar. Volvieron a la circulación las prostitutas que habían sido ocultadas en los conventos. Cuenta un cronista de la época que salieron de ellos más de las que habían entrado. Ninguna mujer romana se atrevía a aventurarse por las calles de la ciudad, en cuyas esquinas estaban apostados los alcahuetes del Papa, dispuestos a raptar a las mujeres que fueran solas y llevarlas al Vaticano. Juan contaba con un harén bien nutrido y era bastante pródigo con sus concubinas. Las colmaba de dones y las mantenía a expensas de San Pedro, entonces reducido al enlosado. Iglesias y edificios públicos, abandonados a la intemperie y a la incuria, caían literalmente en ruinas. Se derrumbaban los muros, los techos se venían abajo sobre los altares. Ni siquiera funcionaban los servicios higiénicos. Las cloacas estaban atascadas; el estiércol y otros residuos inmundos llenaban las calles emanando efluvios pestilentes.

En el otoño del año 963, mientras se disponía a hacer la guerra a Berengario, que se había rebelado, Otón recibió la noticia de que el Papa, aliado con Adalberto, estaba conspirando contra él. Salió hacia Roma de inmediato. Los romanos no solo no opusieron resistencia, sino que le abrieron las puertas de la ciudad y lo acogieron como a un libertador. Juan huyó en una carroza, con dos amantes y un cofre de joyas, y se refugió en un castillo del Lacio. El emperador proclamó que en el futuro ningún pontífice podría ser elegido sin su beneplácito. El 6 de noviembre del mismo año convocó un sínodo en San Pedro y pidió a los obispos que juzgaran al pontífice. Juan fue acusado en contumacia de homicidio, perjurio, profanación de iglesias e incesto. Un cardenal lo inculpó también de haber brindado al demonio, haber invocado a Júpiter y a Venus y haber jugado a los dados. Otón lo invitó a defenderse. El Papa lo hizo en una carta en la que excomulgaba a todos, empezando por el emperador. Este lo depuso y en su lugar instaló a un seglar, jefe de los archivos lateranenses, que tomó el hombre de León VIII. Era un hombre probo y discreto, por encima de cualquier bandería, todo lo opuesto a Juan, que descargó contra él el anatema.

El 3 de enero de 964, las campanas de Roma sonaron a rebato y los romanos se echaron a la calle para protestar contra Otón por nombrar un Papa sin contar con ellos. El emperador, que había enviado al norte el grueso de su ejército, fue salvado por un escuadrón de caballería que había mantenido consigo en el castillo de Sant'Angelo y que cargó contra los manifestantes haciendo una buena matanza. Una semana después, con cien rehenes, se puso en camino hacia

Spoleto, donde Adalberto preparaba un ejército, y dejó en la urbe una reducida guarnición.

Apenas habían pasado dos días desde la salida de Otón, cuando los romanos volvieron a llamar a Juan. León se vio obligado a huir a Camerino, donde se había acuartelado el emperador. El hijo de Alberico fue acogido con grandes honores y llevado en triunfo por la plebe que lo amaba porque reconocía en él sus propios vicios. El 26 de febrero convocó en San Pedro un concilio que condenó al sínodo que lo había depuesto. Ordenó el arresto de los que habían elegido a León y los hizo mutilar horriblemente. Otros murieron en la cárcel, después de haber sido torturados. Las purgas cesaron el 14 de mayo, cuando Juan descendió al sepulcro. Acerca de su muerte hay varias versiones. Según unos, fue muerto por un marido traicionado que, habiéndolo descubierto en el lecho con su esposa le golpeó la cabeza con un bastón hasta matarlo. Según otros, murió de una trombosis.

El mismo día de sus funerales, los romanos aclamaron a su sucesor, un tal Benedicto,[*] llamado el Gramático porque sentía una gran afición por Cicerón y por Séneca. Nunca se había metido en política y menos aún pensaba hacerlo ahora que era Papa. En la época de León había firmado la deposición de Juan y en la de Juan la de León.

Otón fue informado de su elección cuando se disponía a salir de Camerino hacia Roma. Llegó cerca de la ciudad al frente de su ejército, sediento de venganza. La sitió y bloqueó todos los caminos hasta que los habitantes, extenuados por el hambre, se rindieron y abandonaron a Benedicto a su merced. Otón reunió de inmediato un concilio en Letrán y llamó a los cardenales a juzgar al «antipapa», que se defendió llorando y abrazando las rodillas del emperador. León VIII le arrancó el palio y la tiara, le quitó el anillo y como castigo le obligó a echarse desnudo en tierra. Después, por intercesión del mismo Otón, volvió a consagrarlo diácono y lo desterró. En su lucha con la Iglesia, el Imperio había ganado el primer combate.

Otón salió de Roma en julio de 964. Casi un año después, León VIII murió. Esta vez, los romanos no se atrevieron a asignarle sucesor y enviaron una embajada al emperador para que fuese este quien lo nombrara. Fue elegido el hijo del obispo de Narni, Juan XIII, hombre muy erudito y de rica familia. Reinó poco tiempo. Los quirites no lo amaban y en diciembre de 965 lo encarcelaron. Otón se vio obligado a volver a Italia.

Cruzó los Alpes en el otoño del año 966, se detuvo un par de semanas en Lombardía para arreglar ciertas cuentas con el hijo de Berengario que aún no había depuesto las armas, y a finales de noviembre entró en Roma. Los rebeldes fueron detenidos y mutilados. Su jefe, un noble llamado Juan, fue cegado y colgado por la cabellera de la estatua ecuestre de Marco Aurelio, en el Capitolio. Pasó así un día entero, durante el cual fue objeto del escarnio de los romanos, que lo cubrieron de insultos y de salivazos. Al bajarlo de allí, le cortaron la nariz y las orejas y lo montaron en un asno, con la cara vuelta hacia la cola que, adornada con una campanilla, le fue puesta entre las manos a manera de bridas. En la cabeza le colocaron un odre cubierto de plumas y en los pies dos ánforas llenas de

[*] El autor se refiere a Benedicto V. (N. del T.)

estiércol. De ese modo fue paseado por las calles de Roma, entre las burlas obscenas de sus habitantes.

Otón no perdonó ni a los muertos. Hizo desenterrar y arrojar fuera de las murallas los cadáveres de dos nobles, Rofredo y Esteban. El Papa que había participado en el macabro rito proclamó al emperador «Libertador de la Iglesia» y le impartió la bendición apostólica. Ni siquiera con Marozia y con Juan XII había descendido tanto la ciudad. El monje Soratte, que nos ha dejado la crónica de estos sucesos, evoca con nostalgia los tiempos en que la urbe, rodeada de murallas con sus seis mil ochocientas almenas, trescientos torreones y quince puertas, era «la reina del mundo».

La víspera de Navidad del año 967, Otón fue alcanzado en Roma por su hijo de catorce años, Otón II, a quien el Papa coronó emperador al día siguiente. El padre lo asoció en el trono y en 972 lo casó con la princesa griega Teofanía. Otón quería unificar Italia bajo la casa de Sajonia y esperaba, a través de este matrimonio, inducir a los bizantinos que aún quedaban a abandonar el sur.

El 14 de abril, Juan XIII celebró con gran pompa la boda en la basílica de San Pedro, en presencia de los nobles romanos y alemanes. Los quirites festejaron a la pareja y olvidaron el pasado. El vestido blanco de Teofanía resaltaba el color aceituna de su rostro y los largos cabellos negros, sujetos sobre la frente por una diadema de piedras preciosas. El marido, que apenas tenía diecisiete años, llevaba una clámide de púrpura sobre la túnica azul. Al costado le colgaba una espada de plata. Con la derecha empuñaba el cetro y en la izquierda llevaba el globo. En las sienes, la corona de hierro. Era un muchacho rubio, delicado, de estatura mediana y enfermizo. Al lado de Teofanía, más que el marido parecía un paje. Pocos días después, la familia imperial volvió a Alemania.

En los últimos tiempos, la salud del viejo Otón, que sufría de gota, había empeorado. Murió el 7 de mayo de 973, a los sesenta años. Pasó a la historia como el Carlomagno de Alemania, que se convirtió, bajo su mando, en el país más rico y el Estado más ordenado de Europa.

Otón II volvió a Italia en el otoño del año 980, llamado por el nuevo Papa, Benedicto VII, que los alemanes habían elegido y que los romanos querían deponer. Pasó la Navidad en Rávena y el día de Pascua de 981, acompañado por su madre Adelaida, la esposa, la hermana y un grupo de parientes, entró en Roma. La misma noche invitó a cenar a los enemigos del pontífice y, a los postres, los hizo estrangular. Su jefe, Crescendo, de la poderosa familia de los Tuscolo, consiguió huir al Mediodía, disfrazado con un sayal benedictino.

El emperador pensaba como su padre, en conquistar el sur de Italia y reunificar la península bajo la corona alemana. La esposa, a pesar de las promesas de sus hermanos Basilio y Constantino, que dominaban entonces en Bizancio, no había llevado como dote más que su belleza. Los griegos eran dueños de Campania y Calabria y no pensaban renunciar a ellas. Los musulmanes ocupaban Sicilia e infestaban las costas tirrénicas.

El 13 de julio de 982, Otón se encontró en Stilo con los sarracenos de Abul Kasem. El ejército alemán, en el que se habían alistado unos cuantos miles de italianos, fue literalmente aniquilado. Los pocos supervivientes, entre ellos el emperador, se refugiaron en Capua. En junio del año siguiente, Otón salió hacia

Verona, donde convocó una Dieta extraordinaria y proclamó a su hijo Otón III, que apenas tenía tres años, rey de Alemania y de Italia. Después volvió a Roma donde, entretanto, había muerto Benedicto VII y los quirites alborotaban para darle un sucesor. En su lugar nombró a Juan XIV, ex canciller del Imperio, pero pocas semanas después murió inesperadamente cuando solo tenía veintiséis años. Antes de morir, en presencia de numerosos cardenales y obispos, se confesó. El cadáver del emperador fue encerrado en un bello sarcófago y depositado en las cuevas vaticanas. Muchos siglos después, Paulo V abrió el sarcófago, puso las cenizas del emperador en una urna de mármol y regaló aquel a su cocinero, que lo usó como olla.

Muerto Otón II, todo pasó a manos de su esposa, regente en nombre de su hijo Otón III. Teofanía era una mujer ambiciosa y autoritaria. En los gestos y en el carácter recordaba a la bizantina Teodora. Se comportó, según Gregorovius, como *imperatrix* y aun como *imperator*, y los romanos se sometieron a ella. Convocaba asambleas, nombraba obispos, reunía sínodos. Viuda, no quiso volver a casarse a pesar de las presiones de los amigos. Iba a orar cada día sobre la tumba de Otón por cuya alma hacía celebrar cotidianamente misas de sufragio. Rodeábase de monjes y de santos, que por aquel entonces eran bastante numerosos en Roma. Murió en el año 991, de disentería. Debajo de su jergón se encontró un cilicio, el Salterio o libro de salmos y algunas reliquias de mártires robadas, según se dice, al pontífice.

Los romanos, con Juan Crescendo al frente, se sublevaron y Juan XIV se vio obligado a salir de Roma y pedir asilo a Hugo de Toscana, que llamó a Italia a Otón III. En la primavera del año 996 el emperador, que apenas había cumplido los catorce años, cruzó los Alpes. Los romanos le hicieron decir que no veían la hora de que llegara. Otón entró en la ciudad, cubierta de gallardetes y adornada festivamente, a lomos de un caballo blanco, cubierto con coraza de plata y con una corona de oro cuajada de pedrería en la cabeza. Llevaba a su lado a su primo de veintidós años, Bruno, que era también su confesor y que en mayo del mismo año, a la muerte de Juan XIV, asumió el papado con el nombre de Gregorio V. Fue el primer pontífice alemán. En dos siglos y medio entre cuarenta y siete papas, solo dos, Bonifacio VI y Juan XIV no habían nacido en la urbe o en el ducado romano.

La primera visita de Otón a Roma fue breve. Volvió casi de inmediato a Alemania después de haber desterrado a Crescencio y de haber dispersado a sus partidarios. Pero en cuanto se hubo marchado, Crescencio volvió a la ciudad, echó a Gregorio y lo sustituyó por un protegido suyo.

Otón, alarmado, abandonó otra vez Alemania, amenazada por los ejércitos eslavos, en dirección a Italia. En Pavía, Gregorio salió a su encuentro llorando y lo conminó a devolverle la tiara y expulsar al antipapa que los romanos habían colocado en su puesto. Furioso, el joven emperador ordenó al ejército que marchara sobre la urbe y la arrasara. Pero no fue necesario, porque sus habitantes depusieron las armas a la vista de los alemanes. Crescencio, abandonado a su suerte, se pertrechó en el castillo de Sant'Angelo, decidido a vender cara su vida.

Otón intentó durante varios días inútilmente conquistar la fortaleza. Los poderosos muros resistían cualquier asalto. Entonces hizo construir un colosal ariete, y por fin, el 29 de abril de 998 obligó a Crescencio a capitular. El rebelde

fue condenado a muerte, decapitado y arrojado desde las almenas de la torre más alta. Después, el cadáver, magullado e irreconocible, fue colgado de un patíbulo erigido en lo alto del monte Mario, donde estuvo expuesto una semana al escarnio de los romanos. La mujer de Crescencio, Estefanía, fue sacada del castillo con su marido y conducida ante el emperador, en cuya amante se convirtió.

En noviembre, Otón, devorado por el remordimiento a causa del suplicio dado a Crescencio, descalzo y con un simple sayal encima, fue en peregrinación al Gargano, que era algo así como el monte Athos de los cristianos de Occidente. En la cima, el monje Adalberto, junto con otros religiosos, había montado algunas tiendas de campaña y transformado el desierto en lugar de penitencia. Otón colocó en el suelo la corona que llevaba oculta en un morral, y después estalló en sollozos y pidió al santo que volviera con él a Roma.

La urbe festejaba la muerte de Gregorio, abatido por un infarto mientras leía a los Padres de la Iglesia. Los romanos siempre lo habían detestado por avaro y extranjero. El dolor de Otón por la muerte de su amigo fue profundo y sincero. Llamó a sucederle a un monje de Aurillac, Gerberto, que había nacido en el sur de Francia, de una pobre familia de campesinos. Había cursado sus estudios en Reims. Más que por la teología, sentía pasión por las matemáticas y la filosofía, de la que fue maestro. Otón II lo había conocido en Italia y se sintió atraído por la amplitud de su cultura y la agudeza de su ingenio. Lo nombró abad de Bobbio y después lo llamó a Aquisgrán, donde lo convirtió en preceptor de su hijo. Llegado al trono, el ex discípulo lo consagró obispo de Rávena y, un año después, Papa.

Geberto accedió al trono de San Pedro en abril del año 999, con el nombre de Silvestre II y soñó con instaurar en Roma una teocracia. Adulaba al joven emperador diciéndole que era la reencarnación de Carlomagno y lo exhortaba a imitar las gestas de este.

La urbe, desgarrada por las luchas de facciones, por las intrigas del clero y los tumultos de la plebe, había traicionado su misión de *caput mundi* y ya no representaba nada. Pero su cielo no conocía las brumas que inficionaban las inhóspitas comarcas alemanas. Para Otón, que no gozaba de buena salud, el aire de Roma era benéfico. Cada vez que volvía a Sajonia enfermaba y lo invadía una angustiosa nostalgia de Italia. Se hacía llamar emperador de los romanos, cónsul y senador. De su madre había heredado todos los vicios de las satrapías bizantinas. Se vestía como el *basileus*, se rodeaba de eunucos, imponía a la corte la liturgia de un protocolo bastante complicado, comía a solas, sentado en su trono, y quería que fuesen los nobles romanos quienes le sirvieran. Gerberto le había enseñado el griego y el latín, que sustituyeron al alemán como idioma oficial del Imperio, y lo había atosigado con clásicos que el emperador citaba en todo momento y muchas veces inoportunamente. Para complacerle, los leían hasta los cocineros y camareros, que entre un plato y otro declamaban a Ovidio y Anacreonte. Se había mandado hacer diez coronas de metales y maderas preciosas y una de plumas de pavo real. Cuando iba al Capitolio vestía una túnica blanca, se bañaba en perfumes y se cubría de joyas como una matrona. Obligaba a inclinarse tres veces ante él, así como a besarle las plantas de los pies, las rodillas y la boca.

Solo el santo varón Adalberto estaba dispensado de estos homenajes. Es más, el emperador le besaba las manos cuando lo recibía y le llevaba el morral. Durante la cuaresma vestía un cilicio y se encerraba en una celda del convento de

San Clemente, en compañía del obispo de Worms, Franco, que era un joven rubio y guapísimo. Salía de allí después de dos semanas, extenuado por las penitencias y los ayunos.

En enero del año 1001, el gobernador de Tívoli, Azzolino, fue asesinado por los habitantes sublevados contra los alemanes. Otón marchó contra la ciudad al frente de un reducido ejército y en veinticuatro horas la redujo a la obediencia. Antes de dejar la urbe, había prometido a los romanos la villa de Adriano que, como una joya había hecho incrustar el gran emperador en el corazón de Tívoli. Después se arrepintió y decidió conservarla para él. Los romanos, enfadados, subieron al Aventino y asediaron el palacio de Otón que, después de haberse atrincherado dentro, subió a la torre y, protegido por las almenas, arengó a los romanos. Los acusó de ingratitud y exaltó su amor a la ciudad, a la que había elevado a capital del Imperio. A continuación, con voz temblorosa, señaló con el dedo a los jefes de la revuelta. Inflamado por sus palabras, el pueblo se lanzó contra estos y los descuartizó.

Al cabo de unos días, estallaron nuevos tumultos. El emperador decidió abandonar la ciudad y refugiarse en el campo. La noche del 16 de febrero de 1001, a hurtadillas, en compañía del Papa, partió hacia Rávena, donde encontró alojamiento en el convento de Classe. En Roma, Gregorio de Tuscolo, sobrino del gran Alberico, se adueñó del poder con un golpe de mano y expulsó al partido alemán. En junio, después de unos meses de penitencia, Otón marchó a Roma, pero no logró entrar y regresó a Rávena a hacer oración. Allí le llegó la noticia de que los alemanes estaban descontentos de él y querían deponerlo. Entonces partió nuevamente hacia Roma, pero en Viterbo tuvo un ataque de fiebres y murió entre los brazos de Gerberto, tras recibir la comunión. Tenía veintidós años.

Una leyenda cuenta que fue asesinado por Estefanía, que lo habría envuelto en una piel de ciervo bañada en veneno. El cadáver fue llevado a Aquisgrán, donde Otón siempre había deseado que lo enterraran, junto a Carlomagno. Fue un hombre inquieto y confuso, una mezcla de idealismo, misticismo y megalomanía. Los alemanes lo acusaron de haber traicionado a Alemania. Los romanos lo tacharon de déspota y le colocaron el apelativo de *Stupor Mundi*.

XLIV. MIL Y NO MAS ALLÁ DE MIL

Otón III murió tras el fallido «fin del mundo». Lo habían anunciado los profetas para el término del año 1000 y una leyenda fabricada a posteriori dice que todos habían creído en ello y se habían preparado para el acontecimiento. Fue, según se cuenta, una espera espasmódica. Las iglesias se llenaron de fieles y los confesionarios rebosaban penitentes. Desde los pulpitos los predicadores tronaban contra las miserias del mundo de aquí abajo para exaltar las alegrías del más allá. Se rezaba en las iglesias, en las casas, por las calles. Las tiendas de cilicios hacían su agosto. El que poseía una reliquia la mantenía oculta y solo la mostraba a los amigos. Los moribundos daban sus bienes a la Iglesia confiando en ganarse un rincón en el paraíso. Los homicidas se entregaban, los ladrones restituían lo robado, los criados no sisaban en la compra, los enemigos se reconciliaban y las mujeres y los maridos se perdonaban las infidelidades. Los lobos pacían con los corderos y los perros jugaban con los gatos.

Se cuenta que la noche de San Silvestre, los romanos, cubierta la cabeza con ceniza, se reunieron ante Letrán. Empuñaban lábaros y cruces y cantaban salmos. Desde dos días atrás se había proclamado un ayuno general. El 31 de diciembre, el Papa con la triple corona se asomó a una ventana del palacio apostólico para impartir la postrera bendición.

A medianoche, todos miraron el cielo y se santiguaron. Era una noche luminosa; brillaba la luna. No sonaron las trompetas del Juicio y la tierra no se hundió. Al amanecer, extenuados por la vigilia y el ayuno, los romanos regresaron a sus casas. Las mujeres volvieron a traicionar a sus maridos y viceversa, los lobos a matar a los corderos y los ladrones a robar. Los Barbanegra siguieron haciendo horóscopos y el pueblo volvió a creer en ellos. La Europa cristiana dejó escapar un suspiro de alivio y se abandonó con frenesí a la *joie de vivre* del milenio que comenzaba.

En cinco siglos, desde la caída del Imperio romano al año 1000, el mapa geográfico de Italia era otro. La península había cambiado cuatro veces de dueño. A la muerte de Otón III era un mosaico de pequeños potentados locales. El «reino de Italia» aún existía, pero solo en el mapa. Era un reino sin fronteras concretas, rural, cerrado y anárquico, sin nexos y refractario a toda amalgama: un calidoscopio de potentados independientes, un campo áspero y soñoliento, cubierto de monasterios y castillos.

Las ciudades estaban gobernadas por duques, marqueses y condes, vasallos y guardias armados del emperador. Su poder estaba limitado por el del obispo, que muchas veces era un gran terrateniente y tenía tras de sí una rica base económica. El reino de Italia no tenía ya una capital, sino una media docena de ciudades principales en lucha continua entre sí, Milán, Pavía, Ivrea, Cremona y Florencia.

Más que ciudades eran grandes pueblos de unos miles de habitantes, rodeados de altas murallas en las que las puertas se abrían al amanecer y volvían a cerrarse al crepúsculo. De noche, por las calles desiertas y envueltas en tinieblas patrullaba un cuerpo de guardia especial. No existía la iluminación y había que recurrir a antorchas. Pero era difícil, con la oscuridad, que alguien saliera de casa. A cierta hora, hasta las tabernas echaban a los clientes y los rezagados podían tener desagradables encuentros. No había vigilantes; solo los tenía quien podía. La actividad se reanudaba por la mañana, con la luz. Entonces, todo se reanimaba en torno a la catedral, al palacio público o al mercado, los tres grandes centros propulsores de la vida ciudadana.

La catedral, con su obispo y su curia, era el centro religioso. Sus amplias naves podían cobijar millares de fieles. Las misas se celebraban sin interrupción, intercaladas con sermones que solían encomendarse a los llamados «monjes giróvagos». El domingo, o con motivo de las grandes fiestas religiosas, el obispo pronunciaba la homilía. Los días de cuaresma, los confesionarios estaban tan concurridos que había que hacer venir sacerdotes de la comarca. Cada ciudad tenía su santo protector: Milán, san Ambrosio; Genova, san Jorge, y Venecia, san Marcos, en cuyo honor se celebraban solemnes procesiones. A ellos se recurría cuando estallaba una peste o amenazaba la hambruna. Las novenas y el culto de las reliquias propiciaban a los santos. Todas las catedrales tenían una especie de urna con joyas raras: dientes, cabellos, tibias y peronés que habían pertenecido a mártires, apóstoles y padres de la Iglesia. A menudo se trataba de quincalla, pero el pueblo sencillo las creía auténticas y las veneraba.

El palacio público era el centro político de la ciudad, como lo es hoy el municipio. Residían en él el conde y sus oficiales, con misiones administrativas, judiciales y militares, además de varios ayudantes: para abastos, para las cloacas, los tributos, etc. El palacio daba a una gran plaza que era el sitio habitual de reunión de los ciudadanos, que afluían a ella para escuchar los pregones, proclamas o arengas. En la plaza, en cuyo centro había una fuente, se ejecutaban las sentencias de muerte que, según las crónicas del tiempo, eran bastante frecuentes.

Poco más allá estaba el mercado, donde podían adquirirse las cosas más dispares y los productos alimenticios que cada mañana llegaban de la comarca. No faltaban los productos exóticos, las sedas, los brocados, las especias. Los importaban de Constantinopla, donde tenían sus lonjas o almacenes los mercaderes venecianos. Cerca del mercado estaban diseminadas las tiendas de sastres, los talleres de carpinteros, de zapateros y de fabricantes de trompetas. La industria no era aún más que un pequeño y heterogéneo artesanado. El taller solía formar parte de la propia estancia y así el trabajo se combinaba con la vida doméstica. Los aprendices formaban parte de la familia del patrón. Comían en la misma mesa, dormían en la misma alcoba y, a veces, en la misma cama. En efecto, en la Edad Media se vivía en la más absoluta promiscuidad.

Las casas, de piedra, eran pequeñas y no tenían ninguna comodidad. La iluminación era escasa y las paredes húmedas en invierno y ardientes en verano. Tenían uno o dos pisos a lo sumo, y la luz del sol conseguía penetrar a duras penas por los ventanucos torcidos y estrechos. Cada casa tenía al menos dos habitaciones muy amplias: el comedor, que hacía de sala de estar, y la alcoba. El

primero estaba someramente equipado con muebles de madera tosca, apenas tallada, bancos, sillas y una gran mesa. En la alcoba se colocaba un cofre en el que se guardaba la ropa blanca, el oro, los documentos y el dinero, bien cerrado en una bolsa de cuero. Los ricos y los nobles tenían colchones de pluma; los pobres dormían en yacijas de paja. Las ventanas no tenían vidrios y de la intemperie había que protegerse con cubiertas de papel o de tela. Los servicios higiénicos eran bastante rudimentarios. Los aparatos sanitarios fundamentales eran dos: el cubo y la tinaja, que hacía las veces de bañera. Pocas eran las abluciones. San Jerónimo había aconsejado, dando además ejemplo, lavarse lo menos posible y evitar, en todo caso, el agua caliente por su acción excitante. Pero el hombre medieval no necesitaba tales recomendaciones. Un proverbio del siglo X decía: «Lávate a menudo las manos, pocas veces los pies, y la cabeza nunca». Los excrementos se tiraban por la ventana; los barrenderos los recogían y los amontonaban en enormes bidones de madera para usarlos después como abono fertilizante. Las calles, estrechas, tortuosas e inconexas, emanaban efluvios mefíticos. Las epidemias de peste y de cólera eran la natural consecuencia de la inmundicia en que vivía la gente en la Edad Media, lo mismo en las ciudades que en el campo.

Cuando, al amanecer, se abrían las puertas de las ciudades, grupos de «villanos», a lomos de macilentos rocines cargados de cestas de hortalizas pasaban las murallas para acudir al mercado a vender sus productos. Procedían de la comarca, eran medianeros dependientes de algún señor o abad, habitaban en cabañas a los pies de un castillo o a la sombra de un monasterio que difería bien poco del castillo. Los castillos se alzaban sobre una altura o sobre la cima de un monte. Estaban rodeados por un foso, con su curso de agua, y una empalizada, y se llegaba a ellos por un puente levadizo. En la muralla sobresalían diversas torres. En el interior estaban las habitaciones del señor, la capilla, el pozo, los establos y el *mastio*, que era la torre principal, de forma circular y más alta que las demás fortificaciones. Era un cómodo punto de observación y el horizonte que abarcaba se extendía a lo lejos en todas las direcciones. Día y noche, a través de sus almenas, los vigilantes escrutaban el valle, donde de un momento a otro podía perfilarse una amenaza en forma de bandoleros. Arracimadas junto al castillo, las cabañas de paja y de barro de los siervos y de los campesinos clavados a la gleba, parecían polluelos en torno a la gallina. Los duelos, los torneos y las procesiones eran sus únicos pasatiempos. Los monasterios, semejantes a fortalezas más que a lugares de oración, conferían al paisaje algo de austero y solitario. No había centros de poder político capaces de emanar una cierta fuerza de atracción. Roma adquiría cada vez más importancia, pero como capital de la Iglesia, no de una nación. Precisamente por ese universalismo iba alejándose cada vez más de la nación. Sobre ella vigilaba el Papa, al que, desgraciadamente, no vigilaba nadie. El sur había seguido otros caminos. Sicilia, que había entrado a formar parte del gran imperio musulmán, quedaba por el momento apartada de Italia y de Europa. El fondo de la bota era objeto de litigio entre pequeños señoríos longobardos y guarniciones bizantinas. Las únicas ciudades en las que empezaba a palpitar un poco la vida eran las marineras, Venecia, Genova, Pisa y Amalfi, y ello por dos motivos: en primer lugar, porque para defenderse de las incursiones musulmanas tenían que organizar por su propia cuenta las flotas, que requerían equipajes y

estos, a su vez, suscitaban una cierta solidaridad comunitaria; y, en segundo, porque tenían en sus manos el comercio, que en aquella época sin carreteras se desenvolvía por los ríos o por el mar.

Estas ciudades marineras eran ya pequeñas repúblicas. Habían quedado prácticamente al margen de las invasiones de los godos, de los longobardos y de los francos que habían conquistado Italia con ejércitos de tierra y no disponían de flotas, por lo que se habían limitado al interior. Nominalmente, Venecia y Amalfi eran provincias bizantinas, pero en realidad vivían como ciudades independientes. Venecia estaba gobernada por un dogo (*dux*), contaminación de «duque» (*duca*), que, en sus orígenes, había sido el representante del emperador de Oriente. Ya en el siglo IX encarnaba la suprema autoridad civil, política y militar. Su poder estaba limitado por el Gran Consejo, que era la asamblea de todos los representantes, mayores de edad, del patriciado veneciano. Así, pues, más que una república era una oligarquía. Al llegar al año 1000, Venecia era la ciudad italiana más próspera y progresiva. Su poderosa flota mercantil tenía el monopolio comercial entre el continente y los puertos del Próximo y Lejano Oriente. Sus mercaderes se aventuraban por el océano índico y los mares de la China, de donde traían brocados, telas preciosas, drogas y perfumes que después vendían en Francia, Alemania e Italia. Más gris era la vida de Génova, Pisa y Amalfi. El Tirreno y el Mediterráneo estaban infestados de corsarios musulmanes y la navegación era muy peligrosa. Estas repúblicas hallábanse regidas por magistrados que, con el tiempo, intentaron instaurar un poder hereditario principesco.

En un mosaico así de dinastías y Estados, la unidad era imposible. Por lo demás, muy pocos pensaban en ella y solo por intereses particularistas y miras egoístas de hegemonía. Los señores realizaban una política uniéndose, traicionándose y peleando entre sí. Sabían que existía un Sacro Romano Imperio, dividido en varios reinos, uno de los cuales se llamaba «Italia», pero esto solamente interesaba a unos pocos miles de personas. Los pobres diablos permanecían sumidos en una ignorancia absoluta. Su horizonte era solamente el de la tierra que cultivaban o, a lo sumo, el villorrio en que vivían.

Sobre este panorama cae el telón del año 1000. No se perciben más que los rasgos generales, porque aún es noche cerrada. Pero el amanecer no está lejos.

CRONOLOGÍA

250 Primera acción bélica de los godos contra los romanos.
270 Fin de las incursiones godas.
313 Constantino promulga el Edicto de Milán por el que se reconoce a los cristianos la plena libertad de culto.
325 Concilio de Nicea contra la herejía de Arrio.
330 Constantinopla, nueva capital del Imperio.
354 Nace san Agustín en Tagaste.
364 Valentiniano I es elegido emperador romano de Occidente.
374 Ambrosio es elegido obispo por el emperador Valentiniano.
379 Teodosio es proclamado emperador de Oriente.
390 Matanza de Salónica por orden de Teodosio.
392 El emperador Valentiniano es asesinado por Arbogasto.
395 Primeras apariciones de los hunos a orillas del Danubio. Alarico es elegido rey de los visigodos.
396 San Agustín es elegido obispo de Hipona.
400 Estilicón es elegido cónsul.
401-402 Estilicón derrota a Alarico en Pollenzo.
408 Muerte del emperador de Oriente, Arcadio. 23 de agosto. Estilicón es decapitado por orden de Honorio.
410 Alarico, rey de los visigodos, invade Italia y saquea Roma.
429 El general Bonifacio invita a los vándalos a pasar el estrecho de Gibraltar e instalarse en África.
431 Concilio de Éfeso contra la herejía de Nestorio.
433 Muerte de Rúa, rey de los hunos.
435 Genserico, rey de los vándalos, firma la paz con el emperador Valentiniano.
439 Genserico se adueña de África y crea una flota.
444 Atila, único rey de los hunos después de la muerte de Bleda.
447 Atila conduce sus hordas hasta las murallas de Constantinopla.
450 Muerte del emperador, a quien sucede su hermana Pulquería. 27 de noviembre. Muerte de Gala Placidia.
451 Concilio de Calcedonia contra la herejía de Dióscorc
452 Atila atraviesa los Alpes Julianos y desciende a 1a llanura véneta. En el Mincio se encuentra con el papa León I.
454 El emperador Valentiniano mata al general Aecio

455 La flota de Genserico llega a las aguas de Ostia Roma es saqueada y la emperatriz Eudoxia hecha prisionera. El emperador Valentiniano es muerto en el Campo de Marte por los veteranos de Aecio.
468 Teodomiro, rey de los ostrogodos, invade Iliria y amenaza Tracia.
475 Nace en Roma el historiador y filósofo Severino Boecio
476 Fin del Imperio de Occidente.
478 Los godos se establecen en Escitia, a orillas del mar Negro.
480 Nace en Schillace el historiador Casiodoro
480? Nace en Nursia san Benito.
481 Clodoveo es proclamado rey de los salios.
482 Nace Justiniano en Skopie, Macedonia.
488 Otoño. Comienzo de la «larga marcha» de Teodorico, rey de los godos, hacia Occidente.
489 28 de agosto. Las bandas de Odoacro chocan con el ejército de Teodorico a orillas del Isonzo. 30 de septiembre. Los dos ejércitos se encuentran de nuevo en Verona y Odoacro es derrotado.
493 Capitulación de Rávena, agotada tras dos años de sitio por Teodorico. Odoacro es asesinado con todos sus familiares.
494 Los godos completan su conquista de Italia. Teodorico se instala en Rávena.
496 25 de diciembre. Clodoveo recibe el bautismo con todo su pueblo, en la catedral de Reims.
500 Visita de Teodorico a Roma. Publica un edicto de 144 artículos.
511 Muerte de Clodoveo.
523 Clamorosa ruptura de relaciones entre Teodorico, Símaco y Boecio.
524 Edicto de Justiniano contra los herejes y los maniqueos. 23 de octubre. Boecio es ajusticiado en Pavía. Ejecución de Símaco.
526 30 de agosto. Muerte de Teodorico.
527 El emperador Justino asocia al trono a su sobrino Justiniano.
528 Justiniano reforma la vieja legislación. Publica el Codex constitutionum, colección de 4.500 leyes.
529 Concluye la construcción del monasterio de Montecassino, adonde se retira san Benito con sus seguidores.
532 Guerra civil de Bizancio entre las facciones de los «Verdes» y los «Azules». El general Belisario sofoca la revuelta.
533 Dirigidas por Justiniano, se publican las Pandectas, colección de opiniones de los más grandes juristas romanos, y las Institutiones.
535 Amalasunta, hija de Teodorico, es asesinada en Bolsena por orden de su primo Teodato. Otoño. El general Belisario, de regreso de su victoria sobre los vándalos en África, desembarca en Sicilia.
539 Primera invasión de los francos en el norte de Italia.
540 Nace en Roma Gregorio Magno.
548 Muerte de Teodora, esposa de Justiniano.
554 Justiniano promulga la Pragmática sanción por la que se concede a los obispos italianos una amplia autonomía y muchos poderes administrativos.
565 14 de noviembre. Muere Justiniano a los 83 años de edad, después de 38 de reinado.

568 Primavera. Los longobardos de Alboino avanzan hacia Occidente y entran en Italia a través de los Alpes Julianos. 3 de septiembre. Capitulación de Milán. Alboino se proclama «señor» de Italia.
569 Nace Mahoma en La Meca.
572 Pavía se rinde al asedio de los longobardos. Alboino hace de esta ciudad su capital. Muere el mismo año, víctima de una conjura preparada por su esposa Rosmunda. Clefi es aclamado rey.
574 Primera aparición de los ducados.
578 Los duques de Spoleto y Benevento ponen sitio a Roma, pero se dejan corromper por el oro del papa Pelagio.
590 El rey longobardo Autaris se casa con Teodolinda. Gregorio Magno es elegido Papa.
599 División de la península en tres esferas de influencia: longobarda, bizantina y romana.
604 Muerte de Gregorio Magno.
610 Mahoma, «mensajero de Alá».
613 Clotario, sobrino de Clodoveo, reunifica el Estado y amplía sus confines. Nace Francia.
622 Pipino de Heristal, jefe de la estirpe de los Pipínidas, es nombrado mayordomo de palacio. 16 de julio. Fuga de Mahoma (Hégira) de La Meca a Yatrib (Medina).
625 Los seguidores de Mahoma son derrotados por Abu Sufyan. El profeta se refugia en Medina, que es inconquistable.
632 7 de junio. Muerte de Mahoma.
636-652 Reinado de Rotario.
643 22 de noviembre. Rotario publica un edicto en 388 capítulos: un código de derecho civil y penal.
648 El emperador Constante II proclama el Tipo, edicto contra las disputas religiosas.
651 Abu Bakr y otros seguidores de Mahoma elaboran el Corán. Comienza la gran expansión islámica.
652 Muerte de Rotario, a quien sucede su hijo Rodoaldo, después Ariperto, Grimoaldo, Pertarito y Cuniperto.
663 Constante II invade el ducado de Benevento, pero es puesto en fuga por los longobardos. 5 de julio. Constante entra en Roma, llevado en triunfo.
668 Constante muere en Sicilia.
698 Cartago cae en manos de los árabes y todo el norte de África es islamizado.
712 Sube al trono Liutprando.
726 El emperador León III promulga el Iconoclasmo, edicto contra el culto de las imágenes.
732 Carlos Martel, hijo de Pipino, derrota a los musulmanes en Poitiers.
739 Liutprando se adueña de cuatro ciudades del ducado romano.
742 Restituye la ciudades al Papa, junto con la población de Sutri.
744 Muerte de Liutprando.
746 Carlomán, hijo de Carlos Martel, se retira a un convento. Su hermano Pipino el Breve queda arbitro de la situación en Francia.

751 El rey longobardo Astolfo arrebata Rávena a los bizantinos. Capitulan el Exarcado y la Pentápolis.
753 13 de octubre. Invitado por Pipino, el papa Esteban II va a Francia.
754 6 de enero. El Papa se encuentra con Pipino en Ponthion. Francos y longobardos luchan en Susa. El ejército de Astolfo es derrotado.
756 Diciembre. Astolfo cae del caballo y muere. Le sucede Desiderio, duque de Toscana.
757 26 de abril. Muerte de Esteban II.
768 Muere Pipino el Breve, dejando el trono a sus hijos Carlomagno y Carlomán.
771 Carlomagno repudia a Ermengarda, hija de Desiderio, que no ha conseguido darle un heredero. 4 de diciembre. Muere Carlomán, en circunstancias misteriosas.
772 3 de febrero. Muere el papa Esteban III, a quien sucede Adriano I. Primeras controversias entre francos y sajones. Carlomagno invade el territorio sajón.
773 Los sajones incendian las iglesias que Carlomagno había hecho construir en su territorio.
773-774 Octubre-junio. El ejército franco, mandado por Carlomagno, pone sitio a Pavía.
774 16 de abril. Carlomagno se encuentra en Roma con el papa Adriano I y le garantiza la defensa del ducado romano.
778 15 de agosto. Derrota de los francos en Roncesvalles.
781 Abril. Segunda visita de Carlomagno a Roma, acompañado de su nueva mujer, Hildegarda, y de sus hijos Carlomán y Luis. Carlomán es bautizado. Se le impone el nombre de Pipino y es proclamado rey de Italia.
785 Vitikindo, rey de los sajones, se somete a los francos.
787 Tercera visita de Carlomagno a Roma. El papa Adriano le impulsa a ocupar el ducado de Benevento.
788 Conquista de Baviera por Carlomagno.
790 Carlomagno aniquila a los avaros.
795 Muerte del papa Adriano I. Le sucede León III.
799 25 de abril. Estalla la lucha entre los «palatinos» y los herederos del papa Adriano. León III, agredido y apaleado, se refugia en Spoleto. Noviembre. León III vuelve a Roma.
800 24 de noviembre. Carlomagno llega a Roma y es acogido por el Papa. 2 de diciembre. Convocatoria del sínodo en San Pedro. 25 de diciembre. Coronación de Carlomagno en San Pedro.
806 Carlomagno divide el Imperio entre sus hijos: a Pipino, Aquitania e Italia; a Luis, parte de Baviera y Alemania, y a Carlos, Neustria, Austrasia, parte de Baviera, Frisia, Sajonia y Turingia.
810 Julio. Muere Pipino, hijo de Carlomagno.
811 Diciembre. Muere Carlomán, hijo de Carlomagno.
813 Carlomagno asocia al trono el hijo superviviente, Luis, llamado el Piadoso (Ludovico Pío).
814 28 de enero. Muere Carlomagno a la edad de 72 años.

817 Luis el Piadoso asocia al trono a su primogénito Lotario y divide el Imperio entre sus otros hijos: a Pipino, Aquitania; a Luis el Germánico, Baviera y a Carlos el Calvo, Alemania, Suiza y el Franco Condado.
827 Comienza la sistemática ocupación árabe en Sicilia.
838 Muere Pipino, hijo de Luis el Piadoso .
841 Los árabes ocupan Barí, donde permanecen treinta años.
843 Tratado de Verdún. El Imperio es dividido en tres estados: a Luis el Germánico, las tierras entre el Rin y el Elba; a Carlos gran parte de Francia y la Marca Hispánica, y a Lotario, Italia y el territorio comprendido entre el Rin, al este y el Escalda, el Saona y el Ródano, al oeste.
849 La flota musulmana es destruida en las aguas de Ostia por una tempestad y por las naves del Papa.
855 Lotario muere en la abadía de Prum. Deja tres hijos: a Lotario II le asigna Lorena; a Carlos, Provenza, y a Luis II, Italia.
877 Muere envenenado Carlos, hijo de Lotario. Le suceden Luis el Tartamudo, Luis III Carlomán y Carlos el Gordo.
880-885 Los normandos devastan Lieja, Colonia, Aquisgrán, Tréveris y Amiens. Cuando se encontraban a las puertas de París, Carlos el Gordo firma la paz.
888 Carlos el Gordo es depuesto. Con él termina la dinastía carolingia.
893 Arnolfo, rey de Carintia, desciende a Italia invitado por Berengario, marqués del Friuli, para desposeer a Guido, duque de Spoleto. Guido muere y le sucede su hijo Lamberto.
895 El papa Formoso lanza un llamamiento a Arnolfo para que acuda a defenderlo contra la facción espo-letina. Arnolfo entra en Roma y libera a Formoso, que había sido hecho prisionero.
896 Muere el papa Formoso. Los señores de Spoleto proclaman papa a Esteban VI.
897 Proceso postumo contra el papa Formoso. Muere asesinado Esteban VI.
898 Es elegido Juan IX, que rehabilita la memoria del papa Formoso.
899 Mercenarios húngaros se lanzan contra la Italia del norte. Derrota del ejército de Berengario.
904 Elección de Sergio HI, sostenido por la facción espo-letina, dirigida por Marozia.
905 Berengario derrota en Verona a Luis, rey de Pro-venza.
911 Conrado, duque de Franconia, es elegido rey de Alemania.
914 Ciñe la tiara Juan X.
915 Marozia se casa con el conde espoletino Alberico.
918 Conrado, rey de Alemania, muere y le sucede Enrique I, llamado el Pajarero.
924 Abril. Berengario es asesinado en una iglesia de Verona.
932 Hugo de Provenza entra en Roma y se casa con Marozia, viuda de Alberico. El hijo de Marozia, Alberico, funda en Roma una república popular. Huida de Hugo de Provenza.
936 A la muerte de Enrique el Pajarero es nombrado rey de Alemania su hijo primogénito Otón.
941 Berengario, marqués de Ivrea, se refugia en la corte de Otón I.
945 Berengario desciende a Italia y obliga a Hugo de Provenza a abdicar.

950 15 de diciembre. Berengario es coronado rey de Italia junto con su hijo Adalberto.
951 Otón I desciende a Italia.
954 Muere Alberico, hijo de Marozia.
399 El papa Juan XIII ofrece a Otón I la corona imperial.
954 Los romanos se sublevan contra Otón I.
967 Otón II es coronado emperador.
973 Muerte de Otón I
982 13 de julio. El ejército de Otón II se encuentra en Stilo de Calabria con los sarracenos y es destruido.
983 Otón II proclama rey de Alemania y de Italia a su hijo Otón III.
996 Otón III marcha sobre Italia y derrota a la facción encabezada por Juan Crescendo.
998 Nueva marcha de Otón III a Italia. Crescendo capitula y es condenado a muerte.
1001 Muerte de Otón III.

INDICE